

**UN  
HOLOGRAMA  
PARA  
EL REY  
DAVE  
EGGERS**



**Lectulandia**

Estamos en 2010 y Alan Clay está en Yida esperando a reunirse con el rey Abdalá. Con más de cincuenta años, Alan se siente un fracasado. Y quizá lo sea: es un empresario norteamericano ahogado por las deudas, acosado por los acreedores y angustiado por la certeza de no poder pagar la matrícula de la universidad de su hija. Por si fuera poco, ahora le ha aparecido un extraño bulto en el cuello y su exmujer vive en estado de furia permanente. Esta reunión es su última oportunidad para darle un giro a su vida: si él y su equipo fueran capaces de venderle la idea al rey y conseguir el contrato...

En *Un holograma para el rey*, Dave Eggers nos muestra la lucha de un hombre para mantenerse y mantener a su familia en los difíciles tiempos de la economía global. Esta novela intensa, rica en detalles y matices, es una valiente evocación del momento que vivimos, y la apasionante historia de cómo hemos llegado aquí.

Lectulandia

Dave Eggers

# Un holograma para el rey

ePub r1.0

Titivillus 01.03.2019

Título original: *A Hologram for the King*

Dave Eggers, 2012

Traducción: Cruz Rodríguez Juiz

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

Un holograma para el rey

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

AGRADECIMIENTOS

*Para Daniel McSweeney, Ron Hadley y Paul Vida,  
todos ellos grandes hombres*

No todos los días se nos necesita.

SAMUEL BECKETT

# 1

Alan Clay se despertó en Yida, Arabia Saudí. Era el 30 de mayo de 2010. Se había pasado dos días en aviones para llegar hasta allí.

En Nairobi había conocido a una mujer. Estaban sentados juntos mientras esperaban sus vuelos. Era alta, curvilínea, con unos pendientes de oro minúsculos. Tenía la piel rubicunda y la voz cantarina. A Alan le gustó más que muchas de las personas de su vida, de las personas a las que veía a diario. Dijo que vivía en el norte del estado de Nueva York. No lejos del hogar de Alan a las afueras de Boston.

Si se hubiera atrevido, habría encontrado la manera de pasar más tiempo con ella. Pero, en su defecto, cogió el avión y voló a Riad, y luego a Yida. Un hombre lo recogió en el aeropuerto y lo llevó en coche al Hilton.

Alan entró con un clic en la habitación del Hilton a la 1.12. Rápidamente se dispuso a acostarse. Necesitaba dormir. Tenía que viajar una hora en dirección norte a las siete para llegar a las ocho en punto a la Ciudad Económica Rey Abdalá, la KAEC. Allí montaría con su equipo un sistema de teleconferencias holográfico y esperarían para mostrárselo al monarca. Si impresionaban a Abdalá, el rey encargaría a Reliant las tecnologías de la información de toda la ciudad, y la comisión de Alan, que estaría en las seis cifras, resolvería todos sus problemas.

De modo que tenía que estar descansado. Preparado. Pero en lugar de descansar, se pasó cuatro horas despierto en la cama.

Pensó en su hija Kit, que iba a la universidad, a una universidad muy buena y muy cara. Alan no tenía dinero para pagar la matrícula de otoño. No podía pagar la matrícula porque había tomado una serie de decisiones insensatas en la vida. No había planificado bien las cosas. No había tenido el coraje que hacía falta.

Había tomado decisiones cortas de miras.  
Sus compañeros habían tomado decisiones cortas de miras.  
Esas decisiones habían sido insensatas e interesadas.

Pero entonces no sabía que sus decisiones eran cortas de miras, insensatas e interesadas. Alan y sus compañeros no sabían que estaban tomando decisiones que los dejarían, que dejarían a Alan, en su actual estado: prácticamente arruinado, al borde del desempleo, propietario de una consultora unipersonal que dirigía desde un despacho en su casa.

Estaba divorciado de la madre de Kit, Ruby. Ya llevaban más tiempo separados del que habían estado juntos. Ruby era una mosca cojonera que ahora vivía en California y no aportaba nada a las finanzas de Kit. La universidad es problema tuyo, le dijo Ruby. Afróntalo como un hombre.

Ahora Kit no iría a la universidad en otoño. Alan había puesto la casa en venta, pero todavía no la había vendido. No le quedaba otra opción. Debía dinero a mucha gente, incluidos dieciocho mil dólares a un par de diseñadores de bicicletas que le habían construido un prototipo para una bici nueva que pensaba fabricar en la zona de Boston. Por ese asunto le llamaron idiota. Debía dinero a Jim Wong, que le había prestado cuarenta y cinco mil dólares para los materiales y el primer y último mes de alquiler de una nave. Debía otros sesenta y cinco mil dólares más o menos a media docena de amigos y futuros socios.

Estaba arruinado. Y cuando comprendió que no podría pagar la matrícula de Kit, era demasiado tarde para solicitar cualquier tipo de ayuda. Demasiado tarde para hacer nada.

¿Era una tragedia que una joven sana como Kit se saltara un semestre de universidad? No, no era una tragedia. La larga y torturada historia del mundo no se percataría de que una joven lista y capaz como Kit se había saltado un semestre de universidad. Kit sobreviviría. No era una tragedia. Ni mucho menos.

Dijeron que lo que le había pasado a Charlie Fallon era una tragedia. Charlie Fallon murió congelado en el lago cercano a la casa de Alan. El lago cercano a la casa de Alan.

Alan pensaba en Charlie Fallon mientras no dormía en la habitación del Hilton de Yida. Aquel día Alan había visto a Charlie entrar en el lago. Alan pasaba con el coche de camino a la cantera. No le había parecido normal que un hombre como Charlie Fallon se metiera en el lago negro y reluciente en septiembre, pero tampoco extraordinario.

Charlie Fallon le había mandado páginas de libros a Alan. Durante dos años. Charlie había descubierto a los trascendentalistas a edad avanzada y se identificaba con ellos. Había visto que la Granja Brook no quedaba lejos de donde vivían Alan y él, y creía que eso significaba algo. Investigó a sus antepasados de Boston con la esperanza de encontrar alguna conexión, pero no encontró ninguna. Con todo, le enviaba páginas a Alan, con pasajes subrayados.

Los mecanismos de una mente privilegiada, pensó Alan. No me mandes más mierdas de esas, le pidió a Charlie. Pero Charlie respondió con una mueca y siguió enviándolas.

De modo que cuando Alan vio a Charlie metiéndose en el lago un sábado a mediodía lo consideró una extensión lógica de su nueva pasión por la tierra. El agua solo le cubría hasta los tobillos cuando Alan pasó de largo aquel día.

Cuando Alan se despertó en el Hilton de Yida ya llegaba tarde. Eran las 8.15. Se había dormido pasadas las cinco.

Le esperaban en la Ciudad Económica Rey Abdalá a las ocho. Estaba como mínimo a una hora de distancia. Después de ducharse, vestirse y llegar en coche hasta allí, serían las diez. Llegaría dos horas tarde el primer día de trabajo. Era un idiota. Cada día que pasaba era más idiota.

Llamó al móvil de Cayley. Cayley, con voz ronca, contestó. En otra vida, en una vuelta distinta de la rueda de la fortuna donde él era más joven y ella mayor y los dos lo bastante tontos para intentarlo, Cayley y él habrían sido algo terrible.

—¡Hola, Alan! Qué preciosidad de sitio. Bueno, tal vez no sea precioso. Pero tú no estás.

Alan se explicó. No mintió. Ya no tenía ni las fuerzas ni la creatividad para ello.

—Bueno, no te preocupes —respondió Cayley con una risita. Su voz insinuaba la posibilidad, celebraba la existencia de una vida fantástica de sensualidad duradera—. Todavía estamos montando. Pero tendrás que conseguir un coche. ¿Alguien sabe cómo alquilar un coche?

Parecía estar chillando al resto del equipo. El espacio sonaba cavernoso. Alan imaginó un lugar oscuro y vacío, tres jóvenes esperando con velas en las manos a que él les llevara la linterna.

—No puede alquilar un coche —dijo Cayley a los otros. Y luego a él—: ¿Podrás alquilar un coche, Alan?

—Ya me las apañaré.

Alan llamó a recepción.

—Hola. Soy Alan Clay. ¿Cómo se llama?

Preguntaba los nombres. Era un hábito que le había pegado Joe Trivole en la época de Fuller Brush. Preguntar los nombres, repetirlos. Si te acuerdas del nombre de la gente, la gente se acuerda de ti.

El recepcionista dijo que se llamaba Edward.

—¿Edward?

—Sí, señor. Me llamo Edward. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿De dónde eres, Edward?

—De Yakarta, Indonesia, señor.

—Ah, Yakarta —dijo Alan.

Entonces comprendió que no tenía nada que decir sobre Yakarta. No sabía nada de Yakarta.

—¿Qué te parecería si alquilase un coche a través del hotel, Edward?

—¿Tiene permiso de conducir internacional?

—No.

—Entonces no creo que deba hacerlo.

Alan llamó al conserje. Le explicó que necesitaba que lo llevaran a la Ciudad Económica Rey Abdalá.

—Tardaré unos minutos —respondió el conserje. No tenía acento saudí. Por lo visto en aquel hotel saudí no trabajaba ningún saudí. Eso Alan ya lo sabía. Le habían contado que muy pocos saudíes trabajaban. Importaban mano de obra en todos los sectores—. Debemos encontrar a alguien apropiado.

—¿No puede llamar a un taxi sin más?

—No exactamente, señor.

A Alan empezó a hervirle la sangre, pero aquel lío era culpa suya. Le dio las gracias al conserje y colgó. Sabía que en Yida o Riad no podías llamar a un taxi sin más... al menos así lo indicaban las guías, todas las cuales se explayaban a la hora de pormenorizar los peligros del Reino de Arabia Saudí para el visitante extranjero. El Departamento de Estado norteamericano incluía el país en la alerta máxima. El secuestro no era raro. Alan podía ser vendido a Al Qaeda, pedirían un rescate por él y lo sacarían a otro país. Pero nunca se había sentido en peligro en ninguna parte, y sus encargos le habían llevado a Juárez en los años noventa y a Guatemala en los ochenta.

Sonó el teléfono.

—Tenemos un chófer para usted. ¿Para cuándo lo quiere?

- Cuanto antes mejor.
- Estará listo dentro de doce minutos.

Alan se duchó y se afeitó el cuello lleno de manchas. Se puso la camiseta, la camisa blanca, los pantalones caquis, los mocasines y los calcetines beis. Viste como un hombre de negocios estadounidense, le habían dicho. Se contaban historias de occidentales excesivamente precavidos que llevaban *thob* y tocado. Que intentaban pasar desapercibidos, que se esforzaban. Su esfuerzo no era valorado.

Mientras se colocaba el cuello de la camisa, Alan se palpó el bulto de la nuca que había descubierto el mes anterior. Tenía el tamaño de una pelota de golf, sobresalía de la columna y al tacto parecía un cartílago. Algunos días se imaginaba que formaba parte de su columna, porque ¿qué otra cosa podía ser?

Podía ser un tumor.

En la columna, un bulto así... tenía que ser invasivo y mortal. Últimamente se notaba la cabeza espesa y las piernas torpes, y tenía sentido, un sentido perfecto y terrible, que le estuviera creciendo algo, carcomiéndolo, minándole la vitalidad, chupándole toda su agudeza y determinación.

Había planeado consultar a alguien al respecto, pero luego no lo había hecho. Un médico no podía operar algo así. Alan no quería radiaciones, no quería quedarse calvo. No, el truco era tocarlo de vez en cuando, seguir la evolución de los síntomas, palparlo un poco más y luego no hacer nada.

A los doce minutos Alan estaba listo.

Llamó a Cayley.

—Salgo ahora del hotel.

—Bien. Cuando llegues estará todo montado.

El equipo podía llegar sin él, el equipo podía montar sin él. Así que ¿por qué estaba Alan en Yida? Las razones eran engañosas, pero le habían llevado hasta allí. La primera era que Alan era mayor que el resto de los miembros del equipo, todos unos críos; en realidad, ninguno pasaba de los treinta. La segunda, Alan había conocido al sobrino del rey Abdalá a mediados de los años noventa cuando ambos participaron en una empresa de plásticos, y Eric Ingvall, el vicepresidente de Reliant en Nueva York,

lo consideraba una relación suficiente para captar la atención del monarca. Probablemente no lo fuera, pero Alan había decidido no sacarlo de su error.

Alan estaba contento con el trabajo. Necesitaba el trabajo. Los dieciocho meses previos a la llamada de Ingvall habían sido humillantes. Rellenar una devolución de 22.350 dólares en el impuesto sobre la renta había sido una experiencia por la que no contaba pasar a su edad. Hacía siete años que trabajaba de consultor y cada año ganaba menos. Nadie gastaba. Hacía solo cinco años el negocio iba bien; viejos amigos le pasaban encargos y él les ayudaba. Les presentaba a los vendedores que conocía, obtenía favores, cerraba tratos, se sacaba una buena tajada. Se había sentido útil.

Ahora tenía cincuenta y cuatro años y para la América empresarial era tan fascinante como un avión de barro. No encontraba trabajo, no conseguía clientes. Había pasado de Schwinn a Huffy, de ahí a Frontier Manufacturing Partners, luego a Alan Clay Consulting, y finalmente a sentarse en casa viendo en DVD las victorias de los Red Sox en las Series de 2004 y 2007. El partido en el que lograron cuatro *home runs* consecutivos contra los Yankees. Veintidós de abril de 2007. Había visto esos cuatro minutos y medio cientos de veces, y cada visionado le reportaba algo parecido a la alegría. Una sensación de razón, de orden. Nunca podrían quitarle esa victoria.

Alan telefoneó al conserje.

—¿Está el coche?

—Lo siento, se retrasa.

—¿Eres el chico de Yakarta?

—Sí.

—Edward.

—Sí.

—Hola otra vez, Edward. ¿Cuánto se retrasará el coche?

—Veinte minutos más. ¿Mando que le suban algo de comer?

Alan se acercó a la ventana y miró afuera. El mar Rojo estaba en calma, sin nada destacable desde aquella altura. Una autopista de seis carriles pasaba por al lado. Un trío de hombres de blanco pescaba en el río.

Alan miró al balcón contiguo al suyo. Se vio reflejado en el cristal. Parecía un tipo del montón. Cuando se afeitaba y se arreglaba daba el pego. Pero algo se había oscurecido por debajo de las cejas. Se le habían hundido los ojos y la gente lo notaba.

En la última reunión del instituto, un hombre, un ex jugador de fútbol americano al que solía despreciar, le había dicho: Alan Clay, tienes la mirada perdida. ¿Qué te ha pasado?

Una ráfaga de viento llegó desde el mar. A lo lejos, un buque portacontenedores surcaba el agua. Se veían otros barcos dispersos, pequeños como juguetes.

En el vuelo de Boston a Londres había un hombre a su lado. Bebía gin-tonic y monologaba.

Durante un tiempo estuvo bien, ¿verdad?, había dicho. ¿Cuánto? ¿Unos treinta años? Puede que veinte o veintidós. Pero se había acabado, no había duda, y ahora teníamos que prepararnos para unirnos a la Europa occidental en una era de turismo y comercio. ¿No era eso lo esencial de lo que había dicho el hombre del avión? Algo por el estilo.

El tipo no se callaba, y las bebidas se sucedían sin parar.

Nos hemos convertido en un país de gatos caseros, había dicho. Un país de dubitativos, angustiados, gente demasiado reflexiva. Gracias a Dios que no fueron esa clase de americanos los que fundaron el país. ¡Eran de otra pasta! ¡Cruzaron el país en carromatos con ruedas de madera! La gente la diñaba por el camino y apenas se detenían. En aquella época, enterrabas a tus muertos y seguías adelante.

El hombre, que estaba borracho y quizá también trastornado, había empezado, como Alan, en la industria y luego se había perdido en los mundos tangenciales a la fabricación de las cosas. Estaba hinchándose a gin-tonics y de vuelta de todo. Iba de camino a Francia, para retirarse cerca de Niza en una casita que había construido su padre después de la Segunda Guerra Mundial. Nada más.

Alan le había seguido la corriente, y habían contrastado opiniones sobre China, Corea, la fabricación de telas en Vietnam, el auge y el declive de la industria de la confección en Haití, el precio de una buena habitación en Hyderabad. Alan había invertido algunas décadas en las bicis, luego había ido saltando entre una docena de períodos varios, consultoría, mejora de la competitividad empresarial mediante la eficiencia despiadada, robótica, manufacturas baratas, cosas así. Y año tras año había menos trabajo para un tipo como él. La gente había dejado de fabricar en suelo estadounidense. ¿Cómo podía Alan ni cualquiera argumentar a favor de gastarse cinco o diez veces más de lo que costaba fabricar en Asia? Y cuando los salarios asiáticos alcanzaran niveles insostenibles —cinco dólares la hora, pongamos—, quedaría África. Los chinos ya estaban fabricando zapatillas deportivas en Nigeria. Jack Welch decía que la manufactura debería realizarse en una barcaza que fuera circulando por el globo a la busca de las condiciones más baratas, y por lo visto el

mundo le había tomado la palabra. El hombre del avión protestó a gritos: ¡Debería importar dónde se fabricaban las cosas!

Pero Alan no quería desesperar, y no quería dejarse arrastrar por el malestar de su compañero de asiento. Alan era optimista, ¿no? Él decía que lo era. Malestar. El hombre había empleado esa palabra una y otra vez. El secreto está en el humor negro. ¡En las bromas!, chilló el hombre. Solía escucharlas en Francia, Inglaterra, España. ¡Y en Rusia! La gente se quejaba de los inútiles del gobierno, de la disfunción elemental e irreversible de su país. ¡Italia! La amargura, la presunción de la decadencia. Estaba por todas partes, y ahora también está con nosotros. El sarcasmo. Es matador, lo juro por Dios. ¡Es la señal de que has caído y no puedes levantarte!

Alan había escuchado ese rollo antes y no quería seguir escuchándolo. Se puso los auriculares y vio películas durante el resto del vuelo.

Alan se alejó del balcón y regresó al frío oscuro de la habitación.

Pensó en su hogar. Se preguntó quién estaría en su casa en ese momento. Quién pasaría por allí, tocando cosas, y se marcharía.

La casa estaba en venta, desde hacía cuatro meses. ¿Ese es el lago donde murió un hombre congelado?

El único motivo por el que Ruby telefoneaba era la casa. ¿Ya se había vendido? Necesitaba el dinero y pensaba que Alan vendería la casa y se las ingeniaría para mantener la venta en secreto. Cuando se venda lo sabrás, le decía él. También existe internet, le decía. Colgaba cuando Ruby se ponía a chillar.

Una mujer había arreglado la casa de Alan. Hay gente que hace esas cosas. Vienen a tu casa y la dejan más atractiva de lo que tú serías capaz. Iluminan la oscuridad que trajiste con tu desastre humano.

Después, hasta que se vende, vives en una versión de tu casa, en una versión mejor. Tiene más amarillo. Tiene flores y mesas de madera restaurada. Tus pertenencias se guardan en un trastero.

Se llamaba Renee, llevaba el pelo ralo peinado hacia arriba como el algodón de azúcar. Empiece eliminando baratijas, dijo. Tiene que empaquetar y retirar el noventa por ciento de todo esto, dijo, abarcando con un gesto las cosas que Alan había acumulado en veinte años.

Alan lo empaquetó todo. Retiró y retiró. Dejó los muebles, pero cuando la mujer regresó, dijo: Ahora cambie los muebles. ¿Prefiere comprarlos o alquilarlos?

Alan retiró los muebles. Había dos sofás en el salón y regaló los dos. Uno a un amigo de Kit. Otro a Chuy, que le cortaba el césped. Renee alquiló algunas obras de arte. Abstracciones que no comprometen a nada, las llamó. Estaban en todas las habitaciones, cuadros de colores agradables, formas vagas que no significaban nada.

De eso hacía cuatro meses. Alan había vivido en la casa todo ese tiempo, se iba cuando los de la inmobiliaria querían enseñarla. A veces se quedaba. A veces se encerraba en el despacho mientras las visitas recorrían la casa, comentándola. Techos bajos, solían decir. Dormitorios pequeños. ¿Son los suelos originales? Huele a moho. ¿Vive gente mayor?

A veces observaba llegar y marcharse a los compradores potenciales. Espiaba por la ventana del despacho como un idiota. Una pareja se demoró tanto que Alan tuvo que orinar en una taza de café. Una visita, una profesional con un largo abrigo de cuero, le vio por la ventana cuando ya se marchaba por el camino de la casa. Se volvió hacia el vendedor y le dijo: Creo que he visto un fantasma.

Alan contempló las olas romper contra la playa. ¿Quién iba a decir que Arabia Saudí tenía una costa vasta y prístina? Alan no lo sabía. Miró hacia unas docenas de palmeras, plantadas en el jardín de su hotel o del contiguo, con el mar Rojo de fondo. Pensó en quedarse. Podía adoptar un nombre nuevo. Podía olvidarse de sus deudas. Enviar dinero a Kit, dejar atrás el torno aplastante de su vida en América. Lo había soportado cincuenta y cuatro años. ¿Acaso no bastaba?

Pero no. Era algo más. Algunos días era algo más. Algunos días era capaz de abarcar el mundo entero. Algunos días veía a kilómetros de distancia. Algunos días trepaba montañas de indiferencia para contemplar el paisaje de su vida y el futuro tal como eran: cartografiables, atravesables, alcanzables. Todo lo que quería hacer se había hecho antes, así que ¿por qué no iba a poder hacerlo él? Podía. Bastaba con que consiguiera cierta continuidad de base. Bastaba con que trazara un plan y lo ejecutara. ¡Podía hacerlo! Debía creer que podía. Por supuesto que podía.

El negocio con Abdalá parecía pan comido. Nadie podía competir con el tamaño de Reliant y ahora encima tenían un puñetero holograma. Alan cerraría el trato, se llevaría su parte, pagaría todas las deudas de Boston y luego saldría adelante. Abriría una fábrica pequeña, empezaría con mil bicicletas al año y después iría

incrementando la producción. Pagaría la matrícula de Kit con la calderilla. Despediría a la inmobiliaria, pagaría lo que le faltaba de la casa, recorrería el mundo convertido en un coloso, con dinero de sobra para decir jódete tú y tú y tú.

Llamaron a la puerta. El desayuno había llegado. Un guiso de patatas y cebolla en la habitación en cinco minutos. Imposible a menos que estuviera comiéndose el desayuno preparado para otro. Y así era. No le importó. Dejó que el camarero lo dispusiera todo en la mesa del balcón y, con una floritura, firmó la cuenta sentado en la décima planta, entornando los ojos a causa del viento. Por un momento sintió que era él. Que se merecía aquello. Tenía que adoptar aires de propietario, de pertenencia. Quizá si fuera la clase de hombre capaz de comerse el plato de patatas de otro, un hombre al que el hotel deseaba tanto impresionar que le mandaba el desayuno de otro, quizá entonces fuera la clase de hombre capaz de conseguir una audiencia con el rey.

Sonó el teléfono.

—Hemos tenido un problema con el primer chófer. Hemos avisado a otro. Ya está en camino. Debería estar aquí dentro de veinte minutos.

—Gracias —dijo Alan, y colgó.

Se sentó, respirando con cuidado hasta que recuperó la calma. Era un hombre de negocios estadounidense. No estaba avergonzado. Hoy podía lograr algo. Podía ser mejor que un idiota.

No le habían garantizado nada. El rey está muy ocupado, le habían repetido en correos electrónicos y llamadas telefónicas. Por supuesto, repitió Alan una y otra vez, y reiteró que estaba dispuesto a reunirse en cualquier sitio, a la hora que Su Majestad decidiera. Pero no era tan simple; no se trataba solo de que el rey estuviera ocupado, sino de que su agenda cambiaba rápido y a menudo. Tenía que cambiar rápido y a menudo, dado que eran muchos los que podían desearle una desgracia al rey. De modo que no solo la agenda real cambiaba a menudo, dadas las exigencias del Estado, sino que debía cambiar a menudo por el bien del rey y del reino. Informaron a Alan de que Reliant, junto con otra serie de vendedores interesados en proveer de servicios a la Ciudad Económica Rey Abdalá, debían preparar su mercancía y mostrarla en un lugar por determinar, en algún punto del corazón costero de la floreciente ciudad, y la llegada del rey se les notificaría con una breve antelación. Podía ser cualquier día y podía ser a cualquier hora, le dijeron.

—¿Dentro de días? ¿De semanas? —preguntó.

—Sí.

Así que Alan preparó el viaje. Había hecho antes esa clase de cosas: besar el anillo, enseñar la mercancía, cerrar un trato. Normalmente no resultaba una tarea imposible si tenías los enchufes correctos y sabías ser discreto. Y trabajando para Reliant, el

mayor proveedor de TI del mundo, no parecía difícil. Era de suponer que Abdalá querría lo mejor, y los de Reliant se consideraban los mejores, y desde luego los mayores: eran el doble de grandes que su competidora más directa en Estados Unidos.

Conozco a su sobrino Jalawi, diría Alan.

Tal vez: Tengo relación con su sobrino Jalawi.

Jalawi, su sobrino, es un viejo amigo.

En otros sitios las relaciones ya no importaban, Alan lo sabía. En América no importaban, no importaban gran cosa en ninguna parte, pero allí, entre miembros de la familia real, confiaba en que la amistad significara algo.

Viajaba con otros tres empleados de Reliant, dos ingenieros y una directora de marketing: Brad, Cayley y Rachel. Ellos demostrarían las capacidades de Reliant y Alan esbozaría los números. Proveer de TI a la futura ciudad significaría como mínimo unos cientos de millones para Reliant de entrada, más en el futuro, y, lo fundamental, una vida de comodidades para Alan. Quizá no una vida de comodidades. Pero podría esquivar una posible bancarrota, tendría algo para la jubilación y Kit podría estudiar en la universidad de su elección, y la vida y su padre la decepcionarían mucho menos.

Salió de la habitación. La puerta se cerró como un cañonazo. Recorrió el pasillo de color naranja.

Habían construido el hotel para que no diera ninguna pista de su existencia en el Reino de Arabia Saudí. El conjunto del complejo, fortificado y separado de la carretera y el mar, carecía de contenido y de contexto, no tenía ni siquiera un par de diseños de origen árabe. Aquel lugar, todo palmeras y adobe, podría haber estado en Arizona, en Orlando, en cualquier parte.

Alan se asomó al atrio, miró diez plantas más abajo, por donde deambulaban docenas de hombres, todos ellos con la vestimenta saudí tradicional. Alan repasó el vocabulario: las largas túnicas blancas eran *thobs*. La tela que cubría el cabello y el cuello era la *gutra*, sostenida por un cordón negro, el *iqal*. Alan observó deambular a los hombres, cuyos *thobs* otorgaban cierta ingravidez a sus movimientos. Una convención de fantasmas.

Al fondo del pasillo vio una puerta de ascensor que se cerraba. Corrió hacia allí y coló la mano por el hueco. Las puertas se recogieron, sorprendidas y arrepentidas. En el ascensor de cristal había cuatro hombres, todos con *thob* y *gutra*. Algunos miraron a Alan, pero enseguida volvieron a concentrarse en la nueva tableta informática que sostenían entre ellos. El propietario estaba enseñando la función de teclado e iba

girando el aparato, con lo que los botones se reconfiguraban diligentemente y ello causaba un gran placer a sus amigos.

El contenedor de cristal que los acogía bajó por el atrio hasta el vestíbulo silencioso como la nieve y las puertas se abrieron frente a una pared de roca falsa. Olía a cloro.

Alan sostuvo la puerta abierta para los saudíes, que no le dieron las gracias. Avanzó. Las fuentes lanzaban agua al aire sin ton ni son.

Se sentó a una mesilla de hierro fundido del vestíbulo. Llegó un camarero. Alan pidió un café.

Cerca había dos hombres, uno negro y otro blanco, sentados juntos, vestidos con *thobs* blancos idénticos. La guía de viajes de Alan informaba de que en Arabia Saudí pervivía un racismo pronunciado, incluso descarnado, y sin embargo estaban los dos juntos. Quizá no demostraran la armonía social, pero... Alan no recordaba ningún ejemplo de una costumbre o máxima descrita en una guía de viajes que existiera en la práctica. Transmitir normas culturales era como informar del estado del tráfico. Para cuando las publicabas, ya no importaban.

Ahora había alguien de pie a su lado. Alan levantó la vista y vio a un gordinflón fumando un cigarrillo muy fino. Alzó una mano como si saludara. Alan, desconcertado, saludó.

—¿Alan? ¿Eres Alan Clay?

—Sí.

El hombre apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal y le estrechó la mano. Tenía los dedos largos y finos, suaves como la gamuza.

—¿Eres el conductor? —preguntó Alan.

—Conductor, guía, héroe. Yusef —respondió el hombre.

Alan se levantó. Yusef era bajo, el *thob* de color crema le daba a su figura la forma de un pingüino. Era joven, no mucho mayor que Kit. Tenía la cara redonda, sin arrugas, con el bigote ralo de un adolescente.

—¿Tomando un café?

—Sí.

—¿Quieres acabártelo?

—No, da igual.

—Bien. Pues entonces, por aquí.

Salieron a la calle. El calor estaba vivo, era depredador.

—Por aquí —indicó Yusef, y cruzaron a buen paso un pequeño aparcamiento en dirección a un viejo Chevy Caprice de color marrón charco—. Mi amor —dijo, presentándolo como haría un mago con un ramo de flores falsas.

El coche era una tartana.

—¿Listo? ¿No llevas bolsa?

Alan no llevaba nada. Solía llevar un maletín, cuadernos, pero luego nunca había consultado las notas que tomaba en las reuniones. Ahora se sentaba en las reuniones sin apuntar nada y eso le daba fuerzas. La gente le suponía una gran agudeza mental al que no tomaba notas.

Alan abrió la portezuela de atrás.

—No, no —dijo Yusef—. No soy un chófer. Siéntate delante.

Alan obedeció. El asiento soltó una pequeña nube de polvo.

—¿Estás seguro de que este cacharro aguantará? —preguntó Alan.

—Voy con él a Riad todo el tiempo —respondió Yusef—. Nunca me ha fallado.

Yusef subió al coche y giró la llave de contacto. El motor permaneció mudo.

—Espera —dijo, y se bajó, abrió el capó y desapareció detrás.

Al cabo de un momento, cerro el capó, volvió a entrar y encendió el motor. El motor arrancó entre toses, sonaba a pasado.

—¿Problemas con el motor? —preguntó Alan.

—No, no. He tenido que desconectarlo antes de entrar en el vestíbulo. He de asegurarme de que no lo manipulan.

—¿Manipularlo? ¿Para hacerlo estallar?

—No es terrorismo. Solo un tío que cree que me tiro a su mujer.

Yusef puso la marcha atrás y retrocedió.

—Es posible que esté intentando matarme —explicó—. Allá vamos.

Abandonaron la rotonda del hotel. En la salida pasaron junto a un Humvee color desierto con una metralleta en el techo. Al lado había un soldado saudí, sentado en una silla de playa, con los pies hundidos en una piscina hinchable.

—¿De modo que estoy en un coche que podría explotar?

—No, ahora no. Acabo de comprobarlo. Ya me has visto.

—¿Lo dices en serio? ¿Alguien intenta matarte?

—Podría ser —dijo Yusef, y cogió la autopista principal, paralela al mar Rojo—. Pero no se sabe seguro hasta que ocurre, ¿verdad?

—He esperado una hora para conseguir un chófer, y ahora resulta que su coche podría explotar.

—No, no —repitió Yusef, esta vez distraído. Intentaba encender el iPod, un modelo viejo, que estaba apoyado en el portabebidas, entre los dos. Algo fallaba con la conexión entre el iPod y el equipo de música del coche—. No es preocupante. No creo que sepa manipular un coche así. No es un tipo duro. Solo es rico. Solo podría darse el caso si contratara a alguien.

Alan se quedó mirando a Yusef hasta que el joven lo entendió: un rico podía muy bien contratar a alguien para volar el coche del tío que se tiraba a su mujer.

—Joooder —dijo, volviéndose hacia Alan—. Ahora me has asustado de verdad.

Alan se planteó abrir la portezuela y tirarse del coche. Parecía un proceder más prudente que circular con aquel hombre.

Mientras, Yusef sacó otro cigarrillo fino de la cajetilla y lo encendió, mirando a la carretera con los ojos entornados. Estaban pasando junto a una larga serie de esculturas inmensas de colores de golosina.

—Feo, ¿eh? —dijo Yusef. Dio una calada larga y cualquier preocupación por un posible sicario pareció desvanecerse—. Y bien, Alan, ¿de dónde eres?

A Alan se le contagió un poco la actitud displicente de Yusef y dejó de preocuparse. Con su figura de pingüino, sus cigarrillos finos y su Chevy Caprice, no era el tipo de hombre que interesaría a un asesino.

—Boston —respondió Alan.

—Boston. Boston —repitió Yusef, tamborileando en el volante—. He estado en Alabama. Un año de universidad.

Aun consciente de que era un error, Alan continuó hablando con aquel chiflado.

—¿Estudiaste en Alabama? ¿Por qué en Alabama?

—¿Lo dices porque era el único árabe en varios miles de kilómetros a la redonda? Me dieron una beca. En Birmingham. Nada que ver con Boston, supongo, ¿no?

A Alan le gustaba Birmingham y se lo dijo. Tenía amigos en Birmingham.

Yusef sonrió.

—Y esa estatua enorme de Vulcano. Da miedo, ¿eh?

—Es verdad. Me encanta esa estatua —dijo Alan.

La estancia en Alabama explicaba el inglés americano de Yusef. Hablaba con un acento saudí casi imperceptible. Vestía sandalias hechas a mano y gafas de sol Oakley.

Cruzaron Yida a toda velocidad, todo parecía muy nuevo, no muy distinto de Los Ángeles. Los Ángeles con burkas, le había dicho una vez Angie Healy. Habían trabajado juntos una temporada en Trek. La echaba de menos. Otra muerta en su vida. Eran demasiadas, novias que se convertían en viejas amigas, luego en amigas viejas, amigas que se casaban, que envejecían un poco, cuyos hijos ya eran mayores. Y luego estaban las muertas. Muertas por aneurisma, cáncer de mama, linfoma no-Hodgkin. Era una locura. Su hija tenía veinte años y pronto cumpliría treinta, y enseguida le lloverían los achaques.

—Y entonces ¿te tiras a la mujer del tipo ese o qué?

—No, no. Es mi ex mujer, estuvimos casados hace mucho tiempo.

Miró a Alan para evaluar su reacción hasta el momento.

—Pero no salió bien. Se casó con otro. Ahora está aburrida y me manda mensajitos todo el tiempo. Me escribe en Facebook, en todos sitios. El marido lo sabe y cree que su mujer tiene una aventura. ¿Te apetece comer algo?

—¿Te parece que deberíamos parar a comer?

—Podríamos parar en la Ciudad Vieja.

—No, acabo de comer. Llegamos tarde, ¿recuerdas?

—Ah, ¿tenemos prisa? No me lo han dicho. Pues si llegamos tarde no deberíamos ir por aquí.

Yusef cambió de sentido y aceleró.

Quizá Kit saldría ganando si se quedaba un año en casa. Su compañera de habitación en la universidad era un bicho raro, una chica de Manhattan flaca como un palillo, muy observadora. La compañera de habitación se fijaba en que Kit no dormía bien y tenía su opinión al respecto de lo que significaba, de cómo debería tratarse, de las causas profundas de dicha disfunción. Sus observaciones iban seguidas de preguntas, sospechas sobre los diversos problemas que podían aquejar a Kit. Se fijaba en minúsculos moraditos en los brazos de Kit y exigía saber qué hombre se los había hecho. Se fijaba en que la voz de Kit era aguda, poca cosa, casi infantil, y eso, explicaba la compañera de habitación, con frecuencia era síntoma de abusos sexuales en la infancia, la voz de la víctima se quedaba congelada en la edad del trauma. ¿Alguna vez te habías fijado en que tienes voz de niña?, preguntaba.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó Alan.

—¿Llevar a gente en coche? Es un complemento. Soy estudiante.

—¿De qué?

—¡De la vida! —respondió Yusef, luego se rió—. No, te tomo el pelo. Empresariales, marketing. Esas cosas. No tengo ni idea de por qué.

Dejaron atrás un gran parque infantil y, por primera vez, Alan vio niños. A seis o siete, colgados de las barras y trepando por los toboganes. Y con ellos había tres mujeres con burka de color negro tizón. Había estado entre burkas con anterioridad, pero ver a aquellas sombras moverse por el parque, perseguir a los niños... le produjo escalofríos. ¿Acaso no era de pesadilla que te persiguiera una figura vestida de negro alargando las manos? Pero Alan no sabía nada y no dijo nada.

—¿Cuánto se tarda? —preguntó Alan.

—¿A la Ciudad Económica Rey Abdalá? ¿Es ahí a donde vamos?

Alan no contestó. Yusef sonreía. Estaba bromeando.

—Una hora más o menos. Puede que un poco más. ¿A qué hora deberías haber llegado?

—A las ocho. Ocho y media.

—Bueno, pues llegarás a mediodía.

—¿Te gusta Fleetwood Mac? —preguntó Yusef.

Había conseguido que funcionara el iPod (parecía que hubiera pasado siglos en la arena y acabaran de desenterrarlo) y ahora buscaba entre sus canciones.

Salieron de la ciudad y enseguida entraron en una autopista recta que atravesaba el desierto puro y duro. No era un desierto bonito. No tenía dunas. Aquel desierto era implacablemente llano. Atravesado por una fea autopista. El coche de Yusef dejó atrás camiones cisterna y de carga. De vez en cuando, a lo lejos, asomaba un pueblo de cemento gris, un laberinto de paredes y cables eléctricos.

Una vez Alan y Ruby habían cruzado Estados Unidos en coche, de Boston a Oregón, para la boda de un amigo. La clase de opción absurda posible antes de tener hijos. Se habían peleado repetida y acaloradamente, sobre todo a propósito de sus ex. Ruby quería hablar de los suyos, con gran detalle. Quería que Alan supiera por qué los había dejado y le había elegido a él, y Alan no quería saberlo. ¿Era mucho pedir hacer tábula rasa? Basta, por favor, le suplicó. Ella continuó, regodeándose en su historia. Basta, basta, basta, rugió él por fin, y no volvieron a pronunciar palabra entre Salt Lake City y Oregón. Cada kilómetro silencioso le daba más fuerzas e, imaginó Alan, cimentaba el respeto que ella sentía por él. Sus únicas armas contra ella eran el silencio, el mal humor; ocasionalmente cultivaba una intensidad perturbadora. Nunca había sido tan terco como lo era con ella. Esa fue la versión de sí mismo que pasó seis años con Ruby. Esa versión de Alan era fiera, celosa, siempre a la que salta. Nunca se había sentido tan vital.

Yusef encendió otro cigarrillo.

—No es la marca más masculina del mundo —apuntó Alan.

Yusef se rió.

—Estoy intentando dejarlo, así que me he pasado del tamaño normal a este. Son la mitad de gruesos. Tienen menos nicotina.

—Y son más delicados.

—Delicados. Delicados. Me gusta. Sí, son delicados.

Yusef tenía uno de los incisivos en diagonal, montado sobre el otro. Teñía su sonrisa de una peculiar locura.

—Hasta la cajetilla —dijo Alan—. Mírala.

Era plateada y blanca y minúscula, como un Cadillac en miniatura conducido por un insecto proxeneta.

Yusef abrió la guantera y guardó dentro la cajetilla.

—¿Mejor? —preguntó.

Alan se rió.

—Gracias.

Durante diez minutos no dijeron nada.

Alan no sabía si aquel tipo estaba llevándolo a la Ciudad Económica Rey Abdalá. Si era un secuestrador encantador.

—¿Te gustan los chistes? —preguntó Alan.

—¿Te refieres a bromas que se recuerdan y se cuentan?

—Sí. Bromas que recuerdas y cuentas.

—No es muy saudí, esa clase de broma. Pero he escuchado alguna. Un británico me contó la de la reina y el pollón.

Ruby detestaba los chistes. Demasiado embarazosos, decía después de alguna de sus salidas nocturnas en que Alan hubiera contado uno o diez. Alan se sabía miles de chistes y cualquiera que conociera a Alan sabía que los sabía.

Incluso lo habían puesto a prueba: hacía unos años un grupo de amigos le había hecho contar chistes durante dos horas seguidas. Creyeron que agotaría el repertorio, pero no había hecho más que empezar. Nunca había sabido por qué recordaba tantos chistes. Pero en cuanto terminaba uno, se le ocurría otro. Nunca fallaba. Cada chiste iba ligado al siguiente, como la ristra de pañuelos de un mago.

—No seas paleta —le decía Ruby—. Pareces salido de un vodevil. Ya nadie cuenta chistes así.

—Yo sí.

—La gente cuenta chistes cuando no tiene nada que decir.

—La gente cuenta chistes cuando no queda nada que decir.

En realidad Alan no lo dijo. Se le ocurrió muchos años después, pero para entonces Ruby y él ya no se hablaban.

Yusef tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Vale —dijo Alan—. El marido de una mujer ha estado enfermo. Lleva meses entrando y saliendo de un coma, pero ella ha permanecido junto a su lecho todos los días. Cuando se despierta, le pide a su mujer que se acerque. Ella se acerca, se sienta a su lado. Él tiene un hilo de voz. Le coge la mano. «¿Sabes una cosa?», dice el marido. «Me has acompañado en los malos momentos. Cuando me despidieron, estuviste a mi lado. Cuando el negocio se hundió, estabas ahí. Cuando perdimos la

casa, me apoyaste. Cuando empezó a fallarme la salud, seguiste conmigo... ¿Sabes qué?» «¿Qué, cariño?» «¡Que me das mala suerte!»

Yusef soltó una risotada, tosió. Tuvo que apagar el cigarrillo.

—Es bueno. No me lo esperaba. ¿Sabes más?

Alan se sintió muy agradecido. Hacía muchos años que no contaba un chiste a un joven que lo apreciara.

—Sí —respondió Alan—. A ver... Ah, este es bueno. Vale, hay un tipo que se llama Raro. Juan Raro. Y odia su apellido. La gente se burla todo el rato, a él y a su mujer los llaman los Raros, cada vez que sale de un sitio dicen que ha salido el Raro y así. El tipo está envejeciendo y hace testamento. Y en el testamento estipula que cuando muera no quiere que graben su nombre en la lápida. Quiere que lo entierren en una tumba anónima con una lápida lisa, sin nombre ni nada. Así que se muere y su mujer respeta su voluntad. Y el tipo está en su tumba anónima, pero cada vez que alguien pasa por el cementerio y la ve, pregunta: «Es raro, ¿no?».

Yusef se rió, tuvo que secarse los ojos.

Alan adoraba a ese hombre. Incluso su propia hija, Kit, sacudía la cabeza (No, por favor) cada vez que Alan intentaba contarle un chiste.

Alan siguió.

—Vale. Una pregunta. ¿Cómo se llama un tipo que sabe cuarenta y ocho maneras distintas de hacer el amor pero no conoce a ninguna chica?

Yusef se encogió de hombros.

—Consultor.

Yusef sonrió.

—No está mal. Un consultor. Como tú.

—El mismo —dijo Alan—. Al menos una temporada.

Pasaron ante un pequeño parque de atracciones, pintado con vivos colores pero aparentemente abandonado. Una noria rosa y amarilla se erguía solitaria esperando a los niños.

Alan pensó en otro chiste.

—Vale, este es mejor. Hay un policía. Y acaba de llegar a la escena de un accidente de tráfico horrible. Hay trozos de las víctimas por todas partes, un brazo

por aquí, una pierna por allá. El poli lo va anotando todo y se topa con una cabeza. Apunta en la libreta «Cabeza en vulevar», pero lo escribe con v y sabe que está mal. De modo que lo tacha y lo repite: «Cabeza en bulebar». Vuelve a escribirlo mal, las dos con b. Así que lo tacha. Y prueba otra vez: «Cabeza en boulevard». «¡Mierda!» Echa un vistazo alrededor y ve que nadie está mirando. Mueve un poco la cabeza con la punta del pie, vuelve a sacar el lápiz: «Cabeza en acera».

—Es bueno —dijo Yusef, aunque no se rió.

Avanzaron en silencio un par de kilómetros. El paisaje era llano y vacío. Cualquier cosa que se construyera allí, en un desierto implacable, constituía un acto de pura imposición de la voluntad sobre un territorio no habitable.

El cuerpo de Charlie, cuando lo sacaron del lago, parecía un desecho. Llevaba un impermeable negro, y lo primero que pensó Alan era que se trataba de un montón de hojas envueltas en una lona. Solo las manos parecían humanas.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó Alan a la policía.

No necesitaban nada. Lo habían visto todo. Catorce policías y bomberos vieron morir a Charlie Fallon en aquel lago durante cinco horas.

—¿Y a qué vas?

—¿Adónde?

—A la KAEC.

Yusef lo pronunció como una palabra. Está bien saberlo, pensó Alan.

—A trabajar.

—¿En la construcción?

—No. ¿Por qué?

—Pensé que quizá los ayudarías a arrancar. No hay nada. Ni un solo edificio.

—¿Has estado allí?

Alan supuso que la respuesta sería afirmativa. Tenía que ser la población más grande cerca de Yida. Pues claro que Yusef la habría visitado.

—No.

—¿Por qué no?

—No hay nada.

—Todavía —corrigió Alan.

—Nunca.

—¿Nunca?

—No se hará. Está muerta.

—¿Qué? No está muerta. He investigado durante meses. Voy a presentar mi producto. Van a toda máquina.

Yusef se giró hacia Alan y sonrió, con una gran mueca, divertidísimo.

—Espera a que llegemos —dijo. Se encendió otro cigarrillo—. ¿A toda máquina? Por Dios.

En ese momento apareció ante sus ojos una valla publicitaria de la urbanización. Una familia posaba en una terraza, con una puesta de sol nada convincente detrás. El hombre era saudí, empresario, sostenía un móvil en una mano y un periódico en la otra. La mujer, que servía el desayuno al marido y a dos hijos impacientes, vestía hiyab, una blusa recatada y pantalones. Al pie de la foto se leía CIUDAD ECONÓMICA REY ABDALÁ: LA VISIÓN DE UN HOMBRE, LA ESPERANZA DE UNA NACIÓN.

Alan señaló la valla.

—¿Crees que no se construirá?

—Qué sé yo. Yo solo sé que todavía no han hecho nada.

—¿Y Dubai? Se construyó.

—Esto no es Dubai.

—¿No puede ser Dubai?

—No será Dubai. ¿Qué mujeres querrían venir aquí? Nadie viene a Arabia Saudí si puede evitarlo, ni siquiera con los pisitos rosas junto al mar.

—La mujer del anuncio parece más adelantada —dijo Alan.

Yusef suspiró.

—Es la idea, dicen. O no lo dicen, pero dan a entender que en la Ciudad Económica las mujeres tendrán más libertades. Podrán moverse con más libertad entre hombres y conducir. Cosas así.

—¿Y eso no es bueno?

—Si la construyen, puede que sí. Pero no la construirán. Podría haber existido en otro momento, pero ya no hay dinero. Emaar es un fracaso. En Dubai se están yendo a la ruina. Todo se sobrevaloró y ahora se han arruinado. Le deben dinero a todo el planeta, y la KAEC está muerta. Todo está muerto. Ya lo verás. ¿Te sabes más chistes?

Alan estaba alarmado, pero intentó no tomarse las opiniones de Yusef demasiado en serio. Sabía que en Arabia Saudí y en todas partes había detractores. Emaar, la promotora global que había construido gran parte de Dubai, tenía problemas, víctima de la burbuja inmobiliaria, y todo el mundo sabía que sin la implicación personal del rey Abdalá y su dinero, la Ciudad Económica también los tendría. Pero el rey invertiría en ella su dinero. Y sin duda se aseguraría de que el proyecto avanzara. Llevaba su nombre. Era su legado. El orgullo del rey Abdalá no le permitiría dejar que el proyecto fracasara. Alan le explicó todo esto a Yusef, tratando de convencerse también a sí mismo.

—¿Y si se muere el rey? —preguntó Yusef—. Tiene ochenta y cinco años. Entonces ¿qué?

Alan no tenía respuesta. Quería creer que esa clase de cosas, una ciudad levantándose del polvo, podían pasar. Las proyecciones arquitectónicas que había visto eran magníficas. Torres relucientes, espacios públicos y paseos arbolados, una serie de canales gracias a los cuales podía conseguirse casi cualquier cosa por barca. La ciudad era futurista y romántica, pero también práctica. Con la tecnología existente y un montón de dinero podía hacerse, y desde luego Abdalá tenía dinero. Por qué no invertía el dinero directamente, sin Emaar, era un misterio. El hombre tenía dinero de

sobra para edificar la ciudad de la noche a la mañana... ¿por qué no lo hacía? A veces un rey tenía que comportarse como tal.

La siguiente salida anunciaba la Ciudad Económica Rey Abdalá. Yusef se volvió hacia Alan, arqueó las cejas fingiendo dramatismo.

—Allá vamos. ¡A toda máquina!

Dejaron la autopista y condujeron en dirección al mar.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Alan.

—Tú eras el que quería ir.

Alan no vio ninguna señal de una futura ciudad.

—Sea lo que sea está allí —dijo Yusef, señalando hacia delante.

La carretera era nueva, pero atravesaba la nada más absoluta. Condujeron kilómetro y medio hasta una entrada discreta, un par de arcos de piedra sobre la carretera coronados por una gran cúpula. Era como si alguien hubiera construido una carretera por el desierto impenitente y luego hubiera erigido una entrada en algún sitio para indicar el final de una cosa y el principio de otra. Resultaba esperanzador, pero no convincente.

Yusef paró y bajó la ventanilla. Un par de guardias de uniforme azul, con los rifles colgando holgadamente de los hombros, se aproximaron con cautela y rodearon el coche. Parecían sorprendidos de ver a alguien, más aún a dos hombres en un Chevy de treinta años.

Yusef habló con ellos, mencionó al pasajero y lo señaló con un gesto de la barbilla. Los guardias se inclinaron para ver al americano del asiento del pasajero. Alan sonrió con profesionalidad. Uno de los guardias le dijo algo a Yusef y Yusef se volvió hacia Alan.

—Identificación.

Alan le entregó el pasaporte. El guardia desapareció en el despacho. Regresó, le devolvió el pasaporte a Yusef y les indicó que pasaran con un ademán.

Más allá del puesto de control, la carretera se dividía en dos carriles. La mediana estaba cubierta de hierba, quemada y agostada, que mantenían con vida un par de hombres con monos rojos regándola con una manguera.

—Sospecho que no pertenecen al sindicato —dijo Alan.

Yusef sonrió con gravedad.

—El otro día oí a un tipo en la tienda de mi padre. Dijo: «Aquí no tenemos sindicatos. Nosotros tenemos filipinos».

Siguieron adelante. Ahora había una hilera de palmeras en la hierba de la mediana, todas recién plantadas, algunas envueltas todavía en arpillera. Cada decena de árboles más o menos se intercalaban unas banderolas sujetas a las farolas que mostraban imágenes de cómo sería la ciudad una vez terminada. En una aparecía un hombre en *thob* bajando de un yate maletín en mano al que recibían dos individuos de traje negro y gafas de sol. En otra, un hombre blandía un palo de golf al atardecer, con el caddie a su lado (presumiblemente, otro sudasiático). Había también una imagen en aerógrafo de un fabuloso estadio. Una vista aérea de la playa bordeada de complejos turísticos. Una foto de una mujer ayudando a su hijo a usar un ordenador portátil. Llevaba hiyab, pero por lo demás vestía a lo occidental, todo de color lavanda.

—¿Por qué iban a publicitar esas libertades si no fueran ciertas? —preguntó Alan  
—. Abdalá se arriesga a cabrear a los conservadores.  
Yusef se encogió de hombros.  
—¿Quién sabe? Impresionan a tipos como tú, así que quizá funcione.

La carretera se enderezaba y volvía a atravesar un desierto sin rasgos ni forma. Más o menos cada seis metros había una farola, pero nada más, el conjunto parecía una urbanización lunar recién abandonada.

Condujeron otro kilómetro y medio en dirección al mar hasta que volvieron a aparecer árboles. Grupos de trabajadores, algunos con casco, algunos con la cabeza cubierta por pañuelos, se apiñaban bajo las palmeras. A lo lejos, la carretera acababa a unos cientos de metros del agua, donde se erguían un puñado de edificios con aspecto de lápidas viejas.

—En esencia es esto —observó Yusef.

El viento del desierto soplaba con fuerza y el polvo cubría la calle como si fuera niebla. No obstante, dos hombres estaban barriendo la carretera.

Yusef los señaló y se rió.

—Ahí va a parar el dinero. Barren arena en el desierto.

## 6

Hasta la fecha la totalidad de la nueva ciudad comprendía tres edificios. Había un bloque de pisos rosa pastel, más o menos terminado, pero que parecía vacío. Había un centro de bienvenida de dos plantas, en un estilo vagamente mediterráneo, rodeado de fuentes, la mayoría secas. Y había un edificio de oficinas de cristal de unas diez plantas, achaparrado y cuadrado y negro. Un cartel de la fachada decía 7/24/60.

Yusef le quitó importancia.

—Significa que trabajan todos los días, todas las horas, cada minuto. Cosa que dudo.

Aparcaron delante del centro de bienvenida, bajo y situado justo al lado de la playa. Lo adornaban cúpulas y minaretes pequeños. Bajaron del coche, el calor era intenso. Estaban a 43 °C.

—¿Quieres acompañarme? —preguntó Alan.

Yusef se plantó ante el edificio, como decidiendo si habría algo en su interior que mereciera dedicarle tiempo.

—Cárgalo a mi cuenta —añadió Alan.

Yusef se encogió de hombros.

—Podría ser entretenido.

Las puertas se abrieron hacia fuera, automáticamente, y salió un hombre con un *thob* blanco reluciente.

—¡Señor Clay! Le estábamos esperando. Me llamo Sayed.

Tenía la cara delgada, el bigote ancho. Los ojos eran pequeños y risueños.

—Lamento que haya perdido la conexión. Al parecer, el hotel ha tenido ciertas dificultades para despertarle.

—Siento llegar tarde —se excusó Alan, con la mirada serena.

Sayed sonrió cálidamente.

—Hoy el rey no vendrá, así que su retraso carece de importancia. ¿Quiere pasar?

Entraron en el edificio, oscuro y frío.

Alan miró a su alrededor.

—¿El equipo de Reliant está por aquí o...?

—Están en la zona de demostraciones —respondió Sayed, señalando hacia la playa en general. Tenía acento británico. Todos los altos funcionarios del Reino, le habían contado a Alan, se habían formado en la Ivy League y en Reino Unido. En el caso de aquel tipo, supuso Alan, en Saint Andrews—. Pero he pensado que podría ofrecerle una visita guiada. ¿Le atrae la idea?

A Alan le parecía que como mínimo debía saludar al equipo, pero no lo dijo. La visita prometía ser inofensiva y probablemente breve.

—Por supuesto. Adelante.

—Excelente. ¿Un zumo?

Alan asintió. Sayed se giró y otro ayudante le pasó un vaso con zumo de naranja que él tendió a Alan. El vaso era de vidrio, recordaba a un cáliz. Alan lo cogió y siguió a los hombres por el vestíbulo, repleto de arcos e imágenes de la futura ciudad, hacia una gran sala dominada por una inmensa maqueta que llegaba hasta la cintura.

—Le presento a mi socio, Muyaddid —dijo Sayed, refiriéndose al otro hombre, de pie junto a la pared con un traje de negocios negro.

Muyaddid tendría unos cuarenta años, era de constitución fuerte e iba afeitado. Saludó con la cabeza.

—Esta es la ciudad acabada.

Muyaddid tomó la palabra:

—Señor Clay, le ofrezco el sueño del rey Abdalá.

Los minúsculos edificios de la maqueta, cada uno del tamaño de un pulgar, eran todos de color crema y entre ellos serpenteaban carreteras blancas que se curvaban con delicadeza. Había rascacielos, fábricas y árboles, puentes y canales, miles de hogares.

Alan siempre había sentido debilidad por una maqueta así, una visión así, un plan a treinta años, algo que crecía de la nada... aunque sus experiencias tratando de llevar a buen puerto visiones así no habían triunfado.

Una vez había encargado una. El mero recuerdo le provocó una punzada de arrepentimiento. La fábrica de Budapest no había sido idea suya, pero se había sumado al proyecto creyendo que estaba destinado a grandes cosas. Pero convertir una fábrica de la era soviética en modelo de eficiencia capitalista propiedad de Schwinn... había sido una locura. Lo habían enviado a Hungría a arrancar el proyecto, a llevar la fabricación estadounidense de bicicletas a la Europa del Este, a abrirle las puertas del continente a Schwinn.

Alan había encargado una maqueta a escala, había organizado una inauguración magnífica, todo eran grandes esperanzas. Quizá pudieran distribuir las bicis húngaras más allá de Europa. Quizá de vuelta a Estados Unidos. Los costes de mano de obra serían nulos, la calidad, superior. Esos eran los supuestos.

Pero fracasó. La fábrica nunca funcionó a pleno rendimiento, no consiguieron formar a los trabajadores, no eran eficientes, y Schwinn no tenía suficiente capital para modernizar debidamente la maquinaria. Un fracaso colosal, y desde ese momento Alan tuvo los días contados como hombre capaz de conseguir cosas.

Y no obstante, mientras contemplaba esta nueva maqueta, Alan tuvo la impresión de que la ciudad podía hacerse realidad, de que con el dinero de Abdalá podría suceder. Sayed y Muyaddid la miraban fijamente con él, aparentemente tan fascinados como Alan mientras le explicaban las diversas fases de construcción. La ciudad, dijeron, se terminaría en 2025, con una población de millón y medio de habitantes.

—Impresionante —dijo Alan.

Miró a Yusef, que paseaba por el vestíbulo. Sus miradas se cruzaron y lo invitó a entrar, pero Yusef negó rápidamente con la cabeza, rechazando la invitación.

—Estamos justo aquí —explicó Muyaddid.

Muyaddid señaló un edificio justo debajo de su nariz, exactamente igual que el edificio en el que estaban pero del tamaño de una uva. En la maqueta, ocupaba un largo paseo que bordeaba la playa. De pronto apareció un punto rojo en la segunda planta, como si una nave espacial lo hubiera condenado a la desintegración.

Alan se acabó el zumo y descubrió que no tenía dónde dejar el vaso. No había ninguna mesa y el hombre de la bandeja se había esfumado. Secó la base del vaso con la manga y lo dejó en la superficie que interpretó como el mar Rojo, a menos de un kilómetro de la orilla. Sayed sonrió educadamente, recogió el vaso y salió de la habitación.

Muyaddid sonrió con gravedad.

—¿Vemos la película?

Alan y Yusef fueron conducidos a un salón de baile de techos altos, iluminado por espejos y pan de oro, donde había una serie de sofás amarillos dispuestos en fila, de cara a una pantalla gigante que ocupaba toda una pared. Se sentaron y la habitación se oscureció.

Una voz femenina comenzó a hablar con un acento británico seco.

«Inspirada por el liderazgo ejemplar y visionario del rey Abdalá...» Una versión generada por ordenador de la maqueta de la ciudad apareció en pantalla, animada y

resplandeciente de noche. La cámara subió y bajó por una bella cordillera de cristal negro y luces. «Les presentamos el nacimiento de la que será la próxima capital económica mundial...»

Alan miró a Yusef. Quería que Yusef estuviera impresionado. La película debía de haber costado millones. Yusef estaba consultando los mensajes del móvil.

«... para diversificar la mayor economía de Oriente Próximo...»

Enseguida se hizo de día en la Ciudad Económica Rey Abdalá, a nivel de calle, con lanchas surcando los canales, hombres de negocios estrechándose la mano junto al agua, buques portacontenedores atracando en el puerto y, presumiblemente, exportando los numerosos productos fabricados en la ciudad.

«La cooperación financiera entre países árabes...»

Aparecieron diversas banderas que representaban a Jordania, Siria, Líbano y EAU. Se vio un segmento de la mezquita que construirían, con capacidad para doscientos mil fieles a la vez. Una breve toma de un aula universitaria, con las mujeres a un lado y los hombres al otro.

«Una ciudad veinticuatro horas...»

Un puerto capaz de procesar diez millones de contenedores al año. Una terminal dedicada al Hajj capaz de procesar trescientos mil peregrinos por temporada. Un complejo deportivo gigante que se abriría como una almeja.

Entonces Yusef se interesó. Se inclinó hacia Alan.

—Un estadio con forma de vagina. No está mal.

Alan no se rió. Estaba entregado. La película era espectacular. Parecía la mejor ciudad del mundo después de París. Alan vio el papel de Reliant en todo el asunto: transporte de datos, vídeo, teléfono, transporte por redes, tarjetas RFID para mover los contenedores, tecnología para los hospitales, las escuelas, los tribunales. Las posibilidades eran infinitas, mayores de lo que Ingvall, él o cualquiera hubiera imaginado. Por fin la película alcanzó un *crescendo*, la cámara se elevó a los cielos para mostrar toda la Ciudad Económica Rey Abdalá por la noche, rutilante, bajo fuegos artificiales.

Se encendieron las luces.

Volvían a estar en un salón con espejos y sofás amarillos.

—No está mal, ¿eh? —preguntó Muyaddid.

—No está nada mal —respondió Alan.

Miró a Yusef, cuya expresión no transmitía nada. Si tenía un chiste listo, alguna duda pendiente, y lo parecía, tuvo la prudencia de no exponerlos entonces, en aquella sala, con las luces encendidas.

—Veamos la maqueta del distrito industrial —propuso Sayed.

Enseguida se encontraron en una sala repleta de dibujos de fábricas, almacenes, camiones en carga y descarga. La idea, explicó Sayed, consistía en fabricar productos que utilizaran petróleo saudí —plásticos, juguetes, incluso pañales— y exportarlos por todo Oriente Próximo. Quizá también a Europa y Estados Unidos.

—Tengo entendido que se dedicó un tiempo a las manufacturas, ¿verdad? —preguntó Sayed.

Alan no supo reaccionar.

—Hemos investigado, señor Clay. Y de niño tuve una Schwinn. Viví unos cinco años en Nueva Jersey. En empresariales, estudiamos el caso Schwinn.

Siempre los casos de estudio. Alan había participado en algunos, pero al final se volvió demasiado deprimente. Las preguntas de los estudiantes listillos fingiendo ser jóvenes emprendedores ambiciosos. ¿Por qué no previeron el éxito de las BMX? ¿Y de las mountain bikes? Ahí acabaron con vosotros. ¿Fue un error trasladar toda la producción a China? Eso, de unos chavales cuya experiencia empresarial consistía en cortar el césped en verano. ¿Cómo pasaron a convertirse los proveedores en competidores? Una pregunta retórica. Quieres reducir el coste unitario, fabricas en Asia, pero pronto los proveedores dejan de necesitarte, ¿verdad? Enseña a un hombre a pescar. Ahora los chinos sabían pescar y el noventa y nueve por ciento de todas las bicicletas se fabricaban allí, en una provincia.

—Pero durante una temporada resultó interesante, ¿no? —continuó Sayed—. Cuando fabricaban las Schwinn en Chicago, las Raleigh en Inglaterra, las bicis italianas, las francesas... Durante un tiempo existió una competencia internacional de verdad, donde se elegía entre diferentes productos con historias, sensibilidades y técnicas productivas muy distintas...

Alan recordó. Los buenos tiempos. Por la mañana solía estar en la fábrica del West Side, vigilando cómo se cargaban en los camiones cientos de bicicletas, destellando al sol en una docena de colores de helados. Se subía al coche, ponía rumbo al sur del estado y por la tarde podía estar en Mattoon, Rantoul o Alton, visitando un concesionario. Veía entrar a una familia, papá y mamá venían a comprarle una World Sport a su hija de diez años, y la cría tocaba la bici como si se tratara de un objeto sagrado. Alan sabía, el vendedor sabía y la familia sabía que la bici estaba hecha a mano unos cientos de kilómetros más al norte por un despliegue de operarios alelados, la mayoría inmigrantes —alemanes, italianos, suecos, irlandeses, un buen número de japoneses y, por supuesto, la tira de polacos—, y que aquella bicicleta duraría más o menos para siempre. ¿Por qué importaba todo eso? ¿Por qué importaba que la hubieran fabricado un poco más allá por la 57? Costaba decirlo. Pero Alan era bueno en su trabajo. No era un trabajo muy difícil, vender algo así, algo fiable que formaría parte integral de mil recuerdos de infancia.

—Bueno, se acabó —repuso Alan, esperando matar el tema.

Sayed no había acabado.

—Ahora se trata de poner etiquetas distintas a la misma bici. Todas se producen en un puñado de fábricas... Todas las marcas que se le ocurran a uno.

Alan no tenía gran cosa que decir. Estaba de acuerdo con Sayed. Quería proseguir con la visita, pero el estudiante de empresariales Sayed estaba absorto en su caso de estudio.

—¿Alguna vez ha pensado que podría haber hecho algo de otro modo?

—¿Yo? ¿Personalmente?

—Bueno, en la parte que le tocara. ¿Podría haber cambiado el resultado? ¿Schwinn podría haber sobrevivido de algún modo?

*Podría. Podría.* Alan analizó la palabra. Si el tipo volvía a emplearla, lo machacaba.

Sayed esperaba respuesta.

—Fue complicado —musitó Alan.

Alan ya había pasado por eso. Schwinn despertaba nostalgia. La gente pensaba que el puñado de idiotas que dirigían la marca, idiotas como él, se la habían cargado. ¿Cómo podía ser que una empresa como Schwinn, que dominó la mayoría del mercado estadounidense durante casi ochenta años, hubiera acabado en bancarrota, vendida por casi nada? ¿Cómo podía ser? Bueno, ¿cómo podía no ser? Los hombres que dirigían Schwinn habían intentado continuar fabricando bicis en Estados Unidos. Para algunos, había sido su primer error. Aguantaron en Chicago hasta 1983. Alan quería sacudir a aquel capullo con un MBA. ¿Sabes lo que costó aguantar tanto? ¿Intentar fabricar bicicletas, máquinas complicadísimas de elevado coste laboral, en el West Side de Chicago, en una fábrica de cien años, hasta 1983?

—¿Alan?

Alan levantó la vista. Era Yusef.

—La visita continúa. ¿Quieres ir? ¿Podrías acompañarnos?

Sayed esperaba al final del pasillo.

—Subamos —dijo.

Dos pisos de escaleras y se encontraron por encima de la ciudad en gestación. La sala mirador tenía vistas de 360 grados, Alan se paseó pegado a las ventanas. En bruto, sí, pero desde aquella altura la ciudad era una belleza. Cobraba sentido. El mar Rojo era turquesa, una ligera ondulación producida por el suave viento que empujaba la marea. La arena era casi blanca, finísima. Un paseo embaldosado serpenteaba a lo lejos, dividiendo la costa oceánica de los apartamentos rosas y lo que ahora Alan veía que eran los cimientos de unos cuantos más. Habían plantado palmeras por toda la urbanización y al borde del canal más próximo, limpio y celeste, que tomaba agua del mar y cruzaba la ciudad en dirección este. Lo que desde la carretera se le había antojado un fallo garrafal parecía ahora un acierto total. El lugar bullía de actividad, por todas partes había trabajadores con monos de colores primarios, construyéndolo.

Cualquier inversor que contemplara el proyecto desde aquella atalaya quedaría convencido de que estaba llevándose a cabo con gran gusto y a una velocidad, al menos para Alan, admirable.

—¿Le gusta? —preguntó Muyaddid.

—Sí —respondió Alan—. Mire eso. Todas las ciudades necesitan ríos.

—Desde luego —convino Muyaddid.

Yusef también miraba por el cristal, sin el menor atisbo de cinismo en la expresión. Parecía disfrutar de las vistas sin malicia.

Sayed y Muyaddid condujeron a Alan y Yusef a un ascensor. Bajaron dos plantas y, cuando las puertas se abrieron, estaban en un garaje subterráneo.

—Por aquí.

Sayed los acompañó hasta un monovolumen. Se subieron al vehículo. Olía a nuevo. Remontaron una rampa y volvieron a salir a la luz. Un brusco giro a la izquierda los puso en dirección al agua y, segundos después, el coche se detuvo.

—Ya estamos —dijo Muyaddid.

Habían recorrido doscientos metros. Ante ellos se erguía una tienda enorme, blanca y tensa, de las que se utilizan para bodas y festivales.

—Gracias —dijo Alan, mientras bajaba del coche de vuelta al calor.

—Entonces ¿le veremos a las tres? —preguntó Sayed.

En algún momento debían de haber mencionado una cita.

—Sí —respondió Alan—. ¿En el edificio principal o en el centro de bienvenida?

—Será en el edificio central —dijo Sayed—. Con Karim al-Ahmad. Es su contacto principal.

Alan se quedó ante la tienda, confuso. Tenía una puerta de vinilo.

—¿Mi equipo está aquí dentro?

—Sí —contestó Muyaddid sin asomo de duda ni disculpa.

—En una tienda —dijo Alan.

Parecía imposible. Alan estaba convencido de que se había cometido una equivocación.

—Sí —confirmó Muyaddid—. La presentación tendrá lugar en la tienda de presentaciones. Confío en que dentro encontrarán cuanto necesiten.

Y tras cerrar la portezuela del coche se marchó.

Alan se volvió hacia Yusef.

—Ya puedes irte.

—¿Tienes modo de volver?

—Sí, hay una furgoneta o algo así.

Convinieron un precio y Alan le pagó. Yusef anotó un número de teléfono en una tarjeta.

—Por si vuelves a perder el transporte.

Se dieron la mano.

Yusef miró la tienda arqueando las cejas.

—A toda máquina —dijo, y se marchó.

En la tienda, Alan no vio a nadie. El espacio era amplio y estaba vacío, olía a sudor y a plástico. El suelo estaba cubierto de alfombras persas, docenas de ellas, unas sobre las otras. Una treintena de sillas plegables estaban repartidas por la tienda como si se hubiera celebrado una boda y los invitados acabaran de salir. Había un escenario en un extremo, donde el equipo de Alan montaría los altavoces y los proyectores.

En un rincón del fondo de la tienda, agachadas entre sombras, distinguió tres figuras con la vista fija en las pantallas grises de los portátiles. Se dirigió hacia ellas.

—¡Aquí está! —gritó una voz.

Era Brad. Vestía pantalón caqui y una camisa blanca almidonada, que se había arremangado. Se levantó para darle la mano a Alan e hizo cuanto pudo por aplastarle los huesos. De piernas cortas y fuertes, casi arqueadas, parecía un entrenador de lucha libre.

—Hola, Brad. Un placer verte.

Rachel y Cayley se levantaron. Se habían quitado las abayas y saludaron a Alan descalzas, en pantalón corto y camiseta. La tienda tenía aire acondicionado pero aun así la temperatura no era agradable. Los tres brillaban de sudor.

Esperaron a que Alan hablara. Alan no tenía ni idea de lo que esperaban. Conocía a los tres jóvenes muy por encima. Habían coincidido brevemente hacía tres meses, en Boston, a instancias de Eric Ingvall. Hicieron planes y expusieron deberes, fechas y objetivos. Les habían dado documentos para firmar, renunciaciones exigidas por el Reino y la aceptación de que si violaban alguna ley y los detenían, quedarían sujetos a las mismas penas que cualquier otro ciudadano. El documento citaba de forma harto significativa la ejecución entre las consecuencias de diversos delitos, incluido el adulterio, y todos lo habían firmado con cierto vértigo.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Alan.

No se le ocurrió nada mejor. Todavía estaba intentando procesar el hecho de que se encontraran en una tienda.

—Bien, pero no conseguimos señal wi-fi —dijo Cayley.

—Nos llega una muy débil de la Caja Negra —añadió Brad, señalando con la cabeza al edificio de oficinas 7/24/60 que se erguía sobre un terreno más elevado. Ya le habían puesto mote.

—¿Quién os ha metido en esta tienda? —preguntó Alan.

—Cuando llegamos nos dijeron que las presentaciones se harían aquí —respondió Cayley.

—En una tienda.

—Supongo.

—¿A ti te han dicho por qué, bueno, por qué estamos aquí? —se aventuró a preguntar Rachel—. En lugar de en el edificio principal.

—A mí no —respondió Alan—. Quizá todos los vendedores vengan aquí.

Alan había esperado encontrarse con otra docena de empresas, atareadas con los preparativos, una actividad frenética con vistas a la visita real. Pero estar allí solos, en una tienda oscura... no lo entendía.

—Supongo que tiene sentido —dijo Rachel, mordiéndose la mejilla por dentro—. Pero solo estamos nosotros.

—Puede que seamos los primeros —dijo Alan, intentando mantener cierta ligereza.

—Pero es raro ser Reliant y estar aquí, ¿no? —preguntó Brad.

Era un hombre de la empresa, un joven competente que probablemente nunca en la vida había tenido que desviarse del guión que había recibido y memorizado.

—Es una ciudad nueva. Territorio virgen, ¿no? —dijo Alan—. ¿Habéis preguntado por el wi-fi?

—Todavía no —respondió Cayley—. Hemos preferido esperar.

—Y durante un rato hemos tenido buena señal —añadió Rachel.

Dicho lo cual, se arrastró de vuelta al fondo de la tienda, como si sospechara que la señal, ahora que hablaban de ella, iba a regresar.

Alan miró el ordenador de Cayley, vio las curvas concéntricas de la señal, la mayoría grises en vez de negras. Para una presentación holográfica necesitarían una línea terrestre o, si no, una señal muy potente, no débil ni furtiva.

—Bueno, supongo que tendré que preguntar. ¿Habéis comenzado a montar el resto?

—No, todavía no —respondió Brad, estremeciéndose—. Confiábamos en que se tratara de una situación temporal. Aquí la presentación no puede quedar igual de bien.

—¿Lo único que habéis hecho es buscar la señal?

—De momento —dijo Cayley, cayendo en la cuenta por lo visto de que podrían haber hecho mucho más.

Desde la oscuridad de la otra punta, Rachel metió cuchara:

—Durante un rato hemos tenido buena señal.

—Exacto. Hará una hora —añadió Cayley.

Tenía que haber una razón por la que Alan estaba allí. Por la que estaba en una tienda a más de cien kilómetros de Yida, sí, pero también por la que estaba vivo, en la tierra. Muy a menudo no lo entendía. Muy a menudo necesitaba profundizar. El sentido de su vida era una escurridiza veta de agua a cientos de metros por debajo de la superficie y, periódicamente, Alan bajaba un cubo al pozo, lo llenaba, lo subía y bebía de él. Pero no le saciaba durante mucho tiempo.

La muerte de Charlie Fallon salió en los noticiarios de todo el país. Se metió en el lago por la mañana, completamente vestido. Alan lo vio solo con el agua hasta los tobillos y no le dio importancia. El trascendentalista estaba embarrándose.

Alan siguió conduciendo.

Pero Charlie se hundió más. Lo hizo despacio. Otros vecinos lo vieron con el agua hasta las rodillas, hasta la cintura. Nadie dijo nada.

Al final el agua le llegaba a la altura del pecho y Lynn Magliano llamó a la policía. Acudieron la policía y también los bomberos. Se quedaron en la orilla y le gritaron. Le dijeron que regresara. Pero nadie entró a por él.

Más tarde la policía y los bomberos adujeron que debido a recortes presupuestarios no habían recibido entrenamiento para rescates así. Si hubieran entrado a por él podrían haberse derivado responsabilidades legales. Y además, dijeron, el hombre hacía pie. Parecía estar bien.

Al final una estudiante de instituto se acercó remando en un neumático. Cuando llegó junto a Charlie Fallon, el hombre estaba azul y no reaccionaba.

La chica gritó. La policía y los bomberos cogieron sus herramientas y lo arrastraron a la orilla. Intentaron reanimarlo, pero estaba muerto.

—¿Alan?

Brad le miraba preocupado.

—Sí. Salgamos a echar un vistazo.

Caminaron hacia la entrada. Rachel y Cayley hicieron ademán de seguirles, pero Brad las detuvo.

—No deberían veros vestidas así.

Respondieron que se quedarían encantadas dentro, al fresco.

Alan y Brad salieron juntos. Entornaron los ojos por el sol y el calor y buscaron algún indicio de torre o cableado por los alrededores.

—Allí —dijo Brad, señalando al edificio rosa, a una pequeña parabólica instalada en un lateral.

Caminaron hacia allí.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Alan.

Brad era el ingeniero, de modo que Alan confiaba en delegar en él las cuestiones tecnológicas.

—¿Descubrir si está conectada?

Alan echó un vistazo a Brad para ver si hablaba en serio. Iba en serio.

La antena parecía conectada. Pero estaba a treinta metros de la tienda y por tanto probablemente no les sería útil. Una vez más se plantaron allí, entornaron los ojos y miraron a su alrededor. Vieron grupos de trabajadores en mono, lilas y rojos, poniendo ladrillos en el paseo o barriendo la arena.

—¿Aquello es una torre? —preguntó Alan.

Había una estructura metálica de dos plantas a medio camino entre una torre de perforación petrolífera y una veleta, en mitad del paseo. Se dirigieron hacia la torre, y no vieron que saliera ningún cable. Aunque no quedó claro si les importaba. Regresaron a la tienda sin haber descubierto nada nuevo.

Dentro, Rachel y Cayley estaban cada una en una punta, de nuevo agachadas sobre las pantallas, como madres atendiendo a sus niños.

—¿Nada? —les preguntó Brad.

—En realidad, no —respondió Cayley—. Va y viene.

—¿Has conseguido enviar un correo? —preguntó Brad.

—Todavía no —contestó Rachel.

Alan necesitaba unos minutos para recuperarse del calor, así que cogió una silla plegable y se sentó. Brad tomó asiento a su lado.

—Hemos intentado enviar un correo electrónico a Karim, nuestro contacto local —dijo Brad.

—¿Dónde está? —preguntó Alan.

—Se supone que aquí, en la Ciudad Económica.

—¿En el edificio? ¿En la Caja Negra?

—Creo que sí.

—¿Has intentado ir en persona?

—Todavía no. No pienso salir de nuevo al calor si no es imprescindible.

De modo que continuaron sentados en la tienda.

Eric Ingvall y su cara de estúpido. Sentado a la larga mesa de granito, leyendo el informe de Alan con sus horribles labios fruncidos. Alan había sentido ganas de darle un puñetazo en la cara. De golpearle su cara de pelota hasta que le demostrara algo de respeto.

—Necesito que esta vez lo organices bien —había dicho Ingvall.

Ingvall era un obseso reconocido. Cuando las cosas no se presentaban como a él le gustaban, su cara esbozaba un mohín torturado. No estaba contento con el informe de Alan sobre la Ciudad Económica Rey Abdalá. A Alan le habían pedido que preparara algo antes del viaje, una mirada a la ciudad, cuáles eran las perspectivas de Reliant, y así lo había hecho. Acabó pronto el informe, mucho más largo y detallado de lo que Ingvall había pedido.

—Pero dejas muchas preguntas sin respuesta —dijo Ingvall, con expresión afligida—. Y eso me incomoda.

Alan se rió y contestó que el informe contenía preguntas sin respuesta porque todavía no había ido a Arabia Saudí y no podía presumir de que conocía el terreno (y mucho menos, la mente de Abdalá).

—Soy comercial —dijo Alan, sonriendo—. Haces estimaciones, ideas un plan, vas al sitio y todo cambia, pero consigues la venta.

Ingvall no sonrió ni se mostró de acuerdo.

—Necesito garantías de que eres la persona adecuada para este negocio —dijo Ingvall—. Llevas un tiempo apartado y necesito saber que estás en forma. Que estás en la pomada.

Alan miró afuera, al muelle de abajo.

La familia de Alan había llegado a Estados Unidos desde Irlanda durante la hambruna. Tres hermanos partieron del condado de Cork y desembarcaron en Boston en 1850. Empezaron fabricando botones de latón y luego, de los botones, pasaron a una fundición al sur de Boston, donde hacían trabajos variados, desde cañerías a válvulas, calderas y radiadores. Contrataron a otros irlandeses y luego a alemanes, polacos e italianos. El negocio prosperó. Los hermanos se construyeron segundas residencias en la costa. Contrataron a tutores para sus hijos, y sus hijos aprendieron latín y griego. Sus apellidos aparecían en todos los edificios de Boston. Iglesias y alas

de hospital. Entonces llegó la Depresión, y todo el mundo empezó de cero. El padre de Alan ya no tenía una segunda residencia en Chatham. Era capataz en la fábrica Stride Rite de Roxbury. Le fue bien y ahorró suficiente para que su hijo, Alan, estudiara en la universidad. Pero Alan dejó los estudios para vender productos Fuller Brush y luego bicicletas, y le fue bien, durante un tiempo le fue la mar de bien, hasta que con unas cuantas personas decidió que otra gente, a quince mil kilómetros de distancia, elaborase los productos que ellos vendían, y pronto se quedaron sin nada que vender, y ahora estaba en una sala de juntas con vistas al puerto, con la mirada clavada en la cara contorsionada de Eric Ingvall, que le debía una y lo sabía.

—Creo que es pan comido —dijo Alan.

—¿Lo ves? Eso es lo que me preocupa. Tu exceso de confianza no me tranquiliza.

Cayley se acercó una silla.

—A ver. ¿Cuántas personas calculas que le acompañarán?

—¿A quién? —preguntó Alan.

—Al rey.

—No lo sé. Una docena, supongo. Puede que más.

—¿Crees que es el único que decide sobre las TI de la ciudad?

—Imagino que sí, claro. La ciudad se llama como él.

Rachel se sumó al grupo.

—¿Le conoces?

—¿Yo? No. Conocí a su sobrino hará unos veinte años.

—¿Era príncipe?

—Sí. Todavía lo es.

—¿Va a venir?

—No, no. Vive en Mónaco. Prácticamente ha dejado los negocios. Viaja por el mundo, dona dinero a causas loables.

Alan se imaginó al sobrino de Abdalá, Jalawi. Su peculiar rostro. Tenía la boca torcida, como dibujada por una mano temblorosa, de ahí su expresión burlona, irónica. Pero era muy sincero, muy curioso y de lágrima fácil. Lloraba todo el tiempo. Viudas, huérfanos, cualquier cuento podía hacerlo llorar y abrir la cartera. Le habían aconsejado que limitara el trato con personas. Cada vez que conocía a alguien, trababa relación e intentaba transformarlo. Se rumoreaba que estaba muriéndose de cáncer de huesos.

—De todos modos —dijo Alan—, hoy no va a venir el rey Abdalá. Relajaos.

Permanecieron sentados un rato en silencio. Saltaba a la vista que Rachel y Cayley querían volver con los portátiles, pero la educación exigía que entablaran conversación con Alan, el superior del equipo, un hombre de origen misterioso y supuesta importancia.

—¿Has visto algo de Yida? —le preguntó Rachel.

—No, de momento no —respondió Alan.

—¿Has podido dormir? —preguntó Cayley.

Alan le dijo la verdad, que llevaba despierto casi sesenta horas y que, por fin, a las seis de la mañana, se había dormido. Todos le apremiaron para que volviera al hotel a descansar. Podían ocuparse solos del resto del día.

—¿Tienes algo para dormir? —preguntó Cayley.

—No. Supuse que me ejecutarían en la aduana. ¿Vosotros?

Ninguno tenía nada.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Brad.

Miró a Alan, como poniendo a prueba la mera noción de tener una idea.

Alan intentó ofrecer una expresión alentadora.

—Bueno, querría tu opinión antes de hacer nada —se aventuró a decir Brad—, pero se me ha ocurrido que podíamos telefonar a la empresa y explicarles que aquí las condiciones no son ni mucho menos satisfactorias.

Alan miró a Brad un rato largo. ¿Cómo decirle que era una idea pésima? Intentó buscar la manera.

—Bien pensado —dijo—. Pero dejémoslo para más adelante.

—Está bien —dijo Brad.

—Mi cita con Karim al-Ahmad es a las tres de la tarde —dijo Alan—. Seguro que entonces lo aclaramos todo.

Los jóvenes asintieron y siguieron sentados juntos, en silencio, un rato. Era mediodía. Tenían la impresión de llevar varios días en la tienda.

—¿Sabes dónde comemos? —preguntó Cayley.

—No lo sé —respondió Alan—. Pero me enteraré.

Como si intentara animarlos, Rachel se inclinó hacia delante y dijo:

—La verdad, tengo que admitir que todo esto impresiona bastante. ¿Habéis visto el gimnasio del hotel?

Brad lo había visto, Cayley no.

—Tiene un *thighmaster* —añadió Rachel—. Nautilus.

Y así pasaron veinte minutos, comentando lo nuevo, extraño, ideal o no tanto, de su situación. Se preguntaron si les llevarían algo de comer. Se preguntaron si deberían acercarse a la Caja Negra a por algo de comer. Se preguntaron si se suponía que deberían haber traído su propia comida.

Cayley comentó que tenía un teléfono nuevo y se lo enseñó a los demás. Dijo que había estado buscando un sitio donde deshacerse del viejo y al final lo había tirado a un montón de escombros.

Alan desconectó enseguida. Se dejó llevar y acabó mirando afuera. La tienda tenía varias ventanas de plástico por las que se veía la arena y el mar al fondo como a través de una gasa. Alan quería estar fuera, bajo la luz y el calor.

Se levantó.

—Voy a ver qué coño pasa aquí —dijo, estirándose la camisa.

Prometió encargarse del asunto de la comida, del asunto del wi-fi, del asunto de por qué estaban en una tienda de vinilo junto al mar.

Alan salió de la tienda, sintió de golpe el asalto del calor y se encaminó a la Caja Negra. Siguió el paseo hacia el edificio de vidrio, esquivando zonas inacabadas, montículos de tierra o pilas de piedras, montones de herramientas. Saltó por encima de una palmera que estaba por plantar, cruzó la calle y se encontró ante el edificio de oficinas. La puerta de entrada distaba unos cuarenta pasos y, cuando la alcanzó, tenía la camisa empapada.

El vestíbulo era luminoso, reluciente, con aire acondicionado, de suelos de madera clara. Parecía un aeropuerto escandinavo.

—¿En qué puedo ayudarle?

Una joven con un velo holgado estaba sentada a su derecha tras un mostrador de mármol negro con forma de media luna.

—Hola —dijo Alan—. ¿Cómo se llama?

—Me llamo Maha. —Ojos negros y nariz aguileña.

—Hola, Maha. Soy Alan Clay, de Reliant Systems. Tengo una cita a las tres con Karim al-Ahmad y...

—Vaya, llega usted pronto. Son las dos.

—Sí, lo sé. Pero soy de Reliant y estamos en una tienda junto a la playa y no conseguimos señal wi-fi, imprescindible para la presentación.

—Vaya, no sé nada del wi-fi. No creo que tengan wi-fi en la tienda.

—Ya, ese es el problema. ¿Podría hablar con alguien del asunto?

Maha asintió vigorosamente.

—Sí, creo que con el señor Al-Ahmad. Está a cargo de los vendedores que hacen las presentaciones en la tienda.

—Estupendo. ¿Está aquí?

—No, me temo que no. Probablemente llegará justo antes de su cita. Pasa gran parte del día en Yida.

Discutir parecía inútil. Faltaba solo una hora para la cita con Al-Ahmad.

—Gracias, Maha —dijo, y se marchó.

Pero no podía regresar a la tienda. No tenía noticias para los jóvenes y pensó que, si conseguía mantenerse lejos de la tienda hasta la reunión, supondrían que había pasado todo ese tiempo negociando largo y tendido con Al-Ahmad, negociación durante la cual se habían resuelto todos los problemas.

En cuanto regresó al calor y la luz, se acordó de la comida. No había preguntado por la comida. Pero ahora no podía volver a la Caja Negra. Quedaría patético, un tipo sudoroso incordiando con sus preguntas, y encima se había olvidado de lo principal, la comida. No, lo preguntaría todo a las tres. Hasta entonces, los jóvenes tendrían que apañárselas solos.

Enfiló por el paseo, un diseño sinuoso de ladrillos incrustados, mientras analizaba la situación. Tenía cincuenta y cuatro años. Vestía camisa blanca y pantalón caqui y caminaba por lo que quizá algún día sería un paseo marítimo. Acababa de separarse de su equipo, tres jóvenes encargados de instalar y demostrar ante un rey la tecnología de las comunicaciones holográficas. Pero no había ningún rey, y ellos estaban en una tienda, solos, y tampoco se sabía cuándo cambiaría la situación.

Se tambaleó. Había metido el pie en un agujero donde todavía no habían incrustado los ladrillos. Se enderezó, pero se había torcido el tobillo y notó un dolor agudo. Se levantó e intentó olvidarse del dolor.

Tenía el cuerpo cubierto de cicatrices de los accidentes de los últimos cinco años. Se había vuelto torpe. Se golpeaba la cabeza en los armarios. Se pillaba las manos con portezuelas de coche. Se había caído en un aparcamiento helado y durante meses había caminado como si fuera de madera. Ya no era elegante. Alguien, hacía décadas, lo había llamado así, «elegante». Era verano, soplaba un viento cálido, y Alan estaba bailando. La mujer era mayor, desconocida, pero la palabra se había grabado en la mente de Alan, le había consolado. ¿Importaba que una anciana una vez lo hubiera considerado elegante?

Pensó en Joe Trivole. El primer día juntos, ante la primera puerta a la que se acercaron, le había pedido a Alan que diera a conocer su presencia a la mujer de la casa. Instintivamente, Alan alargó la mano hacia el timbre.

—No, no —dijo Trivole, y llamó a la puerta con los nudillos, con un riff rápido y alegre. Se volvió hacia Alan—. Un desconocido llama al timbre, un amigo llama a la puerta.

La puerta se abrió.

Una mujer con expresión desconcertada apareció detrás de la mosquitera. Tendría unos cincuenta años, el pelo gris y rebelde, y unas gafas colgando de una cadenilla de cobre. Alan miró a Trivole, que sonreía como si se hubiera encontrado con su profesora preferida del instituto.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—Bien. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó la mujer.

—Representantes de Fuller Brush Company, con sede en East Hartford, Connecticut. ¿Ha oído hablar de Fuller Brush?

A la mujer le hizo gracia.

—Pues claro. Pero hacía años que no veía a uno de los vuestros. Todavía seguís por ahí, ¿eh?

—Desde luego, señora. Y le agradezco que nos dedique unos segundos de este día tan maravilloso.

Trivole se giró para contemplar el jardín, los árboles, el cielo azul. Y luego se volvió de nuevo hacia la puerta y empezó a limpiarse los zapatos. Instintivamente, la mujer retrocedió unos pasos y abrió más la puerta. No había invitado a entrar a Trivole y Alan, pero les estaba dejando pasar... simplemente porque Trivole había empezado a limpiarse los zapatos. De pronto Alan sintió lo mismo que si estuviera viendo a un mago o a un hipnotizador: que había gente en el mundo para quienes el mundo y sus gentes eran sujetos a los que hechizar.

Alan continuó por el paseo de obra. Estaba aproximándose al edificio rosa. De cerca, le recordaba a algo visto cientos de veces en diversas playas de Florida. Era enorme, mediocre; la fachada ancha y plana miraba al mar sin ofrecer apenas resistencia. Probablemente el edificio tendría trescientos apartamentos.

Al mirar por las ventanas vio algo que le pareció posible. La planta baja estaba destinada a comercios y restaurantes, y algunos de los futuros inquilinos habían plantado sus anuncios. Pizzeria Uno, Wolfgang Puck. Quizá algún día habría allí gente comiendo y riendo, con aspecto de estar viva.

Todavía podía hacerlo. Pensó en su bici plateada, en el prototipo que había encargado. Era preciosa. Todo era plateado y cromado, incluso las marchas, incluso el sillín. ¿Alguien había fabricado alguna vez un objeto más bello? Brillaba tanto y con tanto descaro que se veía desde el espacio.

Había llevado a Kit a ver el prototipo.

—¿Lo has hecho tú?

—Bueno, lo he encargado. He colaborado en el diseño.

—Es impresionante. ¿Puedes montarla?

—Todo el mundo puede.

Kit la tocó, retrocedió, admirándola, reexaminándola.

—Está muy bien, papá.

Cuando volviera al hotel escribiría una carta a Kit. Ella le había enviado una maravilla unos días atrás, seis páginas escritas con un pulcra letra, casi todas dedicadas a criticar a su madre, Ruby, de la que no quería saber nada más. Ahora Alan se encontraba en la extraña situación de tener que defender a una mujer que lo había atravesado de punta a punta tantas veces y con tan pocos miramientos que se consideraba afortunado de aparentar, de lejos, que seguía entero. La carta de Kit era condenatoria y definitiva, un documento que señalaba, justificaba, celebraba, el final de las relaciones con su madre.

Alan no podía permitirlo. Tenía que reparar los daños. No quería ser padre soltero. Y le preocupaba, mejor dicho, sabía que si Kit podía considerar a su madre indigna de ella, mediante las mismas herramientas de reevaluación, también le consideraría inaceptable a él. Alan necesitaba marcar un límite. Necesitaba apoyar a Ruby.

Kit y él hacía años que se escribían. La primera vez fue después de que pillaran a Ruby conduciendo borracha. Alan quiso relativizar la situación para consolar a Kit. Bonita carta, papá, le había dicho Kit después. Desde entonces Alan había ido vertiendo sus pensamientos al papel para Kit, en cartas de tres o cuatro páginas, que habían tenido cierto impacto. Kit recurría a ellas en momentos de duda, le dijo. Atemperaban su exasperación, la hacían retroceder varios pasos. Normalmente Kit quería abandonar a su madre, cortar cualquier lazo con ella. Eran de naturalezas distintas, ahora estaba claro, Kit tenía más de la impasibilidad de Alan —Ruby diría de su aburguesamiento—, pero, en cualquier caso, estaba harta de la volubilidad de su madre, agotada de la limpieza a fondo que Ruby pretendía llevar a cabo cada vez que hablaban.

Aunque primero Kit necesitaba estrategias para acordonar el caos. Para circunscribir el contacto. Alan no había descubierto cómo hacerlo hasta época reciente. El correo electrónico había sido la clave. Ruby y él habían acordado limitar su comunicación a mensajes relativos a Kit y nunca superiores a tres líneas. Había funcionado. Hacía dos años que Alan no hablaba con Ruby por teléfono y la tregua le había serenado los nervios, descansado la mente. Ya no daba un respingo cuando oía levantar la voz.

—¡Alan!

Se giró. Era Brad. Alan se sobresaltó, pero fingió estar tranquilo.

—¿Qué tal todo por la tienda?

—Bien. Pero son casi las tres. ¿Vas a la oficina?

Brad señaló hacia la Caja Negra con la barbilla.

Alan consultó su reloj. Eran las 14.52.

—Sí. Estaba repasando el discurso.

Siguió a Brad por el paseo.

—No te preocupes por la comida —dijo Brad—. Rachel llevaba unas galletas en el bolso. Así que estamos servidos.

Un leve sarcasmo. Brad no le gustaba.

Cuando pasaron cerca de la tienda, Brad se detuvo.

—Buena suerte.

La cara de Brad expresaba preocupación y asombro. Alan supo entonces cómo le verían, dentro de unas décadas, cuando fuese débil, incapaz de cuidar de sí mismo, cuando lo pillaran por primera vez con los pantalones mojados y babeando. Kit le miraría así, como Brad le estaba mirando en ese momento: viendo a un ser humano que era más una carga que una ayuda, más un perjuicio que un bien, irrelevante, superfluo para el progreso del mundo.

Maha estaba sorbiendo un té helado.

—Hola otra vez, señor Clay.

—Hola, Maha. ¿Está Karim al-Ahmad?

—No, me temo que no.

—¿Le espero? Tenemos una cita a las tres.

—Sí, lo sé. Pero hoy no podrá venir. Lamento comunicarle que no puede salir de Yida.

—¿Estará todo el día en Yida?

—Sí, señor Clay. Pero me ha dicho que vendrá mañana. Estará aquí todo el día, dígame cuándo desea verle.

—¿Estás segura de que no hay nadie más con quien pueda hablar? Solo sobre el wi-fi y la comida y cosas así.

—Creo que para esos asuntos lo mejor sería hablar con el señor Al-Ahmad. Mañana a cualquier hora. Todo se arreglará, seguro.

Alan regresó a la tienda, donde se encontró a los miembros del equipo en sus respectivos rincones con el portátil. Rachel estaba viendo un DVD, algo relacionado con cocina, con un cocinero barbudo. Alan les contó que el señor Al-Ahmad no aparecería en todo el día.

La vuelta a Yida fue rápida, los jóvenes fueron charlando como campistas en verano. Alan contemplaba la carretera, despierto a medias, con el tobillo dolorido. Cuando llegó a la habitación, no recordaba si se había despedido. Pero recordaba haber entrado en el vestíbulo oscuro, el olor a cloro.

Había pasado demasiado rato al sol y agradeció la oscuridad, el frío, lo artificial y feo. Pero cuando la pesada puerta de la habitación señaló el final del día, se sintió atrapado y solo. En el hotel no había bar, ninguna diversión que colmara sus necesidades, fueran las que fuesen. Eran las seis y no tenía nada que hacer.

Pensó en telefonar a uno de los tres jóvenes, pero invitarlos a cenar no funcionaría. No resultaba apropiado. No podía llamar a ninguna de las mujeres. Parecería lascivo. Podía llamar a Brad, pero no le caía bien. Si estaban todos cenando y le invitaban, comería. Si lo llamaban, iría. Pero a las siete nadie le había llamado. Llamó al servicio de habitaciones y cenó pechuga de pollo y ensalada.

Se duchó. Se frotó el bulto del cuello.

Se acostó y aguardó la llegada del sueño.

Alan no podía dormir. Abrió los ojos y encendió el televisor. Hablaban del vertido de BP. Todavía no se vislumbraba ningún progreso. Habían probado la técnica *top kill*, consistente en verter cemento en el agujero. Alan no podía mirar. El vertido lo deprimía. Llevaba incontrolado varias semanas y lo único que podía hacerse era observar cómo se extendían por el océano los penachos de petróleo. Alan estaba a favor de cualquier método extremo que acabara con la fuga. Cuando escuchó la idea, propuesta por un miembro de la Marina, de lanzar una bomba nuclear, pensó: Sí, sí, eso es, capullos. Que se acabe ya, por favor. Todo el mundo está mirando.

Apagó el televisor.

Miró al techo. Miró a la pared.

Alan pensó en Trivole.

—Todo puede venderse con cuatro enfoques —solía decir.

Eran las nueve de la mañana y estaban en la calle, frente a una casa ruinoso. A escasas manzanas de donde Alan se había criado, pero nunca le había dedicado una mirada ni un pensamiento a aquella casa inclinada a la derecha.

—Lo primero que tienes que hacer es analizar al comprador, ¿entiendes?

Trivole llevaba un traje cruzado de tweed. Era principios de septiembre y hacía demasiado calor para semejante prenda, pero no parecía sudar. Alan nunca le vio transpirar.

—Cada comprador exige un enfoque específico, un atractivo específico —dijo Trivole—. Hay cuatro. El primero es el dinero. Es simple. Apela al ahorro. Los productos Fuller les ahorrarán dinero protegiendo sus inversiones: los muebles, la porcelana, los suelos de linóleo. Enseguida se ve si es una mujer práctica. Si ves una casa sencilla, bien cuidada, un vestido práctico, un delantal, una mujer que se ocupa personalmente de la limpieza y la comida, opta por la primera estrategia.

»La segunda es el enamoramiento. En este caso les vendes un sueño. Incluyes los productos Fuller entre sus aspiraciones. Junto con las vacaciones y los yates. A mí me

gusta decir: “¡Champán!”. Con el spray para pies, hago que se quiten un zapato y digo: “¡Champán!”.

Alan no lo entendió.

—¿Champán, sin más? —preguntó.

—Sí, y cuando lo digo, se siente como Cenicienta.

Trivole se secó la frente seca con un pañuelo de seda.

—La tercera es el instinto de conservación. Si ves miedo en la mirada, les vendes instinto de conservación. Es fácil. Si les da miedo dejarte entrar, si te hablan desde el otro lado de la ventana o así, apuesta por esta. Le dices que estos productos le proporcionarán salud, la protegerán de los gérmenes. ¿Lo pillas?

—Sí.

—Bien. La última es el reconocimiento. La clienta quiere comprar lo que compran todas las demás. Eliges cuatro o cinco nombres de las vecinas más respetadas, le dices que ya han comprado tus productos. «Vengo de casa de la señora Gladstone y ha insistido en que pasara a verla.»

—¿Ya está?

—Ya está.

Alan se convirtió en un buen vendedor, y rápido. Necesitaba el dinero para irse de casa de sus padres, lo que consiguió al cabo de un mes. A los seis meses, tenía coche nuevo y más dinero del que podía gastar. Dinero, enamoramiento, instinto de conservación, reconocimiento: aplicaba las categorías a todo. Cuando dejó Fuller y pasó a trabajar con Schwinn, empleó las mismas lecciones para vender bicicletas. Todos los principios eran aplicables: las bicis eran prácticas (dinero); eran objetos bonitos, relucientes (enamoramiento); eran seguras y duraderas (instinto de conservación), y eran símbolos de estatus para cualquier familia (reconocimiento). Y así también había ascendido rápidamente en Schwinn, de ventas al detalle en el centro de Illinois, a la oficina de ventas regionales, a un lugar en la junta de los ejecutivos de Chicago, planeando estrategias y expansiones. Y luego el colapso de los sindicatos. Luego Hungría, Taiwan, China, el divorcio, esto.

Encendió otra vez la tele. Una noticia sobre el transbordador espacial. Uno de los últimos vuelos. Alan apagó la tele. Tampoco quería ver eso.

Terminó marcando el número de su padre. Conferencia internacional, le costaría una fortuna. Pero el transbordador le había hecho pensar en Ron y eso le había hecho pensar en llamarle.

Fue un error. Supo que era un error en cuanto el teléfono empezó a sonar.

Se imaginó a su padre en la granja de New Hampshire. La última vez que le había visto, hacía más o menos un año, lo encontró más fuerte que en las últimas décadas. Tenía la cara rubicunda, los ojos maravillosamente vivaces.

—Mira ese chucho —dijo Ron aquel día.

Estaban en el porche, bebiendo whisky, viendo a los perros de Ron, a los tres, todos sucios y ruidosos. Su favorito era un pastor australiano que no paraba nunca quieto.

—Es un chucho para todas las edades —dijo Ron.

Ron vivía en una granja cerca de White River Junction. Criaba cerdos, cabras, pollos y dos caballos, uno que montaba y otro que le guardaba a un amigo. Ron no sabía nada de granjas, pero tras jubilarse y después de morir la madre de Alan, había comprado cincuenta hectáreas en un valle húmedo cerca del pueblo. Se quejaba constantemente —«Esta mierda de lugar va a acabar conmigo»—, pero a decir de todos el lugar lo mantenía con vida.

Alan se había vuelto más lento con el tiempo, tenía remiendos y cicatrices por todo el cuerpo, pero, no sabía cómo, su padre se había fortalecido. Alan deseaba una relación menos antagonista, ¿acaso era mucho pedir? Podía pasar sin las pullas. ¿Te apetece un gulash, Alan? A su padre le encantaba pincharle con el descalabro de Hungría. Ron había sido sindicalista. ¡En Stride Rite fabricaban cincuenta mil zapatos diarios!, solía decir. ¡En Roxbury! No había forma de que dejara de hablar de aquel sitio, de todas sus innovaciones. La primera empresa en facilitar servicio de guardería a sus empleados. ¡Y luego asistencia a la tercera edad! Se había jubilado con una pensión completa. Pero fue antes de que la empresa se deshiciera de los sindicatos y trasladara la producción a Kentucky. En 1992. Cinco años después trasladaron toda la producción a Tailandia y China. Por todo lo cual Ron detestaba todavía más el papel de Alan en Schwinn. Que Alan hubiera sido directivo, que hubiera ayudado a localizar una nueva factoría sin sindicatos para Schwinn, se hubiera reunido con proveedores en China y Taiwan, hubiera contribuido de manera «no poco significativa» —en palabras de Ron— a acabar con Schwinn y sus mil doscientos trabajadores, bueno, dificultaba la comunicación. La mayoría de los temas conducían a ideas divergentes sobre los males de la nación y por tanto no podían tocarse. De modo que charlaban de perros y de nadar.

Ron había cavado un pequeño lago en el que nadaba a diario, de abril a octubre. El agua estaba fría y llena de algas, y Ron olía siempre al lago. «El hombre de la ciénaga», le llamaba Alan, aunque Ron no se reía.

—¿Quieres ayudarme a matar un cerdo? —le preguntó.

Alan rechazó el ofrecimiento.

—Beicon fresco, chaval.

Alan quería ir al pueblo para una comida de verdad. Hasta cierto punto Ron hacía teatro, lo de Ron el Granjero era cuento. Sabía lo suyo de comida y vinos franceses y ahora le daba por el numerito de la carne con patatas. En el pueblo, Ron miraba a las mujeres por la calle.

—¡Mira esa! Fijo que con esa pasas un buen rato.

Todo esto, interpretar a un cavernícola, era nuevo. La madre de Alan jamás habría aguantado semejante barbaridad. Pero ¿cuál era el auténtico Ron? ¿Quizá fuera ese, el hombre que era antes de que su mujer, la madre de Alan, lo refinara, lo mejorase? Había regresado a su estado natural.

El teléfono dejó de sonar.

—¿Diga?

—Hola, papá.

—¿Diga?

—Papá. Soy Alan.

—¿Alan? Suena como si estuvieras en la luna.

—Estoy en Arabia Saudí.

¿Qué esperaba Alan? ¿Sorpresa? ¿Elogios?

Obtuvo silencio.

—Estaba pensando en el transbordador —dijo Alan—. En el viaje que hicimos para ir a ver el lanzamiento.

—¿Qué haces en Arabia Saudí?

Sonó a apertura, a una invitación a alardear un poco, de modo que Alan probó suerte.

—Bueno, es bastante interesante, papá. Estoy aquí con Reliant, montando un sistema de TI para el rey Abdalá. Tenemos un equipo de teleconferencias excepcional y organizaremos la presentación ante el mismísimo rey, una reunión holográfica tridimensional. Uno de nuestros representantes estará en Londres pero parecerá que está en la sala, con Abdalá...

Silencio.

Luego:

—¿Sabes que estoy viendo en la tele, Alan?

—No. ¿Qué estás viendo?

—Estoy viendo un programa sobre un puente gigantesco de Oakland, California, que están fabricando en China. ¿Te lo imaginas? Ahora nos hacen hasta los puentes, Alan. La verdad, no me sorprende. Cuando cerraron Stride Rite, lo vi venir. Cuando empezaste a comprar nuestras bicis en Taiwan, lo vi venir. Vi venir todo lo demás: juguetes, electrónica, muebles. Si eres un capullo ejecutivo sediento de sangre

empeñado en exprimir la economía para tu beneficio personal tiene sentido. La bestia es así por naturaleza. Pero lo de los puentes no lo vi. Por Dios, que nos hacen otros los puentes. Y ahora estás en Arabia Saudí, vendiéndoles hologramas a los faraones. ¡Te llevas la palma!

Alan pensó en colgar. ¿Por qué no podía?

Se dirigió a la terraza y miró hacia el mar, vio unas lucecillas a lo lejos. El aire estaba muy caliente.

Ron seguía hablando.

—Todos los días, Alan, por toda Asia, cientos de buques portacontenedores salen de los puertos cargados de toda clase de mercancías. Hablando de tridimensional, Alan. Esas cosas son de verdad. En Asia fabrican cosas de verdad y nosotros hacemos sitios webs y hologramas. Los nuestros hacen sitios webs y hologramas todos los días, sentados en sillas fabricadas en China, trabajando con ordenadores fabricados en China, cruzando en coche puentes fabricados en China. ¿A ti te parece sostenible, Alan?

Alan se frotó el bulto de la nuca.

—¿Estás registrando lo que te digo, Alan?

A la mierda, fingiría que había sido un error. Alan apretó un botón del teléfono y colgó.

A las ocho en punto de la mañana Alan volvía a estar en la furgoneta con los mismos jóvenes. Charlaban alegremente del hotel y lo que habían hecho la noche anterior.

—Nadé en la piscina —dijo Cayley.

—Yo me zampé un pastel entero —dijo Rachel.

Alan no había dormido. Un carrusel de preocupaciones tuvo a su mente de aquí para allá toda la noche, sin perderse detalle. Al final le hacía gracia. Cuando el sol asomó por encima del mar y él seguía con la cara pegada a la almohada, se había reído entre dientes. Mierda, mierda, mierda.

Al llegar a la nueva ciudad, encontraron una nota en la puerta de la tienda: «Reliant: Bienvenidos de nuevo a la Ciudad Económica Rey Abdalá. El rey Abdalá les da la bienvenida. Por favor, siéntanse como en su casa, nos pondremos en contacto con ustedes después del almuerzo».

Dentro de la tienda, todo seguía igual. Había un montón de sillas blancas en medio de la penumbra. No habían tocado nada.

—Nos han dejado agua —dijo Rachel, señalando media docena de botellas de plástico alineadas en la alfombra como artillería.

Alan y el equipo se sentaron en el rincón oscuro y fresco de la tienda. Los jóvenes habían traído comida del hotel. Se sentaron alrededor de uno de los portátiles y vieron películas casi toda la mañana.

Después de almorzar, no llegó nadie de la Caja Negra.

—¿Deberíamos ir a verlos? —preguntó Cayley.

—No sé —dijo Brad—. ¿Aquí es costumbre?

—¿El qué? —preguntó Alan.

—Si es costumbre presentarse sin ser invitado. Tal vez deberíamos esperar aquí.

Alan salió de la tienda y se dirigió a la Caja Negra. Cuando llegó, estaba empapado y, una vez más, fue recibido por Maha.

—Hola, señor Clay.

—Hola, Maha. ¿Alguna posibilidad de ver hoy al señor Al-Ahmad?

—Ojalá pudiera decirle que sí. Pero hoy estará todo el día en Riad.

—Ayer me dijiste que estaría aquí todo el día.

—Lo sé. Pero anoche cambió de planes. Lo lamento.

—Permite que te haga una pregunta, Maha. ¿Estás absolutamente segura de que no deberíamos reunirnos con otra persona?

—¿Otra persona?

—Cualquiera capaz de ayudarnos con el wi-fi y quizá también de pronosticar qué va a pasar en lo tocante al rey y nuestra presentación.

—Me temo que no, señor Clay. El señor Al-Ahmad es su contacto principal. Estoy segura de que está ansioso por recibirle, pero ha sufrido un retraso ineludible. Volverá mañana. Me lo ha garantizado.

Alan regresó a la tienda, le dolía el tobillo.

Se sentó a oscuras en una silla blanca.

Los jóvenes estaban viendo otra película.

—¿Deberíamos dedicarnos a otra cosa? —preguntó Cayley.

A Alan no se le ocurría otra ocupación.

—No —dijo—. Seguid con lo que hacéis.

Al cabo de una hora, Alan se levantó y se acercó a la ventana de plástico.

—A la mierda —dijo.

Salió de la tienda, el golpe de calor lo atontó, se recuperó y se encaminó hacia la Caja Negra, empapado en sudor.

Cuando llegó no vio a Maha. No había nadie en el mostrador de recepción. Bien, pensó para sí Alan, y cruzó rápidamente el inmenso vestíbulo.

Subió en ascensor, las puertas se abrieron y se encontró en mitad de lo que parecía un lugar de trabajo muy ajetreado. Hombres de traje pasaron por su lado cargados de papeles. Mujeres en abaya, con la cabeza descubierta, se movían con prisas.

Enfiló por el pasillo sin prestar atención a números ni placas.

No había pensado en lo que diría si se encontraba con alguien que tomara decisiones. Estaba el sobrino. Mencionaría al sobrino. Y por supuesto, que Reliant era

la mayor empresa del mundo en lo suyo, una empresa nacida para un trabajo como aquel. Dinero. Enamoramiento. Instinto de conservación. Reconocimiento.

—Pareces nuevo.

Una voz femenina, profunda y sonora. Alan alzó la mirada. Tenía delante a una mujer caucásica, rubia, de unos cuarenta y cinco años. Llevaba la cabeza descubierta. Con la túnica negra cayéndole por los hombros como una cortina, parecía una jueza.

—Creo que tengo una cita —dijo Alan.

—¿Alan Clay?

Esa voz. Era trémula, como si alguien hubiera rasgado las cuerdas graves de un arpa. Con acento del norte de Europa.

—Sí.

—¿Has quedado con Karim al-Ahmad?

—Sí.

—Hoy no vendrá. Trabajo en el despacho de al lado. Me pidió que te atendiera.

Alan se recompuso y esbozó una brillante sonrisa.

—No, no. Es la sorpresa. Lo comprendo. Estáis muy ocupados, claro.

La mujer dijo que se llamaba Hanne. Hablaba con acento. Alan dedujo que holandés. Tenía los ojos azul hielo y el pelo corto, de una severidad tajante.

—Iba a salir a fumar. ¿Me acompañas?

Alan la siguió por una puerta de cristal a un amplio balcón, donde otros empleados y asesores de la Ciudad Económica fumaban, charlaban y bebían té y café.

—Cuidado con el escalón —le advirtió Hanne, demasiado tarde.

Alan había tropezado con la alfombrilla de debajo de la puerta y adelantó los brazos como si intentara volar. Una docena de pares de ojos lo presenciaron y una docena de bocas sonrieron. No fue un simple traspie. Fue cómico, exagerado, teatral. El hombre sudoroso entra agitando los brazos, propulsado por titiriteros invisibles.

Hanne sonrió, comprensiva, y lo condujo a un asiento delante de ella, un sofá bajo de cuero negro. Su mirada parecía casi de flirteo, algo imposible. No tan pronto después del ridículo de Alan. Probablemente, nunca.

—¿Eres de Reliant?

—Desde hace poco, sí.

Alan se frotó el tobillo. Se lo había vuelto a torcer.

—¿Has venido para una presentación?

—La idea es proveer de TI a la ciudad, sí.

Siguieron en esa línea un rato mientras Alan miraba a su alrededor. Ninguna de las mujeres, saudí o no, iba cubierta. Había una valla de plástico negro a cada lado del balcón que les impedía ver nada salvo el mar. Y, supuso, impedía que nadie desde abajo atisbara el mundo, igualitario y libre de restricciones, del interior de la Caja Negra. Era el juego del gato y el ratón que practicaban en el Reino. Su pueblo estaba obligado a interpretar a adolescentes que escondían sus vicios e inclinaciones de un tenebroso ejército de padres.

—¿Y qué tal va todo por Reliant?

Alan le contó lo que sabía, que era muy poco. Mencionó algunos proyectos, algunas innovaciones, pero ella ya estaba al corriente. Resultó que Hanne lo sabía todo, lo que hacía Alan, sus negocios y el resto de los asuntos. En los escasos minutos de presentación, de comprobar dónde podrían haberse cruzado sus caminos, abarcaron un puñado de consultorías, empresas plásticas en Taiwan, la caída de Andersen Consulting, el auge de Accenture.

—De modo que está aquí para reconocer el terreno —dijo Hanne, apagando el cigarrillo y encendiendo otro.

—En realidad solo intento hacerme una idea de los plazos. Cuándo podríamos tener noticias del rey, esas cosas.

—¿Qué te han dicho? Espero que no te hayan prometido nada.

—No, no. Han sido muy claros. Pero tenía la esperanza de que no se retrasara mucho. Más o menos me han insinuado que nuestro presidente conoce al rey. Que esto es un asunto entre ellos dos y que, bueno, se aceleraría.

Los ojos de Hanne registraron información nueva.

—Bien, sería bueno para todos. Hace tiempo que el rey no se pasa por aquí.

—¿Cuánto tiempo?

—Bueno, llevo aquí dieciocho meses y todavía no ha aparecido.

Hanne se fijó en la decadencia y flacidez del rostro de Alan, sin duda visibles.

—Pero mira —dijo Hanne—. Trabajas para Reliant. Seguro que estáis más al tanto que yo. Yo soy solo consultora. Me ocupo de las nóminas. Estoy segura de que el rey vendrá pronto debido a vuestra presentación, ¿no crees? Pero aunque viniera mañana, yo no estaría entre los informados.

Apagó el segundo cigarrillo y se levantó.

—¿Vamos?

Lo condujo adentro. Cruzaron el vestíbulo y entraron en un pasillo flanqueado de despachos acristalados y salas de reuniones. Docenas de hombres y mujeres pasaron en diversas direcciones, y tanto iban vestidos cual empresarios occidentales como ataviados con la indumentaria local. Los despachos y cubículos estaban casi vacíos, como si nadie hubiera echado raíces ni supusiera que aquello iba a durar. Algunos escritorios solo contenían un monitor, al parecer habían desconectado y retirado el ordenador. Había teléfonos sin dueño, proyectores enfocados a ventanas. En conjunto, parecía el arranque de algo, y quizá lo fuera.

El despacho de Hanne era un cubo de cristal de tres metros por tres y medio y parecía que la mujer acabara de instalarse. Había un escritorio barato de conglomerado y contrachapado de nogal con dos archivadores plateados. Nada en las paredes, salvo un papel pegado con celo detrás de la mesa que contenía las palabras STE CONSULTING. Hanne le leyó el pensamiento y dijo:

—Trabajo con contratos laborales, con los salarios de los contratistas. No puedo dejar papeles a la vista.

No había ninguna foto de familia, lazos afectivos de ninguna clase. Cuando Hanne se sentó y juntó las manos delante, completó la apariencia de jueza.

—¿De modo que fuera va todo bien?

Hanne señaló con la cabeza hacia la ventana, y Alan vio la tienda a lo lejos.

—Sí, quería preguntarte algo. ¿Por qué quiere el rey que las presentaciones se hagan en una tienda? ¿No sería...?

—Bueno, este edificio tiene las salas acabadas que tiene y no podemos permitir que las ocupen durante el tiempo que llevarían las presentaciones. Si os instalarais en una sala de reuniones, no podríamos utilizarla durante semanas o meses.

—¿Y el wi-fi? La señal es débil o inexistente.

—Me informaré.

—Es esencial para la presentación.

—Lo entiendo. Seguro que se soluciona. ¿Es tu primer día?

—El segundo.

—¿Ya habías estado en Arabia Saudí?

—No.

—Bueno, aquí las cosas van a su ritmo. Y encima, estás en medio de ninguna parte. ¿Has echado un vistazo alrededor?

—Sí.

—El wi-fi es el menor de nuestros problemas.

Alan se las apañó para sonreír. No sabía si todo el asunto era una broma retorcida.

—¿Vuelvo luego?

—¿Por qué?

—Has dicho que Karim al-Ahmad vendría más tarde.

—Puede que sí, puede que no. Es mejor que pases mañana.

La idea se le antojaba a la vez exasperante y atrayente, al ser consciente de que no tendría nada que hacer el resto del día.

Hanne sonrió.

—¿Eres de la Costa Este?

Alan asintió. Había intentado ubicar la cara y el acento de ella y creía haberlo conseguido.

—Eres danesa.

Hanne bizqueó, ladeó la cabeza. Le reevaluó.

—No está mal —dijo—. ¿Ya te has adaptado? ¿Al cambio horario?

—Hace sesenta y dos horas que no duermo.

—Qué tragedia.

—Es como un cristal que tengo que romper.

—¿Tienes pastillas?

—No. Todo el mundo me lo pregunta. Ojalá tuviera.

Le miró y parpadeó de un modo elocuente.

—Tengo una cosa.

Sacó una llave, abrió un cajón del escritorio y movió algo del suelo. Lo empujó con el pie hasta tocar la espinilla de Alan.

—No mires abajo.

Pero ya había mirado. Dentro de una bolsa de libros asomaba una botella verde estrecha, alta y de laterales planos.

—¿Aceite de oliva? —preguntó Alan.

—Claro. Es lo que le dirás a cualquiera que pregunte. Pruébalo de vuelta en el hotel. Estoy casi segura de que romperás ese cristal.

—Gracias.

Hanne se levantó. La reunión había terminado.

—Toma mi número. Llama si necesitas ayuda con cualquier cosa.

Alan volvió a la tienda y dentro se encontró a los jóvenes en tres rincones diferentes. Cada uno de ellos sentado de piernas cruzadas con el ordenador en el regazo, buscando señal.

—¿Alguna novedad? —preguntó Brad.

Alan escondió la botella en un pliegue de la tienda.

—Nada seguro —respondió.

Explicó que su contacto, Al-Ahmad, no se había presentado, pero acudiría al día siguiente.

—Mañana se aclarará todo.

—¿Has comido? —preguntó Cayley.

El tono de su voz implicaba que él, Alan, venía de una magnífica comida en la Caja Negra, pero no había traído nada para los que se habían quedado sufriendo en la tienda.

Alan no había comido desde el desayuno. A los jóvenes pareció contentarles que Alan fuera tan incapaz como suponían.

—Entonces ¿hoy montamos? —preguntó Rachel.

Alan no tenía ni idea.

—Esperemos a mañana —contestó.

La explicación pareció convencerlos y cada uno regresó a su rincón de la tienda y su pantalla. Alan se quedó en el centro de la tienda, sin saber muy bien qué hacer. No tenía ninguna tarea en particular, ninguna llamada pendiente. Se retiró al rincón que quedaba, se sentó y no hizo nada.

Eran las siete y media cuando Alan decidió que había llegado la hora de acostarse. Había regresado al Hilton a las seis, había comido y estaba listo para dormir medio día. Abrió la botella de aceite de oliva. Olía a medicamento, a tóxico. Bebió un sorbo. Una quemazón ácida le llenó la boca, le abrasó las encías, la garganta. Hanne se la había pegado. ¿Intentaba matarlo?

La telefoneó.

—¿Qué intentas hacer conmigo?

—¿Quién es?

—Alan. El tipo al que intentas matar.

—¡Alan! ¿De qué hablas?

—¿Es gasolina?

—¿Llamas desde el teléfono del hotel?

—Sí. ¿Por qué?

—La línea no va bien. Llámame desde el móvil.

Lo hizo.

Hanne parecía impaciente.

—Aquí esas cosas no son legales, Alan. No deberías llamarme desde el teléfono del hotel.

—¿De verdad crees que tienen escuchas?

—No, yo no. Pero la gente a la que le va bien en Arabia Saudí ha aprendido a ser cauta, a no correr riesgos innecesarios.

—O sea que ¿no es gasolina? ¿Ni veneno?

—No. Pero no dista mucho del etanol.

Alan olisqueó la boca de la botella.

—Siento haber dudado de ti.

—No pasa nada. Me alegro de que hayas llamado.

—Creo que solo necesito dormir.

—Dale un par de tragos y dormirás.

Alan colgó y bebió otro sorbo. Su cuerpo sintió una sacudida. Cada gota le desollaba la garganta, pero en cuanto llegaba al estómago, desprendía un calor que calmaba el dolor.

Cogió la botella y salió al balcón. No soplaba la brisa marina. Al contrario, desde que había llegado al hotel todavía hacía más calor. Se sentó y apoyó los pies en la barandilla. Bebió otro sorbo de la botella. Pensó en Kit. Volvió adentro, buscó papel de carta del hotel y sacó tres hojas al balcón.

Escribió sobre las rodillas, con los pies en la barandilla.

«Querida Kit: Dices que tu madre nunca ha sido “emocionalmente de fiar” y sigue igual. Hasta cierto punto es verdad, pero ¿quién no cambia según las épocas? Yo mismo he sido un culo inquieto durante años, ¿no crees?»

No, tenía que ser más constructivo.

«Kit, tu madre está hecha de una pasta distinta a la nuestra. Es más volátil, más inflamable.»

Lo tachó. La gran tragedia con Ruby era que hablar de ella lo hacía quedar como un cabrón. Ruby le había hecho mucho daño, repetidamente —lo había abierto en canal, lo había llenado de cosas horribles y ruinosas y luego lo había vuelto a coser—, pero Kit no debía saberlo. Dio otro sorbo. Se le adormeció la cara. Dio otro trago. Dios mío, pensó. Se había bebido el equivalente a dos chupitos y ya se sentía liviano.

Alan entró y abrió el portátil. Quería ver a su hija. Hacía poco Kit le había enviado una foto por correo electrónico de ella con dos amigas, las tres con traje chaqueta, trabajando en una feria estival en Boston. Todavía era una niña, con un rostro angelical que se mantendría joven mucho más de lo normal. Alan abrió las fotos y encontró la que buscaba. En ella Kit aparecía con la cara sonrosada, redonda, pecosa y reluciente. Sus amigas, cuyos nombres Alan debería saber pero no consiguió recordar, se apoyaban unas en otras, juntando las cabezas: una pirámide de esperanza e inocencia juvenil.

Abierto el programa de fotos, la vasta red de su vida estaba disponible a una pestaña, así que retrocedió. Estaba todo allí, y lo aterró. Para el último cumpleaños de Alan, Kit había rescatado unos álbumes de fotos del garaje y había mandado escanear todo el contenido y grabarlo en un disco. Alan lo había pasado al portátil y ahora lo tenía disponible, fotos de infancia, de la vida con Ruby, del nacimiento y los años de crecimiento de Kit. Alguien, Kit o los del servicio de digitalización, las había ordenado más o menos cronológicamente y ahora Alan podía repasar, y a menudo lo hacía, las mil fotos, el registro de su vida, en unos minutos. Bastaba con que dejara el dedo sobre la flecha que apuntaba a la izquierda. Era demasiado fácil. No era bueno. Lo mantenía en un peligroso éxtasis de nostalgia, pesar y horror.

Alan dio otro sorbo. Apagó el ordenador y se dirigió al baño, donde pensó en afeitarse. Pensó en ducharse. Pensó en darse un baño. En cambio, se agarró la nuca. La protuberancia era dura, redonda pero partida en dos, y emergía de la espina dorsal como un puño pequeño.

Apretó y no le dolió. No formaba parte de él. No contenía terminaciones nerviosas. No podía ser grave. Pero ¿qué era? Apretó más, y entonces una punzada de dolor le recorrió la columna. Estaba conectado. Tenía un tumor en la médula espinal y pronto extendería el cáncer por el sistema nervioso hasta el cerebro, los pies, a todas partes.

Todo encajaba. Un hombre antes vital estaba siendo boicoteado por aquello, un tumor que crecía lentamente y lo convertía en la mitad del hombre que había sido. Necesitaba un médico.

Encendió el televisor. En las noticias mencionaban una flotilla que había partido de Turquía en dirección a Gaza. Ayuda humanitaria, lo llamaban. Desastre, pensó él. Dio otro sorbo al vaso. Era consciente de que con los últimos sorbos había pasado de apacible a aturdido. Se le había dormido la zona de alrededor de la nariz. Cogió el vaso y vertió la última gota cuello abajo.

Ruby se reía fuerte y peleaba a voz en grito. Era en las aceras donde actuaba con mayor desinhibición. «No pegue a ese crío», le advirtió a una desconocida a la salida de un Toys'R'Us. Kit tenía cinco años. Ruby jamás había tenido acento, pero aquello lo pronunció en tono nasal, y Alan supuso que debía de creer que fingirse de campo le permitía entrometerse, salvar las barreras de clase.

Alan oyó el comentario y se llevó a Kit; sabía que se avecinaban problemas. Enseguida estuvieron en el coche, con Kit con el cinturón puesto, esperando en el aparcamiento. Sabía, cuando se cruzaron con la mujer que estaba pegando a su hijo,

que Ruby diría algo y sabía que la mujer le replicaría, y no quería escucharlo. No tenía la menor idea de si llegaría más lejos, pero Ruby subió al coche llorando y con la cara colorada. Le habían dado un bofetón. «¿Te puedes creer que la muy zorra me ha pegado?»

Se lo creía. La mujer le parecía justo la clase de persona que le pegaría a alguien. Al fin y al cabo, estaba dándole unos azotes al crío... no distaba tanto de abofetear a una desconocida que la reprendía por ello. Demasiadas anécdotas iguales. Una discusión en el colmado a propósito de unas zanahorias reblandecidas derivaba en gritos, insultos, una escena inolvidable para todos en su pequeña ciudad. Pronto tuvieron que conducir tres kilómetros para comprar en otro supermercado. Ruby pasaba de un simple intercambio de opiniones acerca de cualquier tema a generalizaciones sobre la vida y su propósito. «¡Putos fracasados! ¡Hipócritas! ¡Putos zombis tenderos!»

El bulto del cuello volvió a avisarle. Si no formara parte de él, no dolería al tocarlo. Era la única manera de comprobarlo. De saberlo. Si era él —si formaba parte de su columna deforme— dolería si lo cortaba con algo afilado.

Dio un trago largo a la botella y en pocos segundos estaba ante el espejo, con el cuchillo de sierra de la cena en la mano. Tenía el vago presentimiento de que iba a lamentarlo. Encendió una cerilla y esterilizó la hoja lo mejor que pudo. Luego cogió el cuchillo y lo retorció despacio contra el bulto. Le dolió, pero fue solo el dolor que se siente al pinchar la piel. Cuando penetró en el bulto, lo que supo que había hecho al cabo de escasos segundos, no notó nada extraordinario. Solo dolor. Un dolor normal, fascinante. Un mínimo de sangre. La secó con una toalla.

¿Qué había descubierto? Que era una especie de quiste, algo sin nervios. Que no le mataría. Que no había esterilizado correctamente el cuchillo.

Eso le daría problemas. Con todo, satisfecho con sus habilidades quirúrgicas, se dirigió al balcón y miró por la ventana, a la autopista y sus minúsculos viajeros. El mar Rojo se veía a lo lejos, inerte, condenado. Los saudíes estaban vaciándolo para bebérselo. En los años setenta habían extraído varios miles de millones de litros de agua para desalinizarla y alimentar su caprichosa industria del trigo, un proyecto ya abandonado. Ahora se bebían el mar. Dios mío, pensó Alan, ¿qué hace la gente en esta parte del mundo? La tierra es un animal que se sacude las moscas cuando hurgan demasiado hondo, pican demasiado fuerte. La tierra se mueve y nuestras ciudades se derrumban; suspira y conquista nuestras costas. No deberíamos estar aquí.

«Querida Kit: La clave es cobrar conciencia de tu papel en el mundo y en la historia. Si piensas demasiado llegas a la conclusión de que no eres nada. Si piensas lo justo, descubres que eres pequeño, pero importante para algunos. Es lo mejor.»

Mierda, pensó. No parecía probable que así la inspirara. No tenía ninguna necesidad de ponerlo por escrito.

«Kit, mencionas en tu carta la vez que sacamos a tu madre de comisaría. No sabía que lo sabías.»

Ruby le había contado a Kit lo de conducir borracha.

«Tenías solo seis años. Nunca volvimos a hablar del tema. Sí, la detuvieron por conducir borracha. La encontraron dormida en el coche después de estamparse contra un escaparate. ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha contado ella?»

Era de lo que huía Kit. Del agobio. Del desahogo constante y sin filtrar de su madre.

«Si ha sido ella, no debería haberlo hecho.»

Alan dormía cuando llamaron a casa. «¿Es Alan Clay, marido de Ruby Clay?» Ruby estaba en la comisaría de Newton. No tuvo más opción que meter a Kit en el coche y pasar a recoger a Ruby, que seguía como una cuba cuando llegaron. Sabía que vendrías, le dijo Ruby. En tono de reproche, para empequeñecerle. Saludó a su hija, «Hola, cielito», y se durmió de camino a casa.

«Querida Kit: ¿No prefieres tener una madre emocionante como la tuya en lugar de alguien previsible...?»

»Tu madre es una especie rara. Emocionante, de alto rendimiento...»

Estaba describiendo un coche deportivo. ¿Los niños querían deportivos por padres? No. Querían un Honda. Querían saber que el coche arrancararía en todas las estaciones.

«¿Ya conoces la clave para relacionarte con los padres, Kit? La piedad. Los niños, cuando llegan a la adolescencia y después a la juventud, se vuelven implacables. Salvo la perfección, todo es patético. Los niños juzgan al nivel del Antiguo Testamento. Todos los errores son imperdonables, como si incumplieran un contrato de perfección. Pero ¿y si se tratara a los padres con la misma piedad, la misma

empatía, que al resto de los seres humanos? Los niños necesitan más a Jesús en su seno.»

Ahora tenía algo húmedo en la espalda, un hilillo que descendía hacia la cintura. Alan alzó la vista, creyendo que llovía. Entonces lo supo. Sangre. Se había olvidado de limpiar o cerrar la herida. Volvió adentro, se quitó la camisa y se contorsionó frente al espejo. No estaba tan mal como suponía: un trío de enredaderas carmesíes se abría paso hacia su cintura. Las secó con otra toalla. Pensó en la gente de la tintorería que limpiarían la mancha de sangre de su camisa blanca. No harían preguntas.

«Nosotros no tenemos sindicatos. Nosotros tenemos filipinos.»

Hora de rellenar el vaso. Allí no le veía nadie. Qué bien que no te vieran. Se había pasado el día entre jóvenes, visible a ratos, alguien presuntamente respetado, un superior. Hasta quitarse la cera de las orejas era una operación que debía realizar con sumo cuidado y rapidez. Pero ahora tenía una habitación. Nadie podía ver la sangre que se toqueteaba en la espalda. Nadie sabía de su operación secreta, de sus diversos descubrimientos. Adoraba aquella habitación. ¿Sería cierto? Adoraba aquella habitación, y tocó la pared para demostrarlo.

Se sirvió otro vaso de líquido claro. No era tanto. No tanto. La botella seguía medio llena. Mientras se bebía otro sorbo decidió que era maravilloso. Era más que maravilloso. Estar borracho era gratificante. Le veía el atractivo. Volvió a servirse. El ruido inquieto de cristal contra cristal. El fluir permisivo del líquido en la copa.

Se levantó. Le pareció que la habitación de hotel se balanceaba. Tenía el cuerpo entumecido. El suelo era un puente de cuerda, raído y ondeante. ¿Iba a vomitar? No, no. ¿Qué pensarían los saudíes de un hombre como él que vomitara en una habitación como aquella? Fue dando tumbos hasta la cama, se enderezó y se miró en el espejo. Sonreía. Era maravilloso. Era como el día después de un sueño vívido: te pasas la jornada con la sensación de que has hecho algo extraordinario y de que el día es el reposo necesario y merecido tras la aventura. Era un enriquecimiento, un duplicar la vida. Y en aquel momento se sentía igual. Se sentía más. Sentía que estaba haciendo algo extraordinario. Era un añadido maravilloso al día, en verdad, con los colores palpitantes de la calle y el suelo cambiando así.

Las paredes eran sus amigas. Tenía algo, eso de beber solo en la habitación tenía algo. ¿Por qué no lo había hecho antes? Podía hacer todo lo que estaba haciendo sin que nadie lo abucheara. Todo aquello era él. Las camas eran suyas. El escritorio, las paredes, el baño enorme con teléfono y bidé. Se acercó a la segunda cama y miró sus cosas, la maquinilla eléctrica y la ruta y las carpetas y los portafolios, esparcidos, preparados.

Miró las almohadas en la cabecera de la cama. Qué blancas sois, pensó. Le gustó cómo sonaba y quiso que la almohada lo escuchara. «Qué blancas sois —dijo—. Dejad de mirarme.»

Apuró el último trago y rellenó el vaso. Es una aventura, pensó. El licor casero me convierte en aventurero. Y entonces por fin comprendió por qué la gente bebe a solas, y bebe a solas más de lo que debería. ¡Una aventura cada noche! Tenía muchísimo sentido.

Tenía que llamar a Kit. No, a Kit, no. A alguien, pensó. Cogió el teléfono. Tenía un mensaje. Había llegado en la última hora. En Boston era por la mañana. Escuchó el buzón de voz. El primero era de Eric Ingvall. «Hola, chaval. No sabemos nada de ti, así que doy por hecho que va todo bien. Llama mañana si tienes ocasión. Necesito que me pongas al día.»

El segundo mensaje era de Kit. «Llámame. No es nada malo.»

Lo que le dio más ganas todavía de telefonarla, pero en algún momento, mientras escuchaba su voz sobria y fina —Kit era diminuta y tenía la voz aguda, aunque siempre firme y clara—, supo que esa noche no quedaría bien. Estaba cansado y borracho, ahora sabía de forma inequívoca que estaba borracho, y uno no debería llamar a su hija en tal estado, sobre todo cuando trata de transmitirle confianza en su capacidad para ocuparse de ella.

Se sentó a la mesa y escribió.

«Querida Kit: Ser padre es una prueba de resistencia. Necesitas la fortaleza de un triatleta. La gente dice: “Qué rápido pasa. Crecen tan rápido...”. Pero yo no recuerdo que haya pasado rápido. Han sido diez mil días, Kit, que han requerido un sentido militar del orden y la precisión. Nunca llegaste tarde al colegio, a entrenar, a nada. ¡Piénsalo! Ha sido una arquitectura compleja de comidas diarias, citas, revisiones, normas aprobadas y aplicadas, compasión suplicada y concedida, frustración destructora sentida y grabada. No quiero decir que se hiciera lento ni largo. Solo que no ha pasado rápido.»

Probablemente tendría que borrar esa parte. No sonaba bien, lo pusiera como lo pusiera. Pero era cierto. Criar a un hijo es construir una catedral. No hay atajos.

«Así que ¿podrías ser flexible? Darnos algo de cancha. Recuerdo cuando descubrí que mis padres eran hipócritas igual que todos los demás. Tenía dieciocho años. Y después el descubrimiento se me subió a la cabeza. Pero ¿qué sabía? Supongo que había descubierto que de vez en cuando mentían. Y que mamá tomaba pastillas, había estado enganchada a la morfina cuando era pequeño. De modo que los trataba con prepotencia. Pensaba que yo era la versión perfeccionada de mis padres. Te recuerda a las Juventudes Hitlerianas o a los jemereros rojos, ¿verdad? Los niños, pagados de sí mismos y de su pureza, disparan a los adultos en los arrozales.»

Soltó el bolígrafo. Apenas veía la página.

Se levantó y el techo giró en lo alto. Cayó en la cama y miró a la pared. Había subestimado el licor casero. Incluso cuando había notado su potencia, lo había subestimado. ¡Maldita Hanne!, pensó. Realmente adoro este mundo, pensó. La textura de esta pared. Amo a la gente que la hizo. Aquí hacen las cosas bien.

Alan abrió los ojos. 10.08. Había vuelto a perder el transporte. Llamaría a Yusef.

Sacó las piernas de la cama y se levantó a oscuras. Sabía que tras las pesadas cortinas el día era luminoso, demasiado luminoso para formar parte de él. Notó un dolor agudo en la nuca. Anotó mentalmente el propósito de investigarlo en la ducha.

De pie, buscó el espejo de encima de la mesa y se miró. Tenía la cara hecha polvo, las mejillas se hundían hacia las mandíbulas, las mandíbulas se hundían, con cierta floritura, en la camisa.

En la ducha, se lavó el pelo y el cuerpo y pensó: ¿Quién es este hombre que pierde el transporte no solo una, sino dos veces en tres días? ¿Quién es este hombre capaz de levantarse otra vez a las diez de la mañana, sin duda después de no oír llamadas al móvil y a la puerta?

En ese momento recordó claramente a una mujer llamando a la puerta y diciendo: ¿Alan?, ¿Alan? Le había ladrado, la había echado, convencido de que era la doncella. Pero no, comprendió, una doncella no le habría llamado por su nombre de pila. Tenía que tratarse de Rachel o Cayley. Ahora lo sabía.

Se secó y descolgó el teléfono del hotel. Estaba desconectado. ¿Cuándo lo había desconectado? Recordaba gran parte de la noche anterior, pero a partir de cierto punto caía por un precipicio. Encontró una muesca en la puerta del baño, a la altura de los pies. El portátil estaba debajo de la cama. Un destello de inspiración: ¿habían registrado la habitación? Quizá las preocupaciones de Hanne sobre la policía secreta fueran fundadas. La Mutawa había pasado por allí. Habían escuchado la conversación y habían entrado a investigar mientras dormía. No. Para empezar, la botella de licor seguía allí, medio llena.

Telefoneó a Yusef.

—¿Estás libre?

—¿Alan? Suenas fatal. ¿Te han atacado?

—¿Puedes llevarme a la Ciudad Económica?

—Por supuesto. Pero tengo que preguntártelo: ¿pierdes los traslados a propósito, para pasar más rato con Yusef, tu guía y héroe?

—No te enrolles.

—Tardo veinte minutos.

Alan ensartó sus pesados brazos en una camisa limpia, con la sensación de estar mancillando el algodón immaculado. Mientras se la abrochaba, el cuello le rozó la nuca y notó un dolor agudo. Fue al espejo del cuarto de baño y se giró, pero no vio nada. Necesitaba dos espejos situados estratégicamente para ver lo que parecía una herida de bala. O como si lo hubiera mordido una rata, una rata que tratara de excavar un agujero en la espalda de Alan. Un vago recuerdo le vino a la mente: ¿se había tocado la protuberancia del cuello con un cuchillo? ¿Podía ser? Y una vez más estalló la batalla entre el yo responsable de la mañana, que contrataría a un conductor pese al alto coste para que lo llevara a cumplir sus obligaciones en la futura ciudad del desierto junto al mar, y el yo que se montaría una juerga en la habitación de hotel, apuñalando tumores fantasma, pateando puertas y escribiendo cartas imposibles de enviar. ¿De cuál podía prescindir? La eterna pregunta.

Alan echó un vistazo al lavabo en busca de vendas o antisépticos. No había nada. Se abrochó la camisa y confió en que nadie viera lo que había hecho.

Bajó. Se sentó en el atrio, pidió un café. Junto a la conserjería había un cartel electrónico que anunciaba los eventos que acogería ese día el hotel.

NUEVOS FUTUROS: Sala Medina

ARABIAN TRADING SUPPLIES: Entresuelo

PRINCIPIOS BANCARIOS: Hilton Hall

PASOS DEL ÉXITO, 1.ª PARTE: 10.00

PASOS DEL ÉXITO, 2.ª PARTE: 11.00

Para mediodía podría ser un hombre de éxito, aquí, en el Hilton. Entonces ¿por qué se iba a una tienda junto al mar?

Alan estaba tomando el primer sorbo de café cuando apareció Yusef.

—Alan.

Alan intentó sonreír.

—Hola.

—Tienes peor aspecto de lo que creía. ¿Qué ha pasado?

—Una noche de... —Alan se cortó. Por simpático que fuera, no sabía qué opinaba Yusef del tema del alcohol—. De jet lag. El peor de mi vida.

Yusef sonrió.

—He ido a la Universidad de Alabama. Reconozco una resaca cuando la veo. ¿De dónde has sacado el alcohol?

—Preferiría no decírtelo.

Yusef se rió.

—¿Preferirías no decírmelo? ¿Qué te crees? ¿Que le has echado mano a un bien escaso? ¿Que pondrías en peligro a tu proveedor?

—Te parece divertido.

—Sí.

—Lo he prometido.

—¿No decirlo?

—No rompo mis promesas.

—Por Dios. Bien. Pero escucha: no tienes que ir a la Ciudad Económica. Es imposible que el rey vaya hoy. Está en Yemen. Mira.

Yusef cogió el periódico de Alan y le mostró la página 3: una foto de Abdalá en la pista del aeropuerto de Yemen. Alan no estaba al corriente.

—De todos modos debería ir, cuestión de apariencias.

—¿No prefieres comer algo primero? Ya llegas tarde.

Salieron afuera, y la luz del día, que Alan había temido, era difusa, indulgente. Se sintió atendido, como si el cielo y el sol fueran a limpiarlo, a borrar el libertinaje de la noche anterior.

El botones, un hombretón con mostacho de morsa, sonreía a Yusef.

—*Salaam* —le saludó Yusef, y le estrechó la mano—. Va a la tienda de mi padre —explicó—. Compra muchas sandalias.

Alan se subió al coche mientras Yusef rebuscaba bajo el capó. Al cabo de un minuto Alan se bajó para echarle una mano.

—¿Qué buscas? ¿Cartuchos rojos de dinamita?

—No estoy seguro —dijo Yusef—. ¿Unos cables raros?

Alan estaba de broma.

—¿En serio no lo sabes?

—¿Cómo voy a saberlo? Veo los mismos programas de televisión que tú.

Los dos hombres, aunque jamás habían visto una bomba, revisaron juntos el motor de Yusef para comprobar si contenía alguna.

—Yo no veo nada —dijo Alan.

—Yo tampoco.

Se subieron al coche. Yusef metió la llave de contacto.

—¿Listo?

—No exageres.

Yusef giró la llave. El motor rugió. El corazón de Alan iba a estallar.

Se alejaron del hotel, dejando otra vez atrás al mismo soldado saudí encima del Humvee, con la cara oculta por la sombrilla de playa y los pies remojándose en la piscina infantil.

—Así que tu padre tiene una tienda.

—En la Ciudad Vieja. Vende zapatos.

—Espera. ¿Tu padre vende zapatos?

—Sí.

—Mi padre también. Es increíble.

Alan miró a Yusef, casi esperando que se tratara de una broma. Era demasiada coincidencia.

—¿No me crees? —preguntó Yusef—. Te enseñaré la tienda, ya que estás aquí. Crecí trabajando en la tienda. Todos lo hemos hecho, mis hermanos también. Pero mi padre es un dictador. No escucha. Sobre todo a mí. Podría mejorar mucho la tienda, modernizarla. Pero el hombre está viejo. No quiere saber nada de cosas nuevas.

Todos los hermanos de Yusef se habían buscado otras profesiones. Un hermano era médico en Jordania. Otro era imán en Riad. El último estaba en la universidad en Baréin.

Iban por la autopista.

—Cuéntame un chiste —dijo Yusef—. Trae buena suerte.

—¿Es una costumbre saudí?

—No lo sé. No conozco nuestras costumbres. O lo que la gente entiende por nuestras costumbres. No estoy seguro de que las tengamos.

—Hoy no recuerdo ninguno —dijo Alan.

Pero entonces se le ocurrió uno.

—Vale. Un marido y su mujer se preparan para acostarse. La mujer está de pie ante el espejo observándose. «¿Sabes, cariño?», dice, «me miro en el espejo y veo a

una vieja. Tengo la cara arrugada y los brazos flácidos.» Se vuelve hacia el marido y añade: «Dime algo positivo que haga que me sienta mejor conmigo misma». Él la mira con atención un rato, pensándose, y luego dice en voz suave y considerada: «Bueno, no tienes problemas de vista».

Yusef se rió fuerte. Demasiado.

—No tan fuerte, por favor.

—¿Tanto te duele la cabeza? Tiene que haber sido un *siddiqi* malo.

—¿Qué es *siddiqi*?

—Significa «amigo mío». Es lo que has bebido.

—No.

—Alan, no soy de la Mutawa. Y no eres el primer empresario al que llevo en el coche. Espera un segundo.

Más adelante había un puesto de control. Un par de soldados jóvenes esperaban en la mediana, parando coches. Al lado de la carretera, otros tres hombres uniformados ocupaban un coche patrulla. Yusef bajó la ventanilla. El soldado masculló una pregunta, Yusef respondió y el soldado lo dejó pasar. Y ya está. Yusef siguió adelante.

—¿Ya está? ¿No quería ver nada?

—A veces miran.

—¿Buscan a alguien en particular?

—Quizá. Hacen el paripé. Aquí nadie quiere ser soldado. Si pudieran, le darían el trabajo a los extranjeros.

Salieron de la ciudad y enseguida se encontraron en la misma autopista desolada. Un camión que transportaba palmeras los adelantó, levantando polvo.

—¿Tienes hambre o no? —preguntó Yusef.

—No estoy seguro.

—Mejor llegar tardísimo que un poco tarde. El año pasado conduje para un tipo de Texas. Me lo dijo él. Si llegas media hora tarde, parece un error. Si llegas dos horas tarde, parece intencionado.

Yusef eligió un establecimiento de carretera unos kilómetros más adelante. Aparcaron. Era un restaurante al aire libre, formado por una serie de salas de paredes bajas. Entraron en el edificio principal, el olor a pescado era abrumador. Alan no estaba pensando en marisco cuando se imaginaba su primera comida después de la juerga alcohólica. Quería pan y beicon.

Yusef lo condujo a un amplio mostrador con cientos de pescados en hielo.

A Alan casi le provocaron arcadas.

—¿Alguna preferencia? —preguntó Yusef.

Alan quería cualquier cosa menos aquello. Quería irse y comer algo seco. Galletas, patatas fritas. Pero se había acostumbrado a aceptar lo que le pusieran delante.

—Decide tú.

—Pues estos —dijo Yusef, señalando con la cabeza un par de pescados plateados y rosados de treinta centímetros de largo—. Se llaman *najel*. No estoy seguro de cómo se dice en inglés.

Yusef pidió por los dos.

Se sentaron fuera, aunque no había sillas. La costumbre era sentarse en el suelo, apoyándose en un cojín duro.

Las moscas se les posaban en rodillas y brazos. Alan las espantaba, pero no las disuadía por mucho tiempo. La idea de comer pescado al aire libre de aquella manera, con aquel calor, le quitó el apetito. Un sonido animal le hizo girar la cabeza. Un gato, con pinta de tener mil años, se había instalado en lo alto de una tapia baja. Tenía el ojo izquierdo entelado y le asomaba un diente inferior, un colmillo invertido. Parecía imposible que semejante criatura lograra sobrevivir un solo día más. Yusef gritó al maître, que acudió con una escoba pequeña y espantó al gato hasta otra pared y luego por el callejón.

El móvil de Yusef vibró. Yusef puso a trabajar los pulgares.

—Mi novia —dijo.

Alan no se aclaraba con las mujeres de Yusef y se lo dijo.

—Te lo explicaré.

Había estado prometido a una chica, Amina, a la que conocía desde que ella era adolescente. Cuando les habían comunicado sus intenciones a los padres de ella, el padre se había negado a darle permiso para casarse. Los argumentos contra Yusef eran definitivos: su familia era beduina, y eso, para algunos saudíes de clase alta, resultaba inaceptable. Creen que somos unos salvajes, explicó Yusef. Su padre era tendero, un pueblerino, un hombre sin formación. Que le hubiera ido bien —había ganado millones de dinares, apuntó Yusef, y edificado un complejo enorme en su pueblo natal tras allanar para ello la cima de una montaña— no importaba.

—¿Y así acabó la cosa con ella?

Las posibilidades inundaron la mente de Alan: ¿no podían haberse marchado del país? ¿No podían haberse fugado?

—No había nada que hacer. Pero está bien. Ya no pienso tanto en ella. De todos modos, mis padres me encontraron a otra.

La mujer que habían elegido, Yamilah, era preciosa, explicó Yusef, la mujer más bella que había visto y, de pronto, era para él. Se casaron a los pocos meses, pero aunque le encantaba mirarla, verla cruzar la habitación, no eran compatibles.

—Es más tonta que un calcetín.

Se divorciaron al cabo de un año y Yusef volvía a ser soltero.

—Siempre tengo problemas con las mujeres. Pero con Noor no.

Noor era su novia, en la medida en que estaba permitido. Noor era algo más joven, tenía veintitrés años, estudiaba un posgrado. Se habían conocido por internet.

—Es genial —dijo Yusef—. Me da cien vueltas. Y desciende del profeta Mahoma. Te lo juro.

La cosa marchaba bien con Noor y los dos estaban ideando la manera de contarles a sus padres sus intenciones cuando Yusef comenzó a recibir mensajes de su ex mujer, Yamilah. Yamilah estaba casada con un rico cuarentón al que Yusef tenía por una clase extrema de libertino internacional.

—Va a Europa y mantiene relaciones sexuales con chicos.

—¿Es gay? —preguntó Alan.

—¿Gay? No. ¿Crees que eso lo convierte en gay?

Alan no estaba lo bastante despierto para seguir por ahí, así que lo dejó pasar.

Llegó la comida. Bandejas repletas de lechuga, pepinos y tomates cortados en pedazos pequeños, arroz integral, *khobez* —un pan parecido al *naan*— y luego el pescado. Yusef atrapó la comida con un dedo.

—*Syadya* —dijo.

Habían frito el pescado en abundante aceite, pero por lo demás era el mismo pescado que habían visto debajo del cristal, con los ojos, las espinas y todo lo demás. Alan arrancó un trozo de pan y cogió un poco de carne del pescado. Mordió.

—¿Está bueno? —preguntó Yusef.

—Está perfecto. Gracias.

—Cualquier cosa que frías sabe bien.

El gato reapareció. Yusef dio una patada en dirección al anciano animal ciego y este maulló, indignado. Se alejó corriendo.

—Me manda diez mensajes al día. Algunos son aburridos, tipo «¿Qué haces?» y eso. Y otros son... bueno, muy sexis. Ojalá pudiera enseñarte alguno.

Yusef rebuscó entre los mensajes del móvil y Alan se descubrió deseando ver los mensajes sexis de la ama de casa saudí aburrida.

—Pero tengo que borrarlos en cuanto llegan.

Yamilah podía demostrar su paradero en casi cada minuto del matrimonio y el marido no había leído los mensajes, pero aun así sus sospechas se habían desbocado.

—Si los hubiera leído —dijo Yusef—, yo estaría muerto. Yamilah estaría muerta, seguro. Los ha borrado a tiempo. El marido llamó a la compañía telefónica para conseguirlos. Fue ridículo.

Alan estaba horrorizado. Su comprensión del sistema judicial saudí tal vez fuera incompleto, pero aun así le parecía un riesgo extraordinario por una posible ganancia muy pequeña.

—Está arriesgando su vida con esos mensajes, ¿verdad? ¿No la lapidaría el gobierno o algo así?

Yusef le lanzó una mirada.

—Aquí no lapidamos a la gente, Alan.

—Perdón.

—La decapitamos —añadió Yusef, y luego se rió con la boca llena de arroz—. Pero no muy a menudo. En fin. Ahora tiene otro teléfono. Tiene dos: uno para las llamadas normales, que el marido puede controlar, y uno para mí.

—Todas las casadas —explicó Yusef— tienen un segundo teléfono. Es todo un negocio en Arabia Saudí.

El país entero parecía funcionar a dos niveles, el oficial y el real.

—Tiene un montón de tiempo libre. Tiene indonesias que se ocupan de las tareas domésticas, así que lo único que puede hacer es comprar y ver la tele. Se está echando a perder. «Eres el amor de mi vida», me escribió la semana pasada. No sé de dónde ha sacado esa expresión. De modo que el marido quiere verme muerto y yo tengo que vivir con eso. Aunque no sé hasta qué punto va en serio. Hay días que me despierto por la noche pensando que me matará de verdad, en cualquier momento. Y otros días me río. No es una situación agradable.

Y de pronto Alan albergó sentimientos paternales hacia Yusef. No pudo evitarlo. El asunto aquel con el marido parecía bastante simple. Un problema sencillo con una solución sencilla.

—Tienes que hablar con él.

—¿Qué? No.

Yusef negó con la cabeza y se metió otro trozo de pescado en la boca.

—Habla con él —continuó Alan—, mírale a los ojos y dile que nunca has hecho nada con su mujer. Porque no lo has hecho, ¿no?

—No, nada. Ni siquiera cuando estábamos casados.

—Pues cuéntaselo, y así sabrá que le dices la verdad. Porque le miras a los ojos. De lo contrario no querrías mirarle a la cara, ¿no? Si de verdad estuvieras tirándote a su mujer, no le mirarías a la cara.

Entonces Yusef empezó a asentir.

—No está mal. No... Es una idea. Me gusta. Pero no sé si es un tipo razonable. Puede que haya perdido la chaveta. Los mensajes que ha estado dejándome en el contestador no son de persona razonable.

—Es la manera —dijo Alan—. He corrido lo mío y tengo experiencia en estas cuestiones. Así se acabará todo.

Yusef miró a Alan como si lo que decía fuera cierto y sensato. Como si Alan fuera alguien que realmente hubiera acumulado sabiduría a lo largo de sus muchos años. Alan no estaba seguro de que lo que tenía fuera sabiduría. Lo que tenía era la impresión de que pocas cosas importaban. De que pocas personas eran temibles. Y por tanto ahora se enfrentaba a tales situaciones con una sensación de determinación cansada y lo abordaba todo de frente. Salvo con Ruby, a la que más o menos siempre evitaba. Alan decidió no contarle a Yusef que en general había sido torpe en los temas del amor y que ahora se encontraba célibe y solo. Que hacía años, demasiados años, que no había tocado a una mujer de manera significativa. Decidió dejar que Yusef creyera que Alan era y siempre había sido un hombre de éxito que se deleitaba en las ciudades rebosantes de sexo de América. Un hombre triunfante con un poderoso apetito y opciones ilimitadas.

Para cuando llegaron a su destino era mediodía. Yusef lo dejó en el callejón sin salida que había junto a la tienda.

—Me da que volveré a verte —dijo Yusef.

—Es probable.

Alan se volvió y Yusef ahogó un grito.

—Alan. La nuca.

Alan se llevó la mano a la nuca, olvidando momentáneamente la operación que se había practicado. Los dedos tocaron una mancha de sangre húmeda.

Yusef se acercó.

—¿Qué es eso?

Alan no sabía por dónde empezar.

—Me he arrancado una costra. ¿Tan mal está?

—Te baja por la espalda. ¿Ayer lo tenías?

—Más o menos. Estaba diferente.

—Tiene que verte un médico.

Alan no sabía nada del funcionamiento del sistema sanitario en el Reino de Arabia Saudí, pero supuso que sí, que debía verle un médico. De modo que quedó con Yusef para la mañana siguiente. Yusef concertaría la cita.

—Sigues inventando razones para verme —dijo Yusef—. Qué tierno.

Y se marchó.

Los tres jóvenes estaban al fondo de la tienda, lejos del agua, a oscuras, mirando la pantalla de sus respectivos ordenadores.

—¡Hola! —saludó Alan. Sentía un extraño optimismo.

Se acercó a ellos y se sentó en una de las alfombras. Alrededor, todo parecía exactamente igual que el día anterior.

—¿Has vuelto a levantarte tarde? —preguntó Brad.

No tenía ninguna excusa aceptable. Alan no se excusó.

—Seguimos probando el wi-fi —explicó Rachel.

—Me informaré —dijo Alan—. Tengo una reunión a las tres menos veinte.

No la tenía. Ahora se inventaba reuniones fantasma. Al menos le servirían de excusa para salir de la tienda pronto.

—Aunque traigo buenas noticias. El rey está en Yemen. Así que no tenemos que preocuparnos por que aparezca de improvviso.

Los jóvenes parecieron alegrarse, luego se desanimaron. Con el rey en otro país no había motivo para hacer nada y, aunque lo hubiera, de todos modos sin wi-fi no podían probar el holograma.

—¿Jugamos a las cartas? —propuso Rachel.

Lo que Alan quería era estar en la playa, con los pies en el agua.

—Claro —respondió.

Jugaron al póquer. El padre de Alan le había enseñado docenas de variantes, jugaba bien. Pero no quería jugar con aquellos jóvenes. Aunque jugó, y escuchó su conversación, y se enteró de que la noche anterior Rachel y Cayley se habían quedado charlando hasta muy tarde en la habitación de la primera. A Brad le había costado contactar con su mujer, y cuando dio con ella se enteró de que su sobrina tenía la tos ferina, ¿quién enfermaba todavía de tos ferina? Hablaron de esa y de otras enfermedades de siglos pasados que estaban volviendo. Habían vuelto el raquitismo y el herpes, y quizá también la polio. Eso dio lugar a una discusión orquestada por Rachel, quien reveló que algunas amigas suyas habían tenido partos horribles: deformidades causadas por médicos impacientes que sacaban a los bebés demasiado deprisa, un niño que había nacido muerto, un percance ocasionado por una succión... Todo parecía de otra época.

Permanecieron sentados en silencio. Una ráfaga de viento onduló la pared de la tienda y los cuatro lo contemplaron, como si esperasen que el viento arremetiera y la derribara. Así podrían hacer algo. O irse a casa.

Cuando Alan trabajaba en Schwinn y estaba en un hotel cualquiera de Kansas City, con media docena de comerciales jóvenes, sabía que tenía un público ávido de escuchar lo que había funcionado y lo que no en la presentación navideña de un nuevo producto, por qué había triunfado la Sting-Ray y fracasado la Typhoon, cómo

eran las cosas en la planta, qué había en los talleres de I+D. Le reían los chistes, estaban pendientes de cada palabra. Le respetaban y le necesitaban.

Ahora, sin embargo, no tenía nada que enseñar a aquella gente. Eran capaces de montar un holograma en una tienda en el desierto mientras que él había llegado tres horas tarde y no sabría ni dónde enchufar aquel trasto. No les interesaba la fabricación ni la clase de ventas cara a cara que él había perfeccionado a lo largo de su vida. Ninguno de ellos había participado ni siquiera remotamente de esas cosas. Ninguno había empezado, como él, vendiendo objetos reales a gente real. Alan miró sus caras. Cayley y su nariz respingona. Brad y su ceño de cavernícola. Rachel y su boquita sin labios.

Por otro lado, ¿había existido alguna época en que un americano joven hubiese querido aprender de un americano mayor o de cualquiera? Probablemente no. Los americanos nacen sabiéndolo todo y nada. Nacen avanzando rápidamente o convencidos de que avanzan.

—¡La Estatua de la Libertad se mueve, tío!

Era algo que había dicho el tipo del avión (quizá lo único que a Alan le había parecido revelador o relevante). El hombre acababa de estar en Nueva York, de visitar Ellis Island.

—Todo el mundo cree que la estatua está quieta, pero ¡está dando un paso!

El hombre estaba escupiendo. No se enteraba o no le importaba.

—Cuando la vi en persona, flipé. Ve a verla la próxima vez que estés en la ciudad. No te engañó, está caminando, la túnica se mueve, las sandalias están curvadas, todo eso, como si se dispusiera a cruzar el océano, a regresar a Francia. Flipé.

Tras varias manos al póquer, Alan se moría por marcharse. Estaba en la tienda, oscura y cada vez más cargada de olor a humanidad y sus cosas, mientras que fuera, a menos de quinientos metros, esperaba el mar Rojo.

—Bueno, será mejor que vaya tirando.

No replicaron. Se levantó y se dirigió a la puerta de la tienda.

—Voy en esta dirección —dijo, señalando al norte—. Si veis al rey, me buscáis por ahí.

Sonrió y los jóvenes sonrieron, y supo que lo consideraban un inútil, y se marchó.

Fuera de la tienda, alzó la vista hacia los pisos rosados y vio una silueta en una ventana. Al principio no se lo creyó. Pero la silueta era humana y se movía tras una

ventana de la cuarta planta. Luego vio otra forma. Luego desaparecieron.

Se le había ocurrido que podía acercarse al edificio, encontrar un modo de entrar y ver si oía alguna voz. No había pensado más allá. Rodeó el bloque y casi se cae en un hoyo. Era del tamaño de una cantera, medía como mínimo media hectárea. Por lo visto habían excavado los cimientos de una estructura junto al edificio Florida. El hoyo tenía unos quince metros de hondo y había estado a punto de convertirse en su tumba.

Había armazones metálicos de columnas, tuberías y conductos gigantes destinados a transportar agua y calor. Había una escalera provisional de madera y barro. Decidió bajar, sin ninguna razón clara. A medida que descendía, el aire fue enfriándose. Era maravilloso. Cada tres metros, cada futura planta, la temperatura bajaba medio grado. Continuó descendiendo hasta el fondo, donde el aire podía considerarse civilizado. El suelo era de cemento, aunque había trozos de arena y montones de tierra. En un rincón de la base encontró una silla de plástico sencilla. Parecía hecha para él, para aquel instante, de modo que se sentó. Estaba sentado en una silla de plástico en unos cimientos en la ciudad junto al mar Rojo y el aire era fresco y el color de todas las cosas gris, y se sintió a gusto.

Se sentó y miró la pared de hormigón.

Se escuchó respirar.

Intentó no pensar en nada.

—Te perdono —dijo Charlie Fallon.

Lo dijo muchas veces. Estaba perdonando a Alan por ayudar a Annette a mudarse. Según dijo Annette, se habían peleado demasiadas veces y Charlie la había amenazado. Alan tuvo que escucharlo a diario, de ambos. No sacó nada en claro. Pero cuando Annette decidió irse, un fin de semana que Charlie no estaba en la ciudad, le pidió ayuda a Alan y él se la prestó. La ayudó a vaciar casi toda la casa.

Al día siguiente Charlie telefoneó.

—Esa loca se lo ha llevado todo.

Alan fue a verle, paseó por la casa. Parecía que un vendaval hubiera barrido el contenido dejando solo papeles, cinta de embalar, algunas almohadas.

—Eso se lo admito —dijo Charlie—. No lo vi venir. ¿Has visto qué eficiente? Me voy un día y me vacía la casa. Es una chica lista, siempre lo ha sido.

Charlie no sabía que Alan la había ayudado y Alan no supo cómo contárselo. De modo que durante un tiempo no se lo dijo. ¿Qué bien podía hacerle esa información?

Al final lo descubrió. Probablemente se lo dijo Annette. Charlie estuvo enfadado una temporada. Pero luego aseguró que lo entendía y que había perdonado a Alan.

—Tiene poder sobre los hombres débiles como tú y como yo —dijo Charlie.

Alan se levantó de la silla. Paseó por el perímetro, contando los pasos. El edificio sería inmenso. Sesenta metros por un lado y treinta y siete por el otro. Alan se sentía a gusto en él. A gusto formando parte del proyecto. No había nada mejor que estar allí y formar parte de algo. Cuando la ciudad fuera otro Dubai, otro Abu Dabi o Nairobi, podría decir que había recorrido los cimientos de los edificios, que había realizado los trabajos preliminares para todas las TI del puñetero lugar. Pero no podía adelantarse.

Volvió a sentarse en la silla de plástico blanco.

Terry Wren se había adelantado.

—Joder, Al, qué gusto.

Alan había visto a Terry unos años atrás, de paso por Pittsburgh. Alan conocía a Terry desde hacía veinte años, desde Olney, desde la época en Illinois. Terry había pasado de las bicis al acero y al cristal y trabajaba para PPG Industries, un gran fabricante de cristal a las afueras de Pittsburgh. Parecía un paso brillante. ¿Qué negocio podía estar más a prueba de la recesión que el cristal? La construcción de viviendas podía subir o bajar, pero siempre habría ventanas rotas.

Habían comido junto al estadio Heinz Field, y Terry estaba alardeando. PPG había conseguido el contrato para proveer de cristal a las veinte primeras plantas del nuevo edificio del World Trade Center. Veinte plantas de vidrio antiexplosiones, de tecnología concienzudamente desarrollada allí mismo, en Pennsylvania.

—Es como si hubiéramos nacido para este encargo —dijo Terry con la boca llena de costilla y el tenedor en la mano como una espada alzada en señal de victoria.

Terry se había deslomado para conseguir el contrato y ahora no veía el momento de empezar. Los tíos de la planta de fabricación no veían el momento de empezar. ¡De participar en la Torre de la Libertad! Era la razón por la que ibas a trabajar por la mañana.

—Es el proyecto más grande que hemos hecho —dijo.

Se haría con cuidado, y con celeridad. Terry lucía un pin con la bandera estadounidense en la solapa. Todo contaba. Hasta que dejaba de contar.

En su siguiente encuentro con Alan todo había terminado. Los dos estaban en Nueva York, PPG acababa de perder el contrato. Terry estaba viniéndose abajo. Quedaron para beber algo. Alan creyó que Terry se echaría a llorar.

Desentrañar lo ocurrido resultaba casi imposible. Por lo visto, la Autoridad Portuaria neoyorquina había aceptado la oferta de otra empresa, Solera Construction. Parecía justo. Su oferta era más barata y eran de Nueva York. A Terry le pareció normal... hasta que empezó a indagar.

—¡Dios, qué asco, Alan!

Terry le agarró del brazo.

Resultaba que Solera contrataba los cristales a otra empresa de Las Vegas. Terry se molestó, pero continuó pensando que los habían derrotado justamente. No conocía a la gente de Las Vegas, pero supuso que trabajarían en terrenos baratos del desierto de Nevada, probablemente con obreros indocumentados y costes bajos.

—Parece justo, ¿no? —dijo Terry, derramándose la bebida en la camisa.

Pero resultaba que los de Las Vegas no fabricaban el vidrio. Eran la fachada. El vidrio se fabricaba en China. El cristal antiexplosiones de dieciocho metros de altura del nuevo World Trade Center se fabricaba en China.

«Hemos aceptado el licitador responsable más barato.» Esa fue la declaración pública del portavoz de la Autoridad Portuaria.

—Maldita sea —dijo Alan.

—Joder, ¿te lo puedes creer? —dijo Terry.

Pero había otra sorpresa, y de las gordas: el fabricante chino empleaba una patente de PPG. PPG había desarrollado el vidrio, presentado y conseguido una patente y, poco antes de comenzar el concurso, habían vendido la licencia a diversas empresas de todo el mundo. Y una de ellas era Sanxin Façade, sita en el mar de la China Meridional. Y resultaba que Sanxin Façade era la empresa que construiría los vidrios de la Torre de la Libertad. De modo que PPG había inventado un tipo nuevo de vidrio antiexplosiones solo para que una empresa china empleara dicha tecnología para fabricar el vidrio más barato y vendérselo a la Autoridad Portuaria, que intentaba, como mínimo, recuperar algo de orgullo y resiliencia en el centro del centro candente de todo lo americano.

Ahora Alan caminaba. Estaba dando la vuelta al suelo del nuevo edificio, sudando la gota gorda, con ganas de golpear las paredes.

Quizá Terry se hubiera retirado de todos modos. Tenía sesenta y dos años. Pero el contrato del WTC había acabado con él. Ya no se divertía.

—Seré tonto —dijo Terry—, pero me importaba el vidrio de la Libertad. Joder, me importaba que participásemos en ese edificio.

Cuando Terry se rindió, a Alan se le acabó la paciencia. Todo era una vergüenza. No solo el aspecto empresarial, sino el hecho de que la Autoridad Portuaria hubiera arrastrado a PPG, le hubiera dado docenas de indicios de que por supuesto PPG, creadora de la tecnología, sería la proveedora. El hecho de que salieran al extranjero para conseguir algo así, de que, a sabiendas, dieran falsas esperanzas a PPG... millones invertidos en modernizar y modificar la maquinaria para fabricar el vidrio... Dios, todo se había hecho bajo mano y con cobardía, sin principios de ninguna clase. Era una vergüenza. Y en la Zona Cero. Alan daba vueltas apretando los puños. ¡Qué

vergüenza! ¡En la Zona Cero! ¡Qué vergüenza! ¡Entre las cenizas! ¡Qué vergüenza!  
¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

—¡Tío!

Alan se giró. Se detuvo. ¿Quién le llamaba?

—¡Tú! ¡Tío!

Alzó la vista. Un par de trabajadores con mono azul lo miraban desde arriba. ¡Señor Tío! ¡No!, le regañaron. Gesticulaban, movían los brazos como si recogieran algo, como si fueran a sacarlo del infierno insistiéndole en que subiera. Sus caras decían: No deberías estar aquí, quince metros por debajo del suelo, paseándote así, arriba y abajo, enfadado, rememorando hechos imposibles de cambiar no solo de tu pasado, sino del país en su conjunto.

Pero Alan lo sabía. Empezó a subir los escalones hacia la superficie. Era muy consciente de todo lo que no debería estar haciendo.

El día había acabado y Alan regresó a Yida en la furgoneta con los jóvenes, todos ellos dormidos o fingiendo que dormían durante el camino de vuelta. Fue un trayecto tranquilo. En el hotel, desembarcaron más o menos en silencio, y a las siete Alan estaba de nuevo en la habitación, solo. Pidió un bistec, se lo comió y salió al balcón. Vio varias figuras, cientos de metros más abajo, tratando de cruzar la autopista para llegar a la playa. El tráfico iba demasiado rápido. Al final lo consiguieron, corriendo y gesticulando, y Alan no había aprendido nada.

Hojeó la guía del hotel y vio fotografías del centro de fitness que había mencionado Rachel. Como no quería hacer ejercicio, bajó en ascensor al sótano, donde, detrás de un mostrador con forma de media luna, lo recibió un trabajador del centro con una toalla blanca y esponjosa al cuello. Alan le explicó que estaba echando un vistazo, «para planear su régimen de entrenamiento», dijo con seriedad, y le permitieron entrar con traje de negocios.

Había cinco personas ejercitándose, todas hombres, corriendo en cintas y peleando con máquinas Nautilus. Olía a limpieza química y el volumen del televisor, sintonizado en la CNN, estaba alto. El empleado miró en dirección a Alan, Alan asintió con expresión grave mientras miraba una de las máquinas, como diciendo: Sí, mañana haré un poco de esto con la ropa de deporte.

Luego se marchó. Vagó un rato por el vestíbulo y decidió sentarse y observar. Pidió un té helado y contempló cómo saudíes y occidentales se deslizaban por la superficie reflectante del suelo. Escuchó las fuentes, alguna voz que de vez en cuando se alzaba y retumbaba a varios metros de altura, en el atrio. El hotel carecía de personalidad. Le encantaba. Pero también era un hotel sin bar y por tanto con poco que hacer en la planta baja. Arriba, esperaba la botella. De modo que volvió al ascensor de cristal y flotó de vuelta a su planta.

Dentro, se sirvió unos dedos y empezó.

«Querida Kit: Algo ha cambiado en mí. O la cosa del cuello está consiguiendo que pierda la cabeza o ya la he perdido.»

No, no, se dijo. Basta de lloriquear. Haz algo útil. Dio un sorbo. Le quemó la lengua, le irritó las encías. Empezaron a llorarle los ojos. Dio otro sorbo largo.

«Querida Kit: He cometido algunos errores. Por eso este otoño no irás a la universidad. Es simple, la verdad. La he cagado. Pero a los tipos como yo no nos lo ponen fácil.»

Empezó otra vez.

«En primer lugar, deja que te dé las buenas noticias. Parece que el negocio con los saudíes saldrá adelante. Puedes matricularte en otoño. Tendré dinero. Me llega para pagarlo todo. El año entero por adelantado, si los muy capullos lo quieren así.»

Mentía. Kit no se lo merecía. Ella no había hecho nada malo. Y sí, la economía estaba así, el mundo estaba así, las universidades costaban demasiado, una exageración — por Dios, ¿sencillamente se inventaban el precio de la matrícula y luego le añadían el diez por ciento?—, pero aun así... Si hubiera planificado mejor, si no hubiera sido tan incompetente, habría tenido lo que Kit necesitara. Había dispuesto de veinte años para ahorrar doscientos mil dólares. ¿Tan difícil era? Eran diez mil al año. Mucho menos teniendo en cuenta los intereses. Habría bastado con que hubiera ahorrado sesenta mil y los dejara tranquilos. Pero no los había dejado tranquilos. Había jugado con ellos. Los había invertido, en él y en otros. Pensó que podría ganar doscientos mil a su antojo, cualquier año. ¿Podía haber previsto que el mundo perdería interés en gente como él?

Hacía un año, había tenido una idea y había creado una nueva línea de bicis: clásicas, duraderas, para los coleccionistas y los manitas y las familias que sencillamente

querían algo indestructible. Así que había pedido un préstamo. Supuso que medio millón le permitiría alquilar un almacén pequeño, maquinaria, contratar a ingenieros y diseñadores, fabricar algunos prototipos, comprar algunos camiones. Sabía lo que quería: bicicletas simples y resistentes de líneas limpias, tonos cromo, todo construido para durar mil años y no parecer gastado.

Presentó un plan de negocio viable, pero los bancos se rieron de él. Que quiere hacer qué. ¿Dónde? Quiero hacer bicicletas, dijo Alan. En Massachusetts. A todos les hizo gracia. Muchísima gracia, a la gente que tenía el dinero. De hecho un gestor de capital de riesgo se rió, con una risotada sincera, por teléfono (se estuvo riendo un buen rato). Alan, si te doy cincuenta mil, no digamos cien mil, ¡sería el final de los dos! ¡Nos encerrarían!

No era buena época para andar pidiendo dinero a los bancos con la intención de invertirlo en lo que ellos consideraban un proyecto quijotesco. Los directores de crédito más amables lo remitieron a la administración. ¿Conoce la Oficina para la Pequeña Empresa? Visite su página web. Da mucha información y es fácil de usar.

De modo que Alan visitó bancos cada vez más pequeños, con empleados cada vez más socarrones ante la locura que les planteaba. Jamás habían oído nada igual. Algunos eran tan jóvenes que nunca habían visto una propuesta empresarial que contemplara manufacturar cosas en el estado de Massachusetts. Creían que habían desenterrado a un antiguo chamán, rebosante de pistas de un mundo olvidado.

¡Ahora quiere ser sindicalista!, se choteó Ron. Alan había cometido el error de contarle sus planes a su padre. Pensó que le impresionarían. ¿Quizá buscara redimirse? Ron no le apoyó.

—Demasiado tarde, hijito.

Cuando decía «hijito» quería decir «mindundi».

—No lo creo.

—Ayudaste a que todo se trasladara a China. No puedes devolver al genio a la botella. Pero ¿por qué me lo preguntas a mí? ¿Por qué no pides a unos consultores que te lo cuenten?

Ron siempre había despreciado a los consultores. «¿Qué pueden explicarme de mi propio negocio? Reciben unos honorarios obscenos por malinterpretar hojas de cálculo.»

Alan dejó de pedir consejo a su padre.

En las contadas ocasiones en que invitaron a Alan a empezar a rellenar el papeleo del préstamo, pasó de la esperanza a la tragedia a una velocidad alarmante. Y el factor que parecía convertir la propuesta de arriesgada en tóxica no era la infraestructura estadounidense ni el mercado de bienes de producción

estadounidense, ni la competencia desde China. Fue Banana Republic. Banana Republic estaba acabando con la posibilidad de que emprendedores como él sacaran adelante el país. Banana Republic acabó con su crédito, lo que a su vez había acabado con América.

Alan nunca había comprobado ni sabido su calificación crediticia, pero le dijeron, todos los bancos e incluso algunas entidades de capital de riesgo, que su nota lo convertía en paria. Su nota, 698, estaba cincuenta puntos por debajo de la que lo cualificaría como digno de confianza o incluso humano.

Tras días de investigación comprendió que el momento clave de su actual vida financiera, y la barrera que impedía que lo tuvieran en cuenta para cualquier préstamo, fue cierta compra realizada seis años antes en Banana Republic.

Necesitaba una chaqueta nueva, y el vendedor le dijo que si pedía una tarjeta de fidelización de Banana Republic, ese mismo día obtendría un descuento del quince por ciento y que podría cancelar la tarjeta justo después. Pero no se sabía cómo, después de que Alan cancelara la tarjeta, esta no se canceló y siguieron mandándole facturas, pero como había cancelado la tarjeta, no abrió los sobres, los tomó por correo basura.

Así que se retrasó treinta y luego noventa y al final ciento veinte días en el pago, y recurrieron a agencias de cobro de morosos y, llegado ese punto, Alan pagó los treinta y dos mil dólares que debía, una especie de cuota, y volvió a dar de baja la tarjeta, otra vez.

Pero todo aquello había depreciado su nota crediticia por debajo de 700 y dejado fuera de su alcance cualquier clase de préstamo, por no hablar de una tercera hipoteca (había suscrito la segunda antes del desastre de Banana Republic).

La gente del banco señalaba la nota y alzaba las manos. Cuando les explicaba que había pagado las hipotecas, todas las tarjetas de crédito en activo, religiosamente durante treinta años, parecía importarles, parecían valorarlo, pero no tanto. Estaba la nota.

Alan intentó razonar con ellos.

—Vea mis informes crediticios actuales.

—Sí, señor.

—Y vea que el único punto negro es la tarjeta de Banana Republic.

—Sí. Es el principal, está bastante claro.

—¿Y admite que un cargo de setenta y dos dólares en una tarjeta de Banana Republic hace seis años no es un indicador muy significativo comparado con treinta años de comportamiento intachable en relación a recibos y cuotas hipotecarias?

—Sí, estoy de acuerdo.

Alan pensó que lo había conseguido.

—Entonces hay solución.

El hombre se rió.

—No. Lo lamento, caballero. La nota está por debajo de nuestro umbral. No podemos conceder crédito si la nota de quien lo pide no llega a setecientos.

—La mía es de seiscientos noventa y ocho.

—Sí. Pero incluso menos de setecientos cuarenta requiere una supervisión al más alto nivel.

—Pero ustedes no calculan esas notas.

—No.

—Lo hace una agencia externa. Experia.

—Correcto.

—¿Saben cómo valoran qué tarjetas o pagos comportan deducciones de la nota crediticia?

—No, no. Es información privilegiada. —El hombre se rió, como si los dos estuvieran planteándose las motivaciones del mismísimo Dios—. La protegen con mucho celo.

Alan intentó llamar a Banana Republic. No tenían ni idea. «No gestionamos las tarjetas de crédito a ese nivel», dijo una representante. Le remitió a una empresa de Arizona. En el número de Arizona le colgaron el teléfono repetidamente, como si lo hicieran a propósito.

Había llegado la era de dominio de las máquinas sobre los hombres. Era la caída de una nación y el triunfo de sistemas diseñados para frustrar el contacto humano, la razón humana, el criterio y la toma de decisiones humanos. Y demasiadas personas capacitadas para decidir habían decidido ceder sus decisiones a las máquinas.

Alan se levantó. Las líneas de la habitación iban en todas direcciones, como un mikado. Encontró la cama, y dejó que lo engullera. Giraba como un molinete. «Quizá he bebido demasiado», dijo, riéndose. Apoyó la mano plana en la pared y los giros se ralentizaron y se detuvieron.

«No está mal —dijo, creyéndose muy divertido y capaz. Quería detener los giros y lo había logrado—. ¡Felicidades, joven!»

Alan miró el espejo de encima de la mesa, luego miró el teléfono. Y mientras lo miraba, sonó.

—¿Hola?

—Soy Hanne.

—Bien. ¿Y tú qué tal?

Ella se rió.

—No te he preguntado cómo estás.  
—Bueno, he supuesto que deberías saberlo.  
Hanne volvió a reírse, con su risa como un rasgueo grave.  
—¿Ya te has acostado?  
—No. ¿Por qué?  
—Esta noche dan una fiesta en la embajada.  
—¿En la embajada danesa?  
—Sí, y será una bacanal.  
—Ya estoy borracho. El licor casero.  
—Está muy bien. Así encajarás. ¿Te apuntas?

Cogió un taxi a la embajada y a los veinte minutos vio a dos mujeres lamiéndole los piercings de los pezones a un hombre, montándolo a horcajadas como consortes bárbaras. Había gente en ropa interior y montones de pastillas. Barriles de licor casero. Resultaba desesperado y desquiciado e incluso placentero a ratos.

Un gordo bailaba junto a la piscina, y bailaba bien. Qué pantalones más ajustados para un tipo tan corpulento. Hanne se había ido, al bar.

Alan se quedó solo y deambuló. No necesitaba una copa.

Los pantalones del gordo brillaban como las escamas de un pez. Alan había dudado del tipo, se había preguntado por qué había mujeres tan cerca de él, intrigadas por él, pero luego el gordo había empezado a bailar y todo quedó justificado. Era fantástico. Y canadiense. Un fenómeno del baile gordo y canadiense.

En la piscina estaban jugando. Se zambullían a por pastillas. En la fiesta no había hachís —el olor transportado por el viento habría sido demasiado fácil de detectar para los vecinos—, de modo que, en su defecto, había pastillas. Había muchísimas pastillas, y vino y licor en botellas sin etiquetar. Era el paraíso del contrabandista.

Un tipo alto con la constitución de un vikingo y coleta pajiza lanzaba las pastillas a la parte honda, cientos de pastillas. Él las lanzaba y los demás se tiraban a la piscina. Tengo que ver cómo os las coméis, les decía a los fiesteros en ropa interior que se zambullían. Solo podías jugar si te esperabas a emerger y te tragabas la pastilla delante de él. Así que la gente saltaba en ropa interior y se sumergía a por las drogas: costaba mucho distinguir las pastillas blancas del fondo de la piscina. ¿Qué eran?

Algunos decían que Viagra, otros Ambien, pero no podía ser. Pronto alguien salió de la piscina sin ropa y causó un gran revuelo. Había hombres y mujeres entrelazados en la piscina, con las carnes refractándose, moviéndose rítmicamente, y había pastillas y había licor, pero el hombre que emergió desnudo, por lo visto, se había pasado de la raya. Lo taparon rápidamente con una toalla y lo llevaron dentro.

¿Dónde estaba Hanne?

Alan nunca había visto a gente tan mayor comportarse así. Eran viejos, de su edad, en ropa interior. Viejos con las pastillas, metiéndose las pastillas en la boca y tragándose las con botellas gigantes de licor casero. Se había liberado algo reprimido. ¿Y la mujer del escote? Lo mostraba como una bandeja. Se paseaba por la fiesta, dando vueltas y vueltas, en apariencia sin ningún plan ni propósito. Se diría que no hablaba con nadie. Como si la hubieran contratado para hacer lo que hacía, pasearse, dejarse admirar. Esas cosas pasaban en Nueva York y en Las Vegas, pero ¿aquí?

Alanapuró una docena de botellas transparentes, cuyo contenido parecía siempre agua y sabía a máquina estropeada.

Se topó con un arquitecto estadounidense. Dijo que había diseñado parte de la Ciudad Económica Rey Abdalá, el centro financiero. Había diseñado al menos un puñado de los edificios más altos del mundo. Era de algún lugar muy sorprendente, muy llano. ¿Iowa? Había sido muy afable, modesto, quizá estuviera algo demacrado. Compararon su falta de sueño. El arquitecto acababa de llegar de Shangai, donde estaba construyendo una nueva torre, más alta que las anteriores. Llevaba diez años trabajando en Dubai, Singapur, Abu Dabi, por toda China.

—Hace tanto que no trabajo en Estados Unidos... uf, no recuerdo la última vez.

Alan le preguntó por qué, aunque sabía la respuesta. Por el dinero, claro, pero también por cuestión de visión, de valor, incluso de un poco de ego competitivo.

—No se trata de construir lo más grande, lo más alto, pero ya se sabe, ahora en Estados Unidos no se dan esos sueños. Está todo parado. Por el momento los sueños se construyen en otra parte —dijo el arquitecto.

Después se fue de la fiesta.

—Ven a hablar conmigo.

Era Hanne.

—¿Dónde estabas? —preguntó Hanne.

Alan no lo sabía.

Tiró de la mano de Alan. Él la siguió.

—Cometamos algún error —dijo Hanne.

Fueron al garaje. Había tres neveras todavía en sus cajas.

Y la cara de Hanne en el pecho de Alan, luego aquellos ojillos mirándole, con un aire supuestamente seductor pero que en realidad era indagatorio. Alan se sintió pillado en falta y apartó la vista.

Pero se besaron un momento, y luego Alan se detuvo. Fingió que era por caballerosidad. Cuestión de dignidad.

—Es una locura, tantas prisas, ¿no? —dijo.

Hanne dio un paso atrás, mirándole como si hubiera desvelado un secreto terrible, que de joven había pertenecido a las SS. Luego se rió. ¡Admirable precaución a tu edad, Alan!

Alan la atrajo y la abrazó un buen rato. La besó en la coronilla. Demasiado lejos, lo sabía. Ahora era su padre. ¿Su sacerdote? Era idiota.

Hanne se apartó.

—No me hagas de papá.

Alan se disculpó y le dijo lo mucho que le gustaba, porque Hanne le gustaba.

—No puedes hacerme daño —le dijo ella—. Soy indestructible.

Fue como dar luz verde, una persona que le decía a otra que tenía los ojos abiertos y que no debía preocuparse de que se enamorase de él, ni siquiera de que lo recordara.

¿Hanne estaba siendo cruel? A la gente no le gusta que le impidan obtener lo que quiere. Sobre todo cuando parece tenerlo a su alcance. Te enfadas el doble. Estaba claro que Hanne consideraba que le hacía un favor a Alan. Y él la había probado y la había rechazado. Hanne no le dirigió la palabra durante el resto de la noche.

Pero de todas formas la fiesta casi había terminado. Ocurrió al final, casi al final, al menos casi al final de la presencia de Alan allí. ¡El astronauta! Un hombre en traje espacial. Era un disfraz, pero era muy bueno, muy realista. Una especie de cruce entre el traje del *Apollo* y el de *2001* de Kubrick, anguloso, con mangas y perneras de canalé. El hombre se paseó vestido así, simulando ingravidez, y luego regresó adentro. Salió más tarde sin el casco y resultó que tenía sesenta y pico años. ¿Qué había bebido o qué había tomado? Un sesentón caminando a cámara lenta por la fiesta, haciendo pantomimas con la gente, fingiendo que agarraba los pechos de la mujer del escote.

En el sótano había música, una pista de baile, una bola de discoteca fabricada con papel de plata. Solo sonaba la Motown, Diana Ross y las Shirelles. Los Jackson 5. Los cuarentones y cuarentonas restregándose, culos contra entrepiernas. La forma en que lo hacían resultaba perturbadora. Alan había tenido que salir del sótano.

Había jóvenes espléndidos. Fuera, junto a la piscina.

Licor en mano, en copas rojas, se acercaban a la pista de baile para un par de temas, y Alan acabó a su lado, en sillas de jardín, contemplando cómo se zambullían a por pastillas. Eran tres. Una, una etíope que hablaba como una estadounidense. Había nacido en Miami y trabajaba para la embajada etíope. El pelo le salía disparado de la cabeza en todas direcciones, llevaba los ojos pintados de gris azulado. La acompañaban dos jóvenes de aspecto serio. Aparentaban dieciséis años, tenían la cara como fruta madura, los ojos pequeños y ardientes. Uno era holandés, el otro mexicano. Les interesaba Alan, la Ciudad Económica, todo.

—Esto está a punto de estallar —dijo la etíope.

—¿A punto de estallar?

Alan creyó que se refería a una guerra. A alguna clase de terrorismo. A algo similar a la masacre de La Meca en 1979, cuando murieron tantos peregrinos.

—No, no. Las mujeres. Las saudíes se han cansado. Están hartas de tanta mierda. Abdalá intenta abrir puertas con la esperanza de que las mujeres se abran camino, avancen a partir de ahí. Se cree Gorbachov. Está colocando las fichas del dominó. La universidad mixta fue la primera. La siguiente es la Ciudad Económica.

Alan se volvió hacia los otros dos.

—¿Estáis de acuerdo?

Los otros dos asintieron. Probablemente sabían más que él.

Jugaban al fútbol. En una competición muy seria, con nombres en una pizarra y eliminados. Una gran pantalla plana pasaba películas de Russ Meyer. El astronauta las miraba, inclinado hacia delante, con el casco en el regazo.

Una confusión de recuerdos y revelaciones asaltó a Alan a lo largo de la mañana siguiente mientras se duchaba y se vestía y leía su ejemplar de *Arab News*. ¿Qué era aquello que había junto al lavamanos? Otra botella de licor ilegal. Hanne se la había dado antes de despedirse. Hanne cuidaba de él, del tonto. Pensó en el beso en la coronilla. Un espanto. Soñoliento y con un pie todavía en el mundo nocturno de la embajada danesa, supo que le esperaba un día de crispación. Se bebió el café y hojeó el diario, donde vio una foto pequeña del rey Abdalá; al pie se informaba de que había regresado al Reino.

Por tanto, era el primer día en que quizá el rey visitara la Ciudad Económica. Por improbable que fuera que hubiera llegado al país, y aunque Alan tenía la impresión de haber pasado la noche en el maletero de un coche, el equipo de Reliant y él debían ser puntuales, estar preparados y presentables.

—¿Yusef?

—No me creo que estés despierto. No son ni las diez. ¡Son solo las siete!

—¿Quieres llevarme a la Ciudad Económica?

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Me gustaría estar allí a las ocho y media.

—Que sean las nueve y media. Antes de las nueve no habrá nadie. Así puedo llevarte al médico para que te mire la nuca.

Alan se reunió con Yusef en la rotonda del hotel y se subió al Caprice.

—Me preocupan tus horarios de sueño.

—He tenido una noche rara.

Alan sabía que no debía mencionar la fiesta de la embajada, pero se moría por contárselo a Yusef. A Yusef le parecería divertida y le sorprendería que se hubiera celebrado, o diría: «Bah, pasa constantemente». Cualquiera de las opciones sería gratificante. Pero se lo había prometido a toda aquella gente, incluido al hombre del traje espacial, y jamás en toda su vida había roto una promesa, por pequeña que fuera.

Pasaron junto al hombre del tanque con la sombrilla de playa y esta vez Yusef giró a la derecha, no a la izquierda.

—¿Dónde está el médico?

—A unos tres kilómetros. Noor conoce a la recepcionista.

—Gracias por todo.

—No es nada —contestó Yusef, y se encendió un cigarrillo.

—Anoche me contaron un chiste muy bueno.

—Estupendo.

—¿Sabes lo que es la legión extranjera?

—Claro. ¿Como la legión extranjera francesa?

—Exacto. Pues hay un capitán de la legión extranjera, y lo trasladan a un puesto avanzado del desierto. En el recorrido para conocer el lugar, ve a un camello muy sucio y muy cansado atado detrás de los barracones de los soldados rasos. Le pregunta al sargento encargado de enseñarle el puesto: «¿Para qué es el camello?». Y el sargento le dice: «Verá, capitán, estamos aquí, en medio de ninguna parte, y los hombres tienen necesidades sexuales naturales, así que tenemos al camello para cuando aprietan». El capitán se queda pasmado, pero es nuevo en el lugar y no quiere remover las aguas. De modo que responde: «Bueno, si es bueno para la moral, por mí, bien». El capitán sigue a lo suyo, y cuando lleva unos seis meses en el fuerte ya no aguanta más y le ordena al sargento: «¡Tráigame el camello!». El sargento se encoge de hombros y lleva el camello a las dependencias del capitán. El capitán coge un taburete, se sube, se baja los pantalones y le da con ganas al camello. Acaba y se baja del taburete. Mientras se abotona los pantalones le pregunta al sargento: «¿Los soldados lo hacen así?». El sargento se mira los zapatos. No sabe cómo decirlo. Al final dice: «Bueno, mi capitán, normalmente usan el camello para ir a la ciudad a por una mujer».

—¡Dios! —Yusef se reía y aporreaba el volante—. Durante un momento me he preocupado... Pensaba que sería algo antiárabe. Ya sabes, por lo de follarse al camello y eso. Pero es bueno. Mi favorito hasta ahora. A Noor le encantará.

Yusef paró ante un gran hospital rodeado de muros altos. Se detuvo en la puerta.

—La puerta es un problema solo para mí, para ti, no.

Yusef saludó al guardia y, como de costumbre, señaló a Alan con la cabeza mientras repetía «Amreeka» varias veces hasta que les permitieron pasar.

Aparcaron y entraron en el hospital, y enseguida invitaron a Alan a sentarse en una sala pintada de color aguacate. Había una mezcla de revistas estadounidenses y saudíes. Pronto entró una enfermera, sola, y le tomó el pulso y otras constantes vitales. Se fue, tras indicar que el doctor no tardaría.

Alan clavó la vista en el suelo, preguntándose cómo podría explicar su decisión de intentar operarse con un cuchillo de la carne. No tenía sentido mentir. Solo un animal podría haber provocado aquella herida.

Una sombra oscureció el suelo delante de él y Alan levantó la vista y vio a una mujer baja con bata blanca.

—¿El señor Clay?

—Sí.

—Soy la doctora Hakem.

La doctora le tendió la mano. Alan se la dio. No mediría más de metro y medio. Llevaba el hiyab tenso, cubriéndole todo el cabello menos un mechón que se le había escapado y le caía temerariamente por la mejilla. Los ojos parecían ocuparle casi toda la cara y llenar la habitación. De nuevo, la guía de viajes se equivocaba. Le había asegurado a Alan sin margen de error que, aunque en el Reino había muchas mujeres médicas, vestían abayas y rarísima vez trataban a hombres. Solo en una urgencia, en caso de vida o muerte, cuando no había médicos cerca. Quizá, pensó Alan, la presencia de la doctora significara que estaba muriéndose.

—¿Tiene un bulto en la espalda?

—En el cuello, en realidad. No estoy seguro de si...

Mientras Alan hablaba la doctora se acercó, se situó detrás y le puso la mano encima sin darle tiempo a terminar la frase. Rodeó la herida con los dedos. Alan se sintió a punto de perder la compostura.

—Uf —dijo la doctora—. ¿Le ha hecho algo?

No tenía acento saudí exactamente. Parecía mezclar media docena de acentos, del francés al ruso.

Alan optó por no mentir.

—He estado investigando.

—¿Con qué?

—Un cuchillo.

—¿En un intento de acabar con su vida?

Alan se rió. No sabía si la mujer le tomaba el pelo.

—No.

—¿Toma alguna medicación? ¿Prozac o...?

—No estoy deprimido. Sentía curiosidad. Solo intentaba ver si...

—Parece hecho con una hoja serrada.

—Así es.

—¿La esterilizó?

—Lo intenté.

—Hum. Tiene una leve infección.

La doctora retrocedió para mirarle a los ojos. Tenía la cara con forma de corazón, la barbilla pequeña, los labios gruesos y rosados. Alan sintió que hacía mal mirándola. Esperaba demasiado de ella.

—Bueno, probablemente es solo un lipoma.

—¿Y eso no es malo?

Alan miró la etiqueta identificativa: «Dra. Zahra Hakem».

—No, es solo un bulto. Como un quiste.

—Y es...

—Benigno.

—¿Está segura?

Ahora, mirándole las manos, menudas y con uñas cortas, mordidas, le preguntó por la proximidad a la espina dorsal, la probabilidad de que le hubiera provocado torpeza, lentitud, falta de energía, todos los males y debilidades que le aquejaban.

—No. No veo ninguna conexión con lo que me cuenta.

—Solo quiero asegurarme. Explicaría algunas cosas.

Alan expuso sus achaques, sus numerosas y variadas preocupaciones.

—¿Y tiene la impresión de que el bulto es la causa de todo eso?

La doctora estaba mirándole con una cálida sonrisa.

—¿Es poco probable?

—Diría que es poco probable.

—Solo necesito que alguien me diga que no me pasa nada.

—No le pasa nada.

—Pero todavía no lo ha analizado.

—No, pero sé lo que es.

Como por respeto a la preocupación de Alan, la doctora echó otro vistazo al bulto, lo tocó, como si lo midiera con los dedos.

—De verdad, solo puede ser un lipoma.

—Está bien.

La doctora volvió a situarse delante de Alan y se sentó. Le miró directamente a los ojos, con los suyos muy abiertos, estudiándolo.

—Esto le ha tenido muy preocupado, ¿eh?

Alan carraspeó. De pronto sentía algo atascado en la garganta.

—Me preocupan mil cosas —dijo Alan.

La doctora se levantó y anotó cuatro cosas en el historial.

A Alan se le ocurrió de repente una idea que no había salido antes a la superficie pero que debía de haber estado allí todo el tiempo: si el bulto era cáncer y él estaba

muriéndose, ya no tendría que preocuparse más. La bancarrota no importaría. La matrícula y el futuro de Kit no importarían. Seguro que nadie exige una matrícula cuando los padres mueren.

La doctora Hakem sacó algunos artículos de un cajón y volvió a ocuparse del cuello de Alan. Estaba detrás de él, y Alan inspiró hondo. Esperaba un aroma soleado, fresco, pero olía a otra cosa. No lo identificaba. Pensó en árboles, tierra. Era musgoso, denso. Pensó en un bosque tras la lluvia, con un toque de flores silvestres.

—Tuve lo mismo hace unos años —dijo la doctora—. Una tensión en el pecho. Una sensación parecida a un ataque al corazón, de pánico. Estaba convencida de que cuando me hicieran un ECG y todo lo demás descubrirían que tenía un soplo en el corazón o una arritmia, algo que explicase la fatiga y el resto.

Puso un ungüento en una gasa, se la pegó al cuello y regresó al taburete de enfrente de Alan.

—¿Y? —preguntó Alan.

—No era nada.

—Qué lástima —dijo Alan, y los dos se rieron.

—No podemos librarnos de tener buena salud —dijo ella, y Alan rió más fuerte—. Pero, de verdad, entiendo su preocupación. El sitio del bulto preocuparía a cualquiera. De modo que lo extirparemos y así nos aseguramos. ¿Qué le parece?

Alan seguía mirando a la pared. No sabía si debía girar la cara hacia la doctora. Echó un vistazo en su dirección y descubrió que le estaba mirando, con los ojos fijos, inmensos. Eran castaños, con reflejos verdes, grises y dorados. Costaba calcular su edad. Podía tener entre cuarenta y cincuenta años, quizá alguno más. Incapaz de sostenerle la mirada, Alan bajó la vista. La doctora llevaba zapatos elegantes, de tacón bajo y con correa. Alan volvió a girarse, a concentrarse en la pared, en un puñado de cables entrelazados como arterias que salían de la habitación en dirección al pasillo.

—Podría operarte dentro de una semana. ¿Te va bien?

Alan había confiado fervientemente en que al cabo de una semana se habría marchado del país, pero aceptó. Fijaron una fecha y la doctora se puso de pie.

—Hasta pronto, Alan.

—Gracias.

—No te preocupes.

—Vale.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

De vuelta en el vestíbulo, Yusef iba de un lado para otro como un padre impaciente. Cuando vio a Alan, abrió los ojos como platos.

—Y bien, ¿qué es?

—Es benigno. No es nada. Un lipoma.

—No es cáncer.

—La doctora cree que no.

Yusef le estrechó la mano.

—Me alegro mucho.

—Yo también.

—Abdalá está en Riad. Lo he oído en la radio.

Alan no sabía si se sentía aliviado o no.

Salieron del edificio.

—¿Te ha atendido una mujer? ¿De dónde era?

—No lo sé.

—¿Saudí?

—No he preguntado.

—¿Árabe?

—Creo que sí. No estoy seguro.

—Pero ¿probablemente sí?

—Diría que sí.

A Yusef le pareció fascinante. Había muchas mujeres médicas, explicó, aunque las probabilidades de que le tocara una en la primera visita eran escasas.

—¿Llevaba velo?

—Solo el hiyab.

—¿Te ha visitado a solas?

—Sí.

Llegaron al coche, Yusef iba haciendo girar las llaves. Parecía contento.

—Interesante. Interesante.

Dentro de la tienda parecía que hubieran gaseado a los jóvenes. Estaban despatarrados en el centro de la tienda, unas piernas encima de otras, con los brazos separados. Parecía la masacre de Jonestown.

Alan se acercó corriendo.

—¿Cayley? ¿Rachel? ¿Brad?

Poco a poco abrieron los ojos. Estaban vivos.

—El aire acondicionado se ha estropeado —consiguió decir Rachel.

Se levantaron despacio, entre gruñidos.

Brad miró el reloj de pulsera.

—Llevamos una hora dormidos. Perdona.

Cayley miró hacia arriba con ojos vidriosos.

—Un momento. ¿Qué tienes en el cuello?

Alan les contó la visita al hospital. Les enseñó el vendaje, debatieron el pronóstico y se mostraron igual de optimistas que él: seguro que había una explicación médica para lo que fuera que le afligía.

—Entonces ¿piensas que en cuanto te lo quiten te encontrarás mejor? —preguntó Cayley.

Se hizo una pausa incómoda.

—Hoy hemos tenido buena señal —dijo Rachel, al rescate. Abrió el portátil, pero enseguida esbozó un mohín irritado—. Ahora no va.

—¿Alguna posibilidad de que el rey aparezca hoy? —preguntó Brad.

—Me temo que no. Está en Riad —dijo Alan.

Brad volvió a dejarse caer en las alfombras. Rachel y Cayley le imitaron. Alan se quedó de pie un momento, mientras pensaban en qué decirse y, fallándose unos a otros, permanecieron callados.

Alan decidió dejar que pasaran el día durmiendo. Salió y miró a su alrededor, sin tener una idea concreta de lo que debía hacer.

Enfiló por el paseo hasta el final y llegó a una duna. Se giró hacia el agua. Se moría de ganas de andar por la arena, pero le preocupaba que le viera el personal. La tienda tenía unas ventanas como de malla.

Playa adelante Alan vio un montículo alto de arena junto a un tractor sin conductor, una pala mecánica. Si bordeaba el montículo y se escondía detrás, podría tocar el agua sin que lo viesen.

Avanzó trabajosamente por la orilla, rodeó el montículo y se sentó a su sombra. Una vez allí, se asomó por encima del montón y confirmó que no podían verlo desde la tienda blanca, desde la Caja Negra, desde el bloque de pisos rosados. Era invisible para todos salvo los peces del mar.

Se cuestionaba constantemente su comportamiento. En cuanto había hecho algo, algo como esconderse detrás de un montón de tierra junto al mar Rojo, se preguntaba: ¿Quién es este hombre que abandona la tienda de presentación para esconderse tras un montón de tierra?

Se descalzó y se acercó a toda prisa al agua. Una brisa suave levantaba una fina línea de olas en el mar. La arena, a un solo tono del blanco, estaba repleta de trocitos de conchas, como si alguien llevara cien años rompiendo platos.

La playa era estrecha, y Alan no tardó en notar el ligero rocío de las olas en la planta de los pies. Se remangó los pantalones y hundió los pies en el agua. Estaba templada como el aire, pero se enfriaba al adentrarse. Alan se quedó quieto, procurando no dejarse ver demasiado. Una vez más se vio desde fuera y puso en duda su cordura. Una cosa era pasearse por las obras. Otra, abrirse paso hasta la playa. Pero ¿descalzarse, remangarse los pantalones y meterse en el agua?

Frente a él el mar se extendía sin la interrupción de ningún mástil de velero, de embarcación alguna. Parecía una superficie considerablemente infrautilizada, al menos por lo que había visto. En los ciento treinta kilómetros más o menos que habían recorrido para llegar allí, Alan no había presenciado ningún desarrollo destacable. ¿Cómo podía conservarse tanta costa sin explotar? Pensó en comprarse una propiedad. Podía comprar una o dos, alquilarlas medio año y aun así conseguir beneficios. Estaba en plenos cálculos cuando cayó en la cuenta de que no era un hombre que pudiera acometer tales proyectos. No tenía dinero.

Se agachó a tocar el agua y examinar una concha que parecía intacta. Estaba entera, prístina, parecía una vieira. Se la guardó en el bolsillo. Encontró otra, esta un cauri, translúcida, de color tostado y manchas como las de la piel del leopardo, con docenas de puntitos blancos. Había tenido cauris antes y probablemente todavía conservaba cinco o seis en alguna caja por ahí. Pero nunca había encontrado uno como aquel en el agua. Además, era perfecto: le dio la vuelta y no estaba roto ni rayado. Tenía los dientes suaves, abigarrados. No tenía ninguna razón para ser tan bello.

De joven Alan coleccionaba conchas. Nada serio, pero conocía los nombres de algunas de las variedades más básicas. Tenía un libro, cuyo aspecto y peso todavía recordaba, que enumeraba todas las conchas más preciadas y valiosas del mundo. Una de ellas era la *Conus gloriamaris*, la Gloria del Mar, de la que decían que valía miles de dólares. Todavía hoy la veía, un gran cono decorado con miles de medios aros pequeños, obsesivos, como dibujados a mano. Aquella concha había sido increíblemente rara. Se contaba que en 1792 un coleccionista, poseedor de uno de los pocos ejemplares conocidos en el mundo, compró otra en una subasta solo para destruirla y multiplicar así el precio de su espécimen. Alan solía enfrascarse en aquel libro, y su madre, convencida de que coleccionar, memorizar cifras, la obsesión por las subidas y bajadas del mercado, formaba su mente para los negocios, le compró otros, y Alan memorizó los nombres, los mares donde se encontraban las conchas.

Se enrolló las perneras hasta las rodillas e, inclinado hacia delante, se echó agua en la cara. Se lamió los labios, sabían salados.

Cuando Kit era muy pequeña solían sentarse en la playa, en el Cabo, en la costa de Maine, a veces en Newport. Kit se sentaba en su regazo y los dos rastrillaban la arena y las piedras con las manos en busca de cristales, conchas bonitas o dólares. Comparaban sus hallazgos y guardaban los mejores en un tarro que habían vaciado de monedas de uno y cinco centavos. Echaba de menos a la Kit de aquella edad. Su envergadura, su peso cuando se le sentaba en las rodillas. Entonces, cuando podía levantarla, cuando podía envolverla, tenía tres y cuatro años. Podía abrazarla, cubrirla por completo cuando lloraba, olerle el pelo enmarañado, acariciarla con la nariz detrás de la oreja. Sabía que la acariciaba demasiado. No paró cuando Kit cumplió siete años, cuando cumplió diez. Ruby solía lanzarle miradas de reproche, pero Alan no podía contenerse. Cuando Kit cumplió catorce años, él todavía quería hundir la nariz en su cuello, olerle la piel.

Pensó en una carta que pudiese escribirla a Kit. Le contaría que las expectativas sobre su madre eran injustas. Alan se preguntaba si sabría que Ruby la había tenido mediante parto natural, sin drogas, sin epidural. ¿La impresionaría? Probablemente no la impresionase hasta que ella misma lo intentara.

«Kit, dices que tu madre no ha cambiado, pero ha cambiado. Cientos de veces. Es importante tener presente que en el caso de los adultos, aunque el desarrollo es continuo, no siempre se mejora. Se cambia, pero no siempre se crece.»

No parecía probable que la ayudase. Quizá Alan se equivocaba. Ruby no había cambiado nada. Siempre había sido una mujer imposible. Demasiado fuerte y demasiado lista y demasiado cruel y, constantemente, demasiado inquieta para contentarse con un hombre que vendía bicicletas. Y a partir de su primer encuentro todo fueron decepciones.

Alan había visitado São Paulo por negocios. Con Schwinn. La idea consistía en abrir una fábrica allí, producir media docena de modelos, venderlos en Sudáfrica, esquivar aranceles. Pero el viaje fue un desastre. El contacto local era un loco, un ladrón. Se había creído que le pagarían una cifra astronómica por adelantado, y Alan estaba convencido de que el tipo desaparecería en cuanto cobrara el cheque. De modo que telefoneó a Chicago, les explicó que empezaban de cero. En Chicago se desentendieron y archivaron el proyecto. Pero todavía faltaban ocho días para el vuelo de regreso de Alan.

Podría haberse marchado. Pero hacía dos años que no tenía vacaciones y de todos modos Schwinn había previsto que estuviera fuera una semana o más, de manera que volvió al hotel, vio un anuncio en el vestíbulo de un crucero por el río Negro y se apuntó. Subió a la habitación y pasó el resto de la noche en el balcón, observando el tráfico de la carretera y las aceras, a los niños con uniforme escolar jugando en la calle hasta las once. Durante una hora contempló a una niña, de no más de ocho años y flaca como un gato de campo, pasearse sola y a salvo con un carrito cargado de rosas blancas. No vendió ni una.

Por la mañana, Alan cogió un vuelo rápido a Manaus, en la desembocadura del río, que a primera vista no se diferenciaba mucho del bajo Mississippi o, en realidad, de cualquier otro río. Era ancho, era marrón. Se había apuntado al viaje con la esperanza

de encontrar selva densa y cerrada y un río estrecho y serpenteante, monos visibles desde el agua, cocodrilos y pirañas boqueando, delfines rosados saltando. Pero en lugar de todo eso, llegó a la orilla, cruzó varias hectáreas de barro por un puente provisional hecho de tablones y enseguida subió a un viejo vapor de madera, de tres pisos, que parecía tener las mismas posibilidades de flotar que una vieja iglesia de tablas.

Los días eran sencillos y magníficos por su sencillez. Los pasajeros se despertaban con el sol, dormitaban durante una hora y luego pasaban otra entretenidos a placer, en las cubiertas, contemplando el paisaje desganados, charlando ociosamente, escribiendo en sus diarios, leyendo sobre el arte de podar setos. A las ocho más o menos se servía el desayuno, siempre fresco: huevos, plátanos, melón, pan del día, zumo de naranja y mango. Después de desayunar seguía otro intervalo de tiempo libre y, a las diez o las once, el barco había alcanzado un puerto de interés. Un día se trataba de un poblado antiguo de cabañas elevadas con tejado de paja en la zona inundable y otro de una excursión por la selva en busca de serpientes, lagartos y arañas.

En el barco, Alan dormía más de lo que creía posible. Por la mayor concentración de oxígeno del aire, le explicaron los miembros de la tripulación. Los nortños duermen mucho los primeros días, le dijeron. Se dormía en todas partes: en el camarote, en la segunda cubierta, en una silla, en cualquier sitio. Y el sueño siempre era el más reparador de su vida.

A bordo viajaban doce herpetólogos, la mayoría de más de sesenta años, Alan y una joven de su edad. Ruby. Era alta y delgada, con el pelo negro corto y de rizo prieto. Toda la tripulación estaba enamorada de ella y, aunque estaban todos casados, se le insinuaban descaradamente y Ruby socavaba sus avances. «Pobrecita tu mujer —le dijo a uno, un peruano casado, cuando este le cogió la mano durante la cena—. No te la mereces —continuó Ruby—, quienquiera que sea, dondequiera que esté.»

A partir de ese momento Alan no se alejó de ella, solo para escucharla hablar.

Tras la excursión del día, el barco zarpaba de nuevo, descendiendo despacio por el río, y la tarde se presentaba ante ellos sin planes ni obligaciones. La cena resultaba siempre espectacular, acompañada de cerveza. Después de cenar, se sentaban en cubierta a jugar a las cartas o al dominó y escuchar anécdotas de Randy, el capitán con dos mujeres, y Ricardo, el ayudante del capitán, con varias mujeres más. Luego el grupo se dispersaba en dirección a los camarotes y Alan solía sentarse en la cubierta superior, casi siempre a solas. Desde allí podía contemplar la inimaginable

cúpula celeste, las copas de los árboles a derecha e izquierda, escuchar los chasquidos y aleteos de pájaros y monos escondidos.

Alan no había previsto ningún tipo de aventura romántica en el barco, pero terminó sentándose junto a Ruby en las comidas y luego paseando con ella en las excursiones y pronto trabaron amistad, formaron una especie de pareja. Quizá fuera simplemente que los dos tenían la misma edad en un barco lleno de gente mayor. ¿Y era Alan el único al que le apetecía escucharla hablar durante horas un día tras otro? Algo en el aire del río, el cielo abierto, la hacía pontificar, decía Ruby, y se reía. «¿No te agobia oírme parlotear?», le preguntó, y Alan le dijo que no, para nada.

Caminaron por la selva y Ruby habló del trabajo al que quería dedicarse, que parecía consistir en salvar al mundo.

—¡No, no! —dijo Ruby—. Es justo lo contrario. Eso lo hacen los bichos raros. Yo me refiero a algo mucho más serio.

Le exasperaba la gente de gran talento y empatía que desperdiciaba el tiempo en campañas secundarias, en asuntos menores, en cuestiones triviales. Le interesaban los derechos de los animales. No es que le preocuparan los pandas y las ballenas, sino los salvagatos, los salvahámsters.

—Muy bien, vale, tratadlos bien —bufaba, refiriéndose a los animales—. Pero todo el dinero, todos los abogados y las campañas y las manifestaciones en favor de los conejos y las ratas de laboratorio... ¡si se canalizara toda esa energía para salvar las vidas de los desnutridos del mundo!

Alan asentía. No sabía que estaba en juego una ecuación de suma cero. Pero no era exactamente lo que quería decir Ruby. La energía que se gastaba en temas para nada esenciales era lo que impedía progresar en los problemas más acuciantes. A Alan le sobrecogían el talento y la energía de Ruby, por no hablar de su ira. La exasperaba la persistencia de crisis globales que le parecían solucionables de forma inminente. Escribía cartas a senadores, a gobernadores, a gente con influencia en el FMI. Insistía en que Alan las leyera todas, sentado enfrente de ella, con aspecto claramente poscoital. Ruby pensaba siempre que había escrito la Carta Magna. Después, el trabajo de Alan consistía en decirle que el senador Tal o Cual estaba loco si no veía la lógica del razonamiento de Ruby al tiempo que intentaba atemperar sus expectativas.

Pero resultaba imposible. No había término medio en lo que Ruby quería para el mundo, para ella, para un marido.

Una máquina se encendió ruidosamente. Alan se giró y vio a un hombre en un bulldozer pequeño. Había otros dos hombres cerca. Se disponían a trabajar en un segmento próximo del paseo.

Alan imaginó una futura leyenda entre los trabajadores de la Ciudad Económica, la curiosa historia de un americano con traje de negocios que vagaba sin rumbo por la playa, escondiéndose detrás de montones de tierra y en los cimientos vacíos de los edificios. Le había pasado con anterioridad: tratando de desaparecer, se había vuelto más visible.

Regresó a la tienda y encontró a los jóvenes dormidos en la oscuridad plástica. Enrolló una de las alfombras y recostó en ella la cabeza.

Estaba solo en lo alto del barco. Justo antes de la medianoche, bajo el más estrellado de los cielos, mientras la embarcación avanzaba silenciosamente por un estrecho afluente, entre el viento caliente y las hogueras lejanas. Ruby estaba en la baranda con una camiseta amarilla raída y Alan se le acercó por detrás. Pero antes de alcanzarla, ella se echó hacia atrás y topó con él. Alan la abrazó y Ruby se volvió rápidamente y él se le echó encima, la boca de ella sabía a cerveza. Se dirigieron al camarote de Ruby y pasaron en él casi todos los días restantes.

Se casaron en un abrir y cerrar de ojos, pero Alan enseguida tuvo la sensación de que ella le había calado. ¿Quién era Alan? Vendía bicicletas. Formaban una mala pareja. Alan era limitado. Intentaba ponerse al nivel de ella, abrir su mente y ver las cosas como Ruby, pero trabajaba con herramientas rudimentarias. Lo que salvaba a su trabajo eran los viajes, las diversas visitas para abrir mercados para Schwinn, que Ruby valoraba muchísimo. En aquellos primeros viajes a Taiwan, Japón, China y Hungría, Ruby le acompañaba y era maravillosa. Era de lo más encantadora, estaba radiante. Lo veía todo, conocía a todo el mundo. Era una invitada deslumbrante, la americana más vivaz y de curiosidad más pertinaz e intelectual que habían conocido.

Pero se avergonzaba de Alan. Alan no conocía a la mitad de las personas — disidentes y filósofos y líderes en el exilio— de las que le hablaba. Intentaba encontrar a algún industrial en la mesa, a uno de los maridos que supiera de costes unitarios y fechas de cargo y no mucho sobre el potencial de la sociedad civil en Sri Lanka. A veces tenía suerte y se escondían juntos de la luz de los idealistas que se peleaban por detalles de planes impracticables y mandatos inefinanciables.

El compañero ideal de Ruby, supo entonces Alan, habría sido un Kennedy, un Rockefeller. Quizá Aristóteles Onassis o George Soros. Necesitaba un mecenas adinerado que tuviera influencia política, que pudiera retirar el telón del poder y mostrarle las palancas y los botones. Que pudiera financiar sus proyectos. Cuando

Ruby se frustraba, cuando consideraba a Alan arena en sus engranajes, se volvía cruel.

—No existe la media naranja —dijo una vez. Estaban cenando en Taipei con un proveedor y su esposa. La pareja llevaba cuarenta años casada—. La idea de que solo hay una persona en el mundo para la que estás destinada es ilógica. —Ruby se había bebido varias copas y disfrutaba escuchando sus pensamientos—. ¡No salen las cuentas! El hecho de que acabes con una pareja u otra se debe al azar de la proximidad.

Alan abrió los ojos en la tienda junto al mar. Los jóvenes estaban dormidos. Pensaban que no era nadie, un hombre irrelevante. ¿Sabían que había nadado con cocodrilos en el río Negro? ¿Que una mañana casi lo parten en dos y que la única persona que luchó por él aquel día y cualquier otro fue su siempre cruel ex mujer?

Alan había visto a algunos tripulantes lanzarse al río de vez en cuando, lo que había dado pie a hablar de cocodrilos, y de ahí que en diversas ocasiones les informasen sobre la rareza de los ataques: a los cocodrilos no les interesaba la carne humana a menos que las aguas estuvieran muy bajas, a menos que se dieran unas condiciones extraordinarias y sus fuentes habituales de alimento escasearan o se agotaran.

De modo que mientras el barco fondeaba en el pueblo, un puñado de pasajeros se dejaron atraer por las aguas y nadaron despreocupadamente. No pasa nada, dijeron. Se quedaban en las zonas poco profundas y los niños del pueblo chapoteaban cerca, todo el mundo estaba en el río y a nadie lo devoraban reptiles gigantes. No parecía que hubiera ninguno en aquella parte del río, hasta unos minutos después, cuando se armó un alboroto al otro lado del barco. Un tripulante que estaba pescando acababa de atrapar a una cría de cocodrilo del tamaño de un zapato. Alan y Ruby fueron corriendo a verlo y, ciertamente, era clavadito a los que salían en los libros. Tenía la mandíbula inferior increíblemente protuberante y parecía furioso.

Alan no tenía intención de nadar. Pero para Ruby ver allí al cocodrilo, dando golpetazos en cubierta, sabiendo que había coexistido con los pasajeros y los niños en el río, demostraba que no era peligroso, de modo que saltó, salpicó un poco y alentó a Alan a imitarla. Alan declinó la oferta y luego Ruby subió a la cubierta y, con una toalla en los hombros, se apoyó en él.

—Deberías saltar —dijo Ruby.

Alan no necesitó más. Sin embargo, decidió ir más allá y buscó un bote de remos, lo bajó al agua y se subió a bordo. Pensaba adentrarse en el río y zambullirse desde el bote en aguas más profundas.

El bote era muy pequeño, más parecido a un kayak por lo bajo que surcaba el río. Alan remaba con los pies estirados hacia delante, todo parecía normal. Pero

enseguida se congregó un gentío, la tripulación en pleno le observaba desde la cubierta de debajo de la de Ruby y parecían divertirles mucho sus avances. Así que Ruby empezó a prestar más atención y pronto vio lo que les divertía. El bote que había elegido Alan no estaba en condiciones de navegar, estaba lleno de agujeros y se hundía. Las risas de la tripulación fueron creciendo mientras lo veían hundirse poco a poco en el río y, cuando Alan se dio cuenta de lo que ocurría, se rieron todavía más fuerte al verlo afanarse por dar la vuelta y regresar remando a toda prisa antes de hundirse del todo.

A Alan le habían dicho que los cocodrilos no eran nada peligrosos, que solo atacaban a humanos si estaban muriéndose de hambre y el agua muy baja; no obstante, en cualquier tregua de las relaciones entre humanos y animales se producían anomalías —cada semana algún trabajador del zoológico perdía un brazo entre las mandíbulas de un tigre, los elefantes aplastaban a sus entrenadores—, y allí estaba Alan, hundiéndose en el río Negro, a unos treinta metros del barco, lo bastante lejos para que si algo iba mal, si los cocodrilos lo tomaban por comida, nadie de la embarcación llegase a tiempo.

Alan intentaba no parecer presa del pánico, intentaba recordar lo improbable, lo imposible en realidad, que era un ataque, pero por otro lado: ¿Y si...? Cuando estaba a unos veinte metros, el agua subió a la altura del bote y entró a una velocidad alarmante. Alan dejó de avanzar, la mayor parte del bote desapareció rápidamente bajo el agua herrumbrosa y Alan comenzó a hundirse allí mismo, en el río, infestado como estaba de cocodrilos y mil cosas más.

Deseaba fervientemente regresar a nado a la barca y pronto, pero le daba miedo que el chapoteo atrajese dientes hacia sus extremidades en movimiento. A la vez, quería devolver la canoa al barco, puesto que había sido idea suya salir a remar por ahí, una idea de lo más estúpida, ahora lo sabía. No quería dejar que el bote, que agarraba entre las piernas, se hundiera hasta el fondo. Y entretanto, era consciente de que sus piernas probablemente estaban siendo observadas con sumo interés por los carnívoros del río. No obstante, las caras se reían. Había incluso algunas que ya se aburrían. Le dieron la espalda.

Hubo un momento en que Alan miró la embarcación pensando: Bueno, puede que haya llegado mi hora. Podría ser lo último que viese. Es un barco bonito y en lo alto está la deliciosa Ruby, inclinada hacia delante y ahora, de pronto, gritando:

—¡AYUDADLE!

Estaba a punto de saltar. Se inclinaba sobre la baranda superior tratando de llamar la atención de los miembros de la tripulación que había en la cubierta de abajo.

—¡COÑO, QUE LO AYUDÉIS, CABRONES DE MIERDA! —bramó de nuevo Ruby, y repitió esta y otras versiones de la orden hasta que, al cabo de un minuto, tres de los tripulantes se subieron a un bote, se acercaron a Alan y lo remolcaron.

Cuando Alan llegó a la habitación del Hilton, la lucecilla roja del teléfono parpadeaba. Tenía un mensaje de Hanne.

—Llámame.

Alan llamó y Hanne contestó al primer tono.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó Hanne.

Alan pensó en la habitación, en las aventuras desesperadas que viviría en ella. La cama, el espejo, el licor casero.

—Nada —respondió.

—Vente a mi casa. Prepararé algo.

—¿Puedo?

—Donde vivo les da igual.

—No tienes que cocinar. Puedo invitarte a cenar fuera.

—No, no. Es más divertido comer en mi casa. Y más fácil.

Alan llamó a Yusef. Saltó el buzón de voz.

—Llámame. Voy a casa de una amiga y necesito un coche.

A Yusef le encantaría. Alan esperaba que le devolviera la llamada en cuestión de segundos, pero pasaron treinta minutos y nada. Nunca le había costado localizar a Yusef. Una vaga preocupación se apoderó de él. Alan le envió un mensaje de texto que no obtuvo respuesta.

Le pidió otro conductor al conserje, compró flores en el vestíbulo del hotel y una hora más tarde estaba ante la verja de Hanne.

Llamó al timbre. Vio una sombra moverse en la planta alta.

Se abrió la puerta y apareció Hanne. Vestía una blusa de seda sin mangas y pantalones negros. Se la veía acicalada, serena, con la cara radiante.

—Flores —dijo Alan.

—Ya veo.

La casa no era muy distinta de su despacho: parecía que se hubiera instalado hacía solo unas horas. No tendría más de cinco muebles. Un sofá, una mesa, algunas sillas duras de madera. Pasaron por delante de la cocina, donde una olla hervía a fuego lento.

—He preparado estofado.

Alan le dijo que olía bien, aunque no olía gran cosa aparte de a pintura fresca.

—Tengo un poco de vino. ¿Lo compartimos?

Hanne sostenía un termo y un vaso infantil con la imagen de un par de peces de dibujos animados. Alan sonrió y ella le sirvió un líquido rosáceo hasta la mitad del vaso.

—Un amigo de aquí, del complejo, ha empezado a elaborarlo hace poco. Es sudafricano. Son especialistas en vino.

Alan lo probó y se estremeció. Era al mismo tiempo flojo y amargo.

—¿Tan malo está?

—No, está bueno. Gracias —respondió Alan, y se bebió un tercio del vino de un trago.

—Te he conseguido más *siddiqi* —dijo ella, empujando hacia él otra botella de aceite sobre la encimera.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Hanne se rió.

—Aquí se bebe más que en Finlandia.

Hanne se dirigió al salón.

—Ven a sentarte. Hace tiempo que no recibo visitas.

Se sentaron en el sofá, en los extremos.

—Tiene que ser raro vivir aquí —dijo Alan.

—Rarísimo. Pero es tan tranquilo que normalmente me encanta. La total falta de responsabilidad social. No tienes responsabilidades familiares ni, en realidad, tampoco con los amigos. Con suerte, recibo a un invitado al mes. Es una vida monástica, un alivio.

Alan asintió. Lo entendía.

—Y están las fiestas de las embajadas —dijo Alan.

Ella se encendió un cigarrillo.

—Están las fiestas. ¿Hice el ridículo?

—En absoluto. Todos hacían locuras.

Quizá funcionara, pensó Alan, incluir la tentativa de Hanne en el reino de la locura, algo que nadie en su sano juicio creería.

Al instante, pareció que en los ojos de Hanne se apagaba una luz.

Pero igual de rápido se recuperó y se obligó a sonreír.

—Tengo noticias del rey para ti. La semana que viene viaja a Baréin. Así que estás libre.

—Vaya —dijo, incapaz de disimular la decepción.

No era la clase de libertad que buscaba Alan. Quería tener la libertad de presentar su producto, recibir confirmación del trato, hacer las maletas y volver a casa. Quería ser libre para salir del Reino de Arabia Saudí.

Hanne colocó los platos sobre manteles individuales de plástico, y al poco conocía los hechos más destacados de la vida de Alan y él los de ella. Alan había supuesto que estaba divorciada, y lo estaba, pero se había equivocado en los niños. No tenía hijos, así lo había acordado con su ex marido al casarse. Hanne no quería hijos, él no quería hijos. Pero después, cinco años después de la boda, él quiso tener hijos. De modo que se pelearon y se fueron distanciando y él preñó a otra. Por entonces todavía estaban casados.

A partir de entonces la cosa había sido simple, dijo Hanne. Puso en conocimiento de McKinsey que estaba dispuesta a aceptar encargos lejanos, y a los pocos meses estaba en Seúl. Luego en Arusha. Después en Yida y la Ciudad Económica Rey Abdalá.

Enseguida terminaron la cena, recogieron los platos y, cuando Alan esperaba que le invitara a volver al sofá o lo acompañara a la puerta entre bostezos, le dijo:

—¿Te apetece un baño?

—¿Un qué?

—Un baño. Se me ha ocurrido.

—Los dos juntos, quieres decir.

Ella se rió, quitándole importancia.

—Es solo una idea.

Pero no parecía dispuesta a olvidarse de ella.

—Podemos fingir que es un jacuzzi.

Alan se lo pensó, pero no mucho. Pensó solo que prefería alargar la noche con ella, por extraña que pudiera resultar, que quedarse solo.

—¿Por qué no?

—¡Bien! —dijo Hanne, animada, y se dirigió con pasos rápidos al cuarto de baño.

Empezó a oírse el rugido del agua cayendo en la bañera. Mientras se llenaba, Hanne volvió al sofá, cogió su bebida y se la acabó.

—¿Piensas practicar buceo con esnórquel, inmersión o algo por el estilo?

Alan no lo había pensado.

—Este es un sitio magnífico. Muy poca gente bucea, así que está bien conservado. Yo fui hace unas semanas, justo delante de la playa de la Ciudad Económica. De hecho, me puse biquini, pero no debería haberlo hecho. Al cabo de una hora llegó un guardacostas. Era *haram* estar allí con tan poca ropa.

—¿Y te arrestaron o...?

—No, solo me dijeron que tenía que avisarlos con tiempo. En la zona de Yida son muy complacientes con los occidentales. En la mayoría de los casos hacen la vista gorda, pero quieren saber dónde haces lo que sea que hagas. Sobre todo para asegurarse de que los demás no lo ven. ¿Más?

Le sirvió más vino y luego fue a comprobar el estado de la bañera.

—Está lista.

Así que estaban desnudos, uno frente al otro, sin saber qué hacer a continuación. Ella se había desnudado primero y había entrado con cautela en la bañera, como si no estuviera familiarizada con ella. Él la observó, pensando que era preciosa, de formas generosas, piel pálida, pecosa, y espalda bronceada. Alan esperó a que se ocupara de encender unas velas que tenía detrás de la cabeza y entró apresuradamente sin darle tiempo a Hanne a verlo entero.

Enseguida acabaron sentados con las rodillas asomando sobre el agua y el vino en la mano. Alan quería mucho más del que tenía en la copa.

—¿Te bañas muy a menudo? —se las apañó para preguntar.

—Pues no.

Hanne había intentado crear espuma con el lavavajillas, pero con un pobre resultado que desapareció enseguida.

—¿Demasiado caliente?

—Está bien —dijo Alan, sincero.

La apreciaba y admiraba su coraje, y la situación, estar sentado en una cómoda bañera con una amiga nueva, le parecía bien. Pero, por otro lado, ¿qué coño estaba haciendo en la bañera con aquella mujer?

El problema era la posibilidad de ofender. No quería ofender, de modo que aceptaba ofrecimientos como aquel demasiado a menudo. Había terminado en bodas, en

bautizos, con mujeres que le consideraban más que un amigo aunque insistían en lo contrario. Era idiota.

Seguro que tenía algo en el bulto ese del cuello, pensó. Estaba demasiado cerca de la médula espinal y había afectado al paso de señales del cerebro al resto del cuerpo. Lo cual explicaría la incapacidad para interpretar todo tipo de señales humanas.

Ahora Hanne le enjabonaba la rodilla con delicadeza, como si sacara brillo a una barandilla. Alan le sonrió. Ella frunció el ceño.

—Pues sí que te excito —dijo Hanne.

Alan no estaba excitado y sabía que era cuestión de tiempo que Hanne se sintiera insultada. Si no se hubiera metido en la bañera estaría muchísimo mejor. Entonces no habrían entrado en juego las erecciones ni lo que dijera sobre la afable danesa desnuda que tenía delante.

—No, no —dijo Alan—. Eres preciosa.

—¿Te ofendería que pruebe?

Alargó la mano hacia su pene.

—No me ofende, pero preferiría que no lo hicieras.

Hanne dejó caer las manos y se derrumbó sobre su lado de la bañera.

Alan intentó explicárselo, explicarle lo fácil que le resultaba la vida sin sexo, la pureza simple que sentía, que ahora la vida era más racional. Hanne torció el gesto con expresión horrorizada.

—¿Por qué ibas a desear semejante simplicidad?

—Dice la mujer que abandonó Europa.

—No he abandonado a la humanidad.

—Ni yo. Estoy en la bañera contigo.

—Pero vives con barreras. Con un montón de normas.

—Una.

Permanecieron sentados en silencio en el agua.

—Me resulta muy frustrante —dijo Hanne—. No sabría decir por qué.

Alan sabía el porqué. Hanne había creído que esa noche estaba haciéndole un favor. Y la otra noche. No era el hombre más guapo del mundo y le había tomado por una presa fácil. Pero ahora que no lo tenía a su alcance, le fastidiaba. Alan no se lo dijo.

Lo único que dijo fue:

—Me ha pasado antes.

Hanne siguió sentada en silencio unos segundos, luego dejó escapar un breve grito. Más cómico que primario, y pareció volverle el buen humor.

—Entonces ¿por qué has venido a cenar?

—Porque me caes bien. Porque estamos en medio de ninguna parte.

—Porque te sientes solo.

—También.

—Creo que estás vacío.

—Yo mismo te lo he dicho.

—Puede que vacío no. Más bien derrotado.

Alan se encogió de hombros.

—¿Cómo has acabado así? Ahí dentro no brilla ninguna luz.

Hanne se inclinó para golpearle en la sien con el dedo. Sus pechos descansaron fugazmente en la rodilla de Alan y algo se agitó dentro de él.

Alan había dedicado buena parte de una década a reflexionar sobre ello. Después del divorcio se había pasado años enfadado, pero al mismo tiempo se sentía vivo. Reía, quedaba con gente, disfrutaba de las cosas que debía disfrutar. Pero ahora había cambiado. Estaba en el mismo sitio donde en otro tiempo hubiese disfrutado enormemente —un primo que cantaba una canción irlandesa en un bar, la hija de un amigo enseñaba un truco que sabía hacer con la moto— y sonreía confiando en que su sonrisa pareciese cálida. Pero no sentía ninguna calidez. Solo quería irse a casa. Quería estar solo. Quería ver los DVD de los Red Sox mientras bebía licor casero de Hanne.

—Se diría que no has superado el divorcio. Que estás paralizado, estancado.

A Alan no le interesaban las teorías y se lo dijo.

—¿Me tocarás al menos? —pidió Hanne.

Alan la miró, ella le sostuvo la mirada.

—Claro.

Hanne se levantó, dio media vuelta y volvió a sentarse, dándole la espalda. Se recostó sobre él, su peso no era tan distinto del babero de plomo de un dentista. Alan dejó caer una mano entre las piernas mojadas de Hanne, cuyos dedos guiaron a los suyos.

—¿Llegas?

—No muy bien.

Hanne se incorporó unos centímetros.

—¿Mejor?

—Sí.

Volvió a recostarse.

Alan le pellizcó el clítoris. Una inspiración rápida. Luego un gemido. Acababa de comenzar, pero los ruidos de Hanne se intensificaron. Eran bellos y guturales y

extraños, y Alan sintió otra agitación. Se preguntó si se excitaría. Notó una punzada, pero pasajera.

Hanne guió los dedos de Alan en círculo. Luego en forma de ocho. Cerró los ojos, y Alan supo que Hanne estaba lejos de allí, en un dormitorio adolescente o en una playa, y que en su cabeza Alan era otro, más fuerte, más joven. Un hombre vital, un hombre disponible. Alan continuó con los círculos y los pellizcos y las oscilaciones. La respiración de ella se volvió irregular y fuerte y Hanne dejó caer más el cuerpo encima de Alan.

Alan acababa de leer una revista plagada de predicciones futuristas entre las que se contaba que pronto llevaríamos ordenadores en las gafas y tendríamos acceso a toda la información del mundo simplemente con los ojos. Que seríamos organismos mejorados artificialmente, que la nanotecnología nos permitiría crear dentro del cuerpo agentes capaces de matar al cáncer, que viviríamos doscientos años. A la gente le preocupaba el paso a un estado robótico, pero en realidad ya nos parecíamos mucho a los robots, programados y fáciles de manipular. Teníamos botones, teníamos circuitos, y todo podía rastrearse y explicarse, reprogramarse y calibrarse. La absoluta simplicidad mecánica de ser capaz de mover aquella rareza, el clítoris, arriba y abajo, en círculos, y provocar el mayor de los placeres parecía tan fácil que daba risa. De modo que lo hacíamos, porque creaba felicidad. Apretábamos los botones que otorgaban las recompensas. Una vez más, la mayor utilidad del ser humano era ser útil. No consumir, no contemplar, sino hacer algo por otro que mejorase su vida, aunque fuera solo unos minutos.

—Más rápido —pidió Hanne entre dientes, de pronto con un acento más pronunciado.

Alan se movió más rápido. Rasgó y trazó círculos y la respiración de ella se volvió aún más trabajosa. Hanne le agarró la mano, con la otra se agarró los pezones, primero uno y luego el otro. Alan alargó las caricias y Hanne estuvo a punto de gritar. Hacía años, a Alan no se le daba mal. Los orgasmos delirantes de Ruby, el modo en que sacudía la cabeza hacia delante y hacia atrás, una sucesión borrosa de noes desafiantes, el pelo flagelándolo a cada giro furioso de la cabeza.

Hanne no tardó en dar sacudidas, en repetir «sí» y «más rápido». El agua se desbordó de la bañera. Hanne arqueó la espalda, se corrió y se acabó.

Se volvió hacia Alan, le tocó la mejilla, los labios. Buscó fervientemente en sus ojos algún indicio de que se había abierto paso hasta él, de que le había cambiado. No encontró ninguno y se giró de nuevo de cara a la pared alicatada. Apretó la espalda contra él y rió. Llegaría el momento en que el mundo crearía personas más fuertes que ellos. Cuando todo aquello estuviera solucionado. Pero hasta entonces habría mujeres y hombres como Hanne y Alan, que eran imperfectos y desconocían el camino hacia la perfección.

Era el fin de semana saudí y a Alan no le sentaba bien un período sin estructurar. Tenía demasiado tiempo y nada que hacer. Pasó casi toda la mañana viendo la tele y luego fue al gimnasio. Se sentó en tres máquinas, empujó y estiró, se notó entumecido y a la media hora regresó a la habitación. La tarde llegó antes de que él hubiera comido, así que pidió una tortilla y uvas. Comió en el luminoso balcón, contemplando en la distancia a los hombrecillos que pescaban en el muelle.

Dentro, Alan comprobó el buzón de voz, y se dejó otros cien dólares para enterarse de que Jim Wong, a quien debía cuarenta y cinco mil dólares, estaba consultando a un abogado.

—Es mera precaución —decía Jim—. Sé que me pagarás, pero quiero saber qué opciones tengo.

Era el primer mensaje. El segundo era peor.

Kit había decidido pasar el otoño trabajando en una cooperativa alimentaria de Jamaica Plain. Ni siquiera quería volver a la universidad, decía.

Genial, pensó Alan.

Annette, la viuda de Charlie Fallon, había dejado un mensaje pidiéndole copias de cualquier carta que Alan hubiera recibido de su marido. ¿Cómo decirle que las había tirado? Podía decirle que pensaba que el hombre estaba perdiendo la chaveta. No, no se lo diría.

Miró el correo electrónico y descubrió que los jóvenes de Reliant se habían ido a Riad. «¡¡¡Espero que te parezca bien!!!», le había escrito Rachel en su mensaje. «¡¡¡Queríamos echar un vistazo a este sitio de locos!!!», le había escrito Brad en el suyo.

Alan no tardó en mirar el reloj, que le dio buenas noticias: eran las seis y ya podía abrir el *siddiqi*. Hanne lo había reabastecido y Alan la recordó con cariño mientras cogía un vaso limpio del lavabo y se servía el primer dedo.

Sorbió, y el mejunje bajó sin problemas. Días atrás le había sabido agrio, desagradable, pero esta vez le pareció casi suave, como si le susurrara amablemente, «amigo mío, amigo mío», mientras apuraba la primera dosis.

Se levantó y descubrió que ya notaba la cabeza más liviana y las extremidades más pesadas. Era más fuerte que el anterior. Hanne se lo había advertido al despedirse en el porche, Alan todavía tenía el pelo húmedo.

—Nos vemos por el campus —le había dicho Hanne.

Alan se sirvió otro poco y se lo llevó al cuarto de baño. Se bebió medio vaso y se quitó la venda que le había puesto la doctora Hakem. La herida estaba tierna, inflamada, y de pronto descubrió que la doctora se equivocaba. Se equivocaban a menudo sobre esas cosas, ¿no? Un médico miraba una peca, un bulto, y decía que no era nada, pero luego la peca se enconaba y crecía y se oscurecía y sobrevenían la muerte y los juicios.

Alan se terminó el *siddiqi* y se sirvió más. El segundo vaso siempre era el mejor. Era el despegue. La ligereza. Las cosas comenzaban a moverse. A pasar. Volvió al balcón, se sentía achispado, de maravilla.

Charlie Fallon sufría una crisis nerviosa, Alan estaba seguro. ¿A qué venía eso de meterle páginas trascendentalistas en el buzón? Era cosa de locos. Todo, las cartas y los recortes, las fotocopias, hablaban de Dios, de ser uno con la naturaleza. Era lo que conmovía a Charlie. La grandeza, la grandeza... le encantaba la palabra. Grandeza y sobrecogimiento y santidad, comunión, comunión con el mundo exterior. «¡Alan, todas las respuestas están en el aire, en los árboles, en el agua!», le había anotado en los márgenes de algún manifiesto de la Granja Brook. Y luego se había metido en las aguas heladas del lago y había dejado que lo mataran. ¿Esa era su idea de comunión, de unidad?

Charlie tenía dos hijas, Fiona y la otra; Alan no recordaba el nombre. Las dos eran mayores que Kit, demasiado para haber jugado juntas. Tenían el pelo liso, los ojos separados, las dos adelantaban la cabeza, gacha, como un gorro colgado de un gancho.

Recordaba una ocasión con Fiona, aquel fuego tan raro en un árbol. La tarde era oscura, caía una llovizna fina pero acompañada de vientos histéricos. Alan volvía a casa temprano en el coche cuando vio a Fiona de pie en la calle, mirando hacia arriba. Tendría unos dieciséis años. Alan paró el coche y bajó la ventanilla.

—Hay que tener valor para estar aquí fuera —le dijo. Fiona tenía el móvil en la mano y la cara apuntando al cielo—. ¿Estás haciendo un experimento científico?

Fiona sonrió.

—Hola, señor Clay. Ese árbol está ardiendo —dijo, señalando un roble alto de la otra acera.

Alan se apeó y vio un fuegucito titilando en un hueco del árbol, a unos seis metros de altura. El fuego era del tamaño de una ardilla y estaba ubicado igual que una ardilla.

—Se ha caído un poste de la luz —dijo Fiona.

Junto al árbol estaba el poste partido por la mitad. Al caer se había seccionado un cable, se había pelado y una chispa había prendido un montoncito de hojarasca.

La chica ya había avisado a los bomberos, de modo que los dos se quedaron allí, contemplando los destellos blancos del fuego a cada pequeña ráfaga de viento.

Una sirena a lo lejos. Llegaba ayuda.

—Bueno, pues ya está —dijo Fiona—. Hasta luego, señor Clay.

Ahora las dos, Fiona y la otra, eran adultas. ¿Dónde estaban? Alan las había visto en el funeral, más o menos con el mismo aspecto, demasiado jóvenes. Pero ya eran mayores. Habían tenido padre, Charlie había aguantado suficiente. «La paternidad mata padres.» Alguien lo dijo una vez en broma durante una partida de golf. Pero hizo bastante, Charlie sí. Es lo único que cuenta. Tuvieron padre, crecieron fuertes y ahora Charlie ya no estaba. Parecía justo. O quizá no.

Un hombre agradable, cariñoso, congelado en las márgenes embarradas de un lago, rodeado de gente uniformada intentando reanimarlo.

Alan entró y sacó una hoja de papel.

«Kit: Si vives lo suficiente acabarás decepcionando a todos. La gente cree que puedes ayudarlos, y normalmente no es así. Por tanto, se convierte en un proceso de elegir el par de personas a las que te esfuerzas en no decepcionar. La persona a la que estoy decidido a no decepcionar en mi vida eres tú.»

No, no. Estúpido. Mierda. Se bebió otro dedo de licor y empezó de cero.

«Kit: Cuando viajaba mucho, a veces llegaba a casa cuando ya te habías acostado y sabía que por la mañana me iría antes de que te despertaras. Era cuando tenías más o menos tres años. Vivíamos en Greenville, Mississippi. Te gustó vivir allí un tiempo. Teníamos una finca grande. Cuatro hectáreas. Tu madre lo odiaba. Dios, cuánto odiaba Mississippi. Pero yo llegaba tarde a casa. La fábrica era un caos. Los trabajadores no tenían ni idea de lo que hacían. Habíamos trasladado allí todo Schwinn y era un desastre. Llevabas pañales, aunque quizá ya eras demasiado mayor para llevarlos. Pero a veces te despertabas mojada y me levantaba a cambiarte. Me aseguraba de que tu madre me dejara y te cambiaba yo, y aunque no quería que te

despertaras, que te asustaras, esperaba que abrieras los ojos el tiempo suficiente para reconocerme. Por entonces no pasaba suficiente tiempo en casa y quería que me vieras. Abre los ojos, pensaba. Lo justo para reconocerme. Es lo que pensaba. Abre los ojos lo justo para reconocerme.»

No, no. Probablemente no sirviera de ayuda. Nada. Pero basta por una noche, pensó Alan, y se recompensó con un trago largo.

Enseguida se sintió contento, contento de *siddiqi*. Grandeza, pensó. La grandeza es esto. Se preparó para acostarse, encontró un viejo partido de los Red Sox en la tele por cable, y a las nueve se había quedado frito.

Por la mañana por fin encontró a Yusef al teléfono y lo invitó a comer. No puedo, dijo Yusef. De momento, no. Estaba escondido en casa de un primo, le daba miedo salir. Los mensajes del marido y sus esbirros habían alcanzado un nuevo nivel de amenaza.

Alan almorzó en el restaurante del hotel, leyendo el *Arab News* y observando a un grupo de empresarios, europeos y saudíes, en la mesa de la otra punta. Oyó una risotada gorjeante y se volvió. Un par de mujeres, occidentales, charlaban con el conserje. Se cubrían la cabeza con un pañuelo, pero el resto de la indumentaria no transigía: pantalones ajustados y tacón alto. Hablaban fuerte, estallaban en risas socarronas. Estaban preguntando por las playas.

Por la tarde fue al gimnasio y pasó allí una hora, fingiendo entrenarse en diversas máquinas, y se recompensó con un solomillo y el resto del licor.

Cuando se sintió bien, libre de autocensura, intentó mostrarse coherente con Kit. Intentó abordar las preocupaciones de su hija, sus quejas, una por una. Tecleó como un poseso.

«Kit, en tu carta mencionas lo que pasó con el perro.»

Kit tenía seis años. Los tres acababan de salir de la iglesia y una mujer pasaba por allí, precedida por su perro, un beagle. Ruby preguntó si el perro era cariñoso y la mujer dijo que sí, y justo entonces el animal se lanzó directo a la cara de Kit y la mordió en la mejilla. «¡Hostia!», gritó Alan desde donde el cura y el resto de los

feligreses podían oírlo. Había espantado al perro, que se encogía y gimoteaba como si fuera consciente tanto del crimen cometido como del destino que le aguardaba.

«Tenías la cara y el vestidito azul ensangrentados y gritabas delante de cientos de personas. Sí, tu madre dijo: “Ese perro no pasa del miércoles”. Yo estaba presente. También lo oí. Y es verdad que sacrificaron al perro esa semana. Sé que te parece una demostración de lo fría y sádica que es tu madre, pero...»

Alan hizo una pausa. Se bebió otro trago largo.

Ruby lo había dicho con una precisión clínica terrible, ¿verdad? Pero a un perro que ataca así, que muerde a una niña, lo sacrifican. ¿Era culpa de Ruby tener razón?

Alan recordó la malevolencia de aquellas palabras. «Ese perro no pasa del miércoles.» ¡Menudo aplomo! Un segundo después del ataque, Alan estaba aterrado, confuso, no sabía si coger a Kit en brazos y correr las doce manzanas hasta el hospital o llamar al 911 o meterla en el coche y llevarla hasta allí. Pero Ruby ya estaba sentenciando a muerte al animal. ¡Qué calculadora!

Tras la muerte del animal, los dueños mandaron una foto del perro. O la dejaron delante de casa. Un sobre en el buzón de Alan y Ruby con una foto del perro, en días más felices, con un pañuelo al cuello.

Pero basta del perro. Había zanjado la cuestión del perro. Se sirvió un poco más, bebió un poco más. Ahora solo faltaba lo de conducir borracha, tirar las cosas de Kit mientras estaba en la universidad, la extraña presencia de los novios de Ruby en las ceremonias más comprometidas de Kit, entre ellas la confirmación y la graduación...

Alan se sentía bien a pesar de las cartas. Se sentía optimista, flexible. Quería salir a correr. Se levantó. No podía salir a correr. Llamó al servicio de habitaciones y pidió una cesta de panecillos y pastas. Como quería que el camarero lo viera presentable, se cepilló los dientes, se atusó el pelo y, mientras estaba ante el espejo, se le ocurrió una idea. Necesitaría un imperdible.

Rebuscó en los cajones de la habitación sin encontrar nada. Miró en el armario y encontró un kit de costura. Todavía mejor.

Llegó el pan y Alan firmó el recibo conteniendo la respiración. No quería problemas con la Mutawa. Se había cepillado los dientes, sí, pero quizá el camarero lo notase. Alan lo miró mientras dejaba la bandeja en la cama, pero los ojos del camarero

parecían benévolos. Alan no le interesaba, y se marchó, y Alan cerró la puerta tras él y se sintió increíblemente bien. Se tumbó en la cama y comió pastas mientras echaba una ojeada a lo que le había escrito a Kit. No tenía sentido.

«No voy a hacer lo que hizo Charlie, por si te lo preguntas», escribió, luego lo tachó. Para empezar, a Kit no se le habría ocurrido semejante cosa. Céntrate, pensó.

«¡Dios mío, Kit! Lamento la temporada en Greenville. Fue parte de una decisión estúpida. Los sindicatos de Chicago nos estaban exprimiendo y decidimos trasladarlo todo a Mississippi, donde no nos fastidiaría ninguna organización. Qué follón. Las bicis que hicimos allí eran un asco. Tiramos por la borda cien años de experiencia. Pensamos que sería más eficiente y ocurrió justo lo contrario. Y yo no estaba nunca. Ya iba a Taiwan y a China. Me perdí varios años. No quería estar en Taiwan, ¿sabes? Pero todo el mundo iba. Me perdí algunos de tus años más importantes, y me arrepiento mucho. Maldita sea. ¿Más eficientes sin sindicatos? Pues los suprimimos. ¿Más eficientes sin trabajadores estadounidenses? Los suprimimos y punto. ¿Por qué no lo vi venir? Más eficientes sin mí. Dios, Kit, nos volvimos tan eficientes que dejé de ser necesario. Me hice irrelevante.

»Pero tu madre sí que estaba. Con independencia de lo que haya hecho que te haya molestado, quiero que sepas que eres quien eres por tu madre y por su fortaleza. Ruby sabía cuándo ser remolcadora. Ella acuñó la expresión, Kit. La remolcadora. Era estable, sorteaba los peligros que acechaban por debajo. Tú piensas que el estable soy yo, pero ¿sabías que durante todo ese tiempo lo fue tu madre?»

En cuanto terminó de escribir supo que no lo enviaría. Era un desastre. Pero entonces ¿por qué se sentía tan fuerte?

Se acercó al espejo y cogió la aguja. Pensaba en el truco de hornear pasteles: insertar un palillo y ver qué se pega. Si sale limpio, el pastel está cocido.

Buscó una cerilla. No tenía cerillas. Estaba borracho y harto de buscar. La aguja parecía bastante esterilizada. De espaldas al espejo, cogió el bulto con la mano izquierda y se acercó la aguja con la derecha. Sabía lo que sentiría; se había pinchado la piel antes. Pero ahora planeaba clavarla más hondo, lo bastante para que el cáncer que pudiera haber dentro se adhiriese al metal. Pues claro que se pegaría. Lo ajeno se aferra a lo ajeno.

Sería mejor ir rápido, pensó para sí, y clavó la aguja. Notó un dolor agudo, caliente. Le pareció que iba a desmayarse. Pero se mantuvo en pie y hundió más la aguja. Sabía que al menos necesitaba un par de centímetros. Empujó y retorció y el

dolor, milagrosamente, menguó. Ahora era un dolor apagado, que palpitaba en todos lados, palpitaba en el corazón, en las yemas de los dedos, y era muy agradable.

Retiró la aguja y la miró, esperaba encontrarse algo gris o verde, los colores de la degradación. Pero solo vio rojo, un rojo viscoso, mientras la sangre le corría en zarcillos por la espalda como la otra vez.

Se sentía bien, se sentía satisfecho, mientras se secaba la sangre de la espalda y limpiaba la aguja. Es un avance, pensó.

A la mañana siguiente empezaría la semana laboral saudí. Seguía medio borracho, pero estaba listo para hacer las cosas como Dios manda. Llamó a Jim Wong y lo mandó a la mierda, le dijo que estaba a punto de conseguir dinero y que si lo quería tenía que echarle huevos y recordar que se suponía que eran amigos. Dio diez saltos abriendo y cerrando los brazos y llamó a Eric Ingvall y le dijo que el rey venía la semana próxima y Alan se encargaría de todo. Ingvall no podía probar lo contrario y Alan siempre podría retractarse. Y de todos modos, Ingvall podía irse a tomar por culo con un puto poste de teléfono infectado. Alan se sentía fuerte. Hizo dos flexiones de brazos y se sintió todavía más fuerte.

Volvió a colocarse la venda, terminó el licor y se acostó. Grandeza, pensó, y se rió para sus adentros. Miró la habitación, el teléfono, las bandejas, los espejos, las toallas ensangrentadas. «La grandeza es esto», dijo en voz alta, y todo le pareció estupendo.

Por la mañana, lleno de vida, Alan cogió el transporte con los jóvenes. El sol, más caliente que los días anteriores, gritaba obscenidades desde las alturas, pero Alan no escuchaba. Hablaba en voz alta con los jóvenes y hacía planes. Hoy, les dijo, conseguiría al menos unos plazos aproximados. Algunas garantías, algo de respeto. Preguntaría no solo por el wi-fi, sino también por el aire acondicionado de la tienda. Ese día se sentía capaz y, como hacía tiempo que no incordiaba a nadie de la Caja Negra, podía entrar directamente, exigir y preguntar cuanto quisiera.

—Caramba, Alan, ¿de dónde sale tanto ímpetu? —preguntó Rachel.

Alan no lo sabía.

Dejó a los jóvenes en la tienda y se dirigió a la Caja Negra.

—Hola —saludó Maha.

—Hola, Maha. ¿Qué tal? ¿Está Karim al-Ahmad?

Alan se oyó hablar como un comercial de otra época. Su voz sonaba potente, confiada, casi autoritaria.

¡Dinero! ¡Enamoramiento! ¡Instinto de conservación! ¡Reconocimiento!

—No, me temo que no.

—¿Y vendrá?

Maha parecía mirarle de otro modo. Ahora Alan era vocinglero, vital, estaba lleno de expectativas. Maha pareció encogerse.

—No creo —dijo Maha, mansamente—. Está en Nueva York.

—¿En Nueva York? —Alan casi chillaba—. ¿Está Hanne?

—¿Hanne?

Alan cayó en la cuenta de que no sabía el apellido.

—¿Danesa? ¿Rubia?

Su intención era preguntar, pero le salió una orden: «¡Rubia!». Maha perdió pie y no dijo nada.

Alan vio su oportunidad.

—Subiré a verla.

¿Qué acababa de pasar? La visita a la doctora Hakem le había conferido un poder extraño. ¡Era un hombre sano! ¡Era un hombre fuerte! Pronto se sometería a una sencilla operación y se sentiría todavía más fuerte y conquistaría, ¡conquistaría! ¡Rubia!

De manera que entró en el edificio y se dirigió al ascensor. Maha no intentó detenerle. Alan se sentía capaz de subir volando a la tercera planta, pero decidió coger el ascensor. Una vez dentro, como si de una cámara de criptonita se tratara, volvió a ser el de antes, perdió su poder.

Cuando llegó a la planta de Hanne, fue a su despacho y lo encontró vacío. Nada indicaba que hubiera estado allí aquel día.

—¿Puedo ayudarle?

Alan se giró y se encontró ante un joven de no más de treinta años, con traje negro y corbata violeta.

—Busco a Hanne.

Intentó hablar como el comercial que había sido en el vestíbulo, pero no encontró el registro.

—¡La consultora danesa!

Por fin. ¿Quizá fuera solo el volumen? Un punto por encima de lo civilizado y parecías un presidente. De inmediato la actitud del hombre cambió. Se enderezó, adoptó una expresión más formal. El volumen era la diferencia entre que te traten como a un don nadie o como a un hombre que podría ser importante.

—Me temo que hoy está en Riad. ¿Puedo ayudarle?

Alan le tendió la mano.

—Alan Clay. Reliant.

El hombre la aceptó.

—Karim al-Ahmad.

El hombre al que había estado persiguiendo.

—No está usted en Nueva York.

—No —admitió Al-Ahmad.

Permanecieron inmóviles un momento. Al-Ahmad observó a Alan. Alan no parpadeó. Al final Al-Ahmad suavizó la expresión hasta esbozar una sonrisa reluciente.

—Quizá deberíamos tener una charla, señor Clay.

La sala de reuniones tenía una vista panorámica de toda la urbanización. Se veía el canal, el centro de bienvenida y el agua al fondo. Al-Ahmad se había disculpado por el retraso en reunirse y había invitado a Alan a la sala.

—¿Un refresco? ¿Un zumo?

Alan aceptó un vaso de agua, tratando todavía de dilucidar por qué ese hombre inalcanzable estaba en el edificio cuando la recepcionista había asegurado lo contrario.

—Su recepcionista me ha dicho que hoy no había venido.

—¿Vino usted ayer o anteayer?

—No.

Alan se quedó mirando a Karim al-Ahmad. Era joven y guapo y refinado en exceso, como esculpido en cromo y cristal. Tenía unos dientes cegadores; la piel, sin poros. El hecho de tener ese aspecto tan pulcro y bien arreglado, y de hablar como hablaba, con acento inglés pijo, dificultaba concederle el beneficio de la duda. Los villanos cinematográficos se inspiraban en hombres así. Como si le leyera el pensamiento a Alan, justo en ese instante Al-Ahmad hizo algo con la cara, la contorsionó para esbozar una sonrisa de disculpa, por lo que pareció un poco menos guapo.

—El trato que ha recibido hasta la fecha resulta inaceptable.

A Alan le gustó. Inaceptable.

—Le garantizo que ningún vendedor nos importa más que Reliant.

Alan decidió tomarle la palabra.

—Me alegra saberlo. Pero tenemos cuestiones pendientes.

—Estoy aquí para solucionarlas.

Al-Ahmad sacó una libreta encuadernada en cuero y una pluma, la destapó y se preparó. Tanta teatralidad desentonaba, pero Alan siguió adelante.

—No podemos preparar la presentación en la tienda.

—¿Por qué no?

—Necesitamos una línea fija.

—Eso no puedo arreglarlo.

—Pues necesitamos como mínimo wi-fi.

—Lo arreglaré. ¿Qué más?

—El aire acondicionado no funciona. Mis empleados lo están pasando mal.

—Me encargaré inmediatamente. ¿Qué más?

—¿Cómo comemos? Hemos traído comida del hotel.

—A partir de mañana recibirán la comida en la tienda.

Alan se sentía inmensamente poderoso. Ignoraba si algo de todo aquello ocurriría de verdad, pero le divertía fingir que sí. Atacó la cuestión más importante.

—¿Cuánto tendremos que esperar al rey?

—No lo sé.

—¿Alguna estimación?

—¿Cómo?

—¿Una fecha aproximada?

—No, ninguna.

Al-Ahmad guardó el cuaderno.

—¿Días?

—No lo sé.

—¿Semanas?

—No lo sé.

—¿Meses?

—Espero que no.

Alan no tenía adónde ir. El hombre le había concedido lo que había pedido y de todas formas tampoco había confiado en que tuviera información sobre el rey. Se había resignado al hecho de que allí nadie sabía nada de los movimientos del rey Abdalá. Satisfecho y ansioso por comunicar las noticias al equipo, se levantó y tendió la mano a Al-Ahmad. Mientras se estrechaban la mano, Alan vio una imagen extraña a lo lejos, en el canal.

—¿Aquello es un yate?

—Sí. Llegó ayer. ¿Navega usted?

A los pocos minutos Alan y Karim Al-Ahmad habían sido conducidos hasta el canal y estaban viendo los trabajos que se realizaban en la embarcación, un yate de pesca deportiva de treinta pies, blanco e inmaculado. Había recorrido tres millas. Estaba nuevecito.

—¿Alguna vez ha pilotado una máquina como esta? —preguntó Al-Ahmad.

La cosa más parecida que había pilotado Alan tenía treinta años y valía varios millones menos, pero quería probar el barco.

—Parecida.

—Excelente —dijo Al-Ahmad.

El encargado del yate, un hombrecillo minúsculo llamado Mahmud, cruzó cuatro palabras en árabe con Al-Ahmad, quien, dedujo Alan, trató de convencerlo para que le dejara pilotar el yate por el canal. Se trataba de la clase de privilegio al que Alan estaba acostumbrado por ser un ejecutivo (o al que se había habituado en el pasado). Aston Martin para probar, avionetas que pilotar brevemente. Pero, sobre todo, la

pesca. Los tipos de Schwinn fomentaban la cultura de la pesca, en el lago Michigan y donde fuera. Montaban fines de semana en el lago Lemán con los altos cargos y un puñado de los mejores comerciales. Alan lo echaba de menos.

Al-Ahmad le entregó las llaves.

—Confío en usted para que nos capitaneee.

Alan metió la llave en el contacto y la giró. El motor se despertó con un ruido sordo. Alan se preguntó qué velocidad o rumbo sería prudente allí, en un canal de longitud desconocida. ¿Se extendía hasta el mar con una profundidad que le permitiera salir de la ciudad y adentrarse en aguas abiertas?

—Mientras no haya bancos de arena ocultos no habrá problema —dijo Alan, y los dos se rieron porque el canal se veía tan liso y transparente como una piscina.

Alan tiró del acelerador. Abandonaron el atracadero y enseguida surcaron el canal turquesa. No había una sola imperfección: ni una mota de porquería en el agua, ni un rasguño en el fondo.

La atmósfera, sofocante hasta poco antes, había mejorado gracias a un viento maravilloso que les echaba el pelo hacia atrás. Alan se volvió hacia Al-Ahmad, que lucía una amplia sonrisa y arqueaba las cejas como diciendo: Me lo monto de miedo, ¿eh? Alan adoraba a aquel hombre, adoraba el barco y el canal y la ciudad naciente.

A su derecha dejaron atrás las fases iniciales de otros edificios y vieron un puente para peatones más adelante. Al-Ahmad le explicó los planes para esa parte de la urbanización.

—Usted vivía en Chicago, ¿verdad?

Iba a ser un poco así, explicó Al-Ahmad, un poco como Venice. Paseos a cada lado del agua, atracaderos cada poco, restaurantes y taxis fluviales. Era estético, pero también una opción ecológica. En Yida tendía a formarse niebla y las fábricas de plásticos producirían emisiones, de modo que intentaban reducir cualquier tipo de emisión. La gente podía ir en kayak a trabajar.

—Coger una moto de agua, alquilar una góndola, o lo que sea —dijo Al-Ahmad—. Gire aquí.

El canal se separaba en un afluente más pequeño, Alan lo cogió y enseguida vio los cimientos del centro financiero, el lugar del que le había hablado el arquitecto estadounidense en la fiesta de la embajada. De momento no había mucho que ver, solo un disco enorme de tierra en medio del agua, pero impresionante de todos modos. Torres de cristal alzándose desde el agua cristalina y reflejándola.

Alan quería quedarse allí. Quería ver crecer la ciudad y quería ser propietario. Quizá en Marina del Sol. ¿Cuánto pedían allí por un piso? Después del negocio en Arabia Saudí podría permitírsele. Y ahora el trato parecía a su alcance. Bastaba con

esperar. Le caía bien a Al-Ahmad, que confiaba lo bastante en él para permitirle pilotar un reluciente yate blanco por los prístinos canales de la ciudad. Alan ya formaba parte de la historia temprana del lugar. Rodeó la isla financiera dos veces, tres.

Los dos eran hombres felices, visionarios. Por primera vez desde que había llegado, Alan tuvo la impresión de encajar.

De vuelta en la tienda, entró impetuosamente y encontró a dos de los tres jóvenes despiertos y trabajando en el portátil. Cayley dormía en un rincón. Cuando la despertó, los reunió y les comunicó las novedades, más o menos al instante se convirtieron en las personas motivadas y capaces que Reliant había contratado.

Al cabo de una hora, ya se podía trabajar con la conexión wi-fi. Al-Ahmad había cumplido su promesa y, para alivio de Alan, había demostrado ser un hombre que conseguía cosas. Poco después entraron unos técnicos a arreglar el aire acondicionado. A primera hora de la tarde, la tienda estaba a veinte grados y los jóvenes habían montado todo el equipo: las pantallas, los proyectores, los altavoces. Habían pegado las marcas en el escenario, habían realizado un breve ensayo.

A las cuatro de la tarde estaban listos para probar el holograma. Contactaron con la oficina de Londres, la sede más cercana de Reliant con la capacidad requerida, y a las cinco, justo cuando llegó el transporte, habían completado dos pruebas de veinte minutos de presentación holográfica. Funcionó con fluidez. Fue asombroso. Uno de sus colegas de Londres pareció estar paseándose por la tarima de su tienda junto al mar Rojo, reaccionó a preguntas en directo e interactuó con Rachel y Cayley en el escenario. Era la clase de tecnología que solo tenía Reliant, solo Reliant podía ofrecerla. Fabricar el prototipo en Estados Unidos había salido carísimo, pero habían encontrado a un proveedor coreano capaz de producir las lentes conforme a sus especificaciones más o menos a un quinto del coste que en América, incluso más baratas que si se las compraban a una fábrica china. Reliant obtendría un buen beneficio por unidad, pero por encima de ello, la tecnología de la telepresencia formaba parte del plan integral de telecomunicaciones de Reliant, capaz de conectar toda una ciudad y, en última instancia, de provocar un gran asombro. Alan confiaba plenamente en que, cuando llegara el rey Abdalá, la presentación sellaría el trato enseguida.

Cuando concluyeron la segunda demostración, Alan chocó los cinco con todos y los jóvenes se rieron de su entusiasmo. Pero se rieron con un respeto por Alan recién descubierto. Alan era un hombre nuevo, un hombre vital. Sabían que había conseguido que se hiciera el trabajo. Había arreglado lo que necesitaba arreglo, había allanado el camino para el éxito, volvía a capitanear la nave.

Los días siguientes pasaron como nubes. Pero el miércoles, cuando llegaron al desvío de la Ciudad Económica, el lugar era una locura. Por primera vez desde que Alan atravesaba aquellas puertas, encontró tráfico. Tenían diez vehículos delante: monovolúmenes y camiones cargados de palmeras, y una hormigonera y una ristra de taxis y furgonetas. Todos tocando el claxon.

En la tienda, los jóvenes iban de un lado para otro, colocando sillas, dando golpecitos a los altavoces y comprobando micrófonos.

Rachel lo vio primero.

—¿De verdad será hoy?

Alan no tenía ni idea.

—Eso parece.

Brad levantó la vista del proyector.

—Estaremos preparados.

A un lado de la tienda habían instalado una mesa inmensa, de doce metros como mínimo, cubierta con un mantel blanco y docenas de calientaplatos. La comida ya había llegado, una mezcla de platos fríos y calientes, saudíes y occidentales, desde habas a risotto y shawarma. Había varios sillones blancos que una cuadrilla de trabajadores paquistaníes estaba colocando en filas de cara al escenario.

Alan salió de la tienda, corrió a la Caja Negra para ver si conseguía averiguar el horario de la visita. Oyó un helicóptero y al mirar arriba vio dos, volando bajo, preparándose para aterrizar en algún punto cerca del centro de bienvenida. Echó a correr hacia la entrada.

Maha, de recepción, que tan poco le había ayudado, se mostró deseosa de hablar. «¡Rubia!» Le contó a Alan que el séquito real, si es que el rey llegaba ese día, avisaría con veinte minutos de antelación. Por lo demás, Reliant debía estar preparado de inmediato y en cualquier momento del día.

Alan regresó a la tienda. Brad estaba en el escenario, sentado con las piernas cruzadas, tecleando frenéticamente en el portátil. Rachel y Cayley estaban de pie abajo, hablando por el móvil. Alan se acercó a Brad.

—¿Estamos listos?

—Dos minutos.

A los dos minutos, justo después de que Brad anunciara que estaban preparados para probar la presentación holográfica con el equipo de Londres, un hombre que no habían visto antes entró en la tienda. Era saudí, alto, vestía un *thob* blanco y llevaba un maletín de cuero. Se quedó en el umbral, como si no quisiera invadir su espacio personal, y levantó las manos para llamar la atención de los que corrían de un lado para otro de la tienda.

—Damas y caballeros, lamento comunicarles que hoy no vendrá el rey. Les han informado mal.

Les explicó que se había producido un malentendido. Alguien del departamento de comunicación del rey había dado una información incorrecta sin autorización a alguien de Emaar y la noticia había corrido equivocadamente. La agenda del rey en la Ciudad Económica seguía en el aire, pero por el momento el monarca estaba en Jordania y permanecería allí otros tres días.

El ánimo entre los jóvenes, al menos por un momento, bordeó la desesperación. Alan tuvo la impresión, al ver cómo se desinflaba Brad, de que se trataba de una de las grandes decepciones de su vida. Rachel y Cayley, tras un breve duelo, regresaron a los portátiles y parecieron contentarse con tener sofás en la tienda, comida y una buena señal de wi-fi, de modo que se sentaron a comer tranquilamente mientras Brad se tumbaba en la tarima, entre los diversos proyectores, con las piernas separadas como un osito de peluche.

Alan salió y vio la misma actividad que antes, solo que al revés. Los camiones de reparto se marchaban, los taxis y las furgonetas ya no estaban, el lugar estaba cerrando.

Vagó por los terrenos del complejo, fijándose en las mejoras realizadas esa misma mañana. De pronto un gran foso de flores rodeaba la Caja Negra. El paseo estaba atiborrado de palmeras (puede que hubieran plantado cien más en un día). A lo lejos distinguió las fuentes del centro de bienvenida, que ahora lanzaban luminosos penachos de agua al cielo.

A los pies de la escalera de la Caja Negra atisbó un monovolumen negro que salía del garaje subterráneo. El vehículo se detuvo a su lado y alguien bajó la ventanilla trasera, dejando ver una cabeza rubia y una cara sonriente. Hanne.

—Emociones a tope.

—Supongo.

—Siento la falsa alarma.

—No te disculpes. Probablemente agradeceremos la práctica.

—Vuelvo a Yida. ¿Te llevo?

Alan lo pensó. No hacía falta que se quedara. Pero no quería estar a solas con Hanne.

—Debería quedarme con el equipo.

—¿Estás bien?

—Sí.

Hanne arqueó las cejas, dando a entender que se entrometería si Alan le diera alguna razón para pensar que iba a agradecerlo. Alan no dijo nada más y, con un gesto de despedida, Hanne desapareció.

Antes de que Alan se moviera, alguien lo llamó.

—¡Alan!

Miró hacia la Caja Negra. Un hombre conocido bajaba corriendo las escaleras. Al principio Alan no lo reconoció. La cara se le hizo presente justo a tiempo. El hombre estaba a su lado, le tendía la mano.

—Muyaddid. De la visita. ¿Me recuerdas?

—Por supuesto. Me alegro de verte, Muyaddid.

—Qué día tan emocionante, ¿eh?

Alan convino en que había sido emocionante.

—He estado buscándote —dijo Muyaddid—. Resulta que hablé con Karim al-Ahmad y me contó la ruta por los canales y cuánto te entusiasma el proyecto.

—Me impresionó mucho. Me impresiona mucho.

—Excelente. Bien, como sabrás, me encargo de la venta de viviendas privadas, y espero no pecar de presuntuoso al pensar que quizá pueda interesarte un hogar aquí, en la Ciudad Económica Rey Abdalá.

Sin dar tiempo a Alan a protestar, Muyaddid le explicó las diversas ventajas de tener una segunda residencia —empleó la expresión *pied-à-terre*— en la Ciudad Económica, sobre todo para un hombre como él, que con toda probabilidad pasaría bastante tiempo poniendo en marcha el plan de TI. Percibir lo que parecía casi seguridad en el comentario de Muyaddid, la clara implicación de que Reliant tenía la venta de TI bien agarrada, disparó la confianza de Alan. Aceptó visitar los pisos.

—¿Sabías que algunos de los nuestros ya viven aquí? —quiso saber Muyaddid.

Alan no lo sabía, pero explicaba las caras que había visto de vez en cuando en las ventanas más altas.

Entraron en el edificio y Muyaddid se paró en el inmenso vestíbulo. El techo, una rotonda de cristal, medía nueve metros de altura.

—Es al mismo tiempo grandioso y acogedor, ¿no te parece?  
Era chabacano e intimidante, pero Alan asintió con alegría.

—Bien, como quizá ya sepas, hay una planta terminada y varios miembros del personal ocupan sus unidades. Me gustaría mostrarte sus casas para que veas el nivel de lujo y comodidades disponibles incluso en esta fase inicial del...

Muyaddid se detuvo, sacó el móvil y miró la pantalla. Algo lo alarmó, de modo que contestó. Mantuvo una breve conversación en árabe y, al terminar, se disculpó con una sonrisa.

—¿Me perdonas un momento? He recibido noticias urgentes de la oficina y debería acudir a una reunión. Me temo que no tengo escapatoria.

—No pasa nada.

—Regreso enseguida.

Alan debió de parecer decepcionado, o quizá lo estuviera, porque no quería quedarse solo. Muyaddid ideó un plan nuevo.

—¿Por qué no subes solo a la quinta planta? Llama al timbre de la puerta 501. Avisaré al propietario de que vas y te enseñará el piso. De hecho, es lo mejor. Vive aquí desde el principio y te lo explicará mejor que yo. Se llama Hasán.

Muyaddid volvió a disculparse y se marchó.

Alan vagó por la planta baja, por los locales del futuro Wolfgang Puck, de la futura Pizzeria Uno. El suelo estaba cubierto de polvo y arena. El único mueble en toda la planta era una enorme estantería de enfriamiento de acero, sola en medio del suelo como el armazón de un rascacielos móvil y solitario. Alan se sentía tonto deambulando por el edificio vacío, pero no podía ser maleducado. Tenía que visitarlo. Podría tratarse de una situación de *quid pro quo*. Él compraba un piso, ellos le otorgaban las TI. Como mínimo, debía mostrarse cordial.

Caminó hasta el final del edificio y allí encontró otra escalera, oscura y de hormigón. Cuando llegó al tercer piso, oyó voces, cerca, justo al otro lado de la puerta

cortafuegos. ¿Muyaddid habría dicho la quinta planta cuando se refería a la tercera?

Alan abrió la puerta y un estruendo de ecos inundó el interior. Se encontraba en un amplio espacio sin arreglar lleno de hombres, algunos en calzoncillos, algunos con monos rojos, todos gritando. Le recordó a las fotografías que había visto de gimnasios carcelarios transformados en dormitorios. Había cincuenta literas con ropa tendida entre unas y otras. Pero todas las camas estaban vacías: todos los hombres se habían congregado en el centro de la sala, vociferando, empujándose. Alan había interrumpido una pelea. Eran los trabajadores que había visto por las obras; Yusef le había dicho que eran malasios, paquistaníes y filipinos.

Quería marcharse y rápido, pero no consiguió moverse. ¿Qué ocurría? Necesitaba enterarse al menos de por qué se peleaban. Había un par de hombres en el centro, agarrados por los brazos. Uno de ellos sostenía algo. Alan no veía qué (cabía dentro de la mano del hombre). ¿Dinero? Algo muy pequeño. ¿Llaves?

Un hombre de la periferia del grupo vio a Alan y llamó la atención del que tenía al lado. Los dos se quedaron mirándolo, atónitos. Uno de ellos le indicó por gestos que se acercara, presumiblemente para terminar con la pelea que ellos no lograban detener. Alan dio un paso adelante, pero el segundo hombre levantó una mano para que se alejara. Alan se detuvo.

Otros vieron a Alan, y en cuestión de segundos habían anunciado su presencia a toda la sala. Se hizo el silencio y cesó la pelea. Todos los hombres, más o menos dos docenas, se quedaron quietos, como si Alan hubiera ido a pasar inspección. El hombre que lo había animado a intervenir insistió. Alan dio otro paso adelante, pero no vio una profunda grieta en el suelo. Metió el zapato y agitó los brazos. Consiguió recuperar momentáneamente el equilibrio, pero luego resbaló en el suelo arenoso y se tambaleó hacia la izquierda. Estuvo a punto de caerse del todo, pero se apoyó a tiempo en la pared. Los veinticinco hombres lo vieron todo.

Ahora Alan tenía dos opciones. Podía sencillamente retirarse, después de ponerse en ridículo antes incluso de abrir la boca. O podía seguir adelante, dado que no se habían reído y parecía que lo veían rodeado de cierta aura. Algo en su extrañeza, en sus ropas, indicaba que estaba menos fuera de lugar que los trabajadores.

Alan levantó una mano.

—Hola.

Algunos hombres respondieron con la cabeza.

Alan, avanzando hacia ellos, olió a trabajador, a sudor, cigarrillos y ropa sucia.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —preguntó Alan—. ¿Qué ocurre?

Detectó en su voz un deje de acento británico. ¿De dónde salía? Nadie dijo nada, pero captó la atención de todos.

Se situó entre ellos, envalentonado por la fe que parecían depositar en él como mediador, y exigió que los dos hombres abrieran las manos. Las de uno estaban vacías. En la mano derecha del otro había un móvil. Era un modelo viejo, de los de tipo almeja y con la pantalla rajada. Alguien lo habría tirado. Entonces, con un estremecimiento, Alan comprendió que así era. Debía de ser el de Cayley. Era el móvil que había tirado el primer día.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó al hombre del móvil.

El hombre no dijo nada. No tenía idea de lo que había dicho Alan.

—¿Alguien habla inglés?

Algunos entendieron la pregunta, pero negaron con la cabeza. Nadie hablaba ni una palabra del idioma de Alan. Aquello pintaba complicado. No podía descubrir cómo habían conseguido el teléfono ni quién tenía derecho a quedárselo. No podía enterarse de los motivos de la pelea ni de quién tenía razón ni de la historia entre los dos hombres ni de a quién representaban. Quizá se tratara de alguna rivalidad, de una enemistad que se remontaba meses o siglos... No tenía manera de averiguarlo.

Ojalá tuviera una moneda. Metió la mano en el bolsillo y encontró una. Lanzar una moneda al aire parecía una forma justa de zanjar la cuestión.

—Vale. El que adivine de qué lado cae se queda el teléfono. ¿De acuerdo?

Les mostró la moneda por las dos caras. Parecieron comprenderle. La lanzó, la atrapó, la tapó y señaló al hombre que tenía el teléfono.

—Tú primero.

El hombre no dijo nada. Nunca había jugado a eso. Mientras Alan intentaba decidir cómo explicarles el juego de cara o cruz, el otro hombre agarró el móvil, salió de la habitación y bajó las escaleras de tres en tres. Durante unos instantes larguísimo, el primer hombre no supo qué hacer. Por lo visto, esperaba que Alan tuviera la solución. Pero Alan no la tenía y, una vez que quedó claro, el hombre salió corriendo detrás del otro escaleras abajo.

El ambiente de la sala se cargó al instante. El resto de los trabajadores rodearon a Alan, gritándole a la cara. Le tiraron de la manga. Alguien le empujó por la espalda. Querían que se marchara. Alan retrocedió entre disculpas, sin saber si debía darles la espalda y echar a correr. Al final lo hizo y huyó igual que los otros dos hombres, pero no podía bajar: podía toparse con el segundo hombre, el perdedor, de vuelta. Así que subió a todo correr mientras oía pasos en la escalera. Lo perseguían varios hombres.

Llegó al cuarto piso. Abrió la puerta de golpe y corrió por la planta vacía. No había nada salvo columnas, ni paredes, ni marcos, nada. La puerta no se cerró detrás de él. Oyó un golpetazo cuando la cruzaron los demás. Todavía le perseguían. ¿Le harían daño? ¡Llevaba camisa blanca y pantalón caqui! No se giró. Llegó a la otra punta de la planta y a otra escalera. Abrió la puerta y subió.

Tenía que encontrar la puerta 501. Ahora oía pasos por debajo, que subían tras él. Le costaba respirar, jadeaba. En la quinta planta, empujó la puerta cortafuegos, se apoyó en ella, para descansar y para bloquear la entrada a los perseguidores. Cuando levantó la vista comprobó que había entrado justo a tiempo. Parecía un edificio completamente diferente. La quinta planta estaba terminada, era moderna, no le faltaba detalle.

Esperó a que los perseguidores entraran en tropel, pero no se oía nada al otro lado de la puerta. ¿Les había espantado la planta acabada? ¿Allí terminaba su carrera por el edificio? Parecía tener cierto sentido.

Alan corrió por el largo pasillo intensamente iluminado por una hilera de lámparas de araña. El techo era del azul oscuro de una tormenta estival, el papel de las paredes formaba una sinfonía de rayas en color ocre y maíz. La moqueta era suntuosa, en tonos crema, y ondulaba como barrida por suaves vientos. Había lámparas, tomas de corriente, lustrosas mesas de teca, extintores, hasta el último signo de la vida civilizada.

Aturdido e incrédulo, encontró el apartamento 501 y llamó a la puerta. Se abrió al instante, como si el hombre, vestido con traje y un fular a la inglesa, llevara todo el día con la mano en el pomo.

—El señor Clay, imagino.

Tendría más o menos la edad de Alan, lucía un buen afeitado, gafas y una sonrisa pícaro.

—¿Hasán?

—Encantando de conocerle.  
Se dieron la mano.  
—Creía que se había perdido.  
—Me he perdido.  
—Pase.

La casa era grande y diáfana y estaba bañada en luz ambarina. Ocupaba todo el ancho del edificio, de ventana panorámica a ventana panorámica. La decoración era sofisticada, con relucientes suelos de madera noble, alfombras a medida, una mezcla de sofás y mesas bajas de mediados de siglo y alguna que otra antigüedad (un espejo enorme de pan de oro atravesado por una raja en forma de rayo). Sobre la repisa de la chimenea, un cuarteto de dibujos de alguien que podía ser Degas o dibujaba las bailarinas exactamente igual. Desde cada rincón sonaba música clásica.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hasán—. Parece que venga de correr varios kilómetros.

Alan no oía ruidos en el pasillo y se convenció de que quienquiera que lo persiguiera no entraría allí. Estaba lejos, estaba a salvo. Estaba en otro lugar.

—Estoy bien —dijo—. Han sido las escaleras. No estoy en forma.

Alan se dirigió a la ventana que daba al mar y pronto se descubrió allí de pie, contemplando el exterior. Veía la tienda, justo abajo, que parecía muchísimo más pequeña de lo que hubiera creído posible desde solo un quinto piso. Detrás estaba la orilla, y enseguida localizó el lugar donde se había mojado los pies.

—¿Té?

Alan se volvió, dispuesto a responder.

Hasán alzó una ceja.

—¿O algo más apetitoso?

Alan sonrió, creyendo que bromeaba, pero Hasán esperaba delante de un carrito de vidrio y oro bien surtido de bebidas con la mano en un decantador de cristal.

—Sí, por favor.

Alan no entendía nada de aquel país. No había encontrado ni una sola norma que se respetara sistemáticamente. Hacía unos instantes se encontraba entre un ejército de pobres peones malasio que parecían haber ocupado un edificio sin terminar y ahora estaba dos pisos más arriba en la vivienda más sofisticada posible. Y bebiendo con un individuo que debía suponer que era un musulmán de cierta influencia.

Hasan le pasó un vaso que parecía contener whisky y le señaló el sofá. Se sentaron cada uno en un extremo de una U de cuero blanco impoluto.

—Bieeen —dijo Hasán, alargando la palabra hasta que implicó un número indeterminado de cosas, todas ellas desagradables.

Cruzó la pierna izquierda por encima de la derecha con gesto poco menos que elegante. Hasán tenía algo ligeramente enervante, y Alan descubrió lo que era: un tic

facial, o un par de ellos moviéndose a la vez. Guiñaba el ojo izquierdo y fruncía los labios, como desaprobando repetidamente la distracción causada por el tic ocular. Otra vez: guiño, mueca.

—¿Ha visto ya el edificio?

Alan le contó que se había topado con los hombres de la tercera planta. No mencionó la pelea, dada la posibilidad de que los trabajadores, a los que sin duda consideraban de usar y tirar, fueran despedidos en masa y reemplazados rápidamente.

—Lo siento mucho. ¿Cómo ha llegado a esa zona?

—Sin más, supongo.

—¿Qué ha visto entre los trabajadores?

—Bueno, solo andaban por ahí.

—¿Le sorprendió encontrarlos?

—En realidad, no. Aquí nada me sorprende.

Hasán se rió.

—Bien. Muy bien. El resto viven fuera del complejo. Quizá haya visto algún camión. ¿Más?

Rellenó el vaso de whisky de Alan. La primera copa había desaparecido más rápido de lo debido.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Alan, entendiendo la pregunta como retórica.

El hombre intentaba vender los pisos de la Ciudad Económica. Su respuesta sería efusiva.

—¿Sinceramente? Bastante mal.

Hasán explicó que les costaba conseguir compromisos firmes, y las escasas cadenas que habían comprado al principio, años atrás, cuando se anunció la ciudad y se iniciaron las obras, se habían retractado. Se temía por la viabilidad de Emaar, la empresa promotora. Preocupaba la participación de la empresa contratista de los Bin Laden. Por encima de todo pesaba el temor de que la ciudad muriera con el rey Abdalá. De que sin su espíritu reformista, su tolerancia ante los pequeños progresos, la situación experimentara una regresión y todas las libertades prometidas en la futura ciudad encallaran en la arena.

—Pero en la planta baja hay varios restaurantes a punto de abrir —observó Alan.

—Me temo que es un farol. Los locales no se han vendido. ¿Otra copa?

Alan se había terminado la segunda.

Hasan regresó al bar y preparó las bebidas.

—Aquí pueden hacerse negocios, Alan. Si comprase uno de estos pisos, pagaría una fracción de lo que se pagará dentro de uno o dos años. Podría venderlo y sacarse un dineral.

Alan escuchó rebotar como una bala las predicciones de Yusef. La ciudad estaba arruinada, Emaar estaba arruinada, el proyecto jamás culminaría. La idea moriría con Abdalá.

Hasán le llevó la copa a Alan.

—Gracias, amigo —dijo Alan.

Hasán sonrió.

—Me alegro de tener con quien beber.

Alan preguntó por el rey, por qué no se gastaba el dinero construyendo la ciudad para verla terminada o, al menos, operativa en vida.

—En árabe tenemos un dicho: «No se puede aplaudir con una mano». No podemos construir la ciudad solos. Necesitamos socios.

—Venga ya. Abdalá podría terminar la ciudad en cinco años si quisiera. ¿Por qué alargarlo veinte?

Hasán meditó la respuesta un buen rato.

—No tengo ni idea.

Y así compartieron la frustración de estar a merced de factores ajenos a su control, demasiados para llevar la cuenta. Hasán vivía en la Ciudad Económica Rey Abdalá desde hacía un año, se había comprometido a ser pionero y había recibido a docenas de hombres como Alan, a los que también había ayudado a imaginarse en la ciudad.

—Algún día será una buena vida —dijo Hasán—. Pero me temo que falta voluntad para terminar el trabajo.

Y, sin voluntad para irse o hacer cualquier cosa, Alan se quedó con Hasán, jugando al ajedrez y bebiendo whisky durante las horas siguientes. Cuando se marchó, estaba casi borracho y se sentía estupidamente. Salió a la escalera con la intención de bajar, pero al final subió. Pasó junto a una planta cerrada, pero la escalera seguía subiendo y Alan terminó abriendo una puerta que daba a la azotea. Las vistas eran extraordinarias, playa y edificios y canales y desierto, todo espolvoreado de una susurrante luz dorada. Tenía que irse, pero no conseguía moverse.

Alan durmió bien, sin saber por qué, y al despertar, la luz roja del teléfono del hotel parpadeaba. Alan escuchó el mensaje, de Yusef. Se iba fuera una temporada y quería pasar a despedirse. Le visitaría esa misma mañana a menos que Alan indicara lo contrario. Alan sintió un gran alivio. Durante la noche se había apoderado de él una sensación de terror, el presentimiento de que a su amigo le había pasado algo. Es el peculiar problema de estar siempre conectado: cualquier silencio de más de unas horas desencadena pensamientos apocalípticos.

Alan se vistió y bajó hasta el vestíbulo a través del atrio.

—Estás aquí.

—Estoy. —Yusef tenía mala cara.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé. Estoy un poco asustado.

—¿El marido?

—Y sus secuaces, sí. Se presentaron en mi casa.

—Creía que estabas en casa de tu primo.

—Sí, pero se puso nervioso. Vive con su abuela y no quería buscarle problemas, de modo que volví a mi casa. Hacía una hora que había llegado cuando aparecieron.

—¿Qué hicieron?

—¿Nos sentamos un momento?

Vino el camarero y Yusef pidió un café.

—Anoche estaba sentado en casa, viendo el Barcelona-Real Madrid. ¿Viste el partido?

—¡Yusef!

—Ya. Pues oí ruidos fuera. Me levanté y vi a tres hombres junto a la ventana. Casi me cago encima.

—¿Qué hicieron?

—Se quedaron allí. Nada más. Fue suficiente. Significa que saben dónde vivo y no tienen miedo de ir a mi casa, plantarse a escasos centímetros de mi ventana y vigilarme. Tengo que marcharme.

—Lo siento mucho.

—Sí, bueno.

—¿Adónde irás?

—A casa de mi padre en las montañas. No irán hasta allí. Y el resto del pueblo me ayudará. Tenemos armas y demás.

Alan se imaginó una especie de enfrentamiento en el Salvaje Oeste. Lo intrigaba más de lo que podía admitir.

—No, no. Quédate aquí. Te conseguiré habitación. Tienen seguridad. Estarás a salvo. Serás invisible.

Mientras exponía la idea empezó a parecerle de lo más viable. Yusef la desestimó con un ademán.

—No, no. Quiero estar en casa. Es fin de semana. Hora de irme.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Alan de pronto temió no volver a ver a Yusef.

—No lo sé. Necesito sentirme seguro unos días. Necesito un lugar donde pueda analizar lo que me rodea con cierta perspectiva. Luego... bueno, me formaré un juicio. Por eso quería verte. Es posible que esté fuera una temporada y quería despedirme, por si es la última vez que te veo.

El rostro de Yusef no reveló ninguna emoción en particular. Yusef no era esa clase de hombre. Pero Alan sentía que necesitaba estar cerca de él, que Yusef era el único hombre cuerdo en mil kilómetros a la redonda.

Diez minutos después Alan iba en el coche de Yusef, con su bolsa de viaje en el maletero, y juntos se dirigían a las montañas. Llevaban varios minutos en la autopista, Alan se sentía eufórico, cuando Yusef aparcó.

—Hemos de parar en la tienda de mi padre. Tiene que darme las llaves de la casa, permiso para instalarme allí y esas cosas.

—¿No tienes llave propia?

—Es lo que te digo. Me trata como a un adolescente.

Subieron las seis plantas de un aparcamiento en pleno centro de la ciudad.

—¿Es la Ciudad Vieja?

Parecía muy nueva.

—La Ciudad Vieja ocupa tres manzanas. Derribaron el resto en los años setenta.

El aparcamiento pertenecía a un centro comercial. Alan y Yusef bajaron por varias escaleras mecánicas, dejaron atrás docenas de joyerías y tiendas de equipajes, varios

grupos de mujeres jóvenes con abaya y bolsos relucientes en el antebrazo y grupos de jóvenes que las observaban con avidez.

Cuando alcanzaron la planta baja, Yusef condujo a Alan fuera del centro comercial hacia un callejón, y por el camino retrocedieron un par de siglos. Aquella parte de la Ciudad Vieja constaba de una serie de callejones interconectados donde los comerciantes habían instalado pequeños negocios. Vendían frutos secos, dulces, pequeños electrodomésticos y camisetas de fútbol, pero la mercancía más popular era la lencería femenina, expuesta en lugar preferente en los escaparates. Alan alzó una ceja mirando a Yusef y este se encogió de hombros, como diciendo: ¿Qué? ¿Acabas de descubrir las contradicciones del Reino?

—Es aquí —dijo Yusef, y se detuvo a unos seis metros de una tiendecita, toda cristal, con mil sandalias en el interior.

Dos hombres atendían detrás del mostrador. Uno tendría la edad de Alan y probablemente era el padre. El otro, mucho mayor, se encorbaba apoyando todo su peso en el mostrador, como si este le sostuviera en pie. Tendría como mínimo ochenta años.

—¿Cuál de los dos es...? —empezó a preguntar Alan.

—Sorpresa: el mayor —dijo Yusef con resentimiento—. Te lo presentaré.

Mientras se aproximaban, el anciano miró a Yusef de arriba abajo. Entornó los ojos, frunció los labios. Yusef tosió contra el hombro para disimular la palabra «capullo». Entraron.

—*Salaam* —saludó Yusef alegremente.

Padre, hijo y empleado se estrecharon la mano, intercambiaron unas palabras en árabe y, tras lo que Alan dedujo que había sido su presentación, el padre le echó un fugaz vistazo. Alan le ofreció la mano y el hombre le dio unas palmaditas, como se haría con la patita de un perro pedigüeño. Yusef y su padre hablaron durante un minuto y luego el padre dio media vuelta y entró en la trastienda. Su ayudante le siguió.

—Bueno, ya le conoces. Un gran hombre —dijo Yusef.

Alan no supo qué decir.

—Le he dicho que me dirijo a las montañas. Me ha dicho que avisaría al casero. Así que supongo que no necesito llave. Ya podemos irnos.

Se dispusieron a salir. Yusef se detuvo en el umbral.

—Espera, ¿quieres unas sandalias? Deberías tener unas.

—No, no.

—Sí, Alan. ¿Qué número calzas?

Las sandalias llenaban todos los huecos disponibles, del suelo al techo. Todas estaban confeccionadas en cuero, cuidadosamente decoradas y cosidas. Estaban hechas a mano, toscamente recortadas. Eligieron un par, Yusef dejó el dinero en el mostrador y volvieron al callejón.

—Mi querido papaíto —dijo Yusef, encendiendo un pitillo—. No es un tipo muy simpático. Y no le gusta un pelo mi trabajo. ¿Y cuando conduzco para americanos? No son sus favoritos.

Regresaron caminando al aparcamiento.

—Pero estás estudiando. ¿Qué quiere que hagas?

—Quiere que trabaje en la tienda, lo creas o no. Estuve un tiempo en la tienda, fue un horror. Nos perdimos el respeto. No se puede trabajar con él. No para de insultar. Y decía que era un vago. Así que lo dejé. No debería traer invitados a la tienda.

—Tengo que admitir... —dijo Alan, y se interrumpió.

Se disponía a respaldar las quejas de Yusef contra su padre, pero comprendió que no podía. Ahora que era el defensor de Ruby, se había convertido en el mediador entre todos los hijos y sus desconcertantes padres... ¿Era eso?

Alan se preocupaba por Yusef. Se preocupaba por su vida y se preocupaba por su padre. Una y otro le parecían triviales a Yusef, porque a su edad todos los problemas parecen tener solución o no merecerla.

—Tengo que admitir —volvió a empezar Alan— que respeto lo que ha hecho. Tu padre confecciona y vende sandalias. Es un oficio limpio, honrado.

Yusef se mofó.

—Mi padre no confecciona los zapatos. Los compra. Los hacen otros. Él solo los sube de precio.

—Aun así. Es un arte.

Joe Trivole lo llamaba una danza, pensó Alan.

—Estoy seguro de que, si quisiera, sabría fabricarlos.

—No, no. Se limita a comprar al por mayor. Los hacen en Yemen. No ha hecho un zapato en su vida.

Unos minutos en la carretera y Yusef había recuperado el buen humor. Parecía deseoso de enseñar a Alan su fortaleza, el vasto complejo construido por su padre. Allanó la cima de la montaña, dijo. Alan no recordaba cuántas veces le había contado lo mismo. Era un motivo fundamental de orgullo para Yusef, el hecho de que su

padre, por mucho que se enfrentara a él, tuviera la fuerza, el poder, el dinero o la visión suficiente para allanar una montaña.

Viajaban hacia el sur por la ciudad mientras esta se desplegaba desde el centro moderno hacia la expansión urbana de bloques de apartamentos de color arena y talleres de somalíes y nigerianos cuando llamaron a Yusef por teléfono. Yusef se rió, cruzó un par de palabras en árabe y de pronto dio media vuelta al coche.

—Viene Salem —dijo, subiendo y bajando las cejas.

Explicó que Salem, uno de sus amigos más antiguos, trabajaba en el departamento de marketing de una fábrica de pañales estadounidense.

—Pero es un hippy, no un vendedor de línea dura —añadió, y luego pareció preocupado por si había ofendido a Alan—. Perdona.

Pero Alan no estaba ofendido. No existía el contexto en el que la palabra «vendedor» pudiera ofenderle.

Aparcaron en un callejón entre media docena de bloques pequeños de pisos. Yusef tocó el claxon y un hombre de unos veinticinco años bajó la escalera dando saltos cargado con una funda de guitarra acústica. Se subió al asiento trasero, le estrechó la mano a Alan y arrancaron.

Salem tenía la pinta de alguien que no desentonaría en Venice Beach o Amsterdam. Llevaba el pelo largo, con mechones grises, una perilla salpimentada que le cubría el mentón y ojos grandes protegidos por unas estilosas gafas de sol. Vestía una camisa con estampado de cachemir y vaqueros. Hablaba un inglés todavía más americano que el de Yusef, aunque a Alan le habría parecido imposible en aquel país.

Salem se pasó los diez primeros minutos de viaje con las manos en los asientos delanteros, la cara entre Alan y Yusef, charlando de una experiencia rarísima que había tenido hacía poco: se había encontrado a un esclavo en su edificio.

—Cuéntale que te lo encontraste llorando —sugirió Yusef.

Salem contó que, unos días atrás, se había encontrado a un tipo de mediana edad sentado en la escalera dentro de su edificio. Salem lo esquivó y entonces se dio cuenta de que el hombre estaba consternado, de que lloraba desconsoladamente.

—Le pregunté qué le pasaba. Me dijo que era esclavo y que sus amos acababan de liberarlo. Pero no sabía qué hacer. Sus amos eran su familia.

—¿Viven en tu bloque?

—En el piso de abajo.

Salem llevaba viviendo allí un año y había visto a la familia de cinco miembros ir y venir y, alguna vez, también al hombre de mediana edad. Pero hasta entonces no se había dado cuenta de que el hombre no era un amigo ni un tío, sino un esclavo que se habían traído de Malawi.

—Tengo que cambiar de piso —dijo Salem.

—Pues ya somos dos —dijo Yusef.

Y hablaron de irse a vivir juntos a alguna otra zona de la ciudad o a otro país. Por el momento Salem había terminado con el Reino de Arabia Saudí. No tenía nada más que ofrecerle.

—El aburrimiento es infinito —dijo.

Alan estaba recuperándose de la historia del esclavo cuando Yusef y Salem se pusieron a hablar de las depresiones y los suicidios del Reino.

—Probablemente no sean tantos como donde tú vives —le dijo Salem a Alan—. Pero te llevarías una sorpresa. La mitad de las mujeres toma Prozac. Y a los hombres, como nosotros, la energía se nos escapa en sitios peligrosos.

Aludió a cierta temeridad frente a una absoluta falta de oportunidades, a que la muerte no daba mucho miedo. A las carreras que se organizaban en el desierto más remoto, donde jóvenes pudientes resultaban heridos o muertos sin que se informase de ello ni se supiera. Yusef y Salem empezaron a hablar en árabe muy rápido, discutiendo, como pronto descubrió Alan, si podían llevarlo a ver una carrera.

—Quizá a la vuelta te llevemos —dijo Salem—. Y también a un concierto.

Los conciertos también se montaban en el desierto. Salem era músico, y cineasta y poeta, pero sobre todo era cantautor, aunque no podía tocar en público, solo en conciertos clandestinos en el desierto. En Riad era mucho peor, pero incluso en Yida la vida de un compositor suponía una lucha constante. Esa vida, que al principio había irradiado cierto atractivo romántico, había perdido su aura. Salem estaba planteándose emigrar a una isla caribeña para tocar en un grupo de bar.

Dejaron la ciudad atrás y enseguida la carretera empezó a cortar el desierto, plano y rojo, con alguna área de descanso o algún afloramiento rocoso de vez en cuando. La autopista era ancha y rápida, el sol colgaba inerte en lo alto y Alan estaba cansado. Se durmió, la cabeza acunada por el cinturón y arrullado de fondo por la apasionada charla en árabe de Yusef y Salem.

Le despertó un portazo. El coche se había detenido. Estaban en un vasto aparcamiento rodeado de tiendas y restaurantes. Yusef había desaparecido y Salem jugueteaba con el móvil. Alan forzó la vista y vio a Yusef entrar corriendo en un colmado.

Alan se incorporó y se secó las babas de la mejilla.

—¿Cuánto rato he dormido?

Salem no levantó la vista del teléfono.

—Una hora más o menos. Roncas. Una monada.

Una niña de unos siete años vestida con burka se acercó a la ventanilla de Salem. Inmediatamente, Salem bloqueó las puertas. La niña se quedó frente a la ventanilla, dando golpecitos al cristal, frotándose los dedos.

Alan se fijó entonces en que había docenas de mujeres y niños, la mayoría niñas, todas con burkas negros arrastrándose de coche en coche, acercándose a las ventanillas y alejándose de nuevo.

Alan empezó a bajar la suya. La niña, al ver un rostro más comprensivo, corrió a su lado con las manos extendidas.

—¡No, no! —dijo Salem—. Sube la ventanilla.

Alan obedeció, y el cristal casi atrapa los deditos de la niña. Entonces la cría dio golpecitos más apremiantes, con la cabeza ladeada inquisitivamente y moviendo los labios a toda velocidad. Alan sonrió y le mostró las palmas vacías. La niña no lo entendió o no le importó. Siguió con los golpecitos.

Salem llamó la atención de la cría y señaló arriba. Acto seguido la niña dio media vuelta y se marchó. Parecía un truco de magia.

—¿Qué significa señalar arriba? —preguntó Alan, e imitó el gesto.

Salem había vuelto a concentrarse en el móvil.

—Significa «Dios proveerá».

—¿Y funciona?

—Acaba con la discusión.

Cuando la siguiente niña se acercó a la ventanilla, con los ojos vidriosos y amarillos, Alan señaló al cielo. La niña desapareció.

—No te preocupes por ellas —le dijo Salem—. No les va mal.

Alan miró el aparcamiento, y por fin vio lo que tendría que haberle resultado obvio: la presencia de un número anormalmente elevado de gentes diversas conduciendo todas en la misma dirección y al mismo tiempo. Y entonces lo vio claro. Justo delante, un hombre, vestido solo con toga blanca y sandalias, en un Mercedes. Familias al completo, aprovisionándose para el viaje.

—¿Es la peregrinación?

Salem estaba otra vez consultando el teléfono, que sonaba como un contador Geiger.

—No es el Hajj oficial. Este año es en noviembre. Esto es el Umrah, una especie de peregrinaje menor, para los que no pueden asistir al importante.

Yusef salió del mercado empujando un carrito cargado de provisiones. Salem bajó el seguro de las puertas y Yusef llenó el maletero. En cuestión de segundos estaban de nuevo en la carretera y Alan volvió a dormirse. La autopista negra, lisa, y el sol, pequeño, lo arrullaron. Le despertó una discusión acalorada entre Yusef y Salem.

—¿Qué pasa? —preguntó Alan.

Yusef se giró hacia él y señaló un panel de carretera un poco más adelante. La autopista se bifurcaba, los tres carriles principales eran exclusivos para musulmanes. Una señal roja indicaba la salida que rodeaba La Meca, para los no musulmanes de paso. Yusef barajaba la idea de intentar llevar a Alan por la ruta principal.

—Podemos ponerte un *thob*. Colaría.

—No merece la pena —objetó Salem. No parecía contento—. El rodeo es solo de veinte minutos. Por favor.

Yusef se volvió hacia Alan.

—¿Quieres pasar ilegalmente?

Alan no quería. No quería transgredir ninguna norma. Pero ya casi estaban en el carril de la izquierda y la salida para los no musulmanes, tres carriles a la derecha, se aproximaba a toda velocidad.

Una parrafada de Salem en árabe. Yusef no respondió. De pronto, el caos. El torso de Salem estaba en el asiento delantero y Salem trataba de hacerse con el volante. Alan acabó apretujado contra la portezuela. Yusef apartó las manos de Salem y le dio un bofetón. Al oírlo, un cachete fuerte, se rió encantado. Salem regresó a su asiento, derrotado.

Luego, en un solo movimiento fluido, Yusef se deslizó lateralmente por la autopista y enseguida se situó en el carril para no musulmanes.

Lanzó una mirada decepcionada a Salem por el retrovisor.

—Era broma, colega. Una broma. Tranquilo.

Salem estaba que trinaba.

—Tranquilízate tú.

Yusef respondió con una mueca.

—No, tú.

La noche cayó rápidamente y empezaron a subir las montañas.

—Los montes Sarta —explicó Salem—. Espera a que alcancemos la cima. Hay babuinos. ¿Te gustan los babuinos?

Y allí estaban. En la cima de la cordillera, Yusef paró junto a un mirador, a unos mil quinientos metros de altitud, con vistas a cientos de kilómetros de desierto. Y en el aparcamiento del mirador, por doquier, los babuinos se sentaban, comían y paseaban, dóciles como gatos domésticos.

Cruzaron a toda velocidad Taif, una ciudad de la cima de colores chillones y vientos fríos, y descendieron de golpe al rudo territorio del otro lado. La carretera fue vaciándose a medida que se acercaban al pueblo natal de Yusef y, cuando llegaron, Salem dormía como un tronco y Alan iba dando cabezadas.

Yusef frenó bruscamente.

—¡Despertaos, inútiles!

Salem gimió y dio un puñetazo al asiento de Yusef.

Ante ellos, una cordillera dentada bordeaba un grupito de luces arropadas por un pequeño valle. El asentamiento era poco más que unas docenas de casas, unos cientos de habitantes.

—El pueblo —dijo Yusef—. Mañana lo veremos.

Se desviaron por un camino y remontaron varios kilómetros de ladera después de volver dos veces sobre sus pasos, hasta que llegaron a una estructura enorme. Que no se parecía en nada a una casa.

—¿Es esto? —preguntó Alan.

—Sí —contestó Yusef—. La casa que han construido las sandalias.

Parecía más un hotel, algún tipo de edificio municipal. Era una estructura de tres pisos construida con adobe y cristal. Habían aparcado en un solar enorme, con espacio para veinte vehículos. La finca contaba incluso con una pequeña mezquita al pie de la ladera.

—No me había dado cuenta... —dijo Salem.

Tampoco él había estado allí antes.

Mientras él y Alan contemplaban maravillados el conjunto, un hombre salió de la casa y corrió a su encuentro. Era bajo, más que Yusef, y más corpulento. Tenía la cara redonda, con una sonrisa amplia y desdentada. Cogió la mano de Yusef y la apretó con efusividad. Le presentaron a Salem y también le estrechó la mano. Sin embargo, cuando Alan le tendió la suya, fue como si el hombre tuviera que volver a aprender el gesto. Cogió la mano y la estrechó y luego retiró despacio la suya, como sacándola de la boca de un animal al que no deseara provocar.

—Este es Hamza, el casero —explicó Yusef—. Hace veinte años que trabaja para mi padre. Pero no avisé a mi padre de que tú también venías.

—¿Por qué no? —preguntó Alan.

—No te ofendas, pero esto es el orgullo de mi padre. No quería que lo mancillaras, ya sabes, con tu presencia. Es broma.

Pero no bromeaba.

Hamza dio media vuelta, los guió hasta la puerta y la abrió.

—¿Preparados? Aquí está —dijo Yusef, cambiando rápidamente de actitud, de adolescente desdeñado a hijo orgulloso.

Dentro, la casa recordaba muchísimo a una serie de salones de baile enmoquetados y vacíos, cada uno con espacio suficiente para un centenar de personas o más. En cada sala, un puñado de enormes lámparas de araña iluminaba los vastos espacios sin más muebles que los bancos que bordeaban las paredes. Por lo visto, la casa entera estaba destinada solo al entretenimiento.

—Cabe todo el pueblo. Mi padre se aseguró de que así fuera. Aquí se celebran todas las bodas del pueblo. Tengo que traerte a una —le dijo a Alan—. Te encantaría. Podrías vestirte de forma tradicional, recibirías un cuchillo especial, todo.

Alan intentó cuadrar al constructor de aquella casa con el hombre brusco y frío que había conocido. Le parecía imposible que aquel hombre hubiera construido esa casa. La casa era resultado de una gran visión y generosidad, y el padre de Yusef no parecía tener ni una ni otra. Subieron a la tercera planta. Las escaleras, de hormigón encofrado, eran irregulares, como si el albañil hubiera dejado de prestar atención arriba.

—Esta planta la terminaron un poco más deprisa —dijo Yusef, sonriendo—. Pero la vista merece la pena.

Salieron a un amplio balcón. El aire estaba claro y frío, la vista era magnífica. Alan, Yusef, Salem y Hamza se quedaron de pie contemplando el valle.

—Ah, os lo tengo que enseñar —dijo Yusef antes de bajar a saltos las escaleras.

Condujo a Alan y Salem a una sala más pequeña, vacía salvo por una caja fuerte gigante en una pared y una pila de finos colchones en la otra.

—Por aquí —dijo, agarrando los colchones y tirándolos al suelo.

Alan tenía la misma impresión que cuando los hijos de sus amigos le llevaban a sus cuartos para mostrarle todos sus juguetes, y se apasionaban un poco más a cada exclamación suya. Yusef tiró siete u ocho colchones antes de encontrar lo que buscaba: un alijo de rifles. Había al menos una docena, algunos nuevos, otros viejos y fabricados a mano, con culatas de madera y detalles grabados con esmero.

—Este era de mi abuelo —dijo Yusef, sosteniendo con ambas manos un rifle de aspecto antiguo. Se lo pasó a Alan como si le entregara a un recién nacido. Pesaba, estaba hecho de madera noble—. Este es más nuevo.

Yusef le quitó el primer rifle y se lo entregó a Salem. Lo reemplazó con el modelo nuevo, que parecía un Winchester calibre 44 normal. Alan lo comprobó y así era. Salem admiró educadamente los rifles, pero le costó disimular su falta de interés. Sin embargo, Alan estaba fascinado. De joven había sido un tirador pasable y conservaba el cariño por los rifles viejos. Se moría de ganas de apuntar con uno, de dispararlo,

pero no conocía el protocolo. Decidió ensalzarlos todos y, cuando Yusef empezó a guardarlos de nuevo entre los colchones, dio por sentado que no volvería a verlos.

Deseaba a medias que Yusef hubiera dicho en serio que los necesitaban para repeler a los aliados del marido de su ex mujer. La idea de que aparecieran por allí y asaltaran la fortaleza era absurda, pero al mismo tiempo le proporcionaba a Alan un rayo de esperanza, de posibilidad. Se imaginó encaramado al balcón, avistando invasores. Quería hacer algo espectacular para proteger a su amigo.

—¿Qué probabilidades hay de que los tipos esos vengan hasta aquí? —preguntó Alan.

—¿Qué tipos?

—El marido, sus hombres.

—¿Lo dices en serio? No tienen ni idea de la existencia de este lugar. ¿Crees que conducirían cuatro horas por el desierto para seguirme hasta aquí?

Alan negó con la cabeza, como para desechar la idea, pero Yusef le leyó el pensamiento y se dijo que Alan, lejos de amedrentarse ante el ataque, lo esperaba, lo deseaba. Apoyó una mano en el hombro de Alan, le dio la vuelta, lo empujó delicadamente fuera de la sala de los rifles y apagó la luz.

Se instalaron en la terraza de la segunda planta. Hamza sacó alfombras y cojines y los colocó en hileras ordenadas. Corrió adentro y regresó con un juego completo de té, que sirvió con gran solemnidad.

Alan se bebió el té, dulce y mentolado, mientras Salem afinaba la guitarra. Alan no sabía qué esperar, pero cuando Salem empezó a rasgar las cuerdas, golpeando la madera a modo de percusión, sonó a canción pop occidental, algo que podría escuchar en una tarde de compras.

La noche refrescó y un viento suave sopló desde el valle y azotó la fortaleza. Como animada por la brisa, abajo se encendió una luz. Luego dos más. Era una moto seguida por un camión pequeño, y ambos vehículos subían por el camino de entrada.

Yusef señaló la guitarra con la cabeza y Salem captó la idea. Guardó la guitarra, entró rápidamente y volvió a salir sin ella.

Al poco aparecieron tres jóvenes en la terraza. Todos vestidos de blanco. Tenían entre trece y dieciséis años y la misma constitución que Yusef, bajos y rellenitos en el centro. Todos llevaban *thobs* blancos y *gutras* rojos: hombres de negocios en miniatura con sonrisas amplias y blancas. Corrieron hacia Yusef y le abrazaron.

—Son mis primos —le dijo Yusef a Alan—. Bueno, solo dos. El tercero es amigo suyo.

Alan los saludó con un gesto de la cabeza y Yusef y los primos hablaron un rato en árabe. Salem se quedó en el balcón, como si supiera que aquellos pueblerinos pertenecían a una especie distinta. Yusef era el puente entre la urbanidad de Salem, de Alan, y aquellos jóvenes, de quienes Alan supuso que habían sido educados de manera más tradicional, alejados de cosas como la música pop y los invitados americanos. La noche fue avanzando y les sirvieron más té, y por lo visto había mucho de lo que ponerse al día, muchas historias que contar, y Alan sentía que molestaba. Cuando Salem entró en la casa con la excusa de estar agotado, Alan siguió su ejemplo. Yusef les deseó buenas noches a los dos y pidió a Hamza que los acompañara a sus habitaciones.

En la habitación de Alan, grande como un comedor para ceremonias, uno de los delgados colchones que escondían los rifles descansaba ahora en el suelo, pulcramente cubierto con una sábana y una manta de lana. Le habían subido la bolsa de viaje del coche y se la habían dejado sobre una silla de madera situada junto a la cama. Hamza les mostró el cuarto de baño, les dio toallas, manoplas, incluso unas sandalias de cuero suave.

Alan se acomodó en el colchón y se tapó con la pesada manta de lana. La casa se enfriaba por momentos.

Salem pasó ante el umbral.

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Alan.

Sería cerca de medianoche. Por la ventana Alan veía la cara más próxima de la montaña, a no más de diez metros, y por encima un cielo plomizo con estrellas como agujeritos. Ahora que estaba acostado y caliente, lo que le apetecía era vagar de noche por las montañas con Yusef o Salem o a solas. No estaba cansado. Miró por la ventana que tenía encima, la ladera de la montaña se veía azul a la clara luz de la luna. Cada vez estaba más despierto.

Pensó en escribir una carta, pero no tenía papel. Encontró un sobre grande junto a la puerta y empezó: «Querida Kit: Te escribo desde un castillo. No es broma. Estoy en una especie de fortaleza moderna, en una colina de las montañas de Arabia Saudí. El hombre que construyó este lugar vende zapatos. No es un fabricante de zapatos importante. Posee una tienda de cuarenta metros cuadrados en Yida y vende calzado sencillo, casi todo sandalias, a gente normal. Y con el dinero que ha ganado y

ahorrado vendiendo zapatos, volvió a su pueblo, allanó la cima de una montaña y se construyó un castillo».

Dejó el bolígrafo. Se dirigió rápidamente a la puerta, con cuidado de no despertar a Salem. La casa estaba en silencio, pero con la mayoría de las luces todavía encendidas. Caminó con cautela hasta la escalera y subió los escalones irregulares que conducían a la azotea. Luego fue de punta a punta, contemplando la vista desde todos los lados. Decidió que podría vivir allí. Decidió que así se sentiría satisfecho, si hubiera construido un hogar como ese. Le bastaba con algo de espacio, un lugar alejado de todo, donde la tierra fuera barata y construir fácil. Compartía los sueños del padre de Yusef, la necesidad de regresar a los orígenes, de construir algo duradero, algo abierto y extraño como aquella fortaleza, algo que pudiera compartirse con la familia y los amigos, con todos los que habían colaborado en su crecimiento. Pero ¿cuáles eran los orígenes de Alan? ¿Cuál era el pueblo de sus antepasados? ¿Dedham? ¿Dedham era su pueblo? Allí nadie tenía ni idea de quién era Alan. ¿Era de Duxbury? ¿Tenía algún lazo con aquella ciudad, alguien ligado a él?

En Duxbury, Alan no podía construir ni una pared.

Alan no quería pensar en el tío de la junta de urbanismo, pero existía, con su cara de lameculos. Alan solo quería construir un jardín rodeado por un pequeño muro de piedra. El suelo era rocoso en la zona trasera de la casa que había elegido, de modo que pensó que construiría el jardín por encima, elevado unos treinta centímetros. Había visto uno en un libro, y le pareció que tenía sentido y además quedaba bonito. El del libro tenía una cerca de madera, como un cajón de arena, pero a Alan le gustaban las viejas paredes de piedra que bordeaban algunas de las propiedades de la ciudad (paredes construidas, al menos algunas de ellas, hacía cientos de años). Algunas de aquellas viejas paredes no llevaban argamasa, eran solo piedras apiladas con cuidado, pero Alan decidió que emplearía cemento. De modo que, después de consultar un libro sobre mampostería en la biblioteca, fue a la tienda de materiales de construcción y compró dos sacos de cemento ya mezclado.

Luego fue a un almacén de carretera donde vendían piedras. Fue la mejor parte, algo de lo que no sabía nada en absoluto. Se paseó por el solar, donde tenían grandes montones de piedras en pequeños cercados, era un zoo de piedras. Al final encontró una rosa y gris, tirando a redondeada, que se parecía mucho a las de delante de su casa.

—¿Cómo se trabaja? —le preguntó a uno de los empleados.

El hombre era alto, delgado, demasiado delgado para trabajar en un lugar lleno de piedras. No parecía capaz de subirse los pantalones por encima de la cintura, mucho menos de levantar las piedras que vendía.

—¿Las transportará usted?

Alan no lo sabía.

—¿Debería?

—Ya puestos, a menos que piense construir un castillo.

Alan resopló. En aquel momento la broma le pareció muy graciosa.

—No, solo una pared.

—¿Ese es su furgón? —preguntó el hombre, señalando el furgón de Alan.

—Sí. ¿Servirá?

—Claro, pero tenemos que pesarla primero. La balanza está allí.

Al poco Alan estaba de nuevo en el coche, situándolo sobre dos carriles que conducían a una plataforma. La plataforma quedaba junto al despacho y, una vez encima de ella, Alan pudo ver el interior, donde otro hombre le indicó con los pulgares que todo estaba correcto.

Alan bajó por los carriles y regresó a la zona donde había elegido las piedras y comenzó a cargarlas. No tenía idea de cuántas comprar y no había ningún cartel que indicara el precio. Pero lo estaba pasando de miedo con todo el proceso: la báscula, cargar piedras en el coche, el rebote de los amortiguadores con cada piedra, el peso creciente del coche. Decidió llenarlo hasta que el parachoques trasero se hundiera lo bastante para desaconsejar cargarlo más. Así lo hizo, cerró atrás y condujo de vuelta a la báscula.

Una vez más, el hombre le dio el visto bueno por la ventana y Alan bajó el vehículo de la báscula y aparcó junto al despacho. Entró y el tipo del mostrador le guiñó amistosamente el ojo.

—Ciento ochenta y ocho kilos y medio.

Si el precio por kilo pasaba del par de dólares aunque solo fuera un poco, pensó Alan, estaba jodido. Había presupuestado unos cientos de dólares para todo el proyecto del jardín.

El hombre hizo sus cuentas en la calculadora y alzó la vista.

—¿Cemento?

Alan negó con la cabeza.

—Vale. Serán ciento setenta dólares con sesenta y ocho centavos.

Alan casi se echa a reír, y sonrió durante todo el camino de vuelta a casa. Una transacción así era simplísima. Era simple y era buena. Había visto unas piedras. Las había cargado en el furgón y había pesado el vehículo, el tipo había calculado la diferencia, determinado el peso de las piedras, y le había cobrado ochenta centavos por kilo. Maravilloso.

Construir la pared le proporcionó a Alan un placer que hacía años que no sentía, incluso a pesar de no tener la menor idea de lo que hacía. Había olvidado comprar alguna herramienta de albañilería, de manera que mezcló el cemento en una carretilla y lo aplicó con una pala. Intentó encajar las piedras con cierta lógica, extendiendo el cemento encima y por los lados. No sabía cuánto tardaría en secar ni la consistencia

que tendría al acabar. Debería haber esperado, dejar descansar una hilera de piedras antes de colocar la siguiente, pero lo estaba pasando demasiado bien para bajar el ritmo. Como con tantos otros de sus proyectos en la casa y el patio, quería acabarlo en una sesión y, cuatro horas después, lo había conseguido.

Dio un paso atrás y vio que era más o menos cuadrado. Las paredes se elevaban casi un metro y resultaban absolutamente medievales en su sencillez. Pero cuando apoyó un pie en la primera sección de pared que había completado, ya se había solidificado. Empujó, y la pared no se movió. Se subió encima, era tan resistente como cualquier otro suelo de la casa. Alan se emocionó. ¡Cemento! No era de extrañar que los arquitectos lo adorasen. En cuestión de horas Alan había levantado una pared que haría falta un martillo mecánico para derribarla. Imaginó que probablemente en unos días podría construirse una casa del mismo modo. Podía construir cualquier cosa. Estaba eufórico.

Pero entonces recibió la visita del departamento de urbanismo. Al día siguiente se despertó y encontró un papel rojo pegado en la puerta de casa. Lo citaba en el Ayuntamiento para presentar los planos de la construcción y solicitar permiso de obras. Todo por una pared de menos de un metro. Y luego llegaron las discusiones con el cabrón de la junta de urbanismo, todas ellas inútiles. Alan no había construido la pared de acuerdo con las especificaciones del municipio, no había trabajado con un contratista con licencia y, por consiguiente, tenía que derribar la pared. Le obligaron a pagar a un par de tipos para que redujeran a escombros su pared, su jardín, con un martillo mecánico. Le pisotearon las hortalizas, todo lo que había plantado. Las plantas murieron. Dolía contemplar aquel desastre. Y luego tuvo que pagar a otros dos tipos para que se lo llevaran todo.

Cuando Alan se despertó el cielo era de un gris enfermizo. Bajó a la otra planta. No oyó voces ni vio movimiento alguno, ninguna señal de que había amanecido. Las salas de banquetes estaban vacías, la cocina, desocupada. Alguien había encendido por fin las luces. Pensó en volverse a la cama, pero estaba seguro de que no serviría de nada.

Abrió la puerta delantera y vio el valle más abajo, azul y marrón a la luz todavía tenue. Se sentó en la baranda y por primera vez se fijó en que en la finca, en otro nivel quince metros por debajo, pastaba un rebaño de ovejas. Estaban en un cercado y el suelo que pisaban era polvo y piedras salvo por alguna mancha dispersa de hierba. Un penacho de humo partía el cielo azul detrás de las montañas. Alan entró y cogió la cámara.

Se dirigió al camino de entrada y sacó fotografías desde allí, del camino descendiendo por la colina, de las colinas de fondo detrás de la casa. Enfiló camino abajo hasta la carretera y puso rumbo al pueblo.

El valle estaba en silencio. Alan se paró a fotografiar un árbol con pinchos, un macizo de flores blancas, un viejo autobús paquistaní de color chillón fuera de servicio y aparcado en el arcén. Sacó una foto a una cabra descarriada.

En una colina cercana se levantó una nube de polvo. Era un camión, una pequeña camioneta blanca. Se acercó a Alan y paró a su lado. Bajaron una ventanilla. Conducía un hombre de unos cuarenta años vestido con un *thob* gris limpio. Se parecía un poco a Yusef, aunque era más alto y más delgado.

—*Salaam* —saludó.

—*Salaam*.

—¿Necesitas que te lleve?  
—No, gracias. Estoy paseando.  
—¿Sacando unas fotos?  
—Sí. Hace una mañana preciosa.  
—Te he visto desde arriba.

Alan miró alrededor, intentó adivinar desde qué punto elevado lo habían observado. El hombre forzó una sonrisa.

—Estás sacando muchas fotos.  
—Supongo —dijo Alan.  
Ocurría algo, pero no caía. Entonces lo supo.  
—¿Americano? —preguntó el hombre.  
Ah. Como siempre, Alan sintió la fugaz tentación de mentir.  
—Sí.

—Muchas fotos. ¿Trabajas para la CIA o algo así?

La sonrisa del hombre se volvió más sincera y algo debió de liberarse dentro de Alan.

—Solo un trabajillo por libre —bromeó Alan—. No a jornada completa.

El hombre echó la cabeza un poco hacia atrás, como si hubiera olido algo desagradable, antinatural. Luego puso la primera y se fue.

Cuando Alan volvió a la casa, Yusef y Salem estaban levantados y vestidos y Hamza había sacado el juego de té. Salem estaba en la terraza, igual que la noche anterior, tocando la guitarra. Yusef vio acercarse a Alan.

—¡Alan! Creíamos que te habían secuestrado.

Yusef y Salem sonrieron.

—He salido a dar un paseo. He madrugado. Esto es precioso al amanecer.

—Sí, sí. Desayunaremos fuera. ¿Te parece bien?

Hamza extendió un gran mantel blanco en la terraza y los demás se sentaron. El casero trajo más té, pan y dátiles. El aire estaba frío pero el sol empezaba a salir y Alan notaba cómo aumentaba el calor, la calidez de las piedras que los rodeaban. Se sentaron a la sombra. Alan quería contarles el encuentro con el hombre de la camioneta porque sabía que había metido la pata y que tal vez no tardaría en presentarse algún problema, incluso aunque solo fuera en forma de llamada telefónica. Pero confió en que el hombre olvidara el encuentro, en que no tuviera consecuencias, que su pésima broma fuera entendida como lo que era y nada más.

Cuando terminaron de desayunar Yusef entró corriendo en la casa, inspirado. Regresó con un par de los rifles que les había enseñado la noche anterior. Alan

esperaba otra sesión explicativa hasta que vio a Yusef vaciar una caja de balas encima del mantel. Eran del calibre 22, y Yusef cargó una en la cámara del rifle.

Entre desconocidos y amistades recientes, cargar un arma siempre desencadena un momento de cálculo. Alan había pasado muchos años rodeado de armas y se encontraba cómodo entre ellas, igual que con Yusef, y no obstante tuvo que detenerse brevemente y pensar en su amigo y el arma, en su situación y en cualquier posible motivo y consecuencia. Estaban lejos de cualquiera a quien le importara la vida de Alan. Confiaba en Yusef, le consideraba su amigo, algo parecido a un hijo, pero una pequeña parte de él le decía: Apenas conoces a esta gente.

Yusef dejó el arma sobre el mantel y fue a la otra punta del balcón, donde la finca se extendía hasta la ladera de la montaña. Sacó una lata de entre los arbustos y la colocó encima del muro. Luego volvió corriendo.

—A ver si todavía se me da bien.

Alan esperaba que Yusef se tumbara boca abajo o se quedara de pie, pero en cambio se sentó con las piernas encogidas delante. Apoyó los codos en las rodillas y el rifle en el hombro. Alan nunca había visto disparar así, pero tenía cierto sentido.

Yusef apuntó a la lata —a unos veinte metros de distancia— y disparó. No sonó muy fuerte, no tanto como una 45. El calibre 22 era silencioso, elegante, casi educado en sus ruidos y exigencias.

La bala desapareció en la maleza. Yusef había fallado. Refunfuñó en árabe, vació la cámara y cargó una nueva bala. Apuntó, disparó y esta vez, tras tambalearse un segundo, la lata cayó del borde del muro al camino, como un vaquero del tejado en una película.

—Muy bien —dijo Alan.

Hamza corrió a colocar la lata otra vez.

—Ahora tú.

Yusef le pasó el arma.

Alan la cogió y cargó una de las pequeñas balas del 22 de casquillo dorado. El rifle pesaba muy poco. Alan quería quedarse de pie o tumbarse boca abajo, pero le pareció que la costumbre dictaba que siguiera el ejemplo de Yusef.

Era bastante cómodo, imitaba la forma de un trípode. Alan enfocó la lata en la mira, exhaló y apretó el gatillo. Una nubecilla de polvo se levantó a la izquierda de la lata. Yusef y Hamza parecieron ligeramente impresionados, pero también satisfechos de que Alan fuera peor tirador. ¿Cómo habría quedado que Alan, de mediana edad, gordo y con pantalón caqui, pudiera sentarse, coger un arma y superarlos?

Era lo que se proponía.

—¿Puedo probar otra vez?

Yusef se encogió de hombros y señaló el paquete de balas con la cabeza. Alan cargó otra en la cámara y volvió a apuntar. Enfocó, respiró y apretó. Esta vez la lata recibió un balazo en el centro y cayó de la pared.

Todos, salvo Salem, lo felicitaron por lo bajo. Alan entregó el rifle a Yusef, que sonreía de oreja a oreja.

Siguieron así, turnándose, colocando la lata, agujereándola, unos veinte minutos, hasta que un camión apareció como un bólido en el camino. Era la camioneta blanca que Alan se había encontrado antes. En cuanto el hombre se apeó con aire agitado, Alan supo que no tardaría en tener que explicarse. No ayudó que cuando el hombre aparcó Alan tuviera un arma en las manos. El hombre se acercó, Alan dejó el rifle sobre el mantel, todo lo cerca de Yusef que pudo, pero a su alcance. ¿Cómo saber lo que iba a pasar? Necesitaba tener opciones.

Primero el hombre bombardeó a Yusef en árabe, sin parar de señalar a Alan. Luego Yusef se puso de pie, y Salem se puso de pie, y los tres hombres empezaron a chillar y Hamza parecía no saber qué hacer. Estaba claro que Hamza veía al hombre de la camioneta blanca a diario, vivía en el pueblo, y no podía desafiarlo abiertamente ni alinearse ciegamente con Yusef. Alan, sentado, trataba de parecer lo más inofensivo posible.

Por fin Yusef se le acercó.

—¿Le has dicho a este tío que eres de la CIA?

Alan puso los ojos en blanco.

—Me ha preguntado si era de la CIA y, en broma, le he contestado que hacía algunos trabajillos para ellos.

Yusef lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué lo has dicho?

—Bromeaba. Era una broma. Me lo ha preguntado. Es una pregunta ridícula.

—Pues a él no le parece ridícula. Ahora tengo que convencerlo de que no eres de la CIA. ¿Cómo lo hago?

Alan quería irse, subir a la azotea, a cualquier sitio. Pero se le ocurrió una idea.

—Dile que si fuera de la CIA no iría contándoselo al primero que me lo preguntara.

Al oírlo, Yusef se rió. Gracias a Dios, pensó Alan. Por un momento el asunto se le había escapado de las manos, de las de todos, y podría haberle traído problemas a

Yusef, al padre de Yusef, a Alan. A la hora del almuerzo estaría en un taxi de camino a Yida. Pero la explicación de Alan había calado, le había recordado a Yusef quién era, quiénes eran los dos. Eran amigos y había confianza.

Yusef se volvió hacia el hombre, lo rodeó con un brazo y lo condujo de vuelta a la camioneta. El hombre se subió y se quedó sentado al volante cinco minutos mientras Yusef le hablaba por la ventanilla con calma y hacía algún gesto enfático esporádico en dirección a Alan. Yusef apagó los rescoldos de furia del hombre y al poco había acabado todo.

Cuando la camioneta se hubo marchado, Yusef regresó, se sentó y suspiró exageradamente.

—No deberías haberlo dicho.

—Ya.

—A la gente no le gustan esas bromas.

—Lo supe en cuanto lo dije.

—Es como bromear con que tienes una bomba ante los de seguridad de un aeropuerto.

—Justo la comparación que pensaba.

—De modo que estamos de acuerdo.

—Como siempre.

—Casi siempre.

—Lo siento.

—De acuerdo. Disparemos un poco más.

Y dispararon, hasta que Salem dijo que quería ver al menos el pueblo o las tierras. De modo que se subieron a una de las camionetas del padre de Yusef, con Hamza al volante, y bajaron a las llanuras del valle y cruzaron el pueblo. El vehículo avanzaba tan despacio por la carretera llena de baches que no parecía tener sentido ir en coche. Caminar habría sido más rápido y menos ridículo. Pasaron junto a viviendas humildes, varias casas de adobe de buena construcción y bloques de pisos. El pueblo no tendría más de doscientos habitantes, pero contaba con una pequeña escuela, una clínica, una mezquita e incluso con lo que a Alan le pareció un hotel.

Tras el primer grupo de edificios, remontaron la ladera opuesta del valle por una carretera polvorienta y, después de un pasaje estrecho entre dos rocas enormes, aparecieron en otro valle más pequeño. Descendieron un poco, con el siguiente pueblo a la vista, y Yusef detuvo el vehículo.

—La casa de mis abuelos —dijo Yusef, señalando una casita vieja.

Estaba edificada con unos miles de piedras planas, sin argamasa. No tendría más de ochenta años, pero no habría desentonado en cualquier otra época.

Se apearon y Alan siguió a Yusef, que entró por una ventana en la casa. La casa era una habitación pequeña. No tenía tejado, pero quedaban las vigas redondeadas. Yusef se quitó las gafas de sol y se las colgó del *thob*. Bebió un trago de agua de la botella de plástico.

—No podría vivir así. ¿Te lo imaginas?

Volvieron a la camioneta.

Pasaron las siguientes horas conduciendo perezosamente por los valles, subiendo y bajando por caminos malísimos. Dejaron atrás una sucesión de formaciones rocosas inverosímiles. Rocas de dos pisos de altura medio huecas, como cascos. Subieron a lo alto del valle del padre de Yusef y contemplaron el pueblo desde arriba. Desde allí se veía increíblemente pequeño y frágil, la clase de asentamiento que arrasaría en segundos una riada, que enterraría por completo la menor avalancha. Parecía absurdo vivir allí un par de días, no digamos varios siglos. La gente del lugar tenía que haber sido sumamente vulnerable a la sequía, a que el único camino de salida quedara temporalmente inutilizado por el barro o una roca desprendida. Mientras contemplaba el valle, la insignificante obra de la mano del hombre comparada con la acción del viento y el agua, Alan reaccionó como otras muchas veces, pensó: Aquí no debería vivir nadie. La gente no debería establecerse en un terreno rocoso sin agua ni lluvia. Pero, claro, ¿dónde iban a vivir? La naturaleza advierte al hombre de que lo matará en cualquier parte. En la llanura, lo matará con tornados. Si vive cerca de la costa, mandará tsunamis a borrar el trabajo de siglos. Los terremotos se ríen de toda la ingeniería y cualquier idea de permanencia. La naturaleza quiere matar, matar y matar, se mofa de nuestro trabajo, se despeja y limpia a sí misma. Pero la gente vive donde le place y allí, en aquel valle imposible, también, y prospera. ¿Prospera? Vive. Sobrevive, se reproduce, manda a los hijos a la ciudad a ganar dinero. Sus hijos ganan dinero y regresan para allanar cimas de montañas y construir castillos en el mismo valle imposible. La obra del hombre se realiza a espaldas del mundo natural. Cuando la naturaleza se percata y reúne la energía, hace borrón y cuenta nueva.

En el camino de vuelta a la fortaleza pasaron junto a un par de hombres que estaban levantando una pared de piedra. El sistema recordaba muchísimo al que había empleado Alan: un montón de piedras y una carretilla de mortero.

—¿Podemos parar? —pidió Alan, antes de terminar de saber el motivo.

Hamza paró. Los dos hombres levantaron la vista del trabajo y saludaron. Yusef los saludó desde la ventanilla, bromeando en árabe. Los hombres se rieron y se aproximaron.

—Pregúntales si necesitan ayuda —dijo Alan.

—¡Yo no pienso ayudar! —Yusef estaba desconcertado—. ¿Tú sí? ¿Quieres ayudarles?

—Sí. De verdad.

Y tras unos minutos en que Yusef y Salem trataron de razonar con Alan, Yusef les comunicó el ofrecimiento a los hombres y estos aceptaron. Pusieron a Alan a trabajar y Hamza, Yusef y Salem se fueron en la camioneta.

La tarea de Alan consistía en impedir que el mortero se endureciera removiéndolo, añadiéndole agua periódicamente y, una vez conseguido, ayudar a encontrar las piedras adecuadas para colocar en la pared. Era un trabajo lento y la barrera idiomática resultaba frustrante para ambas partes, pero Alan estaba a gusto al aire libre, utilizando brazos y piernas, sudando la camisa y los pantalones y, al final del día, habían completado unos cinco metros y medio de pared. Tenía casi un metro de altura, era sólida, muchísimo mejor que la que había construido en su patio. Los hombres asintieron, le estrecharon la mano y se acabó.

El sol se ponía mientras Alan regresaba a pie al castillo. No cabía la posibilidad de perderse: la fortaleza se veía desde todos los rincones del valle. Alan llegó en veinte minutos y Yusef y Salem estaban, como siempre, encaramados al muro del balcón, Salem rasgueando la guitarra.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó Yusef.

—Un rato. Luego ha sido un coñazo.

Yusef y Salem se rieron. Ambos tenían delante a un tonto.

A Yusef le centelleaban los ojos.

—Tengo un regalo para ti después de cenar. Te va a encantar.

Salem, que estaba al corriente, enarcó las cejas para expresar su acuerdo con que pronto harían muy feliz a Alan.

—¿Qué es?

—¿Quieres salir a cazar lobos?

—¿Por qué? ¿Dónde?

—Por lo visto últimamente los lobos han matado varias ovejas. Están organizando una cacería. Necesitan a todo el que sepa disparar.

Alan no había recibido una invitación tan intrigante desde hacía años.

—Claro que quiero.

—Te lo dije —le espetó Yusef a Salem.

—No he dicho lo contrario —replicó Salem.

Cogió la guitarra y compuso una canción, allí mismo, sobre Alan y la cacería.

No estaba nada mal.

Después de cenar, dos camionetas pararon delante de la casa. Una vez más, Salem se apresuró a esconder la guitarra. Las dos camionetas eran blancas, pero ninguna la conducía el hombre que había sospechado que Alan trabajaba para la CIA. En cada vehículo viajaban unos cuatro hombres, de la edad de Alan o mayores, con algún adolescente.

Le ofrecieron a Alan el asiento delantero de la primera camioneta, pero Alan quería ir al aire libre. La noche era clara y fresca y quería verlo todo. Algunos levantaron la voz, pero al final Yusef intervino y les aseguró que en realidad Alan lo prefería así, que expresaban mejor su hospitalidad complaciendo su deseo. Normalmente Alan no habría presionado, pero esa noche sí, porque tras varias semanas viviendo en aquel hotel estéril anhelaba el aire de la noche y las estrellas y los botes que notaría al ir en la caja de la camioneta.

De modo que subió a la parte de atrás con los dos primos más jóvenes y un hombre mayor. Los tres llevaban rifle. Yusef ocupó el asiento del acompañante.

—¿Vienes? —le preguntó Alan a Salem.

—¿Estás de broma? —respondió Salem—. Hasta luego.

La camioneta volvió a la vida con un petardeo y empezó a moverse con dificultad. El hombre sentado enfrente de Alan, más o menos de su misma edad y constitución, le sonrió. Alan le tendió la mano.

—Alan —se presentó.

El hombre le estrechó la mano.

—Atif.

Un bache los mandó a todos por los aires. Cuando aterrizaron, se rieron. Alan confiaba en que Atif no estuviera al tanto de su posible pertenencia a la CIA. Quería la simplicidad de ser quien era: nadie.

Atif alzó el mentón en dirección a Alan.

—¿Ha cazado alguna vez lobo, señor Alan?

Alan negó con la cabeza.

—Pero ha...

El hombre no encontraba la palabra para decir disparar y la sustituyó por el gesto.

—¿Hace esto?

—Sí, muchas veces.

El hombre ladeó la cabeza, no terminaba de entenderlo.

—Pero ¿no mata animal?

—No.

El hombre sonrió. Le faltaban casi todos los dientes.

—¿Mata hombre?

Alan se rió.

—No.

—¿Come el animal?

—Sí.

El hombre se quedó momentáneamente satisfecho, luego una chispa de travesura le iluminó la mirada.

—¿Come el hombre?

Alan optó por reírse.

—No.

El hombre sonrió.

—¿Ni una vez come hombre?

Alan volvió a optar por reírse.

El hombre alargó la mano, cogió la de Alan y volvió a estrechársela.

—Bien.

Las carreteras eran desastrosas y empeoraban a medida que ascendían por las montañas. La camioneta relinchaba y gruñía y Alan se preguntó en voz alta si quedaría algún lobo en kilómetros alrededor de la estrepitosa caravana.

Por fin, en lo alto de la cordillera, se detuvieron, los primos se apearon y ayudaron a bajar a Alan. Yusef se acercó desde la otra camioneta. Estaba cargando el rifle.

—La granja de abajo es el último lugar donde han atacado a las ovejas.

Alan divisó el redil y calculó que estaba a unos setenta metros.

—¿Cuál es el plan?

—Esperar aquí, supongo.

—Pero ¿no nos olerán? —preguntó Alan.

Nadie respondió, y dedujo que la pregunta era irrelevante.

—Tú y yo nos acercaremos hasta allí —dijo Yusef.

Caminaron unos cien metros hasta un grupo de rocas, bajas y suaves, y Yusef se tumbó boca abajo encima de una. Alan le imitó y los dos apuntaron los rifles al redil

de abajo. Era un tiro fácil. El propietario había dejado el reflector encendido —que, según los hombres, no disuadía a los lobos— y soplaban poco viento, de modo que podían acertar si el lobo se movía despacio y según lo previsto. Alan no tenía demasiada experiencia cazando, pero sin obstáculos, en un redil abierto e iluminado, pensó que como mínimo acertaría al animal.

Observó cómo el resto de la partida de caza se repartía en torno al perímetro del redil. Contó nueve tiradores, incluyendo a los primos jóvenes. Si un lobo penetraba en el perímetro, habría muchas armas listas para abatirlo.

Alan no quería matar a ningún animal. No quería ni pensar en el momento en que el lobo, herido de bala, se sacudiera, se tambaleara e, inmovilizado, recibiera un montón de plomo. No quería pensar en escuchar su trabajosa respiración mientras esperaban, rodeándolo de pie, a que muriese. Pero no parecía probable que un animal, por estúpido que fuera o desesperado que estuviera, entrara en el redil en aquellas circunstancias, con tanta gente cerca y una luz tan brillante. Por otro lado, Alan no sabía nada de caza, de cazar lobos, de la caza del lobo en las montañas centrales de Arabia Saudí.

Su padre le había enseñado a disparar, o al menos se lo había llevado a cazar con él algunas veces. No le había enseñado gran cosa. Cuando Alan tenía diez años, le pasó un Winchester calibre 22 antiguo y le dijo: Haz lo mismo que yo. Ron utilizaba un 45 semiautomático, Alan le seguía. Cuando Ron levantaba el rifle, Alan también levantaba el suyo. Al final Ron le enseñó a respirar con el disparo, a pegarse cuanto pudiera el rifle al cuerpo, a la mejilla. Pero Alan no asimiló las enseñanzas tal como su padre esperaba y, tras algunas salidas, la caza se acabó.

Al otro lado del valle, se encendieron otras dos luces como un alba azul tras el perfil dentado de la cordillera. Alan miró a Yusef. Yusef se encogió de hombros.

—Es todo un acontecimiento. Todo el mundo quiere participar. Como en Navidad. —Yusef se lo pensó mejor—. Bueno, como en Navidad no.

Alan miró al redil y no vio nada. Las ovejas se cobijaban bajo una cubierta ondulada y el lobo todavía no se había atrevido a aparecer en escena. Yusef bajó el rifle y se frotó el hombro y la nuca.

Miró a Alan.

—Oye, ¿qué tal el cuello?

—Bien. Un poco dolorido.

Alan vio cómo Yusef, sonriendo, le contemplaba tumbado sobre la roca, en posición de disparar.

—¿Alguna vez has estado en el ejército?  
—No, ya te lo he dicho.  
—Has dicho que no eras de la CIA.  
—Tampoco del ejército. Mi padre sí.  
—¿Y luchó?  
—Sí. En la Segunda Guerra Mundial.  
Yusef lanzó una exclamación, admirado.  
—¿Dónde?

La mitología de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial dicta que no les gusta hablar de la guerra, pero Ron nunca se cortó. Cualquier cosa le servía de excusa. Un acento italiano en un programa de televisión le incitaba a hablar sobre los dos soldados de Mussolini —no les llamaba italianos porque decía que los italianos de verdad ni apoyaron a ese maníaco ni lucharon por él— que había matado o ayudado a matar. Al ver a una enfermera se arrancaba con historias sobre las enfermeras alemanas que había conocido, las británicas en el barco de regreso, la polaca a la que había tratado más íntimamente. Esa anécdota empezó a contarla al morir la madre de Alan. De viejo, Ron se había convertido en un peñazo, la verdad. Pero contaba aquellas anécdotas, mucho mejores que las que Alan contaría jamás, historias que comenzaban con una herida, historias que rememoraba al escuchar a Schubert o Wagner o ver un documental en el canal de historia.

Alan le contó a Yusef la mejor parte, que los nazis habían capturado a su padre, lo habían encarcelado en Muhlberg y, cuando los soviéticos conquistaron la región, los prisioneros confiaban en ser liberados, pero no fue así. Les dio la impresión de que Stalin estaba negociando sobre el futuro de los prisioneros, que los retenía mientras sopesaba sus opciones. Ron y su compañero de litera sabían que había algún problema y, aunque tenían órdenes de quedarse donde estaban, de tener paciencia y respetar el proceso, querían salir de allí. Así que una noche robaron un par de bicicletas soviéticas, corrieron hacia la alambrada, encontraron un agujero, se colaron por él y echaron a correr campo a través.

Yusef estaba disfrutando.

—Ah, por eso te dedicaste a las bicis.

—¿Cómo?

—Porque tu padre escapó en una bici.

Alan meditó un momento esa idea.

—Bueno —dijo por fin—, nunca se me había ocurrido.

Yusef no le creyó. ¿Que jamás lo hubiese relacionado con la huida de su padre en bicicleta, el único vehículo que le habría sacado de allí de forma tan rápida y silenciosa? ¿Acaso existía tal conexión? Alan no intentó analizarlo.

—Pero ¿nunca has querido alistarte?

—No.

—¿Por qué? ¿Ya no hay buenas guerras?

—Exacto.

—Pero ¿habrías luchado en la Segunda Guerra Mundial?

—No habría tenido elección.

—¿Y si la hubieses tenido?

—¿Elección?

—Sí.

—Habría ido. Habría intentado evitar el Pacífico.

—¿Y si ahora fueras joven?

—¿Si me alistaría? No.

—¿Por qué? ¿No hay buenas guerras?

—¿A qué vienen tantas preguntas, Yusef? ¿Estás pensando en alistarte?

—Puede. Me gustaría ser piloto.

—Bueno, pues no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Porque deberías volver a la universidad y acabar tus estudios. Tienes cabeza.

Mantente a salvo, ve a la universidad, no te cierres puertas.

—Pero aquí no hay ninguna oportunidad. Ya te lo he dicho.

—Pues vete.

—Podría irme.

—Pues vete.

—Pero sería mejor quedarse y ayudar a cambiar las cosas.

Permanecieron un rato en silencio. Yusef se volvió hacia Alan.

—Alan, ¿lucharías por nosotros?

—¿Por quiénes?

—Por la gente como yo, en Arabia Saudí.

—Luchar por vosotros ¿cómo?

—Como luchasteis por los iraquíes. O por lo que dijisteis que luchabais. Para darles oportunidades.

—¿Te refieres a si participaría personalmente en la guerra?

—Sí.

—Quizá. Si fuera joven, lo habría hecho.

—¿Lo haría alguien más?

—Esto es una tontería, Yusef. Nadie piensa invadir Arabia Saudí.

—Lo sé. Es solo curiosidad. Por la gente.

—¿Quieres saber si personas estadounidenses vendrían aquí a luchar a tu lado?

—Exacto.

—No lo sé. Probablemente. Creo que tenemos mucha gente dispuesta a luchar para ayudar a las personas que intentan liberarse. A los americanos les gusta tener una causa. Y no la meditan demasiado.

Alan se rió de su broma. Yusef no.

—De modo que si empiezo una revolución democrática, ¿me apoyarías?

—¿Piensas hacerlo?

—No. Solo pregunto. ¿Me ayudarías?

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿Me mandarías tropas?

—¿Yo?

—Ya me entiendes. Estados Unidos.

—¿Mandar tropas? Imposible.

—¿Apoyo aéreo?

—No, no.

—¿Una operación de dominio rápido?

—¿Aquí? De ninguna manera.

—Asesores, quizá. ¿Espías?

—¿En Arabia Saudí? Ya hay muchos.

—¿Y a nivel personal? ¿Vendrías a apoyarme?

—Sí.

—Qué rápido.

—Bueno, lo tengo claro.

—Con tu rifle del calibre veintidós.

—Exacto.

Yusef sonrió.

—Bien, bien. Cuando empiece la revolución, al menos te tendré a ti de mi parte.

—Pues sí.

—Estás loco.

Yusef sacudió la cabeza sonriendo y volvió a concentrarse en el rifle, se colocó otra vez. Luego se giró de nuevo hacia Alan.

—Sabes que bromeaba, ¿no?

—¿Sobre qué?

—Que quiero que Estados Unidos invada mi país.

Alan no supo qué decir. Yusef seguía sonriendo.

—¡Te lo has creído a la primera! Qué gracia, ¿no?

—No estoy seguro de que tenga gracia —dijo Alan—. Lo siento. No sabía que era broma.

—No pasa nada. Me sigue alegrando que estés dispuesto a traerte el veintidós para luchar conmigo. Aunque no piense empezar una revolución.

Volvieron a mirar al valle, pero Alan estaba alterado. Yusef había preguntado en tono desenfadado, pero tras su sonrisa se escondía algo muy serio y muy triste y Alan sabía el qué. Era la conciencia de que no estallarían ningún conflicto y no habría lucha alguna, no se adoptarían posturas, y de que probablemente, como no pasaban penurias materiales porque, pese a las injusticias en sus respectivos países, eran los destinatarios de una prodigalidad próspera, ninguno de los dos haría nada. Estaban satisfechos, habían ganado. La lucha la emprenderían otros, en otra parte.

Abajo algo se movió. Alan levantó el rifle y apretó la mejilla contra la tersa madera. Pero era una de las ovejas. Se había perdido y quería reunirse con los suyos en el cobertizo. Alan la tenía en el punto de mira y una parte considerable de él quería disparar. No le quería ningún mal al animal y se buscaría problemas si disparaba, pero tenía un arma y llevaba cuarenta minutos esperando. Esperando, vigilando. Si disparaba, habría ocurrido algo. Un arma pide ser disparada. La espera debe acabar.

Un viento barrió el valle y remontó hacia la cadena donde estaban reunidos. Un polvo fino se arremolinó alrededor dificultando la visión y Alan tuvo la impresión de que con el viento le llegó también la extraña pero absoluta certeza de que él mataría al lobo.

No era dado a premoniciones y nunca se había sentido predestinado a nada, pero en ese momento, con la mejilla pegada a la fría madera del rifle, estaba seguro de que apretaría el gatillo que dispararía la bala al corazón del lobo. Estaba tan convencido que notó una calma maravillosa, una calma que permitió que una sonrisa se adueñara de su cara.

Será bueno, pensó. Será bueno ser quien vea al lobo y le dispare. Matar a un lobo en las montañas de Arabia Saudí será importante. El hombre que apriete el gatillo habrá hecho algo.

Esperó de esta guisa, contento y confiado, durante un rato, incluso mientras se aproximaban voces a sus espaldas. No se giró, pero por lo visto algunos cazadores habían abandonado sus puestos y, o bien estaban instalándose con ellos a esperar al animal, o bien habían pasado a recogerlos. Pero como si intuyeran que Alan estaba atrapado, que sabía algo que ellos ignoraban, se mantuvieron a distancia. En el viento incesante sus voces le sonaban lejanas, irrelevantes.

¿Qué harían los cazadores cuando Alan matara al animal? Le estrecharían la mano, le palmearían el pecho. Todos dirían que ya sabían que iba a matarlo él. Nada más verle, habían sabido que iba a ser él.

De pronto, hubo un movimiento abajo. Una figura se coló en la mira. Era grande, oscura, rápida. El dedo de Alan rozó el gatillo. El cañón se mantuvo firme. La figura emergió y Alan vio la cabeza de un lobo.

Por fin.

Exhaló y apretó el gatillo. El rifle expulsó la bala a la noche con un ruidito seco y Alan supo que iba a ser el cazador. Sería el asesino.

Entonces vio una cabeza. Una mata de pelo negro. No era el lobo. Era un chaval. El pastor. Había salido del cobertizo para meter a la oveja. Durante una fracción de segundo Alan supo que la bala podía alcanzar al chaval, podía matarlo.

Esperó. El chaval les miraba, siguiendo el sonido de la bala, y Alan esperó a verlo retroceder por el impacto y caer.

Pero el chaval no cayó. La bala no le alcanzó. Saludó.

Con el corazón martilleando, Alan se apartó el rifle de la mejilla y lo dejó en la roca, a su lado. No quería ver más al chaval y no quería que el chaval lo viese, de modo que se giró, de espaldas al valle. Y entonces vio a los hombres.

Estaban Yusef y los primos jóvenes y el hombre que le había preguntado si comía animal o comía hombre y el hombre al que le había dicho que era de la CIA. Todos de pie, con las armas a un costado. Todos le habían visto disparar el rifle contra el pastor y ninguno parecía sorprendido.

De regreso, Yusef se sentó con Alan en la cabina de la camioneta. No dijeron nada hasta que llegaron a la fortaleza y entraron.

—Deberías dormir un poco —dijo Yusef.

—Lo siento.

—Pediré un coche para que te lleve de vuelta por la mañana.

—Bien.

—Buenas noches —dijo Yusef, y cerró la puerta.

Alan no durmió. Intentó serenarse, pero todo le devolvía a lo que había estado a punto de hacer. Como no había hecho nada durante años, en la vida, había estado a punto de hacer aquello. Como no tenía anécdotas de hazañas valerosas, había estado a punto de hacer aquello. Como sus esfuerzos encaminados a dejar algún legado habían fracasado, había estado a punto de hacer aquello.

Hacia el amanecer llegó un coche.

Alan salió al camino, donde le esperaba Yusef.

—Te presento a Adnan. Te llevará a Yida.

Adnan se quedó en el coche, con expresión cansada e infeliz. Yusef abrió la portezuela trasera y Alan se subió.

—Lo siento.

—Lo sé —dijo Yusef.

—Para mí es importante tu amistad.

—Dame un tiempo. Tengo que recordar lo que me gusta de ti.

Alan intentó dormir durante el camino, pero no pudo. Cerró los ojos bajo el blanco sol y solo vio la cara del chaval, la cara de los hombres, la expresión plácida de Yusef cuando Alan le dio la espalda al valle y los vio a todos. Una expresión que revelaba una sospecha confirmada.

Sin embargo, cuando llegara a Yida vería a la doctora Hakem y ella le abriría. Entonces sabría qué había de malo en él y la doctora podría extirpárselo.

Alan estaba desnudo debajo de una bata azul claro, en una sala de espera de un hospital saudí del que no sabía nada. Estaba a punto de que le extirparan una protuberancia del cuello, de la que seguía sospechando que estaba unida a la espina dorsal y le chupaba una parte importante de su espíritu, su voluntad y su juicio.

Tumbado en una cama ajustable en una sala blanca, Alan se alegró de estar lejos de la fortaleza de las montañas. Desde que se había marchado de allí, se pasaba noche y día preguntándose: ¿Qué he hecho?

La respuesta era: Nada. No había hecho nada. Pero eso no le consolaba. El consuelo sería cosa de la doctora Hakem.

Se encontraba en el Hospital Especializado y Centro de Investigaciones Rey Faisal, donde lo habían ingresado y le habían pedido que se desnudara y guardara sus pertenencias en una bolsa de plástico. Ahora estaba sentado en la cama, pasando frío con la bata como de papel, contemplando sus cosas, leyendo la pulsera de plástico que le habían dado, mirando por la ventana, preguntándose si se trataba de un momento crucial a partir del cual sería un enfermo, un moribundo.

Esperó veinte minutos en la sala vacía. Luego cuarenta.

—¡Hola!

Alan levantó la vista. Había entrado un hombre empujando una camilla. La dejó junto a la cama de Alan.

—Ahora... —dijo el hombre indicándole a Alan que se subiera a la camilla.

Alan se subió, y el camillero, tal vez filipino, lo tapó cuidadosamente con una manta.

—Ya estamos —dijo, y salieron de la habitación.

Recorrieron una docena de pasillos grises antes de llegar por fin a una humilde habitación con luz cenital y bloques de hormigón pintados de azul pastel. Alan no

esperaba una mesa de operaciones, pero allí estaba, y le pidieron que pasara de la camilla a la mesa. Se había imaginado algo parecido a la consulta de un dentista: pequeño, privado, a un paso de la consulta donde le había visitado la doctora Hakem. Entonces le preocupó que la situación se hubiera agravado. Una vez más tuvo la impresión de que sus inquietudes estaban del todo justificadas: aquello demostraba que el bulto que tenía en la espalda era gravísimo y los resultados de la operación, capitales.

Pero ¿y la doctora? Solo había una persona en la sala: un hombre con bata, quizá saudí, de pie en un rincón. Había mirado a Alan aparentemente con esperanza, como si creyera que el individuo al que entraban en camilla fuera un amigo personal. Al ver que solo era Alan, su expresión cambió y adoptó un aire despectivo. Se quitó los guantes, los tiró a la papelera y se marchó. Alan se quedó solo.

Al poco rato se abrió la puerta y entró un joven asiático empujando un aparato sobre ruedas. Saludó con la cabeza y sonrió a Alan.

—Hola, señor.

Alan sonrió y el hombre inició el elaborado proceso de preparar el aparato.

—¿Es anestesista? —preguntó Alan.

El hombre sonrió, tenía la mirada luminosa y alegre. Pero en lugar de contestar, se puso a tararear, fuerte, casi como un loco.

Alan se recostó y miró al techo, que no le dijo nada. Cerró los ojos y, a los pocos segundos, casi se duerme. De no haber sido por los tarareos delirantes del técnico asiático se habría dormido de inmediato. La gente muere en las operaciones, pensó. Él tenía cincuenta y cuatro años, era lo bastante mayor para morir sin despertar excesiva consternación. Su madre había muerto de un derrame cerebral a los sesenta años. Iba en el coche por Acton, de camino a visitar a un primo. Se salió de la carretera y chocó con un poste telefónico, que no causó ningún desperfecto grave al coche (estuvo a punto de esquivarlo). Pero no la encontraron hasta la mañana siguiente y para entonces ya había muerto. Morir sola, en plena noche, al borde de la carretera. Alan lo consideraba un mensaje: con la muerte, puedes desear que sea digna, pero deberías contar con que será un asco.

—Hola, Alan. ¿Cómo te encuentras hoy?

Reconoció la voz. Abrió los ojos. La cabeza de la doctora Hakem tapaba la luz. Solo vio un borrón por cara.

—Bien —dijo Alan, mirando alrededor.

De pronto la habitación estaba llena de gente. Contó seis o siete personas, todas con mascarilla.

—Me alegro de verte —respondió ella, con la voz como el agua fría—. Hemos reunido un grupo internacional para colaborar en la operación. Te presento al doctor Wei, de China —dijo, señalando al técnico—. Será nuestro anestesista. El doctor Fenton, de Inglaterra. Ha venido a observar el procedimiento.

Presentó al resto del equipo, de Alemania, Italia, Rusia. Asintieron, solo se les veían los ojos y todo ocurrió demasiado rápido para que Alan entendiera quién era quién. Tumbado boca arriba, desnudo salvo por una capa azul del revés, Alan se esforzó en sonreír y asentir.

—Cuando estés listo, ponte bocabajo —le indicó la doctora Hakem.

Alan se giró, hundió la cara en la almohada almidonada, que olía a lejía. Sabía que estaba desnudo, pero una enfermera le cubrió rápidamente las piernas y la parte baja de la espalda con una sábana y una manta.

—¿Está bien así? —preguntó la doctora Hakem.

—Sí. Gracias.

—De acuerdo. ¿Estarías cómodo si giras la cabeza?

Alan giró la cabeza a la izquierda y estiró los brazos sobre la mesa de operaciones.

—Voy a preparar la zona de alrededor del bulto.

Alan notó que le desataba la bata. Después, algo húmedo en la piel. Una esponja, toquitos. Un riachuelo de agua le bajó por la clavícula.

—De acuerdo. Ahora el doctor Wei te inyectará un anestésico local. Notarás unos pinchazos.

Alan notó cómo entraba la aguja justo debajo del quiste. Luego notó otra entrada a la izquierda. Y después otras dos. La doctora Hakem le había prometido solo unas pocas, pero el doctor Wei le había clavado la aguja cuatro, cinco, seis veces. Si fuera mal pensado, diría que el hombre estaba disfrutando.

—¿Notas algo? —preguntó la doctora—. Estoy presionando el quiste.

Alan notó algo, pero dijo que no. No quería que lo sedaran de más. Quería notar una versión amortiguada del dolor.

—Bien. ¿Listo?

Alan dijo que sí.

—Pues empecemos.

Alan creó imágenes mentales correspondientes a las presiones que notaba, a los ruidos y las sombras que captaba por encima de él. Aparentemente realizaron varios cortes pequeños. Lo dedujo del movimiento del brazo de la doctora Hakem. Tras cada corte, la doctora secaba la zona con la otra mano, con una especie de esponja. Notaba la presión. Cortar, secar, cortar, secar. De fondo, el tarareo del técnico y, arriba, la música de lo que parecía ser Edith Piaf.

—De acuerdo, he realizado las incisiones —dijo la doctora Hakem—. Ahora puede que notes un tirón cuando extraiga el quiste. A veces están muy adheridos.

Y así, con el instrumento que tuviera en la mano agarró algo dentro de Alan y tiró. Alan tensó el pecho. La presión era extrema. Se imaginó un gancho entrándole por la espalda, agarrando un caramelo masticable, intentando arrancarlo y rompiéndolo. Cayó en la cuenta de que nunca le habían extirpado nada. Era algo nuevo y no era natural. Dios mío, pensó. Alan estaba hueco, su cuerpo era una cavidad llena de cosas mojadas, un desorden de bolsas y tubos, todo sanguinolento. Dios mío. Dios mío. Continuaron rascando. Continuaron tirando. Una tela iba secando los chorretones que le bajaban por el cuello en dirección a la camilla.

Si salía de esta vivo e ileso, prometía ser mejor. Tendría que ser más fuerte. Su madre había intentado fortalecerlo, inspirarle. Solía leerle pasajes del diario de una pariente lejana, una mujer que vivía en los bosques de lo que ahora era el oeste de Massachusetts. Había visto morir a su marido y a dos de sus hijos a manos de los indios y ella misma había sido secuestrada. Vivió con sus captores casi un año hasta que la devolvieron con los suyos. Volvió con su hija, la única superviviente del ataque, y construyeron una granja floreciente que ocupaba más de doscientas cuarenta hectáreas en Vermont. Sobrevivió a un crudo invierno en que la nieve hundió el tejado y le cayó una viga en una pierna, que le amputaron inmediatamente. Sobrevivió a una plaga de viruela que se llevó a su hija, recién prometida. El prometido se mudó a la granja y la dirigió cuando ella falleció, con noventa y un años. «¿Preferirías estar aquí —le gustaba decir a la madre de Alan— o secuestrado y viviendo en el bosque con una sola pierna?» No toleraba los lloriqueos, ninguna clase de malestar en la abundancia de su aburguesada vida. «En la Segunda Guerra Mundial murieron cuarenta millones de personas —decía—. Quince en la guerra anterior. ¿De qué te quejas?»

Alan oía conversaciones en varios idiomas. Un poco de italiano murmurado a su derecha. Charla en árabe a sus pies. Y todavía el alegre tarareo del anestesista chino. Resultaba curioso que todos lo aguantaran, que soportaran aquella tonada frenética, demente, sin que nadie le dijera ni una palabra. El anestesista parecía absorto en su propio mundo, contento e involucrado solo muy de refilón en la cirugía en curso.

—Ahora voy a profundizar, Alan —dijo la doctora Hakem.

En ese momento los movimientos recordaban a los de un vendedor de helados escarbando, girando, sacando. Luego toquitos y limpiar. Alan se imaginó la sangre por fin libre que brotaba y se extendía por la espalda.

Oía la respiración de la doctora Hakem, farragosa cuando tiraba y secaba. Siguió una serie de sonidos secos, como si la sustancia gomosa de su interior se resistiera a salir sin esfuerzo. Alan consideró la posibilidad de que el silencio de la doctora demostrara que había encontrado algo. Debajo de la masa benigna del lipoma, había encontrado algo. Algo negro que cambiaría su destino.

Alan intentó pensar en otra cosa. Pensó en el mar, la tienda, en lo que estarían haciendo los jóvenes. Imaginó que les comunicaban su muerte, allí, en aquella mesa de aquella sala azul de bloques de hormigón. ¿Qué dirían? Dirían que le gustaba dar largos paseos por la playa. Que le gustaba dormir hasta tarde.

Pensó en Kit. Kit sola, sin él. Sería más problemático. Ruby necesitaba un contrapeso. Alan se había llevado a Kit de viaje hacía un año, cuando se había peleado con su madre. La sacó de clase y se fueron a Cabo Cañaveral a ver el transbordador. Le quedaban pocos vuelos.

Visitaron las instalaciones el día antes del lanzamiento. El ánimo de los trabajadores de la NASA lo impregnaba todo: sombrío, amargo, relajado, a la defensiva. Un vídeo promocional insistía en que la NASA «no se limitaba a gastar miles de millones de dólares en cohetes y mandarlos al espacio».

El guía principal era un hombre, que acababa de cumplir ochenta años, llamado Norm. Llevaba en la NASA desde 1956. Se subió al autobús bastón en mano y se sentó delante, cogió el micro y, con un marcado acento texano, dijo con voz entrecortada:

—Esta será mi última visita guiada. Me alegro de acompañarles.

Kit habló todo el rato, como hacía cuando estaban juntos. Pasaron horas en autobuses, de ida y vuelta al centro espacial, de ida y vuelta al observatorio de lanzamientos, quizá pasaron unas diez horas juntos en autobús y tocaron todos los temas. Kit habló de la loca de su compañera de cuarto, del campus, precioso pero

aburrido, y de que necesitaba hacer amigos pronto porque se sentía desarraigada y aislada. Alan intentó tranquilizarla como hacía siempre.

—Yo te vigilo desde el cielo —dijo—. Veo dónde empezaste y adónde vas, y desde arriba parece perfecto. —Usaba esa metáfora desde el principio de secundaria—. Ya casi estás. Casi has llegado.

Norm los llevó al edificio donde los mecánicos reparaban y preparaban los transbordadores antes y después del vuelo. Allí se hallaba el *Atlantis*, que estaban poniendo a punto para su último lanzamiento, el último de todos. Por todas partes se cruzaban concurridas visitas guiadas, pero Norm estaba triste.

—No podré seguir mucho más con estas visitas. No quiero ser el tipo que dice: «Antes hacíamos esto y hacíamos lo otro».

La mayoría de los trabajadores de la NASA que conocieron ese fin de semana se quedaría pronto sin empleo. No eran los tecnócratas estirados que Alan había imaginado. No, eran campechanos, prestos a la reflexión, a irse por las ramas cuando hablaban de cierto vuelo, el tiempo que hacía un día concreto cuando el transbordador atravesó un agujero en las nubes.

Algo le perforó el pecho. Notó como una traviesa del ferrocarril, gruesa y tosca. Tensó el cuerpo.

—Perdona, Alan —se disculpó la doctora Hakem.

El dolor amainó. Los movimientos recuperaron cierto ritmo, un orden confiable. Excavar, rascar, estirar, luego un breve alivio mientras Alan suponía que se había extirpado algo. Después los toquitos de la esponja, una pausa y nuevas excavaciones.

Resultaba interesante ser aquello, un cadáver, un experimento. ¿Quién dijo que el hombre es materia? Alan se sentía incluso menos que materia.

Por la noche, en el hotel Orlando, Kit y él comieron lo que vendían en las máquinas expendedoras y vieron películas, e intentaron no hablar de Ruby ni del futuro con Ruby, el pasado con Ruby, las heridas de Ruby.

Por la mañana cogieron un autobús a Banana Beach, el punto más cercano para observar el lanzamiento. Habían desmontado todo, todo lo que tuviera algo que ver con la NASA. Las vallas estaban oxidadas. El suelo agrietado. Pero, en la orilla opuesta, una nave espacial abandonaría la Tierra con un trueno fabricado por el hombre.

Mientras esperaban el lanzamiento conocieron a un astronauta de verdad, Mike Massimino, que estaba con su hija. Era divertido, natural, modesto. Había participado en dos vuelos, entre ellos el primero después de que el *Columbia* se desintegrara en el reingreso. Tenía aspecto de astronauta, pelo plateado, y con el mono azul celeste se le

veía algo achaparrado, aunque era más alto que la media, probablemente llegaría al metro ochenta y cinco, tenía nariz romana y un marcado acento de Long Island. Charló sobre los paseos espaciales para reparar el telescopio *Hubble*, de los dieciocho ocasos y amaneceres que allí arriba se sucedían en un período de veinticuatro horas, cómo se complicaban las cosas para ciertas religiones (rezos matinales, por la tarde, al anochecer). Pero para un católico estaba bien, dijo. Solo fichas una vez a la semana más o menos.

Kit se rió. El hombre dijo que las estrellas, vistas desde el espacio, no titilan, que sin atmósfera simplemente son puntos de luz perfectos. Añadió que la tripulación, durante una de las escasas horas de inactividad, había apagado todas las luces del transbordador para verlas mejor. La NASA estaba plagada de románticos.

La doctora Hakem estaba profundizando. Alan se estremeció, su cuerpo dio una sacudida.

—¿Alan? —La voz de la doctora sonó preocupada, sorprendida.

—Estoy bien —respondió Alan.

—Voy a pedirle al doctor Poritzkova que te sujete.

Alan aceptó con un gruñido y enseguida notó lo que parecía todo el antebrazo de un hombre encima de la cabeza. Pesaba mucho, demasiado para lo que tenía que hacer. Alan intentó moverse debajo, aliviar cierta presión, en vano.

La doctora Hakem continuó rascando y tirando y el dolor aumentó. ¿Qué clase de idiota pide menos anestesia? Era demasiado tarde para remediarlo. Aguantaría. Tenía que aguantar el tirón. Su padre se reiría del mal trago y querría mostrarle la metralla que, sesenta años después de la guerra, todavía tenía en la parte baja de la espalda. Alan jamás se libraría de la diferencia entre lo que había visto o soportado o lo que podría ver o soportar y la experiencia de su padre. Jamás lo emularía.

—¿Alan? ¿Te encuentras bien?

Gruñó que estaba bien.

Y entonces vio un cielo nocturno. Quizá estuviera muriéndose. Se moría al son del loco tarareo de un asiático. ¿Qué era esa melodía?

La presión de la cabeza pareció incrementarse. Por lo visto, el ruso quería dejar las cosas claras. Que apretara. Alan podía soportarlo. Se obligó a disociar, a abandonar el

cuerpo asediado.

Nunca le habían apuñalado ni disparado ni pinchado ni roto. ¿Las cicatrices eran la mejor prueba de que se había vivido? Si no hemos sobrevivido a nada y por tanto no tenemos la certeza de haber vivido, podemos hacernos cicatrices a nosotros mismos, ¿no? ¿Era esa la respuesta para Ruby?

—¿Sigues con nosotros, Alan?

—Sí —le dijo al suelo.

La presión del antebrazo creció. Era excesiva.

—¿Podrías decirle al hombre que me sujeta que afloje un poco?

Y la presión aflojó, el hombre dejó escapar un ruido de sorpresa. Como si no hubiera sabido lo que estaba haciendo.

Fue un gran alivio.

Los lanzamientos anteriores se habían retrasado. La gente llegaba desde todas partes del mundo y el lanzamiento se retrasaba durante días, semanas. Pero aquella vez, Alan y Kit estaban en los peldaños de aluminio con otras mil personas, viendo la cuenta atrás y esperando a que se detuviera. Esperando a que se pospusiera. Hemos cometido muchos errores, parecía decir la cuenta atrás, no podemos permitirnos otro. Pero continuó. Alan cogió a Kit de la mano. Si pasa, pensó, soy un buen padre. Si le enseño esto, ya he hecho algo.

La cuenta atrás prosiguió. Cuando bajó de diez, luego de nueve, Alan se convenció de que iba a pasar, pero no se lo creía. Luego uno, después cero. Luego el transbordador, a kilómetros de distancia al otro lado del agua, se elevó silenciosamente. Sin un solo ruido. Solo una luz amarilla que lo propulsaba hacia arriba y, hasta que no pareció encontrarse a mitad de camino de las nubes, el aire no se quebró estruendosamente.

—Papá.

—Ha roto la barrera del sonido.

Cuando el transbordador desapareció en la bóveda de nubes blancas, Alan lloró y Kit sonrió al verlo llorar y luego Alan buscó desesperadamente a Massimino para ofrecerse para cualquier cosa que pudiera necesitar. He vendido bicis, diría. He vendido el capitalismo a los comunistas. Déjame que venda el transbordador. Te ayudaré a llegar a Marte. Dame algo que hacer.

Pero no encontró a Massimino. El aparcamiento estaba abarrotado de gente contenta, orgullosa, demasiadas personas llorando y sabedoras de que se había acabado, y las carreteras estarían colapsadas y tardarían todo el día en volver al hotel.

—¿Alan?

Intentó decir sí, pero le salió un resuello.

—Vamos a coser. Todo ha salido bien. Lo hemos sacado todo.

Una hora después estaba en la misma sala donde se había desnudado, sacando la ropa de la bolsa de plástico donde la había guardado. Mientras se ataba los zapatos, entró la doctora Hakem.

—Bien, ha costado un poco más de lo que esperaba.

Se sentó en un taburete enfrente de Alan.

—Es duro. ¿Te encuentras mejor?

—¿A qué te refieres?

—Ahora que sabes que es un lipoma y no otra cosa.

—Supongo. ¿Seguro que no estaba enganchado a la médula espinal ni nada por el estilo?

—No. No ha afectado a ningún nervio.

Alan se sintió aliviado, pero todavía más confuso. Si no tenía un tumor adherido a la columna, arrastrándolo a las profundidades, entonces ¿qué explicación había?

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele?

Alan se sentía débil, mareado, desorientado. El dolor era agudo.

—Me encuentro bien. ¿Y tú?

Ella se rió.

—Estoy bien —dijo la doctora, y se levantó.

Pero Alan no quería que se fuera. Le parecía importante tenerla cerca unos minutos más.

—Los otros médicos parecen tenerte un gran respeto.

—Bueno, contamos con un buen equipo. Al menos, la mayoría son buenos.

—¿Tienes más operaciones?

—¿Perdón?

—Hoy. ¿Tienes más de esto o...?

—Cuántas preguntas, Alan.

Le gustaba oír la pronunciar su nombre.

—Solo algunas visitas —respondió la doctora—. Ninguna operación más.

Alan le miró las uñas, cortas y desiguales.

—¿Es un trabajo estresante? —preguntó sin convicción.

Pensaba que ella se iría, terminaría con aquella cháchara tonta, pero la doctora se relajó y volvió a sentarse en el taburete. Quizá formara parte de la relación entre el médico y el paciente, quizá se sintiera obligada a hacerlo.

—Bueno, antes sí. Cuando trabajaba en urgencias. Ahora, solo a veces.

—¿Cuándo?

Una vez más su cara pareció decir fugazmente: ¿En serio seguimos hablando?

—¿Cuándo? Supongo que cuando me veo al límite de mis capacidades.

—No con el lipoma.

Ella sonrió.

—No, no. Más bien con una traqueotomía. No haría una traqueotomía. Cometí algunos errores con una cuando era residente. Y en general me pongo nerviosa. Si la cosa se pone mal, me disparo.

—Te disparas.

—Son solo momentos de falta de confianza. ¿A ti no te pasa?

¿Cuánto iba a contarle? Podía estar días hablando.

—Sí —respondió Alan, satisfecho de haberse contenido.

—Por cierto, ¿necesitas algo? ¿Para el dolor?

—No, estoy bien.

—¿Tienes aspirinas? ¿Paracetamol?

—Sí.

—Tómalo, al menos para bajar la inflamación.

Se levantó para irse. Alan saltó de la cama.

—Te estoy muy agradecido —le dijo, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó.

—Bueno, no hay de qué.

La miró a los ojos, concediéndose un momento más. Había algo tierno alrededor de sus ojos, una línea descendente que revelaba que había visto cosas terribles y estaba preparada para ver más.

—Quería decirte que me pareces muy fuerte —dijo Alan—. Sé que no puede ser fácil hacer lo que haces, aquí, en el Reino.

La doctora relajó la pose.

—Gracias, Alan. Eso significa mucho para mí.

—¿Volveré a verte?

—¿Perdón?

—Para el seguimiento.

—Ah. Claro. —Pareció que se recuperaba de otra línea de pensamiento muy distinta—. Dentro de unos diez días le echaremos un vistazo. Para ver si los puntos se han caído y eso. Si mientras tanto surge algo, llámame.

Le entregó una tarjeta. Había escrito en ella su número de teléfono. Luego salió de la habitación de puntillas, como si Alan durmiera y no quisiera despertarlo.



Los tres días posteriores a la operación, Alan se despertó a la hora correcta, a tiempo para comer y vestirse y no perder el transporte, que cogió con Brad, Cayley y Rachel. Esperaron todos los días, con la presentación preparada, y los jóvenes mataron el tiempo en el portátil, jugando a las cartas o durmiendo. Yusef telefoneó desde las montañas, donde seguía, convencido de que su ausencia de Yida era beneficiosa. Las amenazas estaban espaciándose. Alan le aconsejó quedarse hasta que los secuaces le dieran por muerto o pensaran que había salido del país. Y todos los días a las cinco, Alan y los jóvenes cogieron el transporte de regreso al hotel, donde Alan comió y durmió sin problemas. En esos días, no obstante, se produjeron novedades.

Un día, después de pasar la tarde en la playa, Alan regresó a la tienda y se encontró a los tres jóvenes dormidos, todos en el largo sofá blanco, esta vez repartidos de forma diferente. Brad y Rachel estaban en un extremo, ella lo envolvía como un abrigo. Cayley reposaba la cabeza en el otro extremo, con las manos juntas bajo la mejilla, como una niña, y las piernas entrelazadas a las de Brad. Alan prefirió no imaginar lo que había ocurrido o podría pasar y decidió no despertarlos.

Una noche en el hotel, consciente de que era una pésima idea pero que no tenía nada que perder, mandó un mail de agradecimiento a la doctora Hakem. En un giro de los acontecimientos que se le antojaba imposible, ella contestó.

«Querido Alan: Me he alegrado igual que tú de que el lipoma fuera solo eso, un lipoma. Estaba segura, pero me quedaban un par de preguntas. Ahora que estás sano y no te enfrentas a una muerte inminente, espero verte por Yida uno de estos días. ¡Confío en que saber que no estás muriéndote de un tumor maligno te haya animado! Ja, ja. Dra. Zahra Hakem.»

Alan pasó la mayor parte del día siguiente junto al mar pensando una respuesta, algo inteligente e ingenioso y que diera un empujoncito a la situación. Cosa que también se le antojaba imposible.

«Querida doctora Hakem: La verdad es que estoy muy animado... ¿quizá demasiado? Siento un poco de vértigo. La causa se me escapa, pero me he encontrado un bulto raro, nuevo, en la espalda. No soy médico, pero diría que es un guante de goma. ¿Podría ser que te hubieras dejado uno dentro? A veces la gente olvida cosas como los guantes de gente que le gusta con la esperanza de que devolverlas les sirva de excusa para volver a verse. Atentamente, Alan.»

Sabía que era atrevido, pero mientras escribía fue convenciéndose de que ella quería volver a verlo, de que estaba en lo cierto.

«Querido Alan: Es posible que haya olvidado algo. ¿Una esponja? ¿Parte del tentempié que comí durante la operación? Todos estábamos comiendo, así que no tengo modo de saberlo. Creo que necesito volver a verte. ¿Quizá fuera del hospital? No vayamos a inquietar a tu aseguradora. Dra. Zahra.»

Este mail llegó de noche, demasiado tarde para tener una procedencia remotamente profesional y por tanto continuaron escribiéndose durante horas, hasta que urdieron un plan para verse en persona. Alan no tenía ni idea de cómo se hacía en el Reino de Arabia Saudí y lo dejó en manos de ella.

«Te recogeré el miércoles —escribió ella—. A mediodía. Busca un monovolumen. Escribiré tus iniciales en una tarjeta que pondré en el parabrisas.»

Al día siguiente Alan no podía parar quieto en la tienda, y pasear por la playa tampoco ayudaba. Así que se adentró en la cuadrícula de la ciudad, cruzándose con hombres con mono a los que saludaba como si fuera el capataz. Paseó durante horas por carreteras vacías, acumulando energía con cada kilómetro. Al final regresó y encontró el canal por donde había navegado. Caminó un rato por la orilla, asombrado por la claridad y el color. Entre el polvo y los edificios que quizá nunca llegaran a existir y la arena que no cejaba en su empeño de conquistarlo todo, existía aquel immaculado hilo turquesa, un color irracional, un color innecesario. La gente no había inventado el color, pero había ayudado a que estuviera allí. Habían construido algo y

el agua había fluido y por tanto habían traído una belleza apabullante a un lugar que no le era natural.

Alan pasó un buen rato junto al canal innecesariamente azul y, cuando volvió a la tienda, no le sorprendió demasiado encontrarse a Rachel sentada en el regazo de Brad, uno frente al otro, empapados en sudor, tratando de devorarse la boca mutuamente mientras Cayley trabajaba en el portátil, a escasos seis metros.

Cayley vio a Alan en el umbral y saludó. Pero Brad y Rachel no iban a parar. Le miraron como para saber si pensaba quedarse. A Alan no le interesaba lo que estuvieran haciendo y al día siguiente era fin de semana, Zahra lo llevaría a comer a la casa de su hermano en la playa, de modo que no vio ninguna razón para interrumpirlos. Salió de la tienda y siguió paseando hasta el final del día.

Un monovolumen enorme se plantó en la entrada del Hilton. Brillaba, todas las ventanas y luces del hotel se reflejaban en su exterior obsidiano. Alan vio sus iniciales, AC, cual anuncio del aire acondicionado del vehículo, debajo del parabrisas. Sonrió, y se abrió la portezuela trasera.

Primero vio sus piernas. Llevaba abaya, pero tenía ante él los tobillos y los pies, calzados con sandalias de tacón. Alzó la vista y la vio sonreírle con la alegría iluminándole la cara.

Alan subió al coche delante de una docena de botones y personal de servicio, para todos los que le miraban era un occidental invitado al coche de una saudí. ¿Cómo funcionaba el asunto?

Alan se sentó y cerró la portezuela, dentro estaba muy oscuro. Saludó al chófer con una sonrisa y un movimiento de barbilla y rodearon la rotonda del hotel, dejaron atrás el guardia del tanque y salieron a la carretera.

Zahra se cubría el cabello con un pañuelo holgado, pero llevaba la cara descubierta. Bajo las luces doradas sus ojos parecían más grandes y más marrones que en el hospital, y llevaba una cuidada raya de sombra azul. El cabello, con el que decía que tenía que pelear, era tan espeso que en lugar de cortado parecía esculpido. Aunque por delante tenía que ir separando esas cortinas de pelo. Volvió a hacerlo, con dos dedos, y mostró de nuevo el rostro.

Alan quería decir algo elocuente. Quería decir muchas cosas, pero todas ellas exigían un examen previo. ¿Qué podía decir delante del chófer?

—¿Qué tal la Ciudad Económica? —preguntó ella.

Como a Yusef, le parecía gracioso que Alan hubiera invertido tanto tiempo y tantas esperanzas en la futura ciudad. Se refería a la Ciudad Económica de un modo

que implicaba que le parecía una torpeza y una tontería, una forma de distraerse de cosas más importantes.

—Bien, supongo. Avanzando.

Le miró con escepticismo.

—De verdad —insistió Alan—. Lleva tiempo.

—Muchísimo tiempo.

Cruzaron la ciudad a toda velocidad, sus relucientes centros comerciales y sus complejos con altas tapias. El chófer señaló por la ventanilla y dijo unas palabras por encima del hombro.

—Dice que esa es la casa del Maradona saudí. Como si nos importara. ¿Te importa?

Alan no entendió a qué casa se refería el chófer, pero estaban en un tipo de barrio raro aunque habitual en Yida, donde a un lado de la calle se levantaban complejos con extravagantes muros, pintados en tonos pastel y que costaban millones, y al otro se extendía un vasto solar vacío donde cientos de camiones habían descargado el material de desecho de las obras. Había montones de escombros por todas partes. Alan pensó en preguntarle sobre ellos a Zahra, pero luego le pareció que se lo tomaría como un insulto. No sabía lo orgullosa o no que se sentía de su país, si es que ese era su país. Alan todavía no lo sabía.

—¿Quieres agua?

Había dos vasos de agua en los portavasos.

Alan bebió un sorbo.

—¿Está buena? —preguntó ella.

—Gracias.

Zahra se llevó el vaso a los labios y a Alan, al verla así, con los ojos cerrados, se le disparó la mente. Ella dejó el vaso y atrapó rápidamente una gota con la lengua.

—Tardaremos más de una hora. Y cuando llegemos, sabremos todo lo que necesitamos saber el uno del otro.

Y resultó más o menos verdad. Ella le contó que había estudiado la secundaria en Ginebra. Le habló de un ex novio que ahora intentaba derrocar el gobierno de Túnez. De cuando probó el LSD. Un período con Islamic Relief, trabajando en campos de refugiados del Kurdistán. Un año en un hospital de Kabul. Escuchándola, Alan se sintió de una especie menos necesaria.

—Así que conocerás al rey.

Alan confiaba en impresionarla.

—Es la idea, sí.

—¿Así que harás la presentación en persona ante Abdalá o...?

Alan deseó poder decir que sí. Pero tenía demasiada práctica boicoteándose, de modo que respondió:

—Formaré parte del equipo. La verdad es que no entiendo mucho de tecnología. Estoy aquí porque conozco a su sobrino; bueno, le conocí.

—¿Y la competencia?

—No sé. En la tienda solo estamos nosotros.

—¿La tienda?

—No preguntes.

—No lo haré.

Ella se volvió hacia la ventanilla, como si buscara inspiración.

—Será interesante ahora que los chinos compren más petróleo del rey.

Alan no lo sabía.

—Me pregunto —continuó ella— si todo arrancará. Me pregunto si Abdalá y toda la pandilla cambiarán de pronto sus filiaciones. Quizá ya no seas el favorito.

De repente Alan se vio transportado lejos del coche, de Zahra. Estaba en una sala en Boston, reunido con Eric Ingvall, que le preguntaba qué había salido mal, por qué no había anticipado esto, previsto lo otro. Y luego, Kit y la universidad. Y el dinero que debía a todos sus conocidos.

—Lo siento —se disculpó Zahra—. No te preocupes. Estoy segura de que no tienes motivos para preocuparte. Estoy segura de que todavía os quedan años de trato preferencial.

Sonreía con malicia, tamborileando con el índice en el borde del vaso. Pero ¿estaría en lo cierto? Nadie superaba a Reliant en precio ni en tecnología. ¿Quién más tenía un holograma? Alan no lo sabía, la verdad.

—Lo siento, Alan. Te he preocupado.

—No, no. Para nada.

—De pronto pareces distraído.

—No, no. Perdona.

—Tienes una baza con el sobrino. Seguro que es útil. Abdalá es muy leal, lo sé. Y cualquiera que haga negocios con el Reino es mejor que conozca a alguien de la realeza.

Hablaron de Abdalá. Zahra lo prefería a los monarcas que le habían precedido. Alan comentó algo acerca de que era bueno tener a un reformista en la posición de Abdalá y enseguida acabó comparando a Abdalá con Gorbachov y De Klerk. Cuando terminó, supo que se había excedido. Pero Zahra decidió pasar por alto las ideas equivocadas de Alan y cambiar de tema.

—Tengo hijos.

—Me lo imaginaba.

—¿Te lo imaginabas?

—Bueno, quizá no tanto. Me ha parecido una posibilidad.

—Creía que me lo habías notado en las caderas. Como la gente esa que lo adivina por los andares de una mujer.

—No soy tan listo.

—Bueno, pues son adolescentes. Viven conmigo.

—¿Cómo se llaman?

—Raina y Mustafá. Raina tiene dieciséis años, y Mustafá, catorce. Intento evitar que mi hijo se convierta en un capullo como su padre. ¿Algún consejo?

—¿Te cuenta sus cosas?

—¿Tú se las contabas a tu madre?

No. ¿Con quién hablaban los chavales? Los jóvenes no tienen con quien hablar, y aun cuando lo tienen, no saben qué decir ni cómo. Y por eso cometen la mayoría de los delitos del mundo.

—Id solos a alguna parte. De acampada o así.

Zahra soltó una risotada.

—No puedo irme de acampada con mi hijo, Alan. Aquí nadie va de acampada. No vivimos en Maine.

—¿No vais al desierto?

Zahra suspiró.

—Imagino que algunos sí. Los chicos, a las carreras de coches. Se estrellan y luego los traen a urgencias. Yo he salvado a dos. Pero normalmente se mueren.

Alan dijo que algo le habían contado.

—¿Tu guía?

—Yusef. Un gran chaval.

—Y aquí no tiene nada que hacer.

—Eso dice, sí.

Zahra abrió de repente las cortinas de su pelo y esta vez, porque estaban en su coche y viajaban por la costa y lucía el sol y se colaban algunos rayos dentro, Alan se quedó momentáneamente sin aliento.

—¿Qué? —preguntó Zahra.

Él sonrió para sí.

—Te ríes de lo que hago con el pelo. Mi marido siempre se burlaba de mí.  
—No, no. Me gusta.  
—Basta.  
—De verdad. No tengo palabras para expresar cuánto me gusta.  
Zahra frunció la cara en una mueca de desconfianza.

La carretera inhalaba y exhalaba, abrazando la costa. Alan tenía la impresión de que podía saborearse el sol, podía tocarse. Le gustaba todo, las manchas de tierra baldía con montones de basura. Le encantaba la facultad de medicina con una Escuela Femenina y una Escuela Masculina, cada una en un extremo del mismo edificio, que recordaba vagamente a Monticello.

—Es casi cómico, ¿verdad? —dijo Zahra.

—Bueno, deja claras las cosas.

Ella se rió, luego lo observó.

—No estés nervioso.

—¿Te parezco nervioso?

Solo estaba extasiado.

—No me miras.

—Disfruto del paisaje. Me recuerda a otras muchas costas. El adobe rosado al borde del agua. Los yates blancos.

Se recostó, contemplando pasar el mar, el collar de casas blanqueadas ensartadas a su lado.

—¿De dónde eres? —preguntó Alan.

—¿Te refieres a mis padres? ¿A sus padres?

Alan sabía que sería una mezcla de gente sin precedentes.

—Supongo. ¿Es una pregunta rara?

—No, no. Son de todas partes, en realidad. De aquí, del Líbano. Un poco de sangre árabe, pero mi abuela era suiza. Un tatarabuelo era griego. También tengo algo de holandesa y, por supuesto, montones de familiares en Reino Unido. Tengo de todo.

—Yo también quiero eso.

—Probablemente ya lo tengas.

—No lo sé.

—Bueno, podrías averiguarlo, Alan.

—Lo sé, lo sé. Quiero saber de dónde vienen todos. Cada rama de mi familia. Preguntaré.

Zahra sonrió.

—Ya va siendo hora. —Entonces, consciente de que podía haber sonado a reprimenda, añadió—: Es decir, aún te queda mucho tiempo.

Alan no se había ofendido en absoluto. Estaba completamente de acuerdo con ella.

—¿Qué crees que pensarán nuestros hijos de esto? —preguntó Alan.

—¿Qué quieres decir? ¿De nosotros? ¿Por el choque cultural?

—Sí.

—Por favor. Nos separa un filamento finísimo.

—Bueno, es lo que a mí me parece.

—Es lo que es. —Le miró con dureza—. No permitiré que juguemos a eso. Es agotador. Dejémoselo a los universitarios.

El camino de entrada conducía a una verja de acero, que el chófer abrió mediante un botón de la visera. La verja dejó a la vista un modesto chalet de color crema y blanco, con ventanas arqueadas y cortinas y puertas rosadas.

Cuando entraron, el chófer se quedó en la salita mientras Zahra conducía a Alan al fondo de la casa, a una habitación de cara al mar. Sirvió zumo para los dos y lo invitó a sentarse en el sofá. Fuera, el mar era de un azul estridente, espolvoreado por minúsculas olas blancas. Al otro lado de la habitación, un cuadro de lo que parecían los Alpes suizos.

—Qué raro para una casa de la playa —observó Alan.

—Todo el mundo quiere estar en otra parte.

Se quedaron mirando el cuadro.

—Horrible, ¿verdad? Mi hermano compra cuadros allí donde va. En cualquier ciudad de vacaciones. Tiene un gusto pésimo.

—¿Has visto la nieve?

Zahra miró al techo y soltó una risa parecida a un trueno.

—¿Qué? Eres un misterio, Alan. Para algunas cosas eres muy listo y para otras estás en la inopia.

—¿Cómo voy a saber si has visto la nieve?

—Sabes que estudié en Suiza. Allí nieva.

—Depende de dónde.

—He esquiado docenas de veces.

Alan no supo qué decir.

—Ay, Alan.

—Vale, has visto la nieve. Perdona.

Zahra le miró, cerró los ojos y le perdonó.

Zahra apuró el zumo sin dejar de reírse.

—Hora de nadar.

—¿Cómo? ¿Nadar?

—Vamos a nadar. Te prestaré un bañador de mi hermano.

Alan se puso unos shorts azules en el cuarto de baño, y una vez listo se plantó ante el espejo de la puerta que daba a una pequeña playa de arena y lo que parecía una rampa que se adentraba en el mar. Parecía una pista de cemento subacuática que conectase la terraza con el mar. Geométrica y limpia como una rampa de botadura.

Alan notó un roce en la espalda.

—¿Estás listo?

Bastaron los dedos de Zahra para que Alan perdiera la compostura.

—Claro. Vamos allá —respondió Alan, aborreciéndose.

No se atrevió a darse la vuelta. Ya tendría ocasión, muy pronto, de verla en bañador. Zahra permaneció detrás de él, con los dedos en su espalda, y Alan decidió no moverse. Ella le vio observar la extraña rampa.

—A mi tío le gustaba bucear, de modo que se construyó una rampa. Es cruel e indulgente, pero funciona. Los peces siguen ahí.

De hecho el tío de Zahra había dragado el lecho marino para facilitarse el acceso al agua sin tener que pisar el coral.

—Tú primero —le dijo Zahra entregándole un tubo y unas gafas—. Yo iré después. Tengo que mandar al chófer a un recado.

Alan abrió la puerta, salió y se dirigió al agua. Estaba más fría que en los alrededores de la naciente ciudad del rey Abdalá. Tras la rampa, el lecho era rocoso y descendía bruscamente.

Alan se colocó el equipo en la cabeza ya metido en el agua. Pegó la cara al agua y de inmediato vio un mar transparente y abundante coral. Un borrón de brillantes peces anaranjados le pasó por delante. Alan continuó avanzando, siguiendo la línea de coral que tenía debajo. Aunque no estuviera immaculado, rebosaba vida. A los pocos minutos Alan vio un enorme pez payaso nadando en círculos, un pez globo afanándose con sus aletas enanas. Un banco de cirujanos, un pez loro color óxido. Un mero errante, con su aire de perpetuo insatisfecho.

Salió a la superficie para respirar. Había demasiado que ver, demasiados colores, formas irracionales. Al mirar hacia la casa en busca de Zahra no vio nada. Para no parecer ansioso, dio la espalda a la playa y siguió el arrecife de coral del lecho marino, cada vez más hondo, y vio peces más grandes, de los que se mueven a placer entre las aguas superficiales y las profundas. Por delante, el suelo caía en picado. El agua resultaba impenetrable, no se veía el fondo. Una forma pasó por delante de sus gafas. Brillante, cegadora, enorme. Alan pateó y subió, para intentar verla desde arriba.

La forma también subió. Era Zahra.

—¡Alan!

El corazón de Alan iba a mil por hora.

—Espero haberte asustado, pero no demasiado.

Alan tosía.

—Lo siento mucho.

Por fin Alan consiguió hablar.

—No pasa nada. No debería asustarme.

La miró. Le vio la cabeza, con el pelo recogido, la mandíbula al descubierto, mucho más delicada de lo que había imaginado. Mojada estaba guapa, con el pelo negro reluciente y la mirada ardiente.

Pero el resto quedaba sumergido.

—Tengo que volver a bajar —dijo Zahra—. Los vecinos.

Zahra señaló hacia las casas que bordeaban la ensenada.

—Pero te lo advierto. Voy vestida igual que tú. Si alguien nos ve buceando creará que somos dos hombres. Dos espaldas desnudas, con bañador de hombre. ¿Sí?

Alan creyó que la entendía, pero no la entendió. No hasta que volvió a ponerse las gafas bajo el agua. Entonces lo entendió. Zahra no llevaba la parte de arriba. Llevaba un bañador a rayas azules, masculino. Alan se quedó sin aliento. Dios mío. La siguió, observando sus piernas largas y fuertes, sus largos dedos, el sol tocándola por todas partes, lanzando destellos.

Zahra se volvió hacia él con una amplia sonrisa que asomaba fuera del tubo, como diciendo: ¿Te sorprende? Sabía lo bien que lo hacía, lo mucho que le gustaba a Alan. Volvió a darse la vuelta, concentrada en lo que hacía, apuntando al fondo, a los miles de peces y anémonas de colores imposibles, todo vivo y ondeando hacia arriba.

Alan se moría por acercarse, por tenerlo todo. Quería rozarla por casualidad, retorcerse y girar con ella en el agua, gritarle en la boca. Se conformó con seguirla, obviando a los peces y los corales para mirarle los pechos, que colgaban espléndidos, balanceándose.

Ella intentó que Alan nadara a su lado, pero él se quedaba rezagado confiando en que así no le viera entero. Nadaron juntos siguiendo la costa y Alan se arriesgó a cogerla de un tobillo con la excusa de llamar su atención para mostrarle un pez payaso enorme. Zahra se acercó, le cogió de la mano y apretó. Por fin la respuesta. Alan estaba seguro. Pero ¿qué hacer? Eran demasiados estímulos, en aquellas aguas, bajo aquel sol, con la luz dibujando una celosía sobre su piel luminosa. Alan nunca había visto nada más bello que sus caderas subiendo y bajando, sus piernas pateando, su torso desnudo ondulando. Zahra siguió nadando y paró cuando el lecho se precipitó bruscamente hacia el azul más oscuro.

Zahra salió a la superficie y Alan la siguió.

Ella se quitó las gafas.

—Coge aire.

Alan cogió aire. Y Zahra se zambulló, con los brazos estirados.

Alan la siguió. Zahra empujaba el agua para bajar tres, seis metros. Alan la atrapó y, cuando lo hizo, ella le cogió y se apretó contra él. Le besó, con la boca cerrada, y luego le besó el pecho, los pezones. Alan bajó hasta el vientre de Zahra y lo besó, después subió para rodearle los pezones con la boca, primero uno y después el otro, mientras los dedos de Zahra le surcaban el pelo. Después se apartó. Zahra emergió y Alan la siguió.

Cuando Alan cogió aire y notó el sol, Zahra se había alejado, y se ajustaba el tubo de espaldas al sol. La siguió. Avanzaron despacio hacia la casa, fingiéndose de nuevo hombres, amigos. Ya cerca de la rampa, Zahra se giró y le indicó que esperase. Él se rezagó, contemplándola. Zahra salió del agua, se cubrió con una toalla y entró corriendo en la casa.

Alan nadó de aquí para allá fingiendo que buceaba pero sin quitar ojo a la casa. Por fin vio asomar una mano por una ventana que le invitaba a entrar. Corrió por la rampa y abrió la puerta.

—Aquí —le dijo Zahra.

Alan siguió la voz hasta otra habitación. Zahra estaba vestida, sentada con las piernas cruzadas en el suelo, entre cojines. Llevaba pantalones cortos y camiseta, pero holgados, ambos blancos. El ímpetu del momento había pasado, al menos para él, mientras se sentaba enfrente de Zahra con sonrisa de tonto.

—Y bien —dijo ella.

Zahra le cogió la mano, entrelazó sus dedos con los de Alan. Los dos miraron sus manos juntas. Alan no podía construir nada a partir de aquello, no sabía qué hacer a continuación. Terminó mirando un cuenco de dátiles.

—¿Quieres uno? —le preguntó ella en broma, exasperada.

—Sí —respondió Alan sin saber por qué.

Cogió uno y lo masticó, desconsolado, como siempre, por él mismo, por su incapacidad para hacer lo debido cuando debía.

Cuando terminó y depositó cuidadosamente el hueso en el plato, Zahra se acercó a él y se recostó de lado. Alan hizo lo mismo, como en un espejo. La tenía tan cerca que olía su aliento, olía el tenue aroma del agua salada en su lengua.

Sonrió. Sabía que el movimiento de Zahra era una invitación, pero él no le había correspondido.

—Se está bien —comentó Alan, incapaz de decir otra cosa.

Ella sonrió con paciencia. Alan se recompuso. Sabía que tenía que besarla. Y luego tendría que ponerse encima de ella. Visualizaba los pasos, dónde colocaría el hombro, dónde apoyaría las manos. Había pasado mucho tiempo. Hacía ocho años que no tomaba esa clase de decisiones.

Echó un vistazo fuera, al cielo embebido de sol, al mar insondable, y sacó fuerzas de su inmensidad. Un millón de seres habían muerto en aquellas aguas, miles de millones vivían bajo aquel sol, un sol que era una luz blanca y dura entre otros miles de millones de luces iguales y, por tanto, nada de aquello importaba y, por tanto, no era tan difícil. No les miraba nadie, y a nadie, salvo a Zahra y a él, le importaba lo que ocurriera en aquella habitación —¡cuánta fuerza nacida de la insignificancia!—, así que podía hacer lo que quisiera, que era besarla.

Acercó la cara a la de Zahra, a sus labios exuberantes. Cerró los ojos, pese al riesgo de fallar. Zahra respiró por la nariz y el calor rozó la boca de Alan. Sus labios se tocaron. Suavemente, demasiado suavemente. No había lastre: eran cojines encima de cojines. Tendría que apretar para conseguir cierto equilibrio, para abrirlos. Zahra separó los labios, abrió la boca y su sabor era el del mar, frío y profundo.

Alan le cogió la cabeza, el pelo le pareció más quebradizo de lo que esperaba. No era suave. Revolviéndolo encontró la nuca de Zahra y la rodeó con la palma de la mano, acercándose la cabeza. Zahra suspiró. Tenía la mano en la cintura de Alan. Sus dedos largos, sus uñas. Alan quería que le agarraran, que lo cogieran y tirasen de él.

Avanzó con la boca hacia el cuello, le lamió desde el hombro hasta la mandíbula y luego se colocó encima. El olor a carne ardiente... con aquello le bastaba. Ella le murmuró su aprobación al oído, su aliento. Era muy comprensiva o muy fácil de complacer. Alan olvidó sus preocupaciones.

Zahra levantó la mano en busca de un cojín. Alan cogió uno y se lo colocó a ella bajo la cabeza. Por un breve instante sus miradas se cruzaron, sonrientes, tímidas, atónitas. Aquellos ojos, grandes como planetas... Alan quería que se cerrasen para que no lo mirasen y volvieran a evaluarlo. Zahra le vería los dientes amarillentos, los empastes, las numerosas cicatrices, la carne maltrecha, el mosaico de una vida de confusión y falta de cuidados. Pero quizá fuera algo más que la suma de sus partes. Zahra había visto en su interior, ¿no? Había sacado restos muertos de su interior, cortado, tirado, secado, y todavía quería estar allí.

Zahra lo atrajo de nuevo hacia ella y la boca de Alan encontró la suya abierta, los movimientos de Zahra adquirieron una urgencia nueva. Le revolvió el pelo de la nuca. Con la otra mano, le agarró la carne de la espalda.

Alan vio un espejo al otro lado de la habitación. Se reflejaban en él, y vio sus brazos rodeándola. Alan parecía fuerte, con los brazos bronceados, las venas marcadas. No daba asco. «No quiero relaciones sexuales que nadie miraría», había dicho Ruby. Había dado por hecho que todo terminaría a los treinta y cinco. A Alan lo atravesó un dolor repentino, un relámpago frío de arrepentimiento, todo lo que se habían hecho, el error primario de su vida, el tiempo desperdiciado hiriéndola y dejándose herir por ella, las cosas horribles que se habían llevado la poca vida que tenían. Volvió a mirar a Zahra, a aquellos ojos oscuros que le perdonaban y se iluminaban cuando le veían sonreír.

Alan se apretó contra ella y la oyó gemir.

—Gracias —dijo Zahra.

Él se rió en su oído y avanzó a besos hasta la clavícula.

—¿Estás alargándolo? —preguntó ella.

—No, no. ¿Lo hago?

—Entra —le susurró Zahra.

Y Alan lo intentó, pero descubrió que no estaba listo.

—Lo deseo tanto...

—Me alegro —contestó ella.

Pero terminaron disculpándose por diversos fracasos, por partes de su cuerpo que se negaban a cooperar o que lo hacían solo de forma intermitente. Cuando Alan estaba a punto, ella no, cosa que desanimaba. Con todo, se acariciaron

desesperadamente, con torpeza, con resultados menguantes. En un momento dado, mientras Alan intentaba ponerse detrás, le dio un codazo en la frente.

—Ay.

Alan se dejó caer y miró al techo.

—Lo siento, Zahra.

Ella se sentó, con las manos en el regazo.

—¿Estás distraído?

No estaba distraído, en absoluto. De hecho, el deseo, disfrutar de su carne, de su boca y de su aliento y de su voz, lo consumía tanto que no tenía sitio en la cabeza para nada más.

—Puede ser —dijo Alan.

No tenía más opción que mentir. Le habló de sus preocupaciones, de la casa que no se vendía, del olor a decadencia, del hombre que se había ahogado en el lago, del dinero que debía a tanta gente, del dinero que necesitaba para su hija, su magnífica hija que no recibiría lo que merecía a menos que ocurriera un milagro en el desierto.

—No tiene que pasar hoy —dijo Zahra, aunque a Alan le sonó a «No tiene que pasar».

—Mierda. Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

—No pasa nada.

—Mierda, mierda, mierda.

—Chsss...

Se apoyaron el uno en el otro, agotados como luchadores, mientras contemplaban cómo el sol se derramaba en el mar.

El anochecer había coloreado de azul las paredes blancas de la casa y de violeta las cortinas rosas. Fuera, el mar estaba oscuro y agitado.

Alan y Zahra bebían vino blanco en la mesa de la cocina. Alan se había acabado los dátiles.

—Tengo que irme a París unas semanas —dijo Zahra.

Alan estaba preparado para eso.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Arabia Saudí? —preguntó ella.

Alan no lo sabía.

Se bebieron una botella y abrieron otra. Estaban tan enamorados del mundo y tan decepcionados de todo que beberse otra botella sentados a la mesa de la cocina era la forma más obvia de honrarlo.

Zahra le sirvió otro vaso.

Alan tenía la impresión de que Zahra estaba esperando a que se marchara. Pero le había llevado un chófer y por tanto no podía irse hasta que ella le echara.

—¿Puedo contarte algo? —preguntó Alan.

—Por supuesto.

—Es una historia para tu hijo. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Mustafá.

—Mustafá, bien. Buen nombre.

Alan estaba borracho y quería que Zahra lo supiera.

—Es una buena historia para Mustafá.

—Me alegro. ¿Debería tomar notas?

—No hace falta. Recordarás lo esencial.

- Lo intentaré.  
—Vale. Mi padre y yo fuimos varias veces de acampada.  
—Ah, otra vez las acampadas.  
—No va de acampar. Atiende, por favor.  
—Te escucho.

Alan rellenó los vasos. Apenas veía, pero se sentía fuerte.

—Yo tendría unos diez años. Y una vez mi padre me llevó a New Hampshire. Entramos con el coche a un parque nacional. Un bosque infinito. Y aparcamos, bajamos y nos adentramos entre los árboles. Como mínimo durante cuatro horas. En las tres últimas, no vimos ni un alma. Nos habíamos salido de los mapas. Era a primera hora de la mañana. Habíamos partido al amanecer. Llevábamos botas de nieve que nos permitieron meternos en zonas con mucha nieve en polvo. Era agotador. Nos parábamos cada dos por tres a beber y picar algo. Comíamos cecina y nueces, esas cosas. Luego continuábamos el ascenso. Hacia las tres de la tarde, el sol empezó a caer, de modo que nos detuvimos. No se veía rastro de civilización por ningún lado. Yo supuse que entonces descenderíamos. Empezaba a refrescar y la temperatura podía bajar hasta menos cinco o menos diez grados. Y no llevábamos ropa que nos mantuviera calientes.

—¿En qué estaba pensando tu padre? ¿Teníais tienda de campaña? —Zahra parecía horrorizada.

—Se lo pregunté. «¿Tenemos tienda?» Creía que mi padre tenía un plan. Pero reaccionó como si acabara de darse cuenta de la situación. De que no regresaríamos antes de que oscureciera y de que de noche podíamos congelarnos. Por no hablar de lobos y osos.

—¿Lobos y osos? —No parecía convencida.

—Créeme.

—Qué remedio.

—De modo que me dijo: «¿Qué hacemos?». Y entonces comprendí que era una prueba. Algo en su mirada me dijo que estaba poniéndome a prueba. Así que pensé en lo que sabía de los boy scouts y respondí: «Construir un refugio». Que era lo que él pensaba. Abrió la mochila y sacó un hacha y una cuerda. Quería que construyéramos un refugio con troncos, atándolos como una balsa.

—No.

—«¿Cuánto tiempo nos queda?», me preguntó, refiriéndose a antes de que se pusiera el sol y las temperaturas bajaran en picado. «Unas dos horas.» «Diría que sí. Será mejor empezar.»

—Un tipo duro.

—Le gusta ser duro. De modo que empezamos. Cortamos y atamos por turnos. Unimos dos tarimas de una veintena de troncos finos de abedul. Después limpiamos un cuadrado en la nieve y montamos una estructura en forma de A bastante digna. Recogimos pinaza y cubrimos el suelo con ella.

—Suenan acogedor.

—Lo era. Luego levantamos una pared alrededor del refugio. De un metro. Para cortar el viento. También cubrimos el techo, con unos treinta centímetros de nieve como aislante.

—¿Y no goteaba?

—A menos cinco grados no. Era el mejor aislante que teníamos.

—¿Llevabais sacos de dormir?

—No.

—Ese hombre está loco.

—Quizá. Luego me preguntó: «¿Qué más necesitamos, hijo?». Lo sabía. Necesitábamos hilo y aguja, o cinta americana. De modo que se lo dije y sacó un rollo de cinta americana.

—¿Para qué?

—Para fabricarnos un saco de dormir con la ropa.

—Estás de broma.

—No. Cortamos las chaquetas y las unimos con cinta para fabricar un saco de dormir grande. Y dormimos juntos en ropa interior.

—Compartisteis el saco.

—Sí. Y tengo que decir que, una vez dentro, se estaba calentito.

—No teníais hoguera.

—No teníamos hoguera. Nos teníamos el uno al otro.

—¿Y por la mañana?

—Volvimos a pegar las chaquetas con cinta y regresamos a casa.

—De modo que os salvasteis construyendo algo. Lo entiendo. Pero casi os mata a los dos.

—Supongo —admitió Alan, y se rió.

—Tengo permiso para reírme, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Porque, la verdad, todo esto me parece —y movió la mano en círculo, abarcando toda la casa, el mar, el Reino, el mundo entero y el cielo— triste, tristísimo.

El rey visitó la Ciudad Económica Rey Abdalá al cabo de once días. La visita se anunció el mismo día a las nueve de la mañana y la caravana llegó justo pasado mediodía. Recorrió las calles desiertas de la ciudad durante veinte minutos, dedicó quince al centro de bienvenida y luego, acompañado de su séquito, se dirigió a la tienda de presentaciones.

Alan y los jóvenes estaban preparados. El rey se sentó en una silla con aspecto de trono que habían traído ese día, y su grupo, en los sofás blancos. Brad, Rachel y Cayley empezaron la presentación, que se desarrolló sin contratiempos. Brad, con un pulcro traje de negocios, dio la bienvenida a los presentes, explicó la tecnología y luego presentó a otro hombre, que estaba en Londres pero de pronto, tachán, bajó del escenario vestido con *thob* y *gutra*. Daba la impresión de que estuviera en la tienda, en el escenario, paseando y charlando en inglés y en árabe. Interactuó un rato con Brad, enfatizando que esa clase de tecnología era solo una de las vastas capacidades de Reliant y que confiaban en conseguir grandes éxitos en la Ciudad Económica Rey Abdalá. Luego el hombre de Londres dio las gracias a todos y se marchó, y Brad dio las gracias y bajó del escenario y, sin hablar, comunicó a Alan y las jóvenes su valoración de la actuación: ¡Impresionante!

Cuando terminaron, el rey Abdalá aplaudió educadamente, pero no dijo nada. Nadie preguntó nada. Ni él ni ningún miembro del séquito hablaron con ningún representante de Reliant, aunque Alan se colocó junto a la puerta por si alguien quería tratar algún punto de la propuesta. Nadie quiso. Alan no tuvo ocasión de mencionar al sobrino del rey; cuatro capas de hombres le separaban del monarca, que se marchó a los pocos minutos junto con la gente que lo atendía.

Alan observó cómo se iban por la carretera, pero no llegaron muy lejos. Desaparecieron en el garaje de debajo de la Caja Negra. Fuera del edificio había tres furgonetas blancas aparcadas en una fila perfecta. En todo el tiempo que llevaba allí, Alan nunca había visto vehículos aparcados así, delante del edificio, de modo que se acercó a echar un vistazo. Cada furgoneta tenía una tira de letras en sendos laterales, una en árabe y otra en chino. Alan no pudo leer ninguna de las dos.

Esperó fuera del edificio, intentando pasar desapercibido, durante casi dos horas, hasta que el rey salió con sus hombres y un grupo de chinos trajeados. Se estrecharon la mano y se sonrieron con calidez. El rey regresó a la Caja Negra, y a los pocos minutos la caravana emergió del garaje y abandonó la ciudad. Los hombres de negocios chinos se subieron a las furgonetas y también se fueron, dejando detrás un muro de polvo que tardó horas en posarse.

Cuando se marcharon, Alan corrió a la Caja Negra y fue a ver a Maha a la recepción.

—Hola, Alan.

—¿A qué han venido esos hombres?

Dinero. Enamoramiento. Instinto de supervivencia. Reconocimiento.

—A una presentación ante el rey. Igual que vosotros.

—¿De TI?

—Creo que sí.

—¿Aquí dentro? ¿En el edificio?

Maha sonrió.

—¿Dónde si no?

—¿Y cómo se han enterado de que el rey vendría hoy?

Maha se quedó mirando a Alan un rato y luego respondió:

—Imagino que ha sido suerte.

Esa tarde, los jóvenes de Reliant desmantelaron y empaquetaron el equipo, luego lo cargaron en el transporte y se subieron con él. No le veían sentido a quedarse más tiempo, de modo que salieron de Arabia Saudí al día siguiente.

Alan se quedó. Regresó a la tienda los tres días siguientes, confiando en concertar una reunión con Karim al-Ahmad. El señor Al-Ahmad estaba muy ocupado desde el día de las presentaciones, le dijo Maha.

Al final, un día, mientras Alan estaba sentado solo en una silla de plástico blanco dentro de la tienda, llamaron a la puerta. Alan contestó. Era Karim al-Ahmad, quien le informó de que, lamentablemente, el contrato para las TI de la nueva ciudad sería para otra empresa, que, según dijo, podía proveer del servicio más rápido y a menos de la mitad de precio.

—¿Una empresa china?

—¿China? No estoy seguro —respondió Al-Ahmad.

—¿No estás seguro?

Al-Ahmad fingió pensarlo.

—Bueno, podría ser china. Sí, creo que sí. ¿Cambia eso algo, Alan?

—No.

En realidad no cambiaba nada.

—¿Al menos le gustó el holograma? —preguntó Alan.

—¿A quién?

—Al rey.

—Ah, sí, sí —dijo Al-Ahmad con la voz cargada de sentimiento, compasiva—.

Le pareció muy bonito, precioso.

Alan miró por la ventana de plástico, al agua azul, al ocaso.

—¿Se te ocurre alguna razón para que me quede?

—¿En la Ciudad Económica?

—Sí. Creo que Reliant podría ofrecer otros servicios. Y si no, trabajo con otras empresas que podrían ser muy útiles para ayudar a levantar esta ciudad.

Al-Ahmad se quedó quieto un momento, con el dedo en los labios.

—Bueno, déjame unos días para que me lo piense, Alan. Me gustaría ayudarte.

—¿Sí?

—Claro, ¿por qué no?

A Alan se le ocurrían múltiples razones. Pero tenía que suponer su buena intención. Tenía que confiar en la amnesia.

—Entonces quizá me quede —dijo Alan.

Al fin y al cabo, no lo mandaban a ninguna parte y no podía volver a casa, no con las manos vacías. De modo que se quedaría. Tenía que quedarse. Si no, ¿quién estaría allí cuando volviera el rey?

## AGRADECIMIENTOS

Siempre y por encima de todo, a VV.

Muchísimas gracias a la plantilla de McSweeney's por su trabajo en todos los aspectos del libro. Gracias a Adam Krefman, Laura Howard, Chirs Ying, Brian McMullen, Sunra Thompson, Chelsea Hogue, Andi Mudd, Juliet Litman, Sam Riley, Meagan Day, Russell Quinn, Rachel Khong, Malcolm Pullinger, Brent Hoff, Sheila Heti, Ross Simonini, Heidi Julavits, Alyson Sinclair, Scott Cohen, Eli Horowitz, Walter Green y Chris Monks. Em-J Staples y Daniel Gumbiner me han ayudado muchísimo en un sinfín de tareas, la vasta investigación y la difícil recta final. Su entusiasmo me dio fuerzas. Gracias también a los editores de McSweeney's Ethan Nosowsky, Jordan Bass, Andrew Leland y Michelle Quint, que se han leído el libro muchas veces y cuyas aportaciones han sido quirúrgicas y brillantes.

Este libro nació de una conversación que mantuve en 2008 con mi cuñado, Scott Neumann, que viajó aquel año a la Ciudad Económica Rey Abdalá con una multinacional. Aunque la novela no se parece a la temporada que Scott pasó allí, su inmensa generosidad al compartir conmigo sus impresiones me ha sido de gran ayuda. Vanessa e Inger, gracias también a vosotras, por la amistad y la familia.

Son muchos los amigos en Arabia Saudí a los que quisiera dar las gracias, en primer lugar a Mamdouh al-Harthy, guía y amigo, experto y rey filósofo. Nunca podré agradecerle su hospitalidad. Gracias también a Hasán Hatrash, poeta, alborotador y amigo, y a Faiza Ambah, valiente periodista y guionista. Se leyó versiones tempranas y posteriores del libro y aportó comentarios clave y muchos ánimos.

Por las lecturas cruciales del libro en sus diversas formas, mis más sentidas gracias a Noor Elashi, Wajahat Ali, Lawrence Weschler, Nick Hornby, Tish Scola, Alia Malek, Roddy Doyle, Brett O'Hara, Stephen Elliott, y a mis hermanos Bill y Toph. A los fantásticos editores-novelistas Peter Ferry, Tom Barbash y Peter Orner por sus heroicas y reiteradas lecturas.

Por su amistad, sus conocimientos en asuntos de ventas, manufacturas y asesoría, mi agradecimiento inmenso a Paul Vida, Thomas O'Mara, Eric Vratimos, Grant Hyland, Scott Neumann, Paul Scola y Peter Wisner.

Por sus consejo y apoyo a lo largo de tantos años, gracias de corazón a Andrew Wylie, Sally Willcox, Debby Klein, Lindsay Williams, Jenny Jackson, Kimberly Jaime, Luke Ingram, Sarah Chalfant, Oscar van Gelderen, Simon Prosser, Helge Machow, Kerstin Gleba, Christine Jordis, Aurélien Masson y al resto de los redactores, editores y traductores que han llevado libros como este a públicos nuevos.

Gracias a toda la plantilla de la imprenta Thomson-Shore de Dexter, Michigan: Kevin Spall, Angie Fugate, Josh Mosher, Heather Shultes, Kandy Tobias, Sue Lube, Jenny Taylor, Mike Shubel, Rich McDonald, Andrea Koerte, Rick Goss, Christina Ballard, Frankie Hall, Bill Stiffler, Mike Warren, Anthony Roberts, Tim King, Tonya Hollister, Deb Rowley, John Bennett, Paul Werstein, Jennifer Love, Alonda Young, Sandy Dean, Matt Marsh, Renee Gray, Adnan Abul-Huda, Sue Schray, Jenny Black, Debbie Duible, Steve Landers, Connie Adams, Pat Murphy, Rob Myers, Al Phillips, John Harrell, John Kepler, Darleen Van Loon, Shannon Oliver, Diane Therrian, Mary McCormick, Dave Mingus, Sandy Castle, Sherry Jones, Steve Mullins, Bill Dulisch, Ryan Yoakam, Doris Zink, Ed Stewart, Robert Parker, Terri Barlow, Thoe Tantipitham, Cody Dulish, Dave Meacham y Vanessa Van De Car.

*Nota:* El presente libro incluye parte de la historia de Schwinn, una empresa real de fabricación de bicicletas con sede, durante décadas, en Chicago. Los datos y la trayectoria básicos de la empresa que aquí se recogen son fieles a la realidad, aunque este libro es una novela y ningún Alan Clay trabajó de verdad para Schwinn, y sus experiencias son ficticias. Existe un ensayo fantásticamente informado y escrito sobre el tema de Schwinn: *No Hands: The Rise and Fall of the Schwinn Bicycle Company, An American Institution*, de Judith Crown y Glenn Coleman, publicado en 1996 por Henry Holt. Mi novela se ha beneficiado enormemente de este excelente libro.



DAVE EGGERS (Boston, 1970) además de ser uno de los autores más destacados de la reciente literatura norteamericana, ha lanzado su propio sello editorial y es fundador y editor de las revistas *McSweeney's* y *The Believer*, que en poco tiempo se han convertido en objetos de culto literario. Asimismo, es cofundador de 826 Valencia, un centro de voluntariado que ayuda a niños y adolescentes con programas extraescolares y clases de escritura. Todo esto hizo que en 2005 la revista *Time* lo incluyera en su lista de las cien personas más influyentes de Estados Unidos. En 2007 fue galardonado con el premio Heinz, en reconocimiento tanto a sus logros literarios como a su labor humanitaria.

En España ha publicado *Ahora sabréis lo que es correr* (2004), *Guardianes de la intimidad* (2005), *Qué es el qué* (2008, finalista del premio del National Book Critics Circle), *Los monstruos* (2009), *Una historia conmovedora, asombrosa y genial* (sus memorias noveladas, 2010) y *Zeitoun* (2010). *Un holograma para el rey* es su nueva novela.

**UN  
HOLOGRAMA  
PARA  
EL REY  
DAVE  
EGGERS**



**Lectulandia**

